Mois Benarroch

La trilogía tetuaní

En las puertas de Tánger,
Lucena, Llaves de Tetuán.

La trilogía tetuaní

En las puertas de Tánger, Lucena, Llaves de Tetuán.

MOIS BENARROCH

ISBN: 9798739197405
© Mois Benarroch
La trilogía tetuaní
En las puertas de Tánger
Lucena (traducción de Roser Lluch Oms)
Llaves de Tetuán (traducción de Merav Gottank).

En las puertas de Tánger

"Piensa en mí, pero no te angusties, ni sufras, ni quieras alterar caminos ni destinos."
Esther Bendahan, La Vaca De Nadie

Primera parte EL VIAJE A CASA

You cannot count the miles until you feel them.
Townes Van Zandt

— ¡Qué hijo de puta! —exclamó, sorprendida de haber pronunciado esas palabras.
Un silencio absoluto cayó en la oficina del abogado Ilan Oz en la calle Ben Yehuda 7 en Jerusalén. Silencio parecido al producido después de un atentado terrorista. Los presentes, sentados alrededor de una larga mesa, parecían estar en estado de shock. Cinco adultos intentando entender de qué se trataba, qué les cayó sobre la cabeza.
—Así, sin más ni más, nos envió esta bomba —continuó diciendo Estrella, la madre— después de su muerte.
— ¿Y si no lo buscamos?, ¿qué pasaría si no lo buscáramos?
—Según el testamento, el dinero se quedará en una cuenta cerrada durante cinco años, trascurrido este tiempo podrán ustedes disponer de él. Lo que dice el testamento es que debéis hacer todo lo posible por encontrarlo.
El más joven de los hijos, Israel, dio vueltas a la kipá negra que tenía en su cabeza una y otra vez.
—Es que no lo entiendo, de verdad quiere que nos vayamos a buscar a su hijo…
—A ese bastardo —dijo el primogénito, Messod—. ¿Qué quiere decir todo esto?, ¿nunca habló de esto con nadie?
La madre, mirando al abogado, preguntó:
— ¿Y es que no podía morirse con su secreto guardado?
—El abogado empezaba a impacientarse.
—No tengo otras noticias, es lo que está escrito en el testamento, lo único que les puedo explicar es la parte jurídica del problema, nada más. Y creo que a estas alturas las disposiciones están bastante claras. Pueden intentar anular el testamento, pero no me parece tan simple.
—Debemos hacer todo lo posible por encontrar a su hijo —dijo David.
— ¿Quién debe? ¿Todos? ¿O es suficiente uno de nosotros? ¿Es que ahora cinco personas tienen que detener sus vidas y buscar al hijo…?
—Yo no voy, seguro que yo no voy a ir a Marruecos para buscar al hijo bastardo de mi marido; es, no…
—Bueno —dijo Silvia—, no creo que sentados en esta oficina vayamos a solucionar el problema. Creo que debemos volver a casa y pensar en todo esto, y si tenemos preguntas le telefonearemos, señor Oz… Muchas gracias. —E hizo señas a los otros para que se dieran cuenta que había que irse.
—Una pregunta más —dijo Alberto—, una pregunta importante, ¿de cuánto dinero estamos hablando?
—Tengo aquí números de cuentas —dijo el abogado— y no sé cuánto dinero hay en ellas. Hay una cuenta en Suiza.
—No queda mucho —dijo la madre—; unos seiscientos mil dólares, un poco menos, eso es lo que queda.

—Eso es todo, eso es lo que queda de la gran fortuna legendaria de la familia Benzimra, es menos de cien mil dólares para cada uno, ¿eso es lo que queda de la fortuna que podía comprar príncipes, ministros y reyes, y sacar a cualquier judío de la cárcel?
—Así es —dijo Israel—, los ashkenazim se enriquecen aquí y nosotros nos hacemos pobres, una generación más y no quedará ya nada.
—Ya empezamos con eso —dijo Alberto—. Ya empezamos…
—Bueno, no es el momento; muchas gracias, señor Oz, le llamaremos si le necesitamos.

✺
— ¿Adónde vas hijo?
—Voy solo.
— ¿Ves a alguien?
—Os veo a todos pero estáis muy lejos.
— ¿Y cuándo vuelves?
—Ya he vuelto, siempre vuelvo.
— ¿Adónde vuelves?
—Al mar.
— ¿Te gusta?
—Las olas no dejan huellas.
—Una roca siempre espera.
—Yo soy la roca.

Madrid
FORTU/MESSOD
Siempre espero que pase algo, siempre espero algo. Y cuando algo pasa, espero algo más. Treinta años pasé lejos de Tetuán, sin ir allí. Siempre estaba allí, un allí eterno, un allí que no se acaba, una palabra del pasado, una palabra del olvido, una palabra de la memoria. Treinta años huí este viaje. Alberto me contó que estuvo allí, dijo que se lo pasó muy bien, que cada minuto fue una maravilla. Pero otros, muchos otros, hablaron de la basura, y lo sucio que estaba todo, que toda la ciudad es una porquería, y que está llena de moros, como si nunca hubieran vivido moros allí. Y tal vez no estaban, tal vez no fueron parte de nuestra vida, a pesar de que vivían con nosotros, a nuestro lado, siempre fueron círculos tangentes que no penetraban nuestras vidas, eran universos paralelos, que nos aportaban nuestras necesidades, la Fátima que hacía los trabajos de casa, compraba naranjas o pescados. Y nosotros éramos lo mismo para ellos, los que mueven la economía, los que dan trabajo. Nos añoran, preguntan por qué nos fuimos, si nos sentíamos mal, y creo que no. No todos se sentían mal, pero algunos sí, como mamá y la abuela; las mujeres se sentían incomodas en la ciudad, hablaban de Israel como algo obligatorio, siempre las mujeres, las mujeres son las que decidieron irse a Israel, los hombres, como yo, preferimos algo más conocido, Madrid, París. ¿Quién tuvo razón?, no sé, pero cuando llegué de visita a Israel en 1977 sentí que era demasiado tarde para mí, demasiado tarde para cambiar mi vida y dejar Madrid, dejar el olor de los calamares, las charlas alrededor de las tapas, era demasiado tarde, dije a mi padre, dije a mi madre, él lo entendió, ella no. Me quería a su lado, él hubiese preferido estar en otro sitio, en Palma de Mallorca, donde mi primo quería que fuese a dirigir o a comprar un hotel, o en Canadá.
—Esto no es para nosotros —me dijo mil veces.
—Te entiendo, a lo mejor es para la próxima generación.
—Los nietos, sí, a lo mejor para ellos será mejor, pero veo a tus hermanos, y a tu hermana, y ninguno de ellos se siente de verdad en su casa, a ninguno le va verdaderamente bien, ni tu hermano Isaque, que nunca fue muy convencional, está mejor en Nueva York.
—No creo que hubiéramos estado mejor en Nueva York, creo que estamos mejor en Madrid, o en París, o en Jerusalén, pero Nueva York, ¿no está eso muy lejos? Tal vez no, el sitio más lejano para alguien nacido en Marruecos es Jerusalén, ¿te lo puedes creer?
—Y esto lo dije en voz alta, sentado al lado de mi querida hermana Silvia.
—¿Qué? —dijo—, ¿qué me puedo creer?
—No sé, no dejo de pensar, no dejo de pensar qué quiere decir todo

este viaje, qué sentido tiene, y qué buscamos, un hermano, un hermano del que no sabemos nada, a lo mejor buscamos un hermano muerto, a lo mejor ya se murió, la gente se muere joven como tú ya sabes. Treinta años son muchos años.Y en Marruecos, con todas las drogas, vete a saber a cuántos matan.

—Yo también pienso sin parar.

Pedí un whisky a la azafata, una botella entera, vasos y hielo. Invité a todos. A pesar de que J&B no es el güisqui que más me gusta, a todos nos gusta el güisqui, y era una buena excusa para calmar la tensión.

1974. La familia se dispersó: unos fueron a Jerusalén, y yo me quedé en Madrid para acabar los estudios de medicina. Después el sueño fue alejándose, la distancia entre nosotros se ensanchó, el lenguaje empezó a cambiar, su lenguaje, el mío, el lenguaje de mis hermanos. Hablaban de cosas que no entendía, que no podía entender, que no quería entender, discriminación, racismo, opresión, pero mi madre no quería ni oír hablar de emigrar a otro país, a ningún sitio fuera de Jerusalén, muchas veces propuse que se vinieran a Madrid.

—Aquí os las arreglareis bien, el dinero no es un problema.

Pero pasó un año y después otro, una excusa y otra, los hermanos más pequeños tendrían más problemas en adaptarse a Madrid que si hubiesen llegado directamente de Tetuán.

—Tienen nuevos amigos —decía mi madre—, y hablan hebreo, y eso es lo importante, lo importante es que hablemos hebreo.

Tal vez en eso sí tenga razón, pero muchos amigos no tenían, eso sí que lo sé, siempre lo supe. Muchos de los amigos están aquí en Madrid… no sé por qué sigo pensando en todo esto. Tal vez para escaparme de mí mismo, de la situación en la que estoy, de la muerte de mi padre, del testamento extraño que nos dejó, corro en mis pensamientos, y cada vez vuelvo a este hermano extraño, mi medio hermano. ¿Qué le diré cuando lo encuentre? ¿Qué? Tal vez, simplemente nada. Soy yo el que debe hablar, el hijo mayor, tengo que empezar yo.

—Aquí estás, Yosef, tú, hijo de mi padre, no sabía que mi padre tenía otro hijo, pero él sí se acordó de ti y te nombró en esa herencia, aquí, ves, firma, y recibirás cien mil dólares, tal vez un poco más, y eso es todo, somos hermanos, muchas gracias, estamos contentísimos de haberte encontrado pero no nos veremos nunca más. Recibirás un cheque de nuestro abogado, dentro de un mes o dos, hasta que arreglemos todos los formularios jurídicos, eso es todo…

Tal vez eso es lo que pase, y tal vez… ¿Qué? Me pondré a llorar, le diré que es el sustituto de Israel, el que nació en medio de la guerra de los seis días y murió en la guerra del Líbano. Fue el único israelí de la familia, amó la tierra y su lengua, el único, y se murió en el Líbano, y ahora, tú, tú, Yosef, tú, Yosef, eres mi hermano, lo entiendes, eres mi

hermano, y ya está.
Así pasará todo, o tal vez no, tal vez encontraremos su dirección y le enviaremos una carta, las cartas son más simples, es más fácil, quién soy, tengo cuarenta y siete años, para qué necesito un hermano ahora, tengo ya un hijo, ¿para qué necesito un hermano?
—Eso es lo que todos nos preguntamos —dijo Silvia.
—Y entonces qué, y si buscáramos su dirección y le mandáramos una carta, si está de acuerdo nos enviará una carta de su abogado, si no, hemos hecho lo que nos pidió en el testamento, ¿no?…
—No has pensado que tal vez papá quería que lo encontrásemos, que lo viéramos. ¿No has pensado en eso?
—Yo no sé lo que él quería. Papá está muerto y no podemos preguntarle nada. O tal vez hablaste con él y te dijo algo sobre todo esto, estaba más cerca de ti que de todos nosotros, y de Ruth, no de mí, no tanto de mí. ¿Habló de esto contigo?
—No. Nunca. Nunca de una forma precisa, pero hay algunas frases que me dijo que tal vez tengan que ver con todo esto, o ahora tienen un significado nuevo, tal vez, tal vez lo imagino. Hace un año me dijo que si se moría antes que mamá, que nos ocupáramos de ella, e insistió en que no hablaba de dinero, a veces me decía que dejó en Marruecos mucho más que dinero. Tenía frases raras que tal vez ahora toman un significado diferente.
Llega la comida, Silvia pregunta si la comida es casher y la azafata de Iberia dice que en este vuelo todas las raciones son casher. Hay algo que hacer durante el vuelo. La comida en los aviones es más una ocupación que una alimentación. Vienen a llenar las largas horas sentados y sin nada que hacer. Pero los pensamientos no me dejan mientras intento con mis mejores cualidades abrir el paquete con la comida sin dejar caer nada en mi ropa o en la de mi hermana, todavía queda un poco de güisqui, pero la comida carece de sabor, no son como los almuerzos en Air France a Nueva York, aquí nos llega de Nueva Cork. Isaque, nuestro homeópata, seguro que empezará a discutir conmigo otra vez sobre cómo enveneno a mis pacientes, pero la verdad es que cada vez doy menos antibióticos a mis enfermos, y menos medicamentos; descubrí que el noventa por ciento de ellos lo que quieren es compartir conmigo sus problemas, más que curarse de sus enfermedades, a ellos tampoco les gustan mucho los medicamentos y más de la mitad de éstos llegan a la basura: ser médico de familia es bastante agradable, hay más tiempo para hablar con el paciente, y a veces se pueden conocer los problemas de toda una familia, y en muchos casos eso es interesante. Él es el único que viajó a Tetuán desde que nos fuimos de allí, y dijo que el dinero no le es nada urgente, pero quería venir con nosotros, vernos de nuevo en nuestra ciudad. Y tiene razón, todos estos años nos escapamos de la

ciudad, todos nos escapamos como si fuésemos la mujer de Lot y si nos atreviésemos a mirar hacia atrás nos convertiríamos en una estatua de sal; de qué teníamos tanto miedo, de Madrid o de París, es sólo un vuelo de un par de horas, podía haber ido un fin de semana, eso es lo que me pedía siempre mi mujer. En aquel entonces, en los días que me amaba, muchas veces me pidió que viajásemos un fin de semana, y mi respuesta siempre fue «qué tengo yo que buscar allí, podemos ir a París, a Nueva York, a Madeira, a Sri Lanka, a la India, a Madrás, a Teherán, a cualquier sitio, a cualquier sitio y no a Marruecos». Y no era sólo yo el que respondía así, era la respuesta de mi padre, de mi madre, de todos los hermanos. ¿Qué se nos perdió allí? Todo, digo yo, todo se nos perdió allí.

— ¿Te emociona volver a Tetuán?

—No son las mejores condiciones. No sé, toda la vida he evitado este momento, pero sabía que un día tenía que volver, cerrar un círculo, acabar ese capítulo. No pensé que pasaría así, que volvería a buscar un medio hermano del que no sé nada, no sé si es el momento más adecuado, pero por lo visto lo es, porque estamos viajando hacia allí, Tel Aviv Madrid Málaga, Tel Aviv Madrid Málaga…. El trayecto opuesto al de 1974, yo en esa época ya estaba en Madrid pero leí mil veces en los libros de Alberto sobre esa mañana que se despierta en Restinga y viaja a Ceuta. Como si hubiese estado allí. ¿Cómo lo recuerdas tú?

—Yo estaba contenta. No olvides que fue después del golpe de Estado fracasado de Ofkir, en esa época hubo muchos intentos de matar al rey, y nosotros temíamos que eso ocurriera porque habría sido muy negativo para nosotros. Fue un alivio. Recuerdo que desperté a Israel y le llevé en mis manos, medio echado, al coche; mamá llevaba a Ruth, mientras papá hablaba con el chófer, justo cuando el sol se levantaba sobre el mar. Era impresionante. En la frontera estábamos un poco asustados de que pasara algo, papá sobornó a un policía, todos dijimos que íbamos de vacaciones a Palma de Mallorca, al final llegamos a Palma de Mallorca hace dos años, papá, mamá, mi marido y yo, y también vino Ruth y su marido, lo pasamos bien, lástima que no viniste tú, fueron unas vacaciones fabulosas.

De pronto se calló, justo cuando pensaba que iba a darme muchos detalles, frases, recuerdos del viaje familiar, se calló. En su cabeza las cosas están muy claras, la casa, el marido, los tres hijos, estabilidad francesa típica, todo es seguridad, las cremas dan seguridad, París, la securité sociale, la casa, los dos coches, el marido y su seguro de vida, los niños que irán a estudiar en una école de buena categoría, todo está bien arreglado, y yo lo que soy es un lío enorme, mi matrimonio es una locura. Nadie sabe nada de eso, nadie sabe lo que me pasa, y tal vez piensan que vivo un gran amor, un gran amor que no tiene fin.

Y tal vez piensan que no necesito la herencia, que me basta con el dinero de mi mujer, y de mi trabajo de doctor. ¿Me basta para qué? Para pagar la hipoteca de mi casa en la calle Pedro Teixera, el coche grande, el ordenador de la niña, quién sabe para qué es suficiente qué, no es suficiente para crear felicidad, no es suficiente para recrear la sensación de calor de un día de Pascua, cuando volvíamos de la sinagoga y sentíamos el olor de los platos pascuales, la casa limpia, las mujeres vestidas con sus mejores galas, tal vez en ese entonces la vida tenía significado, tal vez sólo en ese momento, pero qué sé yo lo que pensaban mis padres, sobre qué soñaban, tal vez ellos tampoco sabían de dónde iban a sacar dinero para llegar a fin de mes, o pensaban que no saldrían de la ciudad a tiempo y matarían al rey y todo se derrumbaría. Para mí, con mis diez años, eso me parecía lo más seguro del mundo, lo más claro, nunca oí a mi madre preocuparse por dinero, como mi mujer, y tenemos más que lo que tenían ellos en esa época, y tenemos medicina social y médicos privados, y todos los seguros del mundo, y no nos basta, no estamos contentos, tiene que ir a la peluquería más cara, a las tiendas más caras, no sé a dónde, sólo veo como cada mes pagamos más a las cartas de crédito y no puedo decir nada, es también su dinero.

La casa no es un sitio seguro, no es segura como parecía antes, era el símbolo de la seguridad, como el símbolo de la libertad, el sitio al que siempre se puede volver cuando los cielos se llenan de truenos, más dinero igual a menos seguridad, más facilidades, más servicios evidentes, agrandan el miedo de perderlos lo mejor me abraza, quiero que mi hermana me abrace, ¿por qué no la abrazo yo, por qué no?, simplemente poner mis manos alrededor de ella, seguramente sonreirá, se pondrá contenta, pero no puedo, no puedo abrazar, no puedo dar amor. Sonrío a mi hermana. ¿Dónde está el amor que amamos cuando éramos niños, los abrazos que nos abrazamos, las discusiones que discutimos, los paseos que paseamos, dónde estamos, por qué estamos tan lejos, Jerusalén, París, Madrid, Nueva York, dispersos en medio globo? Durante quinientos años nuestra familia vivió en el mismo sitio, en dos kilómetros cuadrados, íbamos de casa en casa, pero en el mismo sitio durante quinientos años, y ahora estamos a cinco mil kilómetros de distancia, el mundo tal vez se ha hecho más chico, se puede visitar pero estamos lejos, quiero venir a ti a llorar y hablar de mi mujer, contarte lo difícil que es, pero no puedo subir en un avión para eso. Allí también cuando todos estaban cerca no se podía hablar de los dolores, tanto se convirtió en olvido, la gente no hablaba en esos tiempos, olvidaban y se acabó.

Nos encontramos en bodas y en entierros, en circuncisiones, unas vacaciones de unos cuantos días, y todos intentamos estar contentos, intentamos no hablar de los problemas, las vidas separadas, las

distancias, las distancias que se acentúan cada vez que volvemos a vernos, porque entonces, entonces, vemos cómo cada uno ha tomado un camino diferente, cada uno ha ido a una lengua diferente, a una cultura diferente: Alberto empezará a hablarme de los problemas con los ashkenazim, seguramente tendrá razón pero ¡qué sabré yo de eso!; tú me hablarás de tu perro enfermo, Isaque de homeopatía, y Ruth, ¿de qué puedo hablar con ella?, de su próximo hijo, treinta años, seis hijos, qué hace todo el tiempo, niños, niños, nada más que niños y su marido estudia en una yeshiva de Shas y hace niños. Viven un poco del dinero de la familia, subvenciones sociales, y hacen más y más niños, de qué puedo hablar con ella, sobre qué, sobre las faldas de mi mujer que cada una de ellas cuesta como todo lo que gasta en un mes, un mundo al revés, un mundo extraño, la vi antes del entierro, hace cinco años, y ahora no puede venir con nosotros, claro, está en el octavo mes, no puede subir en un avión, ella necesita el dinero más que nosotros y con más urgencia que todos, e Israel que se murió, se murió del todo, sin tener hijos, se murió y se fue.
Con él puedo hablar, para eso no necesito palabras, ni siquiera pensamientos. Morir para la patria, muerte con sentido, es una muerte que tiene sentido.
Se acabó la comida, devuelvo los cubiertos, veo a los que tienen miedo de los vuelos, algunos de ellos se sentaban antes en la zona de fumadores y fumaban durante todo el vuelo, ahora sólo pueden moverse, ir de un lado al otro, sudar…
La azafata nos da una sonrisa forzada, símbolo comercial de Iberia; nunca he podido entender cómo puede ser que el pueblo que mejor sabe reírse naturalmente haya dado al mundo azafatas que sólo pueden forzarse a reír, de vuelo en vuelo me sorprende más, y lo peor son los vuelos interiores. Sería interesante saber quién las elige.

ISAQUE
Cuando vuelva se lo voy a decir, por fin se lo diré, se acabó, Sandy, esto se acabó, no podemos seguir así, no podemos seguir juntos, no depende ya de nada, no estoy amenazándote, ni siquiera quiero cabrearme, no estoy enfadado, simplemente se acabó, no puedo seguir viviendo contigo, tal vez puedo ser amigo tuyo, amante tuyo, pero no podemos ser marido y mujer, no podemos seguir alargando esto, no puedo hacer nada, no, no espero que cambies, ni puedes dejar de gritar sobre nuestro hijo Sam, no espero de ti que te calles, no tengo ninguna solución, ni ningún remedio para esto, ni en 8CH ni en 200M, la dilución no va a cambiar nada. Y no puedo tratarte, soy tu marido, necesitas otro médico, si es que tienes algún problema, pero no es seguro que lo tengas, a lo mejor no padeces ninguna enfermedad,

simplemente que esto se acabó. Lachesis, te acuerdas, ese remedio para los que hablan sin parar, lo intentamos una vez, te acuerdas, y me acuerdo de esa vez, y me pongo a reír, y todo se me pasa como un oleaje en el Mediterráneo, después vuelve el silencio, el sol, las olas pequeñas que son una caricia más que un dolor, y entonces yo ya te añoro, pero esto no puede seguir así, está ese hombrecito en mi cabeza, y me dice que esto no puede seguir así, me divorcio todos los días, y vuelvo, con el retorno de las memorias, pero y el presente, ¿dónde está el presente? ¿Dónde está nuestro presente? Me acuerdo de ese verso de Jackson Browne que dice que los mejores tiempos fueron cuando no nos esforzábamos, el esfuerzo hace de todo una goma de falta de comunicación, la incomunicación entre un hombre y una mujer, entre los hombres, todo vuelve y vuelve otra vez y no puedo decidirme, qué puedo tomar, tal vez Silica, o algún Natrum, Natrum Muriaticum, Natrum Sulfuricum, Natrum, sal, me va bien la sal, la sal de mesa, sal de mar, sal en todos lados, sal y más sal, un hombre salado, me siento afín a la sal, no puedo nadar en piscinas, no tienen sal, sólo puedo nadar en el mar, mar, más mar, tocar el mar, ver el mar, sentir el mar y ya soy otro, y por eso no he salido en diez años de esta isla, Manhattan. Cuando las cosas se ponen difíciles lo mejor es ir al mar, a ver las aguas saladas, sentir que el mar llega a un sitio lejano, a otro sitio con vida, otras personas, y las aguas nos unen hasta el final de los días, islas perdidas, personas que nunca hablarán conmigo, están ligadas a mí por la sal del mar, por la memoria del agua del mar, la memoria de la sal, la memoria del agua, los minerales, toda la historia del mundo está en él, en sus aguas, los piratas y mis antepasados que salieron de Sefarad, de Israel, que salieron en busca de un nuevo mundo aquí, porque los primeros judíos que llegaron aquí eran sefardíes, iniciaron el judaísmo en Estados Unidos, en Nueva York y en América, y no olvidemos a los conversos que supieron vivir en comunidades criptojudías en todo este continente, aquí estamos. Entro en la depresión y empiezo a hablar del mar, el mar sobre el que vuelo ahora mismo, si naufragamos nadie encontrará ningún rastro de nosotros, nos convertiremos en mar, trozos de cuerpos en el agua o dentro de peces que serán comidos por peces más grandes o más chicos o que acabarán su vida en un plato, seremos peces, seremos mar, seremos mar.

Pues es que lo hizo, un hijo de la Fátima, pero no explicó nada. ¿Fue una relación larga o un acto único? Niños nacen de las dos formas, no son muy exigentes para nacer, a los espermatozoides les da igual si salen de amor o de cualquier otra emoción, pero, era ya su amante antes de casarse, cuando trabajaba en casa de sus padres, una chica de quince años del monte, de Chauen, y él tenía treinta; ella tuvo ese hijo a los treinta y tantos años, casi cuarenta, tal vez pensó que le

quedaban pocos días de vida, que era su última oportunidad, y no importaba quién fuera el padre, y si iba a ser una sirvienta toda su vida por lo menos quería un hijo, o tal vez ocurrió una sola vez cuando mamá estaba en el hospital después de uno de sus cólicos, y él se quedó con otra mujer en la casa, los niños en la escuela, y ella plancha, prepara la comida y se la sirve, hace todo y sin darse cuenta es la sustituta de la mujer verdadera, lo único que queda es el sexo, y tal vez cuando lo entendió ya era demasiado tarde, ella le anuncia que está embarazada de cinco meses, y tal vez, otro tal vez y otro y otro más, no hubo más que un caso y siempre fue fiel, o tal vez había otras en sus viajes a Tánger, a Gibraltar, a Mogador, la mitad del tiempo no estaba en casa, pasaba el tiempo fuera de casa, y si hubo una entonces por qué no veinte, y si es así tal vez tiene hijos por todo Marruecos, tal vez hasta en Europa, en Madrid, en España, quién sabe, nunca lo sabremos. Quién puede dar respuestas a todo esto. ¿Mamá? No creo que ella crea ya en nada, no contó nada a nadie, nada de nada, no habló de esto con nadie, no se confesó delante de nadie, tal vez se lo contó a otra amante, a un psicólogo, no sabemos, tal vez a un amigo íntimo….

SILVIA

Cada vez que subo en un avión me resfrío, antes del avión, empieza todo una hora antes de llegar al aeropuerto. La tos seca, después, un estornudo o dos, y después sale sin parar, no tengo miedo de aviones, nunca tuve miedo de los aviones, tal vez es subconsciente, tal vez el aire acondicionado en los aeropuertos, no sé, y mi padre dio un golpe en la piedra y tuvo otro hijo, del que ni siquiera yo sé nada, papá, papá, ni a mí me lo contaste, ni a tu hija preferida, tal vez a Ruth, y tal vez querías olvidarte de eso, y tal vez lo olvidaste hasta el día en el que escribiste el testamento, cuentas con números secretos en Suiza… y un hijo secreto en Marruecos, a lo mejor son dos cosas que van juntas, y recuerdo cómo viajé a Madrid en 1977, dos años después de la muerte de Franco, y cómo viajé a lo del tío Alfonso, y todo era tan raro, en tres años éramos ya tan diferentes, los que llegaron a España y los que llegaron a Israel, por una parte estábamos más seguros de nosotros mismos, como si todo el pasado se hubiese borrado, las humillaciones, el sentimiento de vivir bajo el gobierno de otros, todo se borró y todo se quedó; por otro lado ellos parecían más satisfechos de sus vidas, con el country club y la piscina, los juegos de tenis y los cines modernos, Madrid la ciudad moderna, Jerusalén el pueblo, pero todavía tenían en ellos ese mismo miedo del goy, ese mismo miedo judío antiguo que no se puede sin él, tal vez nosotros también trajimos ese miedo y lo transferimos a los otros, los ashkenazim, cuando nos trataban de idiotas y creían que nos podían tomar el pelo, te acuerdas,

papá, querían que invirtieras tu dinero en una fábrica de la histadrut, menos mal que fuiste bastante inteligente para decirles que después de comprar la casa no te quedaba dinero, muy inteligente, no entendía por qué, dijiste que había inversores del extranjero pero que querían una fábrica privada, después cediste, como tantos antes de ti y después, y hoy, ¿dónde está su socialismo?, Israel se ha convertido en un país de capitalismo salvaje, los que dirigían los sindicatos de la histadrut se convirtieron en directores de bancos y aplastan a los mismos que oprimían antes, invento israelí, capitalismo de comunistas, dentro de nada podrán exportar la idea a Rusia y a otros países que fueron comunistas. Lo que me parece cómico es que después de casarme con Raymond, mi querido Raymond, e irme a vivir a París en la calle Victor Hugo, nada más ni nada menos, en poco tiempo volví a ser judía, no decimos a nadie que somos judíos, a pesar de que nuestro apellido es muy judío, pero no todos saben qué nombres son judíos; decimos a nuestros hijos que se comporten como todos, que no llamen la atención, y que no digan que su madre es de Israel, increíble… Democracia francesa, una forma delicada y sofisticada de cristianismo que espera que todos sean como ellos, antes era ser cristiano, hoy es ser francés, un ciudadano como todos. Hay sólo dos religiones que aspiran a ser universales, el cristianismo y el islam, y hoy cuando tiran piedras sobre la escuela judía tengo miedo de enviar a mis hijos allí, exactamente como temíamos las piedras que nos tiraban los niños marroquíes cuando salíamos de la Alliance Francaise, tal vez en España sea diferente, pero en París cada día las cosas van peor, y lo que nos pasa es que como siempre, los judíos buscamos justificaciones: los palestinos, los marroquíes que llegaron a Francia, la nueva Intifada, y que no, que es pasajero, y al final nos iremos con una maleta y cuatro trajes, eso es lo que va a pasar, bueno, debería dejar de pensar en eso.

— ¿Quieres un poco de güisqui? —me dice Alberto desde atrás.

—Sí.

—Al güisqui, esta familia nunca dice no.

—Tal vez me ayudará a curar el resfriado, y a lo mejor me da dolor de cabeza. Ya veremos.

Pensé que iba a venir para el mes, y volver inmediatamente, pero heme aquí, en un vuelo para Madrid, como decía la abuela, los viajes son cuando se ketbean, estamos buscando a Yosef Elbaz, hermano, medio hermano, casi treinta años, unos veintisiete, tal vez, ni siquiera eso está claro, sólo sabemos quién es su madre, y ahora mis hijos tendrán que esperar unos cuantos días para que vuelva, la chiquita me lloró en el teléfono, pero tendrá que esperar, cuántos días durará esto, dos, una semana, tal vez la señora Elbaz, nuestra Fátima, nos espera en la misma casa en la que crecimos. La compré, nos dirá, del dinero

que me mandó vuestro padre, nos contará cómo creció su hijo y lo inteligente que es, y que se fue a Bélgica, o, no, nos contará que se lió en una historia de tráfico de drogas y que está ahora en la cárcel, no, eso nunca lo contará, aunque esté en la cárcel nos dirá que se fue a Holanda, y que no sabe dónde vive, telefonea de vez en cuando, sí, claro, me llama y me manda dinero por Western Union, cómo pronunciará eso, en un español mezclado con árabe, le diremos por qué vinimos o lo mantendremos en secreto, no sé.
— ¿Quién quiere un hermano? —me pregunta mi hermano.
—Sí, es eso lo que todos nos preguntamos, si alguno de nosotros necesita otro hermano ahora. No nos interesa. Viajamos porque la herencia depende de eso, ¿verdad? Tal vez un poco de curiosidad, y tal vez una oportunidad de ir a Marruecos juntos, una ocasión que nunca se repetirá, pero sobre todo es el dinero, es lo que decía papá siempre, «en dinero no te fíes de nadie».
— ¿Qué tendrá eso que ver?
—No sé, pero aquí llega la comida y tendremos algo que hacer.
—Sí, ésa es la razón de ser de la comida, que tengamos cómo entretenernos.
Pero ni siquiera un plato lleno de comida aviónica es suficiente para que los pensamientos se paren, ni tampoco paran el resfriado, pido más Kleenex a la azafata, preferiría ver a mi hermano pequeño, el que se murió en la guerra, y no a un nuevo hermano. Es la única forma de convertirte en un verdadero israelí, un marroquí que se muere en la guerra se convierte en un israelí verdadero, hasta ese momento es medio israelí, debe ser que los muertos no amenazan a nadie. Muérete y conviértete en uno de los nuestros. Y no quiero pensar en eso, y mi hermano pequeño hoy tendría treinta y tres, o treinta y cuatro años, casado, con un hijo o dos, una edad maravillosa, tendría treinta y tres años, y no está aquí, y nadie habla de él. Todos pensamos en él pero no hablamos, el tema ha sido sellado, con otros trescientos otros soldados que explotaron con él, es a él al que quiero ver, y no a Yosef, que no conozco, qué podrá aportar eso, vamos a buscarlo pero lo que buscamos es dinero.

ALBERTO
Escribir, escribir, todo en el mundo está hecho para acabar en un libro, para ser escrito en una hoja, alguien que muere es un libro, es un poema, alguien mata, escribamos sobre eso, ataque terrorista, una amante del día, todo son palabras, veo los pensamientos de mis hermanos, un libro, estoy sentado aquí enfrente de mi Laptop, mis hermanos delante, y escribo, escribo sobre ellos, los escribo, escribo sobre mí, no pienso, no pienses, escribe, después vendrá la lógica, la única lógica es que todas las cosas son palabras, todo lo que pasa es

una palabra y otra palabra, Isaque viene de Nueva York a Madrid, corre con las palabras, las palabras explican todo o nada, qué importa, lo importante es documentar, mi padre se murió, pues muy bien, tenemos un libro, escribiré un libro sobre mi padre, sobre mi hermano muerto, sobre el divorcio, la segunda mujer, existe o no existe qué importa, se puede escribir sobre lo que existe como sobre lo que no existe, sobre lo que hubo y sobre lo que nunca existirá, el papel soporta todo, el lector soporta muy poco, no lee la mayoría de los libros, o los echa a la basura, pero la hoja, la hoja es el paraíso para escritores como yo, bombardeo la hoja, los ashkenazim me cabrean, cuál es el problema, puede escribirlo, puedo responder, mi aliyá fue un fracaso, otra vez y qué importa, como ya dijo Bukowski, lo genial en la escritura es que puedes encontrar a tu mujer follando con tu mejor amigo, y en vez de matarlo vas y escribes sobre eso un gran poema, y esa misma noche os podéis sentar los tres y beber una cerveza, o por lo menos puedes escribirlo, escribe más, aquí está Silvia que se gira y pregunta:

— ¿Sobre qué escribes tan rápidamente?

—Sobre todo, el güisqui, la azafata, la inspección de pasaportes…

—Ya, no escribas mucho sobre nosotros, a ti no se te puede decir nada, todo lo escribes al final en tus libros.

—No te preocupes, tengo pocos lectores.

—Entonces para qué escribes sobre nosotros, escribe cuentos sobre la luna, se venden mejor.

Sí, eso, cada uno tiene ideas sobre lo que debo escribir, por ejemplo, necesito con urgencia los cien mil dólares de la herencia, se acabaron las indemnizaciones del trabajo a medio tiempo que tenía en la Sojnut durante diez años, se acabaron, trabajo aburrido, pero por lo menos pude escribir tranquilamente durante dos años, y eso es lo importante, escribir, me digo y no me creo, si esto lo que es, es una enfermedad, una obsesión; sólo escribir, destruí mi vida para escribir, destruí mi familia, mi hijo tal vez, o quizá es mejor que haya crecido con su madre, si estuviera conmigo le destruiría más. Necesito el dinero, por eso voy a buscar a mi hermano raro, mi hermano secreto, mi hermano que quién sabe si está vivo, no sé, aquí en la hoja podría irme a vivir a París o a Madrid, pero mi vida ya la vivo en Jerusalén, desde hace tiempo, mi vida es Jerusalén y Jerusalén se ha fundido con mi vida, poeta jerosolimitano, escritor de Jerusalén, pero no de esos que escriben como Agnon, yo no, no escribo como Agnon, estoy sobre eso, y debajo de todo, yo escribo como Alberto Benzimra, sólo Alberto Benzimra escribe como Alberto Benzimra, y nadie entiende sobre qué escribe.

Qué hago, le pedí a Isaque que me diera un remedio homeopático, porque si pido algo así a Fortu se reiría de mí, pero en homeopatía se

puede tratar todo, tratar el dolor después de la muerte de mi padre, me lo dio por teléfono. «Toma Ignatia… Ignatia 7 CH». Genial, ¿no? Se puede hasta tratar un dolor de la muerte de alguien que murió hace quince años, no me importa si ayuda o si cura algo, las pastillas contra un dolor de garganta no ayudan en el ochenta por ciento de los casos, y si hablamos ya de cáncer todos los tratamientos dementes no ayudan en nada, pero por lo menos las teorías detrás de la homeopatía son mucho más literarias que las teorías sobre las cuales se basa la alopatía, que sólo quiere destruir enfermedades. En la homeopatía existe una sintonía entre cada persona y una planta en la tierra, hay una persona que es Natrum, tiene una afinidad con la sal, qué maravilla, una persona que es la personificación de la sal, a otro le va el veneno de serpiente, Lachesis, a otro el de la abeja, Apis, y cada persona desarrolla ciertas cualidades según estas paralelas, y puede cambiar durante su vida y ser una planta u otra.

Y mi padre guardó su secreto hasta la muerte, hasta treinta días después de su muerte, pero no se lo llevó a la tumba. ¿De qué tuvo miedo? De que su hija pequeña se casase con su hijo secreto de Marruecos. ¿Podría pasar tal cosa? Es muy improbable, imposible, debe ser que se sintió culpable de haber dejado a su hijo allí, con su madre, y desaparecer, tal vez pensaba que podría ocuparse de su familia y del hijo ilegal. ¿Pero en qué sentido es ilegal? Un hijo, con la Fátima, Fátima Elbaz. ¿Quién lo creería? Pero tal vez no era una cosa tan fuera de lo común, y pasó más veces que lo que sabemos, tal vez eso pasó a muchos padres, pero sólo mi padre pensó en no olvidar a su hijo, pensar en él, sufrir por él, añorar a un hijo que nunca vio, o que vio cuando tenía un año. ¿Cómo se guarda un secreto? Técnicamente parece algo fácil, pero por dentro, cómo vivió eso.

Ves, sobre eso puedo escribir una novela entera, el sufrimiento del padre, no es mala idea, pero ahora escribiré sobre nuestro viaje a Madrid, de Madrid a Málaga, un libro de viaje, un diario del viaje, odio los libros de viajes, pero éste será diferente, he notado que la mayoría de los libros escritos por marroquíes son libros de viajes, o incluyen viajes, todos quieren volver, volver a lo que ya no existe, al pasado, a la comunidad judía que ya no existe. Recuerdo que me preguntaron si volvería a Tetuán, y dije que no era ni una pregunta, Tetuán sin su comunidad judía no es Tetuán, no es cuestión de vistas, montes, mares, no se trata de eso, era una comunidad que vivía una vida paralela a las comunidades cristianas y musulmanas, eso era Tetuán. Lo mismo en Fez o en Casablanca, comunidades que eran en realidad autónomas, las relaciones eran cotidianas, pero toda la cultura existía independiente de las otras comunidades, pero estaban allí, nos penetraban, profundamente, y sólo aquí, en Israel, descubrimos hasta qué punto somos marroquíes, y no sólo judíos, los

mismo que en Madrid, o en París, o en Nueva York, descubrimos nuestro marroquismo, pero cuando volvemos a Marruecos viajamos a Marruecos, de vuelta estamos lejos de los musulmanes y somos judíos de nuevo. ¿Adónde os fuisteis? preguntamos, ¿dónde estáis? ¿En qué os habéis convertido sin judíos?

Ciudades en las que vivieron judíos durante cientos y miles de años de pronto vacías de judíos; quedan cien en Tánger, trescientos en Fez, y veinte mil en Casablanca, durante trescientos años en Tetuán había más de un quince por ciento de judíos, toda la vida se vivía alrededor de los judíos, todos los inmuebles del centro de la ciudad fueron construidos por judíos que viajaron a las Américas y volvieron a su ciudad, y ahora es como un cuerpo sin riñones, no funciona verdaderamente, y eso lo que pasa en todo el Magreb, algo falta, y ellos lo saben, saben que algo está ausente. Argelia sin judíos —dijo un escritor en la televisión francesa—, después de 1962, Argelia de pronto se encontró por primera vez en su historia, sin judíos, esto no es menos verdad para Polonia, o Latvia, Egipto, Libia, Irak, Siria. El sionismo creó una casa para los judíos, y en ese camino dejó países enteros sin judíos, ciudades enteras se convirtieron en desiertos, no es sólo el sionismo, claro, el colonialismo empezó con esto, dieron a comprender a los judíos que eran diferentes de los musulmanes, y que podían llegar a París o a Londres, ellos sembraron la razón de su destierro, ya no querrán vivir al lado de estos primitivos.

Y ahora los marroquíes musulmanes son extranjeros a ellos mismos, el exilio se creó en su país porque Marruecos sin judíos es un Marruecos en el exilio. Pero los judíos de Marruecos son extranjeros en todo el mundo, hasta en Marruecos, ya no están allí, son extranjeros en París, porque no son franceses, porque esperan de ellos que sean franceses, pero en Jerusalén son más extranjeros que en ningún otro país, porque les está prohibido ser marroquíes, ésa es la vergüenza. Mi padre decía que era de España, que es también verdad, pero la razón no era la buena, lo decía porque ya estaba harto de que le dijeran que era un marroquí con cultura, como si él conociera marroquíes diferentes.

—Escribes sin parar, te vino la musa, ah… —Un chistecito de mi hermano Fortu.

—Sí, no me molestes.

—No te voy a molestar, pero hay aquí una botella de güisqui que compré. Toma un vaso. Un vaso de plástico, qué se le va a hacer, te hhayyeará el espíritu.

Parece como si hablaran a mi lado sin parar, pero no estoy seguro, tal vez oigo muchas palabras, porque es lo que ellos piensan, y oigo sus pensamientos, yo también podía decir que venía de España, el español es nuestra lengua, muchos judíos de Tetuán y de Tánger aprendieron a vivir en esa mentira, sobre todo los que dicen que sus padres son de

España, judíos en España casi no había en los años cincuenta y hoy mismo hay tan pocos, me sorprende que no volvieran mas judíos a España, tal vez Franco evitó que eso pasara, y muchos se fueron a Francia, en los años de las grandes olas de emigración, los años cincuenta, sesenta, había que salir deprisa, dejar todo, dejar dos mil quinientos años de historia y seguir para adelante, es como una llamada genética interior, incomprensible e inexplicada, como una orden y no algo que se podía decidir, y ya no se puede decir si tenía razón o no, que podían haber tomado otras decisiones, cientos de parámetros llevaron a esa decisión de dejar Marruecos, el colonialismo, el sionismo, la independencia de Marruecos en 1956, los intentos de matar al rey Hassan segundo, el sionismo mesiánico en el que creían profundamente los judíos de Marruecos, y otras mil razones, parece como si todo se hubiera volcado en esos pocos años para que Marruecos se vaciara de judíos, no puedo ni decir si es algo bueno o malo, está por encima del mal y del bien, es lo que pasó, es lo que pasó, era el destino, es lo que construyó a Israel. Sin los marroquíes, Israel no hubiese podido existir en los años cincuenta, nadie admitirá eso, pero era una necesidad a la que respondieron los judíos marroquíes con calor, pero se quedaron detrás, o los dejaron detrás, les quitaron todos sus bienes, sobre todo les quitaron un sistema de educación ejemplar, el de la Alliance Francaise, lo que más me hace reír hoy es que los padres marroquíes son considerados padres que no se preocupan de la educación de sus hijos, cuando era justamente eso el centro de la vida comunitaria judía desde mitades del siglo XIX, y era la preocupación más importante de los dirigentes judíos, todo se sacrificaba en nombre de la educación de los niños para ayudar a los que no podían pagarse los estudios. En 1960, el noventa y cinco por ciento de los niños judíos en Marruecos estaban en escuelas, el noventa y cinco es un porcentaje casi increíble, y fantástico, el ochenta por ciento de éstos estaban en escuelas de la alianza, que se abrieron hasta en pueblecitos en el Atlas, los otros estaban en escuelas religiosas, y después, la división es bastante clara, los que llegaron a Francia llenaron las universidades, y los que llegaron a Israel no acabaron ni el bachiller, y eso quiere decir que como nota le daremos un cero a la educación ashkenazi, queridos ashkenazim, ¡habéis fracasado rotundamente! Y tal vez era eso lo que queríais, fracasar en este caso, vete a saber.

Y mi padre dejó allí a un hijo, un recuerdo a la tierra, nació medio año antes de su emigración, como si no pudiese dejar el sitio donde nació, oí hablar de un primo que dejó Tetuán hace cinco años, uno de los últimos, y cuando llegó a Málaga tuvo un cáncer y se murió un año después de irse, no podía imaginarse fuera de su ciudad, hay personas que están más atadas al sitio donde nacen que otras, y mi padre dejó

un hijo, un hijo que crecerá sin ver a su padre, dejó un espermatozoide, una raíz para que crezca en su tierra en las próximas generaciones.

✺

—Nos paramos un momento, y el mundo no se paró con nosotros, siguió volando.
— ¿Adónde corre? ¿Qué prisa tiene? ¿Adónde nos lleva?
—A nuestra muerte.
— ¿Y por qué el mundo necesita nuestra muerte?
—Para correr.
—Somos su gasolina. Nuestra muerte es su energía.
—Como el gato que come a su pescado.
—Sí, pero por qué lo hace tan deprisa, por qué no más despacio.
—A la velocidad de la luz. El mundo teme nuestra luz.
—Tiene miedo de que si seguimos vivos le quemaremos.
—Somos sus árboles, somos el fruto de sus árboles, somos las semillas de sus manzanas, su futuro depende de nuestra muerte.
— ¿Y si desaparecen, entonces, dónde van nuestras memorias?
—Al próximo árbol y al próximo fruto que el mundo comerá en su próximo almuerzo.

Victor Hugo

Los padres de Marcel Benzimra tenían un apartamento en la calle Victor Hugo n.º 13, en el segundo piso. Ese jueves otoñal de septiembre decidió Marcel presentar por fin a sus padres a su compañera de sus últimos tres años, Zohra Elbaz. Zohra estaba vestida de forma simple y delicada, una túnica azul larga, una cadena de perlas blancas, que acentuaba su piel blanca y sus ojos azules. Zohra estaba muy impresionada por el salón que producía en cada paso la sensación cálida de la madera. Le gustaba la madera y le recordaba a su madre cuando la acompañaba a las casas de ricos en Tánger. ¿La madera recuerda a su madre o a las casas? «Tú no serás como yo», repetía su madre, y fue esa certeza la que empujó a su hija a la prestigiosa universidad de París XIII a estudiar ginecología. Se fijó durante un largo rato en el salón y se desconectó de las voces que llegaban a ella mientras la presentaban la señora Mercedes y el señor Maurice Benzimra, los padres de Marcel. «Madera y mármol, mármol y madera, me gusta esto», se dijo. A la entrada de la casa había un vestíbulo con un mueble para el teléfono, de encina oscura, y a su lado una biblioteca, que sin duda pesaba más que los libros numerosos

que contenía, con puertas de cristal. Enfrente una mesa grande bien organizada, con lo que parecían ser platos de Rosenthal, como los que todavía recordaba de su infancia, sobre piernas en forma de S. A su lado se veía la calle desde otra ventana hecha de madera maciza. Entre la mesa y la ventana una mesita con el televisor, que se parecía a un fogón y daba la impresión de personas sentadas alrededor contando cuentos sobre Antártica, sillones de cuero y una mesa de madera en el medio. Detrás el mueble más bello de todo el salón, por lo visto un armario de bebidas alcohólicas, con dibujos chinos en la puerta. Confusamente oyó a la madre de Marcel que le pidió que se quitara los zapatos, «como en la mezquita», pensó, y le pidió que se pusiera unas zapatillas para que no pisara la moqueta.

—Me gusta mucho la madera —dijo mientras se quitaba sus zapatos y los cambiaba por los nuevos, sin fijarse mucho en lo que hacía.

—Es un salón muy bonito, fabuloso, delicado, todo está en su sitio y todo es muy bello.

—Sí, y tu nombre, Zohra, es muy bonito, viene de la palabra «zohar» en hebreo, resplandor —dijo Mercedes.

Maurice los acompañó a todos de inmediato a los sillones.

— ¿Quieren beber algo?, un petit aperitif, un Pernod, o un Glenfiddish, hay un güisqui que me gusta mucho, Glennmorrangie, lo recomiendo.

—Creo que prefiero un Pernod con mucha agua.

—Yo también, como Zohra —dijo, aunque hubiese preferido el güisqui.

—Puedes beber güisqui —dijo Zohra, leyendo sus pensamientos—. No tienes por qué ser tan cordial.

—Fue casi un reflejo…. Bueno, papá, beberé un güisqui, como tú.

—Veo que tu paladar está mejorando, abrí también una botella de Bourgogne de 1988, muy buen año.

—Sí, pero no como el 59.

—No, como el 59 no hay, ni habrá.

—Entonces qué estás estudiando —preguntó la madre mientras venía con vasos gruesos y pesados.

—Ya acabé, soy ginecóloga, únicamente me quedan dos meses de prácticas en el hospital.

Ginecóloga y cada vez que decía esa palabra, pensaba en que nunca podrá tener hijos. O tal vez será una investigadora y encontrará un sistema para hacer un trasplante de útero. A pesar de su feminidad acentuada

o tal vez a causa de ésta, desde que descubrió que no tenía útero se sentía como media mujer. Intentaba convencerse de que no era así, de que la feminidad de una mujer no pasa por el parto, también encontraba argumentos en los que, como feminista creía, pero todo

esto no le servía de nada en el momento en que decía la palabra ginecóloga. «Tal vez debía haber aprendido psiquiatría», pensaba, pero esto tal vez era una imposibilidad. Para ella ocuparse de una mujer en un parto era la forma de sentir su feminidad enteramente, si no puedes dar a luz, ayudar a dar a luz y cuanto más mejor.
—Muy bien —dijo Mercedes—, me parece muy bien que una mujer aprenda ginecología. Yo también quería aprender, quería ir a aprender arquitectura en Madrid, pero en esa época las mujeres no viajaban solas, ni aprendían en universidades, pero yo me empeñé hasta que casi convencí a mi padre, al que convencía de casi todo lo que le pedía, le pidió a mi hermano que estaba estudiando medicina en Madrid que fuese responsable de mí, pero mi hermano no estuvo de acuerdo, era un estudiante y quería pasárselo bien, así me convertí en ama de casa y crié cinco hijos, aquí en París.
—Que no es menos importante que trabajar —dijo Zohra—, las mujeres ya no quieren parir, creen que es algo que las disminuye, ya ni se ven niños por París, no hay niños chicos, como en Tánger, allí las calles están llenas de niños, es algo que siempre me hace sonreír.
—Nosotros también en Marruecos, sabes, sí, ves niños, hay niños, pero no tienen qué comer —dijo Maurice.
—Sí, eso sí, deberían tener para comer. Tal vez volveré a Tánger a ocuparme de las mujeres de allí.
A Mercedes le asustó un poco esa frase, eso es lo que le faltaba, que su Marcel vuelva a Marruecos.
—Era una broma, mientras esté con Marcel me quedaré en París.
—Oye, Marcel, ¿por qué no nos dijiste que tu amiga era de Tánger?
—No es exactamente de Tánger, nació en Tánger, pero su madre es de Chauen, sabes dónde es Chauen, ahora se llama Chefchauen, su madre vivió en Tetuán y en Casablanca. Ella se crió en casa de su abuela.
—Sí, es verdad, pasé mi infancia en Chauen, una colina y algunas casas, una maravilla. A veces iba con mi madre a Tánger, era el día de fiesta, pero nunca acompañé a mi madre a Casablanca, estaba demasiado lejos para una niña.
Eran las dos del mediodía, el sol otoñal parisino dejaba un aire de alegría y calor, que se hacía presente a lo largo de la charla. Maurice pensaba muy a menudo en el sol fuerte de Marruecos, en los días nublados de París, y a pesar de que siempre le alegraba el sol cuando salía en su nueva ciudad, ese sol siempre venía con la amenaza de nuevas nubes que lo cubrirían y de la lluvia que vendría con éstas para destrozar la fiesta.
Sobre la mesa estaban los dos vasos de güisqui de los hombres, el vaso de Pernod, un platito de cacahuetes, aceitunas y almendras. Bebían y miraban cada uno hacia el techo. Zohra se preguntaba cómo es que la charla llegó a Tánger, con Marcel nunca hablaron de eso, pero aquí,

en la calle Victor Hugo, era casi una obligación. Zohra sentía que era algo inevitable. En encuentros entre minorías siempre se llega a la ciudad natal, y no sólo al país, se llega a la ciudad o al pueblo. Notó la mirada sonriente de Maurice cuando hablaba de Chauen.

Mercedes pensó que su hijo merecía una mujer más culta, Zohra parecía una chica de familia pobre que gana una beca y que así llega a la universidad. Y era exacto. Fue una alumna excelente en su escuela y por eso la enviaron a terminar su bachiller en Rabat, y después ganó una beca para poder aprender en París. Algo le molestaba mucho en Zohra, pero no podía verbalizarlo, algo secreto e incomprensible. Era una intuición femenina que le aparecía frecuentemente. Marcel hubiese preferido que este encuentro no ocurriese, como dijo:

—Somos ya adultos y no hay que meter la familia en esto. Pero Zohra insistió en aceptar la invitación de su madre, que repitió casi cada semana en el último año. Al final llegó el anuncio de Mercedes.

—El almuerzo está preparado, por favor pasen a la mesa.

Camino a la mesa. Zohra pensó en Victor Hugo y su amor por sus libros, sobre todo la gustaba La Légende des siècles, y oyó a la madre de Marcel diciendo que el roti no había salido justo como ella quería, y que esperaba que les gustara la comida. El primer plato era una quiche lorraine.

—Perdón —dijo Zohra—. Pero no como cerdo.

—¿Comes kasher? —preguntó Maurice.

—Pues no exactamente.

—Nosotros tampoco comemos casher exactamente, bueno, si tenemos invitados que comen casher entonces comemos casher, pero hace ya años que no creo en esas cosas.

—No es judía —dijo Marcel.

—¿Qué?

—¡Una no judía que no come cerdo! Será vegetariana.

Zohra vaciló un momento y se preguntó si decir que era musulmana, no parecía que a los padres de Marcel les preocupara mucho que no fuera judía, pero tal vez sí les preocupara que fuese musulmana y no cristiana.

—¿Cuál es tu apellido?

—Elbaz.

—Elbaz, yo conozco muchos judíos que se llaman Elbaz, entonces tu padre era judío y tu madre no.

—¿Podemos cambiar de tema? —dijo Marcel.

—¿Por qué? —insistió el padre—. ¿Qué secreto hay aquí? En esta casa se puede comer lo que uno quiera y ser lo que uno quiera, no tenemos prejuicios sobre nada, son los goyim los que tienen prejuicios sobre nosotros. Mi padre viajó a un pueblo en España hace setenta años y creyeron que si era judío tenía cola.

Marcel intentó otra vez cambiar de tema, y hablar de la actualidad y del euro.
—Creo que es el fin, en cuanto cambien al euro, será el fin del capitalismo —dijo Marcel.
—Tú eres siempre muy optimista.
—Mi teoría, y no soy un economista, es que lo que sostiene a toda la economía es el dinero negro, el dinero que pasa de una mano a otra sin que alguien venga y tome una parte, en el momento en que pasen al euro, mucho dinero negro desaparecerá, y qué pasará entonces, habrá una recensión terrible. Además de que han hecho un estudio y muchos negocios pequeños y medianos no están preparados para el euro y van a quebrar, y en Francia a todo el mundo le gusta quebrar, y entonces habrá un premio Nobel de paro sin precedente.
Zohra entendió que Marcel intentaba evitar toda discusión sobre su religión o sus orígenes, como si se avergonzara.Tal vez no era cuestión de vergüenza, pero pensaba que ya eran adultos y que mejor no meter a la familia en sus decisiones.
Después llegó el roti con una salsa de champiñones, le gustó.
—Veis, no soy vegetariana —sonrió—. Simplemente no me gusta el cerdo. —Con esto creyó que zanjarían el asunto.
—Sabes una cosa, en la época de la Inquisición, en España no se podía no comer cerdo; una mujer que no le gustaba el cerdo llegó a un tribunal de la Inquisición, hay muchos ejemplos de juicios de esta clase, pensaban siempre que se trataba de un judío. Ahora todos los judíos comen cerdo. ¿Cómo los acusarían? Meterían a la cárcel a todos los vegetarianos y tal vez a los musulmanes, pero en Europa hasta los musulmanes comen cerdo, en Europa todos comen cerdo.
Maurice empezó a entender difusamente que era una musulmana, se acordó que el apellido Elbaz es también un apellido árabe, hubo un ministro egipcio que se llamaba Elbaz, y no sabía si hablar del tema. ¿Qué pensaría su mujer? Pero él también se sentía confuso, que su hijo se casase con una goyá no le importaba, «pero con una árabe», pensó, «son nuestros enemigos y no para eso salimos de Marruecos», se dijo.
—No tenemos ninguna intención de casarnos —dijo Zohra.
—¿Quién habló de matrimonio? —dijo Marcel.
—No sé. Pero quería precisarlo, porque tal vez tus padres piensan que si vine a comer a su casa es porque queremos casarnos, pues no.
—¿Tú también formas parte de esas mujeres que no quieren hijos? —dijo Mercedes.
Zohra sonrió tímidamente, y a pesar de que sólo eran las tres y su turno empezaba a las seis, decidió utilizar su trabajo como pretexto para marcharse después del almuerzo.
—Tengo que pasar por casa y después ir al hospital, mon chéri, encantado de haberlos conocido, me gustó mucho la comida, y no, no

quiero postre, engorda, y tengo que irme—.Y sin dejar a nadie el tiempo de reaccionar corrió hacia el abrigo y salió rápidamente.
La casa se quedó silenciosa, el padre de Marcel no sabía si hablar del tema, pensaba que era una árabe, pero no sabía si podía estar seguro y su madre que también empezó a darse cuenta, tampoco sabía cómo reaccionar.
—No tenemos ninguna intención de casarnos, sólo vivimos juntos —dijo Marcel.
—Sí, claro, a veces las cosas empiezan por eso —dijo la madre.
—Lo sabía, sabía que no debía poneros a todos juntos, sabía muy bien que esto iba a acabar mal, y además, no es asunto vuestro lo que yo haga.
—Bueno, no y sí es, eres nuestro hijo —dijo Maurice.
—Bueno, esto se acabó, tengo treinta y cinco años y yo decido con quién vivo.Y además no tengo ninguna intención de casarme con ella, que quede claro, estamos inscritos en la municipalidad como amantes, se llama concubinage.
—¡Concubinage! —dijo el padre la palabra una y otra vez, como si ésta no existiese—. Imagínate que tu madre y yo no nos hubiésemos casado, tú no habrías nacido.
—¿Y?
—Pues eso, no habrías nacido.
—Y si no hubiese nacido no tendríamos esta discusión, y entonces no podrías decirme esa frase. No queremos tener hijos. —Marcel se preguntó varias veces si les decía que Zohra no podía tener hijos, tal vez los tranquilizaría, pero quizá sucediese lo contrario. Pero en vez de decirlo, se enfureció y dijo—: ¿Cuál es el problema? ¿Qué es musulmana? Ése es el problema, si fuese cristiana no diríais nada, ¿verdad? ¿Qué importa si es musulmana o no? No es nada religiosa, no come cerdo, pero es más bien porque no le gusta que por religión, es una parisina como todas las parisinas, y se llama Zohra, nada más. ¿Y qué?
—Bueno, para, para, está bien —dijo Maurice—, tienes razón, no te estamos juzgando, pero piénsalo, es verdad, que si fuese cristiana no reaccionaríamos de la misma forma, pero no es porque somos racistas, simplemente es algo menos común.
—Pues ya os podéis acostumbrar a la idea, porque va a ser más y más común.
—¿Qué? —dijo Mercedes—, ¿esto quiere decir que si tenéis un hijo va a ser un árabe? ¿Un niño árabe? ¿Para eso nos escapamos de Marruecos? Allí obligaban a nuestras hijas a casarse con musulmanes y aquí lo hacéis por vuestra propia voluntad. Ves lo que le pasó a Sol Hatchuel, que murió santificando el nombre de Dios para no convertirse al islam, y vosotros lo hacéis por vuestra propia voluntad.

—Y yo que creía que venía de una familia liberal y abierta. Que estábamos abiertos a todos.
—Yo también pensaba eso, pero por lo visto ellos no están abiertos a aceptarnos. ¿Has visto lo que dicen sobre Israel en la televisión? Otra vez tenemos la culpa de todo, como si nada hubiese pasado en el siglo veinte, nos matan y tenemos la culpa de todo.
—¿Qué tendrá esto que ver con Israel? ¿Qué tiene que ver mi amiga con Israel? Tal vez tiene que ver con la shoah… con Sol La tsadika… ¿Con quién más? ¿Con Moshe Rabenu? Todo lo que quiero es vivir con ella, salir de paseo con ella, volver a ella después del trabajo, hacer el amor, ir de vacaciones y para todo esto necesito a alguien que me entienda, y ella me entiende, este país es laico, os acordáis, la religión murió aquí, se acabó, somos franceses, comprendéis, ella es francesa y allí se acaba la historia.
—Eso es lo que pensaban muchos judíos en Alemania antes de los nazis.
—Bueno, ya sabía yo que íbamos a llegar a los nazis, así ya no se puede discutir de nada, mataron a muchos judíos que se consideraban alemanes, ellos los definieron como judíos. Cuando los alemanes entiendan eso, y también nosotros, entonces entenderemos que los nazis lo que querían era matar gente y nada más.
—Y por casualidad cuando a alguien le da por matar gente empieza por los judíos, como los árabes ahora. Se comportan mal y matan judíos, un primer ministro israelí hace una falta y matan judíos, judíos que viven en Francia y nos ponen una bomba en la sinagoga o en Rosenberg, así son los goyim.
—Veo que estás en un estado de ánimo judío muy pesimista, tal vez es por la Intifada, o tal vez cada judío llega a un momento en que lo ve todo negro, pues tengo buenas noticias que darte, Zohra no puede tener hijos, no tendrás un nieto musulmán. ¿Te tranquiliza eso? Me voy.
—Quiero un nieto judío, eso es lo que quiero, ya tengo bastante con que tu hermano se casara con una goyá y que le lleve a la iglesia, ella también era laica pero ahora va a la iglesia, un Benzimra que va a la iglesia. ¿Quién creería eso? Mi hermana tenía razón, debíamos habernos ido a Israel, y no a ningún otro país.
—Sí —dijo Maurice—, pero entonces vivirías en un barrio pobre en Beer Sheva, como ella, y no en el mejor arrondissement de París.

✺

—¿Dónde estás, hermano?
—En el Japón.
—¿Y qué haces en el Japón?

—En el Japón busco al Japón.
—¿Y lo encuentras?
—Sí. Es un Japón de papel y de cartón. Le escribo sobre una hoja. Es letras sobre una hoja
—¿Cuándo volverás?
—Las horas se hacen largas y la cuna ya no llora.
—Veo a tu hijo en una nube.
—Es la nube en la que estoy descalzo y la nube en la
que parto.
—No es tarde, ¿sabes?
—Nunca es tarde, pero yo no puedo volver. Me he convertido en pájaro.
—Los pájaros vuelven.
—Y se van volando.

Barajas

ALBERTO
Fue uno de los viajes más extraños de mi vida. ¿Es que podría haber sido diferente? Barajas, aeropuerto cansado, lleno de vestíbulos, cafeterías y restaurantes escondidos y mediocres. En los aeropuertos encuentras los peores restaurantes y también pésimos cafés. Es improbable que el cliente vuelva o que el dueño siga con el negocio más de un año o dos. A nadie le importas mucho. Los camareros nunca saben quién dejará propina y quién no, cada país tiene sus costumbres, algunos dejan un veinte por ciento, los americanos un dólar, los franceses unas monedas sin valor, los españoles la vuelta, los alemanes nada, especialmente si pone en la cuenta que el servicio está incluido.
Llegamos antes que llegara el vuelo de Isaque de NuevaYork, y por lo tanto fuimos los tres a esperar que llegase su avión, y después el programa era subir en el primer avión a Málaga, a eso de las cinco de la tarde. En la sala de espera vi a alguien que me parecía conocido, demasiado conocido. ¿Será mi hermano muerto?
Israel dando vueltas por los aeropuertos, el hombre con la maleta se parecía a él, pero no sólo se parecían, se parecía a él justo antes de su muerte, como si no hubiese crecido. Le miré, él a su vez me miró, y volvimos a mirarnos una y otra vez, parecía alguien que no iba a ningún lado, alguien que vive en aeropuertos, el judío errante, o el hombre de los aeropuertos, hombre que sube al avión, llega a un aeropuerto, llama por teléfono, se sienta un par de horas en un

restaurante con su ordenador portátil, y después sube a otro avión, nunca duerme en el mismo lugar en donde se ha despertado y no tiene nombre o tiene todos los nombres. Otra vez me miró, y se adelantó a mí para saludarme, y entonces yo me puse a mirar a otro lado. ¿Qué le puedo decir? ¿Que se parece a un muerto? ¿Que se parece a mi hermano? Siguió andando y después volvió a mí. Finalmente le dije sin muchas ganas «Shalom» en hebreo, respondió «Alejem Hashalom», como suelen hacer los judíos de Marruecos.
—Viajamos a Tetuán —le dije, como si fuese algo evidente. Estaba claro que era de esa zona, y me pareció lógico decírselo.
—Yo también, por Málaga.
—¿Cómo te llamas?
—Yosef.
—¿Yosef? ¿Yosef qué…?
—Yosef Israel. Mi apellido es Israel.
—Sí, sí, es un apellido común en Tetuán, estudié con una de Israel en la escuela, Alegría Israel, sí, eso, Alegría, se llamaba Alegría.
—¿Sí? Es mi tía, mi tía.
—¿Y cómo está?… Y ¿cuándo naciste?
—En 1980, hace veinte años.
Bueno, pues no es él, no puede ser él, son diez años de diferencia.
—¿Sabes una cosa? —dijo—, te pareces, y no puedes imaginar cuánto te pareces a un tío mío que se murió hace cinco años, sabes, se murió en Israel hace cinco años, en un atentado terrorista, en Jerusalén, en 1996, te acuerdas, se llamaba David Zohar, ése era su nombre, se murió en el atentado de los dos autobuses, por eso te miraba así, por eso…
¿Esto qué es? ¿Es un libro? ¿Un cuento? ¿Qué es esto? ¿Estamos en un libro de Auster? ¿Es que esto nunca se va a acabar? ¿Le digo que se parece a mi hermano muerto o lo dejo para después? ¿No es suficiente que me parezca a su tío?
—Sí, bueno, muchos judíos se parecen los unos a los otros. —por más que intenté no decírselo—. Tú también te pareces mucho a…
—¿A quién?
—No, déjalo, prefiero no hablar de eso.
—Bueno, como quieras, tengo que coger al vuelo de Málaga.
—¡Ah! —dije aliviado—, nuestro vuelo sale a las cinco, estamos esperando a mi hermano, que viene de Nueva York, para viajar con él.
—Tal vez nos encontremos en Tetuán, en la sinagoga o en el cementerio… seguramente subiréis al cementerio, a zorear las tumbas de vuestro antepasados.
—Tal vez en la sinagoga, yo no voy a cementerios,
mis hermanos tal vez vayan. —Bueno, shalom. Después busqué a mis hermanos, no estaban muy

lejos y les pregunté «¿Habéis visto?», pero ninguno de ellos sabía de qué estaba hablando, y ninguno había visto a Yosef Israel. Se empeñaron tanto en que no habían visto a nadie, y que estuvimos juntos todos, que empecé a preguntarme si esto había pasado. ¿Tal vez era mi pensamiento literario que empezó a meterse en mi vida? Mis dos hermanos me miraron como si estuviese un poco loco, o como si el viaje hubiera empezado a trastornarme.

✺

—Te dejo, hijo.
—Pero te quedas.
—Me voy, mi país ya no me soporta.
—Mientras yo estoy aquí, tú también lo estás.
—Pero nadie lo sabe.
—Lo sabe la hormiga que busca el pan.
—Volveré.
—Lo sé.
—Aunque estaré muy cambiado.
—Yo también.
—No me reconocerás, no te reconoceré.
—El camino nos dará nombre.

SILVIA

Me preguntas, mi reina, qué pasó en Barajas, era como una baraja de cartas, tal vez cartas de tarot, cuando sale el trece es la muerte, el ángel de la muerte, pero esta muerte no es una muerte física, es la destrucción de algo para que se construya lo nuevo. Creo que todos cambiamos en ese momento, todos los hermanos y los medios hermanos, la familia, el mundo cambió del todo. Alberto se comportó de una forma muy extraña, pero la razón es que él habló, él contó lo que le pasó, yo no se lo conté a nadie. Ni siquiera ahora estoy muy segura de que todo esto pasara de verdad, no estaría segura ni aunque lo viese proyectado en una película filmada cuando las cosas acontecieron. Estamos todos esperando que Isaque llegue de Nueva York y veo una mujer, con el pelo muy corto, que se parece, no se parece, no es eso parecer, es idéntica a Israel, como si hubiese vuelto de los muertos con cara de mujer, tal vez un poco más mayor, tal vez una equivocación del tiempo, me acerco a ella y me responde en francés, su pelo corto y masculino, parecía un adolescente, y si le hubiesen quitado el maquillaje era exactamente él. Nunca había pensado que Israel tuviera un aspecto femenino, pero tampoco era

muy masculino, y esta mujer también era femenina pero no de una forma exagerada.
—Perdón, ¿quién es usted? —pregunté, y ¿qué podía preguntarle?, ¿qué podía decir?
—¿Qué quiere decir quién soy yo? ¿Qué le importa a usted? —respondió un poco enojada, seguíamos hablando en francés.
—Perdóneme —dije—, me resulta usted conocida, tal vez sería mejor decirlo así. ¿Vive usted en París?
—Pues sí, al lado de París, estudio en París. ¿Cómo se llama usted?
—Silvia.
—¿Silvia? ¿Silvia qué?
—Nahon.
—Pues no, su nombre no me dice nada, no creo que nos conozcamos.
—No, probablemente no nos conocemos, pero usted se parece mucho a alguien que conozco.
—Ajá, ahora me parezco a alguien que conoce, ¿tiene usted otros cuentos?, ¿se siente usted bien?
—No —dije—. Pues no, no me siento bien, no, usted se parece a mi hermano, a mi hermano que murió hace diez años. —Y lloré.
—Perdón, perdóneme, lo siento —dijo—. Lo siento mucho. ¿Cómo podía saberlo? Me parezco a su hermano. Bueno, son cosas que pasan, a veces la gente se parece. ¿Quiere usted beber algo? ¿Dónde vivían?
—En Israel, y se murió en la guerra del Líbano.
—Y yo soy de Marruecos, y usted cree que me debe importar un soldado israelí que murió en la guerra del Líbano, usted cree que debo llorar por él, los aeropuertos son como manicomios, yo, aquí, dando un pañuelo a una judía cuyo hermano murió matando árabes y palestinos, y ¿también quiere usted que le tenga piedad?…
Era el momento, tal vez, de pedir perdón por haberla enojado con mi historia, es de Marruecos, y la gente de un mismo país se puede parecer, tal vez de la misma región… claro que no es una razón para imponerse sobre otras personas. ¿Qué debía haber dicho? ¿Tienes una respuesta, mi reina? Tal vez le podía decir que se fuese a la mierda con sus libaneses, que qué tienen ésos que ver con una marroquí, mi hermano se murió allí, sin ninguna razón, como un idiota, como todos los idiotas que se mueren en las guerras… No, mi hermano menor no es un idiota, él no, pero sabes lo que le pasó a esta chica, cuando se fue, se le cayó su bufanda rosa transparente, lo ves, y yo la guardo, la tengo aquí, como si algún día fuera a servir para algo, no sé cuándo, ni sé por qué, pero me parece algo muy importante.
Y sabes, miré a mis hermanos, y no vieron nada, no se dieron cuenta que hablé con ella, nada, walu, como si no hubiese pasado, y miré a Alberto y entonces me contó sobre ese israelí que encontró, pero cuando ocurrió todo esto, no pasó ningún tiempo, hubo algún

momento en el que el tiempo se equivocó en Barajas. ¿Qué pasó en ese segundo? Tal vez horas, años, vidas. Todos estábamos confusos. ¿Habremos soñado un sueño?

ISAQUE

Me asustó terriblemente durante unos segundos y todo era tan raro, llego y los veo enfrente de mí, mis tres hermanos, y corro a besarlos, y voy hacia ellos, y de pronto desaparecen, no los veo, estaba seguro de haberlos visto, que estaban enfrente de mí, pero de pronto nada, como si nunca hubiesen estado allí, miro a la derecha, a la izquierda, detrás, delante, y nada, nadie. Una mujer musulmana con un pañuelo en la cabeza y con pantalones, por lo visto una marroquí, gritaba sobre sus dos hijos, Yusuf y Zohra, y me acordé que el nombre de ese hermano desconocido y desaparecido era Yosef, y vi que los dos, los dos niños se parecían mucho a Israel cuando era pequeño, y la niña se parecía a Ruth, la hermana pequeña y amada, que ahora tiene una fábrica de hijos, ya tiene seis hijos, más que todos los otros hermanos juntos, una fábrica de nietos, y los abuelos critican su religiosidad pero se ponen muy contentos cuando llegan los nietos a casa. El abuelo ha muerto y la abuela seguirá ayudando, pagando, guardando a los niños, y todo lo demás, con esa sonrisa en su cara y una cara crítica porque sólo tengo un hijo, y los otros dos o tres por familia, europeos comunes, un niño un perro, y un Mercedes, ése es el sueño, bueno, no el mío, yo querría más hijos, cinco más, pero para eso necesito encontrar una mujer más maternal, y ésas son o muy religiosas o se parecen a mi madre; me atraen las más sexis, las delgadas y no muy maternales, las que cambian de camas y de hombres, una mujer nueva que no existía hace cien años, ésas me atraen, sobre todo si son manipuladoras, dicen medias verdades pero no mienten, juegan con su feminidad como si ésta fuese una cuenta de banco con muchas acciones y mucho movimiento diario de compra y venta. Y en esto que sigo dando vueltas por Barajas, buscando a mis hermanos que desaparecieron de pronto, y como si nada hubiese pasado, la mujer musulmana desaparece y de pronto mis hermanos están enfrente de mí, y todos tienen caras confusas, no menos que la mía, y yo relaciono esto con la muerte de mi padre y su extraño testamento, shalom, besos, por qué no vino Ruth, ¡ah, sí! Déjenme adivinar, está encinta, no, y casi pregunto, y por qué no vino Israel, y seguir como en ese chiste que escuché hace poco, es que sigue tan muerto como antes, pero no puedo decir esas cosas, hacer chistes sobre un hermano, siempre se meten en la cabeza toda clase de ideas raras en el momento más inoportuno.

— ¿Hace mucho tiempo que me esperan?

—No, no —dijo Fortu—, pero el avión de las tres ya se ha ido y

tendremos que esperar al de las cinco, de todas formas ése era el programa. Aunque si hubieses aterrizado una hora antes lo podíamos haber cogido, el de las tres. Lo que podemos hacer es ir a beber algo y sentarnos en algún lado.
—Pero no comer, acabo de comer, es la cuarta vez que como en doce horas, con la diferencia de horas, cena antes de salir, y después otra cena en el avión, y desayuno, y después almuerzo, y no dormí del todo, de comida en comida, lo que necesito son unos cuantos cafés.

ISRAEL
Vivo desde siempre en este aeropuerto por el que pasamos en 1974 y volamos a Marsella. A veces soy un niño, a veces una mujer, un hombre, soy todo lo que fui y todo lo que podía haber sido, pero siempre estoy aquí. ¿Por qué aquí? ¿Por qué no en otro lado?, porque aquí busco el sentido de mi muerte, como si la muerte tuviese sentido. Recuerdo al soldado árabe que estaba enfrente nuestro dentro de un inmueble y le pedimos que se rindiera, cada vez que le pedíamos se ponía a llorar y a decir versículos del Corán y tiraba un tiro hacia nosotros. Estaba solo, cercado por veinte soldados y no podía escaparse, habíamos matado a su compañero y se quedó solo. Le pedíamos una y otra vez en árabe que se rindiera pero él seguía tirando un tiro y rezando. Y así durante un par de horas, hasta que uno de los soldados tiró una granada y lo mató, y después vino el silencio. Silencio absoluto. Silencio de la muerte. Silencio de muerte. Casi nos habíamos acostumbrado a su canto, a su Corán, y después venía un tiroteo sin sentido. Cuando fuimos a abrir la casa descubrimos que estaba encerrado adentro y que no podía salir para rendirse. Miré su cuerpo deshecho y tenía la misma altura que yo, el mismo pelo, y tal vez hasta una cara parecida. Y en ese momento supe, supe que yo también iba a morir, me di cuenta que la guerra no tenía sentido, no sé cuántos de nosotros sentimos lo mismo, pero antes de mi muerte otros tres soldados de mi unidad murieron, y sin decirlo, todos pensábamos que este muerto nos había traído mala suerte. Era el anuncio de nuestra muerte. Después vino el atentado de Tyr y allí llegó mi muerte con la mayoría de los soldados de mi base. Porque ese día sentí que ese soldado encerrado en esa casa, ese soldado llorando por su vida y por su muerte, ese soldado soy yo, pensé que no podemos ser enemigos y que la única razón por la que nos matamos es a causa de dirigentes que nos han manipulado, pero en ese momento, el soldado que habíamos matado, ese soldado, era mi hermano, era mi hermano, él era Abel y nosotros Caín, éramos hermanos, humanos, miembros del mismo pueblo que es la humanidad, y después me convertí yo en Abel, y eso es algo que, vivo, nunca pude expresar, y por eso vuelvo a este aeropuerto, a veces soy padre, a veces madre, a

veces niño, a veces niña, soy todos mis hermanos y mis hermanas, y me pregunto qué pasaría, qué hubiese pasado si mis padres se hubiesen parado aquí, si nos hubiésemos quedado en Madrid. ¿Hubiese llegado a la guerra del Líbano? Tal vez sí, tal vez era inevitable, siempre me habría gustado Israel más que a los otros, desde el primer día, desde antes de llegar, tal vez porque ya sabía que allí sería enterrado, joven y solo, sin niños y virgen.

FORTU

En 1974 estuvimos aquí, el aeropuerto era más pequeño, mi padre me llamaba Fortu, mi madre Messod, a ella le parecía mejor o más cariñoso, mi abuelo siempre me llamaba Messod, así eran las cosas en aquel entonces. ¿Qué estamos haciendo aquí ahora? Los cuatro sin Israel, Israel que siento tan fuerte en estos momentos, horas largas e insoportables.

Ahora los cuatro aquí, como si nada hubiese pasado, como si no se hubiese muerto, como si no nos hubiésemos separado, como si no viviera a unos metros de aquí, en Madrid, y ni siquiera llamo a mi mujer, somos como la foto que quedó de ese encuentro, aquí nos separamos. Yo me quedé, Isaque se fue a estudiar a París, y después se fue a Nueva York, y los otros se fueron a Jerusalén. Y esto se convirtió en un círculo infinito, Israel murió en el Líbano, Silvia se casó con un francés y se fue a vivir a París, y sólo la muerte de papá nos unió de nuevo, en busca de un hermano que no queremos encontrar, en busca de un poco de dinero que necesitamos, casi treinta años no pasados, casi treinta años que se quedaron suspendidos en el aire de preguntas y más preguntas, de respuestas sin sentido, el tiempo se paró allí. Y ahora vamos a verlo, ver cómo se paró el tiempo en nuestra ciudad, el tiempo nos espera allí, lo sé, volveremos y entenderemos todo, volveremos y todo tendrá sentido, podremos componer el rompecabezas. Aquí lo vemos, aquí vemos cómo el avión despegó y volvió a aterrizar, el mundo volverá a ser lo que era, mamá nos dirá que todo está bien, y después dirá que «a veces hay que darle un empuje a la vida», y papá explicará otra vez las noticias y dirá «No creáis nada de lo que dicen los políticos, siempre hay algo más detrás». Pues eso es lo que se esconde detrás de esa frase, otro hijo, un hijo ilegal.

✺

—Volar no te hace pájaro, y los aviones no son libres.

—Días en los que todo parecía claro y evidente, pero al final vinieron

olas y su espuma borró todo, hasta la memoria de la espuma.
—El mar nos traga poco a poco con seguridad, su paciencia es infinita.
—Y de todas formas somos islas entre aguas tormentosas, y cada día las aguas nos pueden circundar.
—Pero el mar es también nuestra vida, nuestro escape, el camino de vuelta, la posibilidad de hundirse.
—Si fuese mar, ya hubiese tragado todo.
—Nos come poco a poco, la tierra tiene más prisa de vernos bajo ella.
—Cada uno tiene una misión en la vida, pero todos después del hombre.
—Nos creó para ser presa de la tierra, de los animales y del hombre.
—Presa de todos, presa de nosotros mismos, la cima de la creación y nuestra misión es ser comidos, nuestra misión es acabar nuestras vidas, el día de nuestra muerte cumplimos nuestra misión, los habitantes de la tierra se saciarán de nuestra carne y la tierra podrá crear petróleo de lo que ellos coman, y otros viajarán en sus coches.
—Como la lluvia que llena el mar y después crea a la nube que nos dará lluvia.
—Así nosotros vamos y venimos y todas las preguntas van y vienen con nosotros a todos lados.

Málaga

ALBERTO
Otra vez con el güisqui, así lo pronuncian los españoles, y no whisky, con mi güisqui. A veces me gustaría ponerme un casco que marcara todos mis pensamientos y así me podría ahorrar la molestia de teclear todas estas palabras, vuelo a Málaga, una hora y cuarto de vuelo, dos horas de retraso, aquí no sirven bebidas, las azafatas hacen todo lo posible por no encontrarse con los pasajeros, para que no pidan Coca Cola, mi vecino de atrás se las arregló para conseguir una bebida, y su mujer también, que consiguió dos, y un segundo después le dio a la azafata un ataque de sordera, no oye a los pájaros, y desaparece hacia la cabina del avión, bueno, qué se le va a hacer, siempre discriminando a los marroquíes, pero todavía me queda güisqui y lo bebo, sólo quería un poco de soda, recuerdo a la periodista que me entrevistó y me preguntó si era racista porque no votaba por partidos con más de noventa por ciento ashkenazim, me preguntó si era racista y no me esperaba la pregunta, no estaba preparado para responder, podía haber dicho que prefiero putas rusas, y además se puede decir que es una discriminación positiva, después de tantos años follando putas marroquíes, queremos ahora moldavas, ucranianas, rusas

blancas, rusas de otros colores, azules, rusas y ucranianas, putas de Uzbekistán, de Tayikistán, de Putitistán, todas nos gustan, a mí sobre todo, pero no me gustan rubias, sobre todo las naturales, el güisqui no te ayudará, el ordenador sí, un ordenador es como una buena mujer, un ordenador que cumple tus deseos, todos los que quieras, o la otra periodista que me preguntó qué pensaba de la situación política y dije que estoy a favor de un estado binacional y entonces respondió «Para que hayan menos ashkenazim» y me reí, pero inmediatamente pedí que no escribiera eso, dije que eso lo dijo ella y no yo, y en esos momentos entiendes que tienen miedo, cuando hablan de mayoría judía se refieren a mayoría ashkenazim, tienen miedo de que los sefardíes y los árabes se unan, para ellos somos demasiado parecidos, pero nosotros nos vemos muy diferentes, aunque más parecidos a los árabes que a los ashkenazim, entonces ése es el miedo que tienen, también tienen miedo de que se han quedado sin nada pero yo no tengo miedo de no tener nada, mi judaísmo sigue muy basado y ninguna laicidad o ultraortodoxia me lo puede quitar, por lo menos en los próximos cien años seguirá siendo mi judaísmo, bueno, si no es que todos se vuelven ashkenazim. Baruj Kimerling escribió un libro sobre eso, pero no lo leí porque no pude comprarlo, era demasiado caro, y no tengo ni una gorda, si no recibimos esa herencia no sé de qué vamos a vivir, cómo podré seguir escribiendo como me prometí, sólo escribir, en contra de todo, contra todo, a pesar de ellos, a pesar de todos, seguir escribiendo más y más libros hasta que les salga por la nariz, cuánto tiempo podrán seguir sin hacerme caso, diez libros, veinte, treinta…

¿Durante cuántos libros se puede ignorar a un escritor que vale?

Quiero saberlo, tengo una idea para una nueva novela, pero necesito dinero para eso, mucho dinero, seis meses en París, seis en Nueva York, seis en Caracas, el libro se llamará La autobiografía de Menahem Benaim y tendrá cinco capítulos sobre un hombre de cuarenta años que cuenta su vida, cada capítulo será una autobiografía diferente, lo que tienen en común es que el autor nació en Marruecos, y es escritor, una posibilidad es su emigración a Israel, otra a Madrid, otra a Nueva York, otra a Caracas, otra a París, en cada capítulo su vida es diferente.

Tengo otra idea, un hombre de cincuenta años se enamora de una mujer de veintiocho, él está casado, ella soltera, la diferencia de edades les asusta, y deciden encontrarse un día al año durante cinco años, un día, y estarán ese día juntos durante veinticuatro horas, y si llegan a cumplir esa promesa durante cinco años se casarán, sabrán que su amor es verdadero, se encuentran durante cuatro años y el quinto año él o ella, o los dos, no llegan a la cita, y quiero escribir también este libro en el que una familia sale en busca de un hermano

perdido.
El güisqui y el whisky se me están subiendo a la cabeza. Para sobrevivir hay que hacer lo que hacen los escritores japoneses, publicar un libro cada seis meses, máximo cada año, porque un libro en Israel tiene un tiempo de alrededor de ocho meses en las librerías, sobre todo en la red más grande, Lubowsky, que tienen el ochenta por ciento de las librerías en Israel, casi un monopolio, y ocho meses es el límite, cuidado, es un campo de minas, es tu vida, es nuestra vida, la de los escritores israelíes, y ya entendí que nosotros, los judíos, siempre seremos víctimas de todos, y si sé la verdad no me ayuda mucho, y si critico a mis conciudadanos, siempre tendré miedo de que un loco utilice mi crítica para matarme a mí o a mis descendientes; no puedo ser inocente como los profetas Isaías y Ezequiel, todavía nos citan la crítica de Jesús, y tal vez si tuvo hijos fueron ellos mismos asesinados por cristianos, así que hay un límite a estas alturas a lo que uno puede criticar, no puedo poner a mis hijos en peligro, Oslo ha muerto, Todopoderoso, te pido que veas nuestras buenas cosas y no las malas, y que veas más buenas que malas. Una cosa os prometo, queridos lectores, escribo lo que pienso, y no cambio nada, quieren saber qué pienso, pues aquí está lo que pienso, en las páginas que leen, no oculto nada, los ashkenazim nos trajeron toda su vida polaca a Israel, nada ha cambiado, un amigo trae a otro, el juez nombra a su mujer y juzga a su hermana y no hay ley en Israel, el sistema jurídico es corrupto, y sin justicia el pueblo se revolucionará, y como siempre, esta tierra pide justicia, demanda justicia, y no acepta más, no tolera injusticias, nuestros enemigos vivirán de nuestra injusticia, y nada, nada puede ya parar nuestro viaje de vuelta a Tetuán, no quiero viajar a Tetuán, ¿qué se me perdió allí?, nunca pensé que volvería, pero por ciento cincuenta mil dólares, aunque tal vez alguien ya robó una parte, cuentas con números en Suiza, ¿quién sabe?, yo creí que había más, alguien pasó el dinero a su cuenta, seguro, pero algo quedará, y qué me importa mi medio hermano, qué coño me importa, tal vez está casado con cuatro mujeres y tiene cuarenta hijos, vete a saber, efendi.
Siempre dicen de cada árabe rico que es descendiente de judíos, y cómo no lo va a ser, todos se casaban con judías en Marruecos, y no tenían ni que convertirse al islam, los pocos judíos que siguieron siendo judíos genéticamente son los pocos locos, los que no se convirtieron al cristianismo o al islam, porque la mayoría cambiaron de religión, la mayoría lo hicieron sin muchas dificultades, las leyendas nos hablan de los que se sacrificaron para no convertirse, pero eso son una muy pequeña minoría, los otros se convirtieron para no tener que pagar los impuestos de Dhimi, cada generación de conversos al islam y al cristianismo dejó judíos más duros, cada generación, los que quedaron eran los más fuertes y duros, y más

sicóticos, generación tras generación hasta que llegaron los sionistas que decidieron ser enfermos como todos los otros pueblos, joder a todos los que están en contra tuya, por fin aprendieron de los franceses, los españoles, los polacos, los rusos y los árabes, que para existir hay que joder lo máximo posible a personas, a tus enemigos pero también a tus conciudadanos, es el coro de todo país, y es el país moderno, no hay misericordia en el país moderno, sólo maldad y guerra, pero yo todavía espero que todo esto tenga sentido, sentido por encima del tiempo y del espacio, sentido en el sentido más profundo de la palabra, de la humanidad, sentido místico, sentido mesiánico, el sentido siempre es mesiánico, espero que todo este sufrimiento de todos en Israel tenga sentido, de los ashkenazim por la Shoah, de los árabes por haber sido expulsados, de los sefardíes porque su cultura ha sido borrada, que todo esto tenga una razón y que tenga sentido y que al alba amanecerá. Y aquí nos anuncian que vamos a aterrizar y hay que apagar el ordenador, aterrizamos en Málaga. Por aquí pasamos camino a Marsella y a Jerusalén en 1974, después de la guerra de Kipur, los cielos nos esperan sobre la tierra, la azafata me pide que apague el ordenador.
Los cielos nos esperan sobre la tierra.

FORTU
—Wa, a ver cuándo encuentras un trabajo serio, y dejas de trabajar constantemente sin ganar nada…
—A wadel Fortu, nos vemos una vez al año y siempre me dices la misma frase, podrías cambiar un poco.
—Diez libros y no haces nada ni para ti ni para los otros, Alberto.
—A los otros seguro que sí, a los que cortan los árboles, a los camioneros que llevan los árboles, a la industria del papel, a los exportadores e importadores de papel, periódicos, periodistas, directores de empresas, funcionarios en el Ministerio de Cultura que pueden decidir si comprar mis libros para las bibliotecas o no, editores, traductores, bancos, no te lo creerás pero hasta los banqueros se ocupan de literatura en tu país, España, y una vez me invitaron a un congreso, y puedo seguir, si la literatura da trabajo a mucha gente, mucha gente vive de mis libros, diez libros son muchos libros.
—Sí, todos ganan de tus libros menos tú.
—Tampoco pierdo, hay otros escritores que pagan para publicar sus libros, pero yo por lo menos nunca pagué, y siento que sí, que algún día voy a ganar dinero de mis libros, o que por lo menos mis hijos van a ganar dinero, es un sentimiento que es más fuerte que yo.
—Una inversión a largo plazo, pero podrías ganar más a corto plazo, y puedes hacer dos cosas a la vez.
—Sí, es lo que siempre hago, dos cosas a la vez, pero de alguna forma,

siempre la literatura es más importante que las otras cosas, o que las otras cosas nunca se convierten en lo principal.
—Dime algo, ¿cómo puedes hablar conmigo, beber güisqui y teclear sobre el ordenador al mismo tiempo?
—Es como respirar.
— ¿Qué quiere decir como respirar?
—Tú puedes respirar y hablar conmigo y beber güisqui al mismo tiempo, ¿no? Y yo puedo escribir al mismo tiempo.
—Dime una cosa, ¿y qué vamos a hacer cuando encontremos a nuestro hermano perdido?
—Medio hermano, medio, no sé qué vamos a hacer, pero lo que sí sé es que escribiré sobre eso.

SILVIA
¿Hay coincidencias en la vida? ¿Presentimientos? Hace una semana me llamó mi primo segundo, Yitshak Sananes, con el que jugaba todos los días, cuando éramos pequeños, y siempre me decía que era la mujer más guapa del mundo, tal vez estaba enamorado como se enamoran los niños. Y hace una semana, después de mucho tiempo, me llama desde Miami. Me cuenta que hace un año uno de los primos le dio mi teléfono y pensaba en llamarme cada semana pero no sabía qué decir, hacía tanto tiempo que no nos veíamos. Pero al final me llamó, no sabía que mi padre falleció, pero tal vez sintió algo, y preguntó qué pasaba. Hace treinta años se fue a Tánger, y después emigraron a Israel, vivió en Haifa, sabía que se casó con una americana y se fue a Londres, y después a Estados Unidos, y que vende ropa en Miami. Esta familia desde siempre son comerciantes de ropa y médicos, cuentan que el primer Benzimra que llegó a Tetuán era un curandero, sus hijos fueron sastres, y desde entonces van de sastres a médicos; me llamó y me contó que su hermana murió en un accidente de coche hace tres años, con ella también jugaba en mi infancia, jugábamos todos los hermanos, le pregunté a Alberto pero no se acordaba de nada. Sí, Sananes, le recordaba algo, pero no se acordaba de sus rostros, bueno, tenía diez años cuando se fueron, y a esa edad dos años son muchos años. Yo siempre me acuerdo de más cosas que Isaque, que es mayor que yo, o tal vez nos acordamos de cosas diferentes.

✺
— ¿Dónde está la entrada a nuestra casa? ¿Dónde la puerta del mar?
—Un muro de piedras la cerró.
—Nos dijo que no debemos rezar a los dioses de las piedras, y hoy lo único que queda de nuestro templo son piedras.
—Nuestro castigo es rezar a las piedras.

—Una piedra cierra al mar, el mar no puede salvarnos de nuestra muerte, no puede salvarnos de nuestra vida.
— ¿Dónde está la llave que abre la puerta?
—¿Y dónde está la entrada a las diez Sefirot? ¿Dónde sus cenizas?
—La puerta también se convirtió en piedra, y no hay llave que abra la piedra, gritamos y la piedra no oye.
—Antes soñábamos en volver a la piedra, y ahora lloramos este sueño que se convirtió en realidad, soñamos que la piedra se convierte en arena, pero la piedra se convirtió en la muerte del hijo antes del padre.

Algeciras

Algeciras, un puerto con una ciudad a su lado. Miles de españoles y marroquíes pasan por esta ciudad diariamente en direcciones opuestas y dan vueltas alrededor del puerto, calle principal, inmuebles para los trabajadores del puerto, un bar de tapas en el que estoy sentado y en el que escribo en mi ordenador, pido una ración de calamares, y una ensaladilla rusa, y pienso en las marroquíes que suben en una patera en Tánger e intentan llegar aquí. Y después de llegar, si es que no mueren en el camino, el trayecto aún es largo: inspecciones en los autobuses, en las ciudades, en las estaciones de metro, llegan de toda África, y hasta de China y del Extremo Oriente, llegan a Tánger y esperan su oportunidad, y después se pasean los sábados y los domingos en cafeterías y bares y venden discos piratas, una vez invité a uno, un negro a que se sentara conmigo, le invité a beber algo, y le compré el último de Serrat, en La Coruña. Tenía miedo de hablar, me contó que era musulmán, que venía de Somalia, y temía contar nada de sí mismo, pero preferiría casarse con una mujer de su país y no con una española. Bebió una Coca Cola, dijo gracias y siguió vendiendo sus discos, me habló en español y en francés, y tal vez, tal vez también mi hermano Yosef pasó por aquí buscando su libertad en Europa, para escapar de la miseria marroquí, como nosotros en 1974, toda la familia, camino de Israel. Por fin podíamos decir la palabra Israel libremente, pero tal vez no tan libremente, porque todavía era el país de Franco y no existían relaciones entre España e Israel. Tal vez Yosef pasó por aquí y viajó a Madrid y después a Valencia y a Marsella, exactamente como nosotros años antes, él en busca de libertad y nosotros escapándonos de la tierra en la que nacimos y en la que nuestros abuelos nacieron porque se acabaron los judíos. Los ministros

del rey, amigos de mi padre, nos decían que se acabó. ¿Qué se acabó? Pues la comunidad judía de Marruecos. Se acabó, el final inevitable. Como Isabel la Católica enfrente de sus ayudantes judíos diciéndoles que es una decisión que no tiene más remedio que tomar, y que los judíos tienen que irse de España. Pasaron quinientos años y estamos aquí en España de nuevo, y, a veces, un español, que sabe que es descendiente de los judíos, te dice que faltan más judíos en España, y que es una lástima que los hayan expulsado. «Añoramos a nuestros judíos», me dijo una vez un funcionario en un aeropuerto. Sí, los polacos también añoran a sus judíos, cuando estamos con ellos nos exterminan y nos echan y cuando nos vamos nos echan, pero esta vez de menos. O un ministro español que preguntó al ministro del Tesoro americano en la época de Franco qué podía hacer para fomentar la economía, y éste le dijo: Traer un millón de judíos. Los judíos mueven economías, y si se critica que hay demasiada influencia judía en América, miren su economía, da libertad a sus judíos, apoya a Israel. ¿Y qué recibe a cambio? Es el país más libre del mundo, y el más rico del mundo, y el país con más millonarios. ¿Tal vez sí vale la pena dejar que los judíos tengan influencia? Tal vez es un poco exagerado decir que el lobby judío es el que decide la política americana, pero y si es así, ¿por qué no? ¿Por qué sería tan malo? ¿Qué tiene de malo que en un país democrático los mejores decidan? Y si los judíos son los más inteligentes, ¿por qué no deben ser los que deciden? Me estoy pasando, pero, ¿y por qué en Israel son tan idiotas?, ¿por qué los políticos son tan idiotas? Y tal vez no lo son, las cosas van bastante bien en Israel, tal vez no hay muchos premios Nobel de economía y de física, pero es un país que triunfa en lo que los judíos nunca supieron hacer, es mediocre en todo, en sus leyes sociales, en sus derechos humanos, en sus carreteras, todo está más o menos por la media, ni muy bueno ni muy malo, mejor que los países africanos o árabes, pero peor que los países desarrollados, el segundo mundo, y ¿por qué siempre nos criticamos esperando ser como los países más ricos del mundo?

— ¿Qué estás escribiendo sin parar?

—Isaque se sienta a mi mesa después de un paseo corto por la ciudad.

—Pensamientos, no muy interesantes, ¿has paseado? ¿Verdad que no hay nada que ver?

El camarero llega a nuestra mesa

— ¿Quiere usted algo?

—Los calamares están buenísimos —le digo.

—Bueno, pues una ración y una caña. —Y mientras el camarero se va me dice—: Creí que comías casher.

—Sí, es verdad, como casher, pero cuando estoy en España como calamares, sé muy bien que aquí no voy a poder negármelos, están tan

buenos, así que los pongo entre paréntesis.
—Creo que en el año de papá podías ser un poco más religioso… Bueno, cada uno y sus cosas, yo no como casher, pero todas las semanas fui a la sinagoga de los portugueses en Nueva York, calle 33.
—Yo fui, pero no todos los días, el que sí parece que ha cambiado es Fortu, que la muerte le cambió la vida, vendió todos los vinos nesej que tenía, y se pone los tefelimes todos los días, y hasta va andando a Tefilá todos los sábados… una hora y media.
—Cada uno como lo ve.
Los calamares de mi hermano llegaron y comí tres de su plato, y pedí otra ración al camarero, las raciones eran grandes pero mi hambre de calamares es insaciable.
—Puedes seguir escribiendo, no te molestaré —dijo Isaque.
—Ya no importa, no importa, cerraré el ordenador, seguiré en el hotel, escribía que tal vez nuestro hermano pasó por aquí, camino a Europa, hace años. ¿Qué piensas de él?
—Creo que murió, tengo la impresión de que ha muerto, no sé por qué, y creo que papá lo sabía, pero quería que viajáramos juntos a buscarlo, quería que supiéramos que existió. Si no, él mismo hubiese verificado dónde estaba antes de morir. Estaba sano, y podía haber viajado él mismo, podía haber hablado con Fátima.
—Tal vez lo hizo
— ¿Cuándo?
—Viajó varias veces a Ceuta para ocuparse de las casas que alquilaba, antes de venderlas por nada, y tal vez fue de aquí a Tetuán.
—No podía entrar en Marruecos, le podían arrestar por haber sacado dinero ilegalmente en 1974.
—Sí, pero todo eso caduca, muchos volvieron a Tetuán.
—Sí, es verdad, pero pocos sacaron tanto dinero como él, y hizo toda clase de negocios ilegales con los terrenos que le quedaron allí, y todavía nos quedan algunos al lado de Tánger, ¿lo sabías? Y aquí también, al lado del Mediterráneo, hay toda clase de socios, es complicado, no sé si algún día vamos a ver dinero de todo esto; papá me contó que el rey quería esos terrenos al lado del mar y por eso nunca pudieron venderlos, siempre hay problemas burocráticos.
Silvia y Fortu llegaron, daban la impresión de haberse peleado, tenían caras colerosas. Comí el último calamar del plato y bebí la cerveza.
— ¿Eso es lo que estáis comiendo? Terefá —dijo Fortu en un tono didáctico.
—Que cada uno haga lo que quiera —dijo Isaque.
—Sí, pero os podríais aguantar un poco, en el año de papá…
—Fortu, no nos digas qué comer; yo, en Israel, siempre comí casher, mientras tú, aquí, comías de todo.
—Bueno, está bien. ¿Cuándo sale el barco?

—Dentro de una hora, llegaremos a eso de las ocho, un poco tarde, pero qué se le va a hacer.

✺

— ¿Adónde corres tanto?
—Quiero volver a encontrarme enfrente del monte del que nací. Corro para encontrarme de nuevo, una última vez.
— ¿Y llegas a hacerlo?
—Puedo correr, mis pulmones se abren, mi respiración aspira.
— ¿Y vuelves a encontrarte?
—Sí.
— ¿Y qué ves?
—Veo que el niño que fui ya no es niño, el adolescente que no creció ya no es adolescente, los dos son ancianos arrugados, tienen una piel que me asusta. Sé que me veo, pero mi pasado ha cambiado.
—El pasado no puede cambiar.
—Eso es lo que pensaba, pero cambia sin parar. Cada vez que visito mi pasado, cambia. Y me asusta, más que el futuro.
—Tienes que vivir en el presente.
—El judío no existe en el presente. Sólo existe en el pasado o en el futuro.

Tetuán

Los acontecimientos sucedieron rápidamente, de forma casi indescriptible. En menos de una hora sabíamos ya dónde estaba Fátima. Llegamos a primera hora de la tarde y fuimos inmediatamente al cementerio, allí subimos a la tumba de nuestra abuela, Simi Benzimra, y nos encontramos con un judío de la ciudad que no conocíamos, pero que conocía a nuestro padre y a nuestra familia. No sabía nada de Fátima, pero sí sabía que en la calle principal, la calle Mohamed V, vivía nuestra prima, Simi Benchimol, mujer de Isaac Benzimra, que es de otra rama de los Benzimra y no son de nuestra familia. O si estamos relacionados con ellos, hay que remontar a seis generaciones o más, a principios del siglo XIX. Nos contó que Isaac vendría para Minhha a la Tefilá, y allí le podríamos preguntar qué pasó con Fátima.
— ¿Y por qué la buscáis?
—Mi padre dejó algo en la herencia para ella, y queremos que lo sepa.
— ¡Qué raro! Nunca escuché que dejaran herencias a Fátimas, en mi vida oyí algo así, ¡Novedad nueva está esto!
—Era la Fátima de sus padres, a lo mejor por eso sentía algo especial por ella.

—Sí, puede ser, todo puede ser. —El judío tenía una cara maliciosa, como si supiera algo que nosotros no sabíamos, pero preferí no meterme más en el tema. Desde que dije lo que dije, mis hermanos entendieron que ésa sería la razón por la que buscábamos a Fátima y así no habría que explicar más.
El marido de mi prima estaba en la sinagoga, todo judío que podía ir iba porque de lo contrario era muy difícil que hubiesen diez para formar un minyan. La comunidad se había restringido a menos de cien judíos, y en ese estado de cosas faltaba una muy buena razón para no venir a Tefilá. Nos invitó a su casa a cenar.
—Seguro que Simi va a ponerse muy contenta de veros.
Simi nos miró unos segundos hasta que se dio cuenta que éramos sus sobrinos.
— ¡Cómo habéis crecido! —Era mayor que nuestro hermano mayor, Fortu, y para nosotros fue siempre la prima grande, casi de la edad de los tíos.
— ¡Todos juntos! ¡Qué sorpresa! Entrad, entrad. —Todavía estaba sorprendida en la puerta de su casa.
—Espero que no os moleste, venir así de pronto.
— ¿Qué clase de cordialidad es ésta? Claro que no nos molestáis, pondremos cuatro patatas más y así tenemos cena para todos, ¿cómo podríais molestar?… ¿Y qué os trae a Tetuán? No es que falten razones, hace un año vino hasta el tío Samuel, nunca pensé que iba a volver a verle, tiene ochenta y seis años, pero siempre hay una razón…
—Papá falleció y…
— ¿De verdad? —Simi se puso a llorar—.Ay, mi tío querido…
—Sí, pero no por eso hemos venido, pidió que encontrásemos a Fátima, la Fátima de sus padres, Fátima Elbaz, pensamos que tal vez tú nos podrías decir dónde la podemos encontrar…
—Isaac, te acuerdas de Fátima, muchas Fátimas trabajaban con judíos, te acuerdas, hace unos veinte años,
o más, ¿qué habrá pasado?, se fue a trabajar con los Azancot, o Benacot, Azancot o Benacot, ¿cómo se llamaban?
—Tu tío le dejó una herencia, ¿puedes creerlo?
—Era muy sensible, mi querido tío.
—Sí, eso, muy sensible —dijo Isaac cínicamente.
—Sí, ya me acuerdo, eran los Benacot que se fueron a Tánger, después de que cerraron aquí la escuela de la alianza, tenían tres niños chicos y se fue por la escuela, vendía telas, ropa, import export, y también pieles, ¿te acuerdas de ellos?
—Sí, claro, que me acuerdo, vivieron en Tánger hasta 1990, y después se fueron a Casablanca, le veía a veces en la carnicería cuando iba a Tánger a comprar carne casher. Hoy día vive en Casablanca.

—Podemos llamar a Mercedes Cohen, nuestra prima, y preguntarle cuál es el número de teléfono de los Benacot, pero podemos comer antes…
—Si no te molesta —dijo Silvia—. Estamos un poco tensos con este tema, y nos gustaría por lo menos saber si esta mujer está viva.
—Bueno, esperemos que no haya problemas, a veces hacen falta días para hablar con Casablanca.
Con una rapidez impresionante habló con la prima, que le dio el número de los Benacot. Silvia habló con ella.
—Señora Benacot, no sé si nos conocemos… Soy Silvia Benzimra, y la llamo de Tetuán, porque estamos buscando a nuestra Fátima, se llamaba Fátima Elbaz, mi padre falleció y tenemos que encontrarla… Estaba enferma… La pobre… a su pueblo… ¿Donde está su pueblo?… ¿Tiene usted su teléfono?… Bueno, entonces, muchas gracias, creo que podremos encontrarla.
—Está en Chefcahuen, es un pueblo cerca de aquí.
—Chefchauen es Chauen, una vez fui con papá allí —dijo Isaque—. Un sitio muy bonito, una montaña verde y en el medio una cafetería enorme, todos beben té y hay muchas abejas. Hay un lago allí, no, un río, hace mucho frío, mucho mucho frío, hasta en verano, el agua cae del monte.
—Sí, leí sobre eso, y ¿sabéis que más leí sobre Chapen? Que hace trescientos años era una zona judía autónoma, judíos con armas y todo, nadie se acercaba a ellos.
—Eso nunca lo oyimos —dijo Simi.
—Hay muchos sitios remotos en Marruecos de los que se cuentas esa clase de leyendas. Seguramente hubo zonas judías, hay tantos valles entre las montañas de Marruecos a los que nadie puede llegar.
—Sufre de diabetes —dijo Silvia—. Se fue de los Benacot porque le amputaron la pierna derecha y está casi ciega, fue en 1995, la señora Benacot dijo que tiene una hija y que ella vino por ella y la llevó a Chefchauen.
—Iremos mañana.
—Pasemos a la mesa —dijo Silvia.

✺

— ¿Cuándo aparecerá el gran águila?
—Vendrá en un caballo blanco.
— ¿Y cómo se llama el caballo?
—Se llama Muhamad.
— ¿Y cómo se llama el águila?
—Su nombre es David.
—Sobrevolarán la tierra sobre una nube de madera.

—Darán luz a casa y a montañas altas y respirarán el mismo aire.
— ¿Y cuándo aparecerán?
—Ya están allí.
—¿Dónde?
—En una cueva que ningún hombre ha pisado. En la cueva que nadie ha visto.

Chauen

La mañana siguiente desayunamos en La Campana, una pastelería en la que comprábamos dulces para el sábado, los viernes después de Arbit. El local había cambiado, pero se sentía el mismo ambiente. En vez de pasteles franceses había muchas baklawas, dulces llenos de almíbar y miel. Los pasteles que no comíamos. Silvia propuso que comiésemos churros pero decidimos dejar eso para la tarde o para el día siguiente.
—Vamos a tomar un taxi y que nos lleve a ver a la mujer —dijo Fortu —, debemos enfrentarnos con esto lo antes posible.
Acabamos el café con leche que no era tan bueno y salimos a buscar un taxi.
Después de un poco de regateo decidimos el precio y que el taxista nos esperase un rato y para poder volver con él. Todo por doscientos dirhams. En el camino hablamos poco. La carretera estaba llena de árboles que parecía estar igual que en 1974.Y ya en 1974 no estaba en muy buen estado.
Chauen es un pueblo metido dentro de una montaña, unas decenas de casas, que no llegaban a cien, y en el centro una casa de té enorme rodeada de árboles. Algo que se parece a una calle principal y hospeda algunos puestos de verduras y frutas. Nos dirigimos directamente a la cafetería y preguntamos por Fátima Elbaz. El dueño del café preguntó a uno de los camareros, que no sabía nada. Explicamos que era una mujer enferma que había venido de Casablanca.
— ¡Ah sí! —dijo el dueño—.Ya sé quién es. Es la hija de Habiba.
— ¿Y dónde vive?
— ¿No quieren beber un té antes de ir a verla?, está muy enferma, y tal vez sea mejor que reposéis un poco.
—Creo que es mejor que bebamos el té después, no será algo muy largo.
—Bueno. No es muy lejos, sigan hasta el final de este camino, y después tomen a la derecha, después se acaba la carretera, sigan un

poco más y a la derecha está su casa.
Subimos al taxi y nos dirigimos directamente a la casa de Fátima y de su madre.
— ¿Y ahora qué le decimos? Que tiene un hijo y que tiene derecho a una herencia. ¿Así? ¿O cómo? Le podemos decir que papá la dejó dos mil dólares de regalo y que por eso vinimos. ¿Qué os parece?
Nadie respondió y llegamos a la puerta de su casa.
Llamamos a la puerta y nos abrió una anciana con piel muy arrugada.
—Marhabah, Darna Darkum —dijo—, entren, no tenemos muchas visitas aquí.
No entramos, nos quedamos en la puerta, Isaque dijo,
—Buscamos a Fátima, trabajaba en nuestra casa, hace años.
— ¿Y qué familia son ustedes?
—Benzimra.
—Ah… los Benzimra de Tetuán, buenas personas, vuestros padres, dijo nada más que buenas cosas de vosotros, buenas personas.
— ¿Está bien, Fátima?
—No muy bien, está muy mala, muy cansada, la diré que estáis aquí, está en cama, muy mala.
Volvió después de cinco minutos y nos dijo que esperásemos un momento y podríamos entrar, pidió a su madre que la maquillase antes.
—Está muy contenta de que vinieron a verla.
Las casas de alrededor daban un ambiente de pobreza, no eran casas, más bien casernas, una parte de la casa estaba hecha de ladrillos, la otra parte de pedazos de madera y de árboles que estaban por caerse, un olivo detrás de la casa, y lo que daba la impresión de ser una huerta de patatas u otras verduras.
Entramos en el cuarto de Fátima. No podía vernos, estaba ciega, y tendida en su cama.
— ¿Quién eres tú?
—Isaque.
—Isaque, ¡cómo has crecido! —dijo y le besó.
Y después nos besó a todos. Detrás de la manta se podía ver que tenía una pierna amputada, consecuencia de la diabetes de la que sufría.
— ¿Cómo estás?
—Ahora muy bien. Gracias a Dios salí del hospital. Si uno sale de ese hospital de Tánger ya es algo bueno, nadie sale de ese hospital.
Entretanto la madre nos trajo unos dulces y té. La casa tenía un olor de moho y de pobreza. Estábamos sentados todos en el cuarto y no sabíamos cómo hablar del tema por el que habíamos venido.
— ¿Y cómo está tu hijo? —preguntó Fortu.
—Mi hija, Zohra, está bien, a veces nos manda un poco de dinero, tampoco ella tiene mucho.

— ¿Y dónde vive?
—En París, estudia medicina.
— ¿Y no tenías un hijo también?
—Hijo, nunca, sólo una hija, y después Alá me cerró la barriga, sólo una.
—Y estudia en París…
—Muy buena hija, muy buena, a veces viene a visitarnos.
Isaque me dio a entender que estaba grabando la charla con un walkman que tenía en la mano.
— ¿Seguro que no tenías un hijo?
—Claro, seguro. Una hija. ¿Por qué me preguntan tantas veces? Una hija, tal vez os equivocáis con otra Fátima, había otra Fátima que trabajó con ustedes, tres años antes de que me fuera, y ¿por qué os fuisteis?, ¿cómo está la cosa por allí, cómo está con los judíos, por qué os fuisteis, qué había de malo en Tetuán, por qué vuestros padres se fueron? ¿Sabéis por qué? Ahora no hay judíos en Tetuán, no hay, mafish, walu, algunos viejos, antes había muchos, buenas personas, todos pagaban bien y no nos pegaban como los moros que siempre pegan a sus Fátimas, personas sensibles, tu padre era un hombre muy bueno, muy muy bueno, que lo sepas.
—Sí, demasiado bueno —murmuró Fortu.
—Toma, te dejamos aquí un sobre con miles de dirhams.
—Y salimos de la asfixia del cuarto.
— ¿No crees que deberíamos traer un notario para que tome una declaración firmada? —pregunté—. Así tendremos un documento jurídico. A lo mejor tuvo un hijo que murió y lo niega. Y después tuvo una hija.
La madre de Fátima, que por lo visto había oído de qué hablábamos, se acercó y nos dijo:
—No se acuerda de muchas cosas, y está un poco loca, tenía un hijo que murió cuando tenía un año, menos de un año, y nunca habló de él. Me acuerdo de cuando era chiquitito, y después nació su hija. El niño murió, lloró mucho por él,
—Tenía un hijo y ahora tengo una hija —cantaba—, la hija viene a vernos en el mes de Ramadán, a veces se queda unos días.
— ¿Y cómo se llamaba el hijo?
—Yusuf, se llamaba Yusuf.
— ¿Y murió?
—Se fue, tiene una hija, Zohra, muy bonita, muy ligente, es doctora.
Volvimos a la casa de té. Isaque y Fortu querían sentarse y ver desde allí el valle, como hicieron de pequeños.
— ¿Qué hacemos? —preguntó Isaque.
—Creo que las cosas están claras, deberíamos tomar una declaración firmada por un notario de las dos, le pagamos al notario y eso es

suficiente, por lo visto nuestro hermano murió cuando era pequeño.
—Sí eso, y entonces eso resuelve todos los problemas… Tal vez es muy simple, tan simple, murió y se acabó, hay niños que mueren en el primer año de su vida, y tal vez no sabía qué hacer con él y lo dio en adopción a otra familia, o tal vez le raptaron, raptan niños aquí, sabes. ¿Os acordáis qué miedo teníamos de que nos raptasen?
—Todo puede ser, pero si es así no podemos saberlo, sólo a través de la madre podríamos encontrarlo. Si vive en otra familia o fue raptado o vive en la luna, no podemos encontrarlo. Según el testamento debemos hacer todo lo posible por encontrarlo, lo encontremos o no. Eso es lo que dijo el abogado.
—No te digo lo contrario pero algo aquí me parece raro. Deberíamos encontrar a Zohra, a su hermana, hablar con ella.
—Puede ser muy interesante hablar con ella, pero yo creo que lo mejor es volver a Jerusalén con la caseta y la declaración, cogemos el dinero y después la buscamos en París.
—Yo pienso que podríamos volver a su casa y pedir la dirección de la hija. Volveré en el taxi. Fortu, tú ven conmigo, y ustedes podéis esperarnos aquí y después decidimos.
Volvieron a la casa y la madre les dijo que Fátima dormía.
— ¿Y sabe usted dónde vive su hija?
—En París, vive en París.
— ¿Tiene su dirección? ¿Alguna carta de ella?—Aquí. Tengo una carta de hace mucho tiempo, nos habla más por teléfono, aquí, el sobre, una foto, muy bonita, Zohra es muy guapa.
En el sobre estaba casi borrada la dirección, probablemente se veía que era del VI arrondissement. El número de la calle era 77, pero no se podía leer el nombre de la calle.
—Bueno —dijo Silvia a Fortu—. Con ese nombre, Zohra Elbaz, la podré encontrar en el Minitel, no creo que hayan tantas en París.

✺

—¿Adónde te fuiste, papá?
—Adonde me llevaron las olas del mar.
—¿Y por qué no me conociste, papá?
—La torre de Babel nos dividió en lenguas y en pueblos.
—¿Y cuándo podremos vivir de nuevo en el mismo mundo?
—Cuando digamos «mi planeta» y no «mi pueblo» o «mi país».
—¿Y cuándo pasará eso?
—Cuando veamos su destrucción.
—¿Y dónde estás ahora?

—En un sitio sin viento.
—¿Nieva?
—Sobre mí tal vez, debajo de mí, seguro que sí.
—¿Y cuándo volverás?
—Ya he vuelto y no quiero volver.
—¿Y cuándo se acabará mi vuelta, papá?
—Cuando la idea de volver se acabe. Siempre estamos yéndonos y volviendo.

París

Zohra llegó justo para el último metro al acabar su turno. Estaba muy excitada después de haber recibido los documentos de los tratamientos a los que se había sometido en su infancia. El ruido que llenaba su cabeza en ese momento creaba en ella mayores ganas de sentir el falo de Marcel dentro de su cuerpo. Su cadera ardía y bailaba de una forma reflexiva. Temía que alguien en el metro de la línea de Creteil sintiese su excitación y por eso no miraba a ninguno de los pocos pasajeros que viajaban tan tarde. Miraba lentamente los sillones azules. «El azul debería calmarme, es el color que me calma». Esperaba encontrar a Marcel despierto, pero no podía imaginar cómo contarle lo que ahora sabía, siempre supo que le pasaba algo raro. Pero cómo puede uno saber si sus pensamientos son raros, es que alguien puede saber cómo o en qué piensan los otros. ¿Puede uno estar en la mente de otro? No conocemos ni a los más próximos, el conductor anunció que era la estación final.
Cinco minutos separaban la estación final del apartamento alquilado de Marcel. Y Zohra siempre temía que en esos cinco minutos alguien la violara. Compartió estos pensamientos con su novio pero él nunca les dio mucha importancia. «Ni dentro de mil años podrá un hombre comprender lo que es una violación o el miedo a la violación, —pensó —.Y no vale la pena insistir y explicar por qué nos asusta tanto y la humillación que crea». Zohra había sido violada una vez, cuando tenía diecisiete años, un día después de que su novio la dejó, cuando alguien le propuso llevarla en autostop, y después de que bebieran juntos la llevó a un almacén y la obligó a hacer el amor con él. Le odió. Después pidió perdón y lloró por lo que había hecho, pidió perdón y la acompañó a su casa. Su madre la chilló, y su padrastro la llamó puta, y ella misma se sintió sucia y culpable porque ese idiota la deshizo. Muchas veces piensa en él cuando hace el amor. Pero esta vez pudo descartar esos pensamientos, esta vez quería sólo a Marcel.
Llegó rápidamente a su casa, como si no sólo sus piernas anduvieran,

como si a su vagina le hubiesen crecido piernas y adelantaran su paso. Sentía a Marcel dentro de ella mucho antes de que la penetrara. Cuando llegó él dormía. Fue a ducharse. Una ducha caliente siempre mejoraba el sexo. Marcel prefería ducharse después de hacer el amor. Salió desnuda de la ducha y fue a la cama y se pego a él. Dormía desnudo pero su cuerpo fresco no lo despertó. «Te necesito hoy —pensó—, hoy te necesito como nunca, no puedo ceder». Le tocó el falo que estaba en reposo, lo puso lo más duro y fuerte que le fue posible. Le daba la espalda y roncaba un poco, lo tumbó sobre la espalda y subió encima de él, entró en su sexo, su cadera se meneaba de la derecha a la izquierda, entraba y salía, y Marcel todavía dormía, ya no intentaba despertarlo, y así estuvo sobre él casi media hora hasta que tuvo un orgasmo. Lo sentía en todo su cuerpo, sobre su piel y dentro de todos sus órganos. Ella salió de él sin que eyaculara, y pensó que era el mejor acto sexual que habían tenido. Deberían volver a repetirlo. Follar dormidos. Se acostó a su lado, él le dio la espalda. Ella se durmió.

Por la mañana se despertaron juntos e hicieron de nuevo el amor.

—¿Te acuerdas de anoche? —preguntó ella.

—Tuve un sueño maravilloso.

Le abrazo de nuevo y sintió su amor. Como si se hubieran encontrado ayer. «Tal vez hoy me deje —pensó—, quién sabe, después de que se lo cuente».

—Hoy tengo el día libre, voy por unos cruasanes y tomamos el café juntos.

—Tengo algo importante que contarte.

—Sí, eso se ve —dijo Marcel, mientras guiñaba que sentía sus sentimientos.

—Pondré un poco de música.

Puso un CD de Brassens y salió de casa mientras oía que no hay amores felices.

Cuando volvió, Zohra seguía medio dormida en la cama. Preparó un café americano y trajo el café con los cruasanes a la cama.

—Te quiero otra vez, antes del café.

—No creo que tenga fuerzas. Por la tarde, tal vez.

—Ven, ven, pon el café sobre la mesa.

—Se va a enfriar.

—¿Y qué?

Se abrazaron otra vez. Pero Marcel ya no estaba muy concentrado. Ella sonrió de nuevo y él trajo el café.

—¿Y qué tienes que decirme? —preguntó de una forma concreta.

—Espera un poco, pasemos a la mesa del salón. ¿Podrías traerme un poco de mermelada? La mermelada de cerezas que está en la nevera es buenísima.

Él trajo la mermelada mientras ella se ponía una túnica de seda blanca.
Se sentaron a la mesa.
—Sí, podría no decirte lo que descubrí, pero mi signo es Sagitario, y creo que hay decir todo entre nosotros. Tienes que saber la verdad.
—Sí, de eso ya me di cuenta —dijo con una sonrisa cínica. Ella tenía la costumbre de decirlo todo sin ningún tacto. Era lo que más le gustaba de ella. Era diferente de las manipulaciones de las otras mujeres que había conocido.
—Bueno, pues… lo que he descubierto es… lo siguiente, quería saber por que razón me quitaron el útero, por qué no puedo tener hijos, y el director del hospital donde estoy haciendo mi especialización mandó una carta a la clínica de Tánger del doctor Flemon, y pidió todos los documentos médicos de mi caso, y llegaron ayer, me los enseñó y…
—Tuviste un cáncer cuando eras niña en el útero…
—No, peor, o mejor. Depende de cómo se vean las cosas. Cuando nací era hombre.
—¿Qué?
—Ya no es el útero, y yo creía que tomaba hormonas porque no tenía ovarios, pero no era ésa la razón, me dieron hormonas desde muy chica para que me convirtiera en mujer, lo que pasó es que cuando me hicieron la circuncisión, me la hizo un rabino judío, un tal Rabino Cohen, eso pasa, que los musulmanes piden a un rabino judío que haga la circuncisión, a la edad de un año, o antes, y el rabino no lo hizo bien, y no se podía salvar mi miembro sexual, y los doctores decidieron que lo mejor era que me convirtieran en mujer. Es lo que está escrito en mi dossier. ¿Increíble, no? Mi madre nunca habló de eso, sabes, a los veinte años me implantaron unos senos de silicona porque los míos eran demasiado chicos, y ningún doctor se dio cuenta, es increíble, pero ahora las cosas tienen otro sentido.
—¿Y nunca sentiste algo raro?
—Raro —Zohra se puso a ver su vida de una forma muy diferente, cada cosa en su pasado tomaba una significación diferente—. Cuando las otras niñas hablaban de reglas y yo no, me parecía muy raro, entonces invente unas reglas, cada veintiocho días compraba tampones y los enseñaba a mis amigas, hasta tenía mareos mensuales, y dolores de cabeza, tenía todos los síntomas, la doctora me dijo que no tendré reglas, disfrútalo, me dijo, por lo menos de eso —Zohra se puso a murmurar la canción de Brassens «La Tempete»—. Sí, había cosas raras —siguió Zohra—. Me gustaba jugar al fútbol, pero a otras niñas también les gustaba el fútbol, no era la única, en el colegio judío de Tánger, no sé por qué mi madre me envió al colegio judío, trabajaba en casas de judíos y era la mejor escuela de Tánger, pero sabes una cosa, las mujeres me han atraído en el pasado, hice el amor

con algunas mujeres, pero nunca me sentí lesbiana. Podía estar con mujeres, y siento que mi forma de ver a los hombres es diferente de las otras mujeres. No les puedo dar descendencia.
—No eres la única —Marcel intentaba digerir la novedad de Zohra.
—No está en eso la diferencia, la diferencia es que quiero ser el hombre con el que estoy, no sólo que me conquiste, que me penetre, es como si mi coño pudiese penetrar dentro de la polla del hombre con el que estoy.
—Eso sí que me parece complicado. —Unos rayos de sol empezaron a entrar por la ventana del salón y calentaron la sala.
—Pues eso es, tal vez necesito ayuda, tal vez puedo volver a ser hombre, pero después de tantas hormonas no creo que sea posible.
—Y dime una cosa, te parece bien profesionalmente, eso de cambiar el sexo de un niño de un año, a causa de una circuncisión mal hecha.
—¿Profesionalmente? Todavía se hacen cosas así, hay que pensar en el sufrimiento de un hombre sin falo, en una edad temprana, eso es lo que se hace, se cambia el sexo, pensando que así la persona sufrirá menos. Hoy se puede poner una prótesis en vez de un falo, cosa que no existía en esa época, y se infla, como una máquina, y no se es hombre; puedo entender esta operación desde un punto de vista ginecológico, pero desde un punto de vista psicológico no sé si está muy bien. Bueno, las cosas ya se han hecho, la situación es la que es, y soy quien soy.
—Bueno, bueno, sí que era algo importante, no me lo esperaba, no esperaba que me ibas a hablar de eso, creí que me ibas a decir que decidiste casarte conmigo, y que otra vez te iba a explicar por qué no me quiero casar, pero ahora tal vez sí quiero casarme contigo, para que no te escapes de mí, no sé muy bien qué tiene esto que ver con lo que me acabas de contar, pero tal vez es lo que hay que hacer ahora.
—A tus padres les dará un ataque, si te casas con una mora —imitó a la forma de hablar de su madre.
—A mí no me importa, además, todavía puedes descubrir que tu madre es una judía que se convirtió al islam para casarse con un general musulmán que se murió en la guerra de Kipur en Ramat Hagolan. O algo por el estilo…
—Marcel, no es una broma, no puedo hablar de boda por lo menos en un año, es una impresión demasiado grande para mí, esto cambia todo mi pasado, me cambia a mí, a mi vida, veo todo de una forma diferente desde que llegaron estos papeles de Tánger.

Segunda parte LA VUELTA A CASA

—Me voy.
—Pero no dices adiós.
—Me quedo.
—Y dices adiós.
—Uno no puede nunca irse de ningún sitio en el que ha estado.
—Dices adiós y no te vas o te vas sin irte.
—Ya he vuelto.
—Sí, has vuelto porque nunca te has ido.

FORTU

Encontré todas las excusas para ser el primero en largarme de Tetuán. Debo volver a casa, mi hija está mala, pacientes que me esperan, no puedo tomarme más días de vacaciones.Tengo que volver, los españoles no entienden lo de siete días de Abel, esperan de ti que vuelvas al trabajo en tres días, o antes, un día después del entierro. Empiezan a creer que tengo algún problema psicológico.Ya no me necesitan aquí.Ya hemos visto a la madre de Yosef… Y todas las excusas, separadas y combinadas, para poder volver a Madrid. Pero en el momento en que salí de allí —y digo allí como si fuese algo impuro, algo que pertenece a otra vida, una vida errónea, una vida temerosa, una vida olvidada que mejor no recordar, digo allí, como si al decir allí ya no hay aquí, como si estos dos mundos no pueden convivir. En cuanto llegué de Tetuán a Ceuta de pronto tuve mucho tiempo para mí mismo. Decidí quedarme un día más en Ceuta y dormir una noche. Y dar vueltas por la calle principal sin hacer nada, comer tapas, y más tapas, beber otra caña, ver las tiendas con nombres tan familiares, Bentata, Hachuel, Benarroch, un sinfín de tiendas con nombres judíos, y toda la ciudad llena de moros, aquí llegan mujeres de pueblos y vuelven llenas de mercancía que venderán en Tetuán,Tánger, Chauen o Larache. Hacen el mismo camino todos los días. A veces sobre burros, y si tienen dinero en taxis por plazas, en los que se meten siete personas en vez de cinco, apretados.Todo se vende sin impuestos, discman, relojes, equipos de música, zapatos Nike, y New Balance, y

más de la mitad de la población son musulmanes marroquíes. Muchos judíos viven aquí y hacen buenos negocios, uno de ellos abrió una tienda justo en la frontera, una especie de duty free, vende de todo y más barato, todo lo que se puede comprar: Hasta matsot de Israel, porque los musulmanes dicen que ésas son las matsot de verdad, pero yo espero captar algo aquí, algo que perdí hace muchos años. Recuerdo los viajes con la familia a Ceuta, a comprar cosas que no teníamos en la época de Franco, recuerdo cómo mi padre se encontró con un exgeneral con el que había hecho negocios en el pasado y se pasaron el día bebiendo y volvió medio borracho, casi no podía conducir, vomitó todo el viaje, pero parecía muy contento de haber encontrado a ese señor.Viajé a Gibraltar desde aquí, para comprar relojes y ver qué hacía papá allí, compraba telas y las vendía en Marruecos, o todo lo que podía traer dinero. Sentado en el bar veo a alguien conocido.

—¡José! —le grito.

—¡Fortu! —Y nos abrazamos.

—¿Tú?, ¿vives aquí?

—Más o menos, en realidad vivo en Barcelona, pero mi padre trasladó sus negocios aquí, así que estoy de visita; por lo visto voy a trabajar con él unos meses, quiere informatizar todo el negocio, yo compro ordenadores y le estoy creando un programa de contabilidad.

—Yo, bueno, sí, de viaje por Tetuán, estuve allí unos días, y vuelvo a Madrid —dije, respondiendo a una pregunta que él me iba a hacer o que pensaba.

—Todos vuelven, los que quieren y los que no quieren, al final todos vuelven. Siempre hay una razón. Conocí a uno que su abuelo se había ido de Tetuán a Orán hace ciento cincuenta años, y volvió a ver su tumba, un Benzimra, como tú, su apellido era Benzimra… Camarero, por favor, unas tapas más y dos cañas.

—Chanquetes, anchoas, patatas, y otras cosas vegetarianas. Sin calamares, ¿vale?

—¿Comes casher?

—No. No exactamente. Pero mi padre falleció hace un mes, y desde entonces como kasher, no bebo ni vino nesej —dijo Fortu.

—Ah… Entonces por eso volviste… El padre muere, queremos entender algo, te acuerdas del profesor de hebreo que teníamos, monsieur Levi, ¿te acuerdas?

—Claro, y le veo de vez en cuando en la Tefilá en Madrid.

—Creo que se casó con una goyá.

—Se casó y ya se divorció. Creo que tiene un hijo.

—¿Sí?, Pues no sabía que se divorció, me acordé de él porque tú una vez le chillaste en la clase que no debía pegar con el palo a los niños, ¿te acuerdas de eso? Tenías siete años o algo así y te enfrentaste con el

maestro y le gritaste.
—Pues no, no me acuerdo del todo. No me acuerdo de eso.
—Toda la clase se sintió muy orgullosa de ti, no sé por qué pero he pensado en eso esta semana. Eres médico, ¿verdad?
—Vamos a la mesa, sentémonos, ya son casi las dos.
—No, espera, te invito a un restaurante buenísimo, un restaurante de pescado, muy buen pescado, lo traen de Marruecos, pescado fresco, mucho mejor que lo que comes en España.
—Sí, soy médico de familia, y ¿qué haces tú, José? —No podía dejar de estar asombrado por su nombre, porque entre todos mis amigos encontré un Yosef. ¿Será mi hermano? A lo mejor mi padre se equivocó con la fecha de nacimiento. No puede ser, ¿no? Él tiene dos padres judíos, José,Yosef…
—Ordenadores, comercio, tengo dos tiendas de ordenadores en Barcelona, pero como te dije vine a hacer negocios con mi padre, es un poco difícil convencer a los viejos de pasarse al ordenador, pero por lo visto no le queda más remedio…
—Me alegro mucho de verte, siempre eras el primero de la clase en matemáticas, me acuerdo que siempre recibías el primer premio. Era algo ridículo, tres libros para el primer premio, dos para el segundo y uno para el tercero, yo siempre era el segundo o el tercero.
—¿Y te acuerdas de los libros? Robinson Crusoe con dibujos, con una portada en blanco y rojo, o rosa.
—Era bastante ridículo, pero nos sentíamos muy orgullosos de ganar los premios, y recibir ese libro que nadie leía, era sobre todo para enseñárselos a nuestros padres, y a mí me decían, y por qué no eres el primero, como tu hermano Isaque, como si ser el segundo entre treinta alumnos no fuera suficiente, así era mi madre… Vuelvo a Madrid mañana, hace años que no vengo a Ceuta, y decidí dormir aquí esta noche, hoy es una ciudad tan moderna. Recuerdo los viajes con mamá y el coche americano y el chófer. ¿Qué coche era? Un Ford, o un Chevrolet, no me acuerdo, veníamos aquí y era diferente de Tánger, aquí era el extranjero, había que sacar los pasaportes en la aduana, el chófer tomaba los pasaportes de mi madre, hablaba con el policía de la frontera, le daba un bakshish y pasábamos, mientras los otros, los árabes, nos miraban. ¿Y hoy qué somos? Clase media europea, pero en esos días éramos los ricos que todos envidiaban…
—Sí, bueno, muchos se sienten así, nosotros no éramos tan ricos, y no tengo nada de qué quejarme de mi vida actualmente.
—Entonces, ¿los negocios te van bien?
—Iban mucho mejor hace un año aunque todavía se venden ordenadores, pero del 97 al 99 era una locura, no dábamos abasto, todo se vendía en el mismo día.
—Me alegro.

—Y tú, ¿cómo te va de doctor?
—Es un salario, un buen salario, pero no es un negocio. No me quejo, me propusieron otros puestos en los que podía ganar más, pero a mí lo que me interesa son los pacientes, es interesante conocer a toda la familia y ver cómo los problemas pasan de generación en generación. Me propusieron un puesto administrativo, ser responsable en el Ministerio de Salud, de todos los médicos de familia de Madrid, y era un muy buen salario, pero finalmente no acepté la proposición; pero no me arrepiento, hay que sentirse bien en un trabajo así. ¡No me voy a poner a rellenar papeles todos los días!…
—Veo que tienes principios, hay que sentirse bien en lo que uno hace… Eso sí… ¿Otra caña o nos vamos al restaurante?
—Ya he bebido bastante cerveza así que vámonos… Yo pago.
—No, ¡qué va! Pago yo.
—Que no, que no, que ya estaba yo aquí comiendo y bebiendo antes de que vinieras.
—Bueno, vale, pero al restaurante te invito yo —dijo José.
Todo está muy cerca en Ceuta. Se puede recorrer toda la ciudad en media hora. El restaurante estaba en la primera esquina, El Lenguado, así se llamaba. Mesas marítimas, manteles celestes y altas sillas de madera daban una impresión de restaurante caro, los cubiertos eran de plata, y sobre cada plato había una servilleta.
—Aquí tienen el mejor lenguado del mundo, creo yo —dijo José.
—Me encanta el lenguado, pidamos lenguado.
Rápidamente llegaron el pan y el aceite, aceitunas y una pasta de aceitunas. El pan estaba fresco, parecía un pan de casa. De primer plato pedimos una ensalada y queso manchego, y después los dos pedimos lenguado.
—¿Quieren vino los señores?
—No, queremos agua mineral con gas. Los dos.
—¿Te acuerdas de Simita, la que estudiaba con nosotros? ¿Cuál era su apellido?
—¿Bensadon?…
—Sí, puede ser, tal vez, me dijeron que se murió en un accidente de coche, vivía en Estados Unidos, en Miami, te acuerdas qué enamorados estábamos todos de ella, todos los hombres de la clase…
—Yo no —dije.
—Sí, eso, ¿tú no? Era la más guapa de la clase, eso lo dices ahora, tú también estabas enamorado de ella.
—La más guapa pero ahora está muerta, en un accidente, qué pena… Dime, ¿estás casado?
—Sí, y tengo una hija, sí, casado… sí… Bueno, no completamente, ya no vivimos juntos, a lo mejor…—
Y antes de seguir hablando sentí que no, que no era eso lo que quería,

no quería divorciarme, podría hablar con ella otra vez, podemos volver, intentar otra vez, aunque sólo sea por la niña, por el pasado, ¿qué sé yo? El pasado ya no tiene sentido, cinco años de tu vida no tienen sentido, el pasado también tiene su importancia, es una razón para seguir juntos…— ¿Y tú, estás casado?
—Segunda mujer. Dos hijos de la primera. La primera era judía, la segunda no. ¿Qué importa eso?
—No sé si importa o no.Tal vez sí, si no es un gran amor sí que importa, es más difícil vivir con una mujer de otra religión, que piensa de forma diferente.
—Pero, coño, no empieces a hablarme de mentalidades… Pero eso sí, todos queremos casarnos con una mujer de Tetuán o de Tánger, mi primo dio con una de Tetuán la segunda vez, le envidio, de pronto se vuelve muy importante que alguien te entienda sin tener que explicar tanto, que entienda esa tristeza profunda…
En algún momento sentí que no llegaba a este hombre, a José, lo que le interesaba eran sus negocios y dinero, y no era posible subir un escalón en nuestro diálogo de ese día.Yo buscaba respuestas, y no cuentas de ganancias y pérdidas. Hasta sus matrimonios parecían un negocio que había hecho. Después del almuerzo, y del lenguado que estaba buenísimo, le di mi teléfono en Madrid y le dije que le llamaría si pasaba por Barcelona. Sí me gustaría tomar con él algunas tapas en otra ocasión, pero hoy prefiero irme al mar y pensar. Por la tarde me cansé ya de la ciudad y pensé en irme esa misma noche y no esperar hasta el día siguiente. Pero, camino al hotel, encontré a Sarah, que cono
cía de Madrid.
—¿Qué haces aquí?
—¿Y tú, qué haces tú aquí, Fortu?
Enseguida cambié de programa. Parecía como si en ese día toda Tetuán se paseara por Ceuta.Todos van y vienen, haciendo negocios.
—Pues, mira… vuelvo de Tetuán.
—Todos vuelven de Tetuán. —Sonrió con su sonrisa infantil que no cambió desde el día en que la conocí en la colonia de vacaciones, cuando tenía quince años.
—Vamos a beber algo.
—Estoy de visita por aquí, familia.Y también me ocupo de unas casas de la familia. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? Diez años, y vivimos a tres calles uno del otro en Madrid.
—Pero no cervezas, ya he bebido bastantes cervezas hoy, vamos a tomar un café en La Campana.
—Sí, bien, estoy en el hotel La Residencia.
—Yo también, pero no me sorprende, es el único hotel más o menos normal que hay aquí.

—Tantos años, ¿te acuerdas? Estabas enamorado de mí y me escribías cartas de amor, muy bonitas cartas. Pero yo estaba en otro mundo.
—Ahora también estás en otro mundo, nunca estuvimos en el mismo mundo.
Entramos en la cafetería, que es una de las más bonitas de la ciudad, y está llena de pasteles de nata. Los dos pedimos café.
—Es un poco raro, dos encuentros del pasado en un mismo día, y tal vez no sea tan extraño, es lo que siempre pasa en esta ciudad.
—Siempre encuentro aquí conocidos, encuentro más madrileños aquí que en Madrid.
—Bueno, todo es pequeño aquí, si alguien que conoces está aquí y te paseas, lo más probable es que lo encuentres.
—Sabes que me divorcié.
—Sí, oí algo de Gracia, me lo dijo, todos se divorcian estos días y ya no parece nada raro, se ha convertido en algo más normal que seguir casado.Yo todavía estoy casado, pero separado.
—Es que era imposible, podía soportar lo de las amantes, pero es que nunca aparecía por casa. En dos años le veía en casa un cuarto de hora, a veces volvía a dormir a las tres de la mañana y se iba a las siete, ya no había ninguna relación.
—Creíamos que si hablábamos podríamos resolver cualquier problema, y es que llega ya un día en el que no puedes ni hablar de nada, cada frase que dices es entendida mal, todo se deshace en el mundo.
—Tal vez no se deshace, sabes, tal vez es algo bueno, me siento mucho mejor desde que me divorcié, tal vez es algo bueno que podamos encontrar una nueva vida, después de que una relación se acaba.
—Puede ser, quién sabe, pero yo no me quiero divorciar, los tetuaníes no están hechos para divorcios.
—Nadie está hecho para eso. Tal vez no estamos hechos para casarnos, y ésa la razón de tantos líos.
—Lo que sí sé es que quiero volver a ella, pero lo que quiero es el pasado, quiero mis memorias, quiero vivir diez años atrás.
—Eso no existe.
Y de pronto sentí unas ganas enormes de comer un pastel, con mucha nata y mucho azúcar, cosa que no he hecho hace años, sentía necesidad de azúcar.
—Un momento, voy a pedir un pastel, ¿quieres uno también?
—No. No como pasteles.
Pedí el pastel más grande que tenían.
—Eso, la vuelta del pasado. ¿Te acuerdas? Cuando comías tres pasteles al día. Hace tanto tiempo que no como un pastel en una pastelería. Hará diez años.

—Necesitas azúcar.
—¡Qué coincidencia la de encontrarte aquí después de tantos años sin vernos!
—Sí. Pero tengo que irme, tengo una cita con un primo.
—Lástima.
—Tal vez nos veremos en el hotel.
Sarah despertó algo en mí pero, como siempre, en ese momento desapareció. Parece que los años no pasan y siempre somos los mismos. Necesitaba calor, cariño, algo. En ese momento ella me obligó a sentirlo. Hacía tiempo que no sentía las manos de una mujer. Y de pronto vi a una mujer enfrente de mí vestida de negro, que intentaba explicar en francés y un poco de español lo que quería de la camarera.
—Hablo francés, si usted quiere puedo traducir —dije antes de tener mucho tiempo para pensar si hablar con ella o no. Era como seguir la charla con Sarah.Traduje lo que pedía, quería un bocadillo de queso pero sin jamón, así dijo.
—¿Cómo te llamas?
—Fátima.
—¿Eres de Tetuán?
—Nací en Tánger pero vivo en París.Voy a visitar a mi madre, que está enferma. Me dijeron que está muy mal, en coma. Creo que es grave.
—Interesante, yo nací en Tetuán y vivo en Madrid. Me llamo Eli —No tengo ni la menor idea por qué no le dije mi nombre verdadero.
Miré largamente sus ojos y me parecían conocidos, familiares, como si se tratase de alguien de mi familia, pero era algo imposible, Fátima es un nombre musulmán, no existen judías con ese nombre.
—Debes de ser judío.
—Sí, y tú musulmana.
—Me es difícil hablar con judíos desde que se pusieron a matar niños palestinos —dijo, pero su lenguaje corporal decía lo contrario.
—Y a mí me es difícil desde que nací —Sonreí un segundo para no entrar en una discusión política.
—Es que no sé qué me pasa, mi novio desde hace tres años, Marcel, es judío, mi mejor amiga en la universidad, judía, y también se llama Marcelle, el director de mi hospital, judío, dos médicos que trabajan conmigo, judíos, y no es que falten musulmanes en París, pero es lo que me pasa todo el tiempo, y mira que intento escaparme de judíos, tal vez por eso los encuentro… Perdona…
—No tienes por qué pedir perdón —dije mientras unas lágrimas empezaron a caer de sus ojos.
—Han sido días difíciles, mi madre y muchas cosas, cartas… como se puede decir, bueno, eres un extraño, puedo decirte todo, estoy desesperada últimamente.

—¿Dejaste a tu novio? Bueno, yo también me separé de mi mujer, no es fácil.
—No, no exactamente, le dije que tengo que pensar, de verdad, es que tengo que pensar. A veces hay que pensar.
Y de alguna forma, en un espacio de tiempo que no puedo calcular, mi mano estaba en su mano y nos estábamos besando.
—Tengo que llegar a Marruecos hoy mismo, a ver a mi madre —Pero ya estábamos en la calle con dirección al hotel. El recepcionista me dijo «Hola, señor Benzimra».
—¿Qué ha dicho? —preguntó Fátima.
—Simplemente me ha saludado.
—Bueno, no importa, espero que no piense que soy una prostituta.
—Creo que durante el día puedes subir a mi habitación, aparte de eso no me importa lo que piense.
Entramos en la habitación y sin decir media palabra nos besamos. Nos quitamos la ropa y nos tumbamos en la cama. No sé cuánto tiempo duró nuestro acto sexual pero fue muy corto, seguramente menos de cinco minutos, pero los dos acabamos juntos y sentí una satisfacción profunda y total, algo que no me había pasado nunca. Era como si nos conociéramos desde hace siglos. Como si conociéramos cada punto del cuerpo del otro.
—Ha sido increíble. Déjame tu teléfono. —Estaba muy cansado y después de acabar casi me desmayé, era más que dormirme. Debí permanecer en ese estado quince o veinte minutos antes de abrir los ojos, y entonces vi que me había dejado una nota. «Muy romántico», pensé: «Eli, fue tan maravilloso que es mejor que no volvamos a vernos». Así lo escribió, y en español, estas francesas, ahora sólo pensaré en ella, la buscaré por todo París, me iré a vivir a París, eso fue lo que pensé, cómo puede ser, estuve casado diez años, más de diez años, y nunca me pasó algo así, me dormí y cuando me desperté a las seis de la mañana pensé que tal vez tenía razón, y mejor que todo esto se quede como un recuerdo fabuloso e inexplicable.
Me desperté muy temprano, y a las seis ya estaba abajo con mi maleta. Pagué la cuenta y salí a buscar un taxi para el puerto. De pronto volví a la recepción y pregunté si alguien me había dejado un mensaje, pensé que tal vez Fátima cambió de opinión y me dejó su teléfono.Y si me lo hubiese dejado ¿qué haría?, ¿podría de verdad enamorarme de ella?, ¿un judío y una musulmana?, ¿podríamos crear una relación entre los dos? Tal vez con una cristiana sea posible, pero no con una mora. No veía ningún taxi por la calle a esta hora. Decidí ir andando al puerto. Era una marcha de veinte minutos. Toda la ciudad era cuestión de minutos andando. En el camino vi las cafeterías que empezaban a abrir sus puertas. Las puertas se abren como personas cansadas, apenas pueden abrir sus ojos, antes de que los

hombres se tiren encima de los cafés y los cruasanes, los expresos y los capuchinos. Pasé por uno que ya estaba abierto y tomé un café. Me dijo que me quedaban diez minutos andando y llegaría al puerto y que un barco rápido salía a las siete.
—Llegarás antes de las ocho, y yo me quedaré en África.
—Tal vez tome el barco más lento, no tengo prisa, y quiero sentir el camino.
—Bueno, pues muy bien, hay gente que le gusta vivir sobre el agua, hay otros a los que les gusta andar sobre el agua, yo prefiero estar sobre la tierra.
Cuando llegué me dijeron que solo había barcos rápidos hasta las diez, así que subí en el de las siete. El mar estaba muy calmado. Pensé en viajar a Sevilla y encontrarme con mi amigo de estudios, Pedro Enríquez, arquitecto y poeta. Calculé que llegaría a Sevilla antes del mediodía, podría quedarme hasta la noche y tomar el último Talgo, así llegaría a Madrid antes de las doce.
Subí en el autobús que estaba en el puerto en Algeciras, que iba a Sevilla, y en el asiento de delante vi un libro en francés. Era un libro de Philip Roth que ya había leído en español, lo abrí y leí la dedicatoria:
A Zohra.
Amour est liberté.
Amour est tendresse.
Marcel.

ISAQUE
Dos días más tarde viajamos a Tánger.Volamos juntos a París y después yo sigo para Nueva York. Ella se irá a su casa.Yo me iré a un sitio bajo el sol. He vivido ya en Madrid, París, Jerusalén, Londres, y ahora es Nueva Cork.Y no sé dónde está mi casa. No conozco ni las calles que me rodean. Durante años en Jerusalén me preguntaban por una calle al lado de mi casa y no sabía dónde estaba. Sabía dónde estaba la calle Yehuda, Naftali, Dan, pero dos calles más y ya me perdía con los nombres, lo mismo en Madrid, Balmes, la Castellana, La Gran Vía, algunas calles principales. Sabía cómo llegar a mi casa, y las otras calles se quedaban en nombres desconocidos o que no podía situar fácilmente. Qué son nombres de calles, he oído hablar de una isla en la que las calles no tienen nombres, debería irme a vivir allí, París, Feaubourg Saint Honoré, Avenue de Ternes, Pereire, allí viví unos meses, Capucines, Opera, Champs Elysées, Londres, Regent, Park Crescent, Hendon, Oxford, Teixera, Orense, Príncipe de Vergara, como si en todos los sitios donde viví sólo hubiera sido un turista. En Nueva York es fácil acordarse de los números, calles con números, será más lógico, Bowery, Cannal. Como si en todos los sitios sólo hubiera estado

en un hotel en la calle principal; y después nunca hubiese vuelto, Manhattan, centro del mundo, yo centro del mundo, siempre turista en todos lados, mañana me pones en Casablanca y será lo mismo, en Sevilla o en Tel Aviv, sólo veo personas, van y vienen, corren, son expulsados de sus países, conquistan países, hacen guerras, mueren y se enriquecen, pierden sus fortunas, o se enriquecen todavía más, o no tienen para comprar pan, o comen demasiado, pero ninguno de ellos sabe qué está haciendo aquí, con excepción del místico, que quiere irse a otro mundo, por lo menos sabe que quiere irse a otro sitio, nadie entiende verdaderamente qué está haciendo aquí, y los judíos, los judíos deberían explicar eso a los otros, qué significado tiene todo esto, y creo que los judíos querrían explicarlo a todo el mundo, pero ya se cansaron de dar explicaciones, se cansaron de que los maten, de que los maten y de que tengan la culpa de que los maten, otra vez pensamos que se acababa la cosa, que si llegamos a tener un país se acabará todo esto, que dejarán de matarnos, pero no fue suficiente. Después pensaron, ganaremos la guerra, morirán los que morirán pero no pararon allí. Creímos que si teníamos una bomba atómica dejarían de matarnos, pero ni eso nos pudo ayudar, dijimos, bueno, pues ahora, haremos la paz, de cualquier manera, y si hacemos la paz no nos matarán, pero desde que hacemos la paz han matado mil. ¿Qué es esto? ¿La guerra de la paz? Y después de que hagamos la paz habrá otra razón para matarnos, y todo esto es tal vez porque los ganadores actuaron como perdedores. Nos matarán porque parecemos fuertes, o porque parecemos flojos, o por cualquier otra razón, nos seguirán matando siempre, hasta el final de los tiempos, y no hace falta ninguna razón, somos el chivo expiatorio, la sangre de Dios, el aceite del altar en el que Dios sacrifica sus sacrificios, porque por lo visto a Dios le gustan los sacrificios, sobre todo humanos, te pedimos Dios, no tanto, no generación tras generación, una generación sin muertes raras, sin shoah, sin autobuses que explotan, sin hijos que vuelven sin piernas y sin manos, Dios, te pedimos una generación sin que maten a alguien porque es judío, que lo maten sin razón, o porque quieren robar algo, pero no por ser judío, Dios, ¿te podemos pedir eso?, o es demasiado después de tantos años de persecuciones, treinta años, cuarenta años, y después puedes venir con todas tus exigencias, te parece bien, después pídenos que respetemos todas tus leyes, de las más fáciles a las más difíciles, hasta las más incomprensibles, porque tus leyes son de otro mundo, son raras, no son humanas, es verdad, y este viaje, no creo en nada, cómo puede ser que muriera, y que papá no lo supiera, es imposible, creo que ni existió.

—Sabes, Silvia, nos tomó el pelo, no es su hijo. Si fuese su hijo sabría que murió, podría haberla llamado por teléfono, o venir aquí, o preguntar, estuvo unas cuantas veces en Ceuta de negocios, podría

haber investigado, no crees…
—¿Qué quieres decir?¿Que nos envió en vano?
—No completamente. Quería que entendiéramos algo, es un viaje para aprender algo, tal vez quería que entendiéramos a todos los judíos que se convirtieron al islam, aquí, de los que nadie habla, miles, cientos de miles se convirtieron porque los obligaron, o, por una razón más idiota, o tal vez más normal, para no pagar impuestos de Dhimi, impuestos especiales para judíos, porque no tenían dinero. ¿Comprendes? Quería que entendiéramos eso, yo estudié Cábala, y quería que fuéramos a salvar las nitsosot, las chispas, de todos los conversos que chillan desde la tierra.
—¿Qué son las nitsosot? No entiendo nada de eso.
—Son partes de la Neshama, del alma, que se quedan pegados a cada uno, porque sólo los judíos están conectados a la Neshama, sabías, y por eso cuando se convierten sus almas chillan, y es un sufrimiento muy fuerte, y todo el mundo oye eso gritos, ésos son los ruidos en los oídos que muchos oyen, el veinte por ciento de la gente oye esos ruidos, silbidos, tarareos, sirenas, pitos, estallidos, sabías que en 1600 obligaron a todos los judíos de Fez a convertirse y hasta hoy se sabe quiénes son los descendientes de esos conversos, se llaman, Hamo, Hamu, Benhamu, Bentato, Elbaz, Sabag, apellidos de judíos y musulmanes, todos saben de dónde vienen, pero en este país nadie habla de nada, todo pasa por debajo de las palabras. En Marruecos las cosas no salen, pero yo encontré exjudíos de ésos en NuevaYork, donde pueden volver a hablar,
o incluso en París, es el nuevo mundo, y Nueva York es el aura del nuevo mundo, un mundo donde se puede decir todo, todo lo que se puede decir. El centro de Estados Unidos es Nueva York, desde Nueva York sale la libertad a todo el país, y entonces te lo dicen, mi abuela o mi madre encendían velas los viernes, un musulmán de Marruecos te dice eso, y cuando dice eso hace un Tikkun en el mundo.Y las nitsosot se liberan y pueden respirar, después de años de represión, y allí, muy lejos del país donde nacimos, somos hermanos, musulmanes, judíos, árabes, cristianos, pero aquí somos enemigos, siempre fuimos enemigos, y poco importa lo que digan en las universidades, porque ahora está de moda decir que los judíos y los musulmanes vivían en una armonía total.
—En París también hay muchos que dicen eso. Por lo visto no vivieron con nosotros.
—Sí, porque allí, lejos de este sitio, lejos del Oriente Medio podemos ver lo que tenemos en común, pero aquí o en Israel vemos lo que nos separa y nos distancia.Tal vez era lo que nuestro padre nos quería dar a entender, quería que viéramos a los árabes de otra forma, ¿verdad que no hablamos de eso? Nuestro Yosef es árabe, ¿no?

—Medio judío.
—No exactamente, según el judaísmo es musulmán, porque su madre es musulmana. Según el islam es judío porque su padre es judío, si es que existió, tal vez simplemente cuando estaba encinta, papá quiso ayudarla y ayudar a su hijo, tuvo piedad de ella, los judíos son piadosos hijos de piadosos, y ahora, quería, después de su muerte, ocuparse de ellos, y tal vez lo veía como una forma de dar las gracias al país donde nació y a sus habitantes. No sé, pero no creo que fuera su hijo, porque si fuese su hijo sabría todo sobre él, habría enviado un investigador privado para saber todo sobre su hijo.
—Tal vez lo que quería era que visitáramos a Fátima, que recordáramos que nos crió, también eso es posible, no creo que hubiésemos vuelto a Marruecos si no fuese por el raro testamento que nos dejó, ¿no?
—Soy el único que volvió a Tetuán hace unos años, y no creo que vuelva otra vez, no hay nada aquí, cuando vuelves lo único que ves es tu ausencia, ves que has desaparecido. ¿Qué es una ciudad? Una ciudad es tu comunidad, y en el momento que la comunidad desaparece, la ciudad desaparece. Los musulmanes también lo sienten, viven en una ciudad sin judíos, un país que no es el mismo país, un Marruecos sin judíos, y todavía en Marruecos quedan algunos miles en Casablanca, pero en Argelia no queda ninguno, miles de años de vida judía han desaparecido, lo mismo en Irak, en España, y estos países caen porque les falta de pronto algo que siempre existió, no sé si era algo esencial pero era parte de la vida, es como si todos los árabes de Israel desaparecieran de pronto. ¿Qué haríamos? ¿La tierra los querría otra vez?
—De eso no estoy segura, creo que estaríamos mejor sin ellos.
—Ves, ése es el significado de este viaje, que entiendas que no, España después de quinientos años todavía siente la ausencia de sus judíos y sus musulmanes, quinientos años, todos estos países pensaron que se la arreglarían mejor sin judíos, pero no es así.
—Lo que creo es que tienes ideas locas, interesantes, pero sin ningún sentido.
Voy a escribir un libro sobre este viaje. ¿Es que sólo Alberto puede escribir libros sobre la familia? Seguro que empezará a contar sobre la discusión ridícula que hubo entre nosotros. Voy a escribir un libro.Todo hombre debe escribir un libro en su vida.
Por lo menos uno. Será sobre este viaje, la primera parte es el viaje a Tetuán, la segunda parte lo que pasó en Tetuán, y después las conclusiones, la vuelta, todo lo que nos pasa ahora camino al avión, de vuelta a NuevaYork, cómo cada uno de nosotros se siente después de lo que pasa. Creo que esto explica por qué papá decidió irse a Israel. Pondré todo en nombre del escritor de la familia,Alberto, que

siempre se pregunta por qué papá emigró a Israel, y piensa que por eso le jodió la vida, siempre se queja de que no triunfa, todos los escritores siempre se quejan a todo el mundo, pues él acusa a Israel, a su padre, que le trajo a Israel antes de que pudiera tomar decisiones por sí mismo.

—Mira —dirá Alberto a su padre—, a los tres hermanos que están fuera de Israel les va bien, uno en Madrid, otro en Nueva York, y la tercera en París, pero a los tres hermanos que están en Israel les va mal, yo soy un escritor fracasado, mi hermana es una máquina de hacer hijos, y el último, el más pequeño, es el que ha triunfado más, se murió en la guerra. Qué maravilla, murió en la guerra, gran víctima. Cuando morimos en la guerra entonces somos iguales a los ashkenazim, somos héroes de guerra, y qué héroe, si se murió en la Intifada de la piedra de un niño, y la Armada, de vergüenza, nos anuncia que se murió en el Líbano de un atentado. Esas piedras empezaron en Marruecos, cuando salíamos de la escuela, y le cogieron en Israel veinte años después, ves, veinte años de piedras, las piedras son materia humana, y eben en hebreo es padre e hijo, pasa de padre a hijo, los mismos moros, las mismas piedras. Estoy seguro de que si nos hubiéramos ido a España sería un escritor más famoso, sería el escritor más famoso de España. —El hijo dice estas palabras en el cementerio, una semana después de la muerte de su padre, antes de haber leído el testamento y antes de saber sobre el hijo secreto. Después dice—: ¿Por qué nos trajiste a este país? No lo entiendo, tenías dinero para que fuéramos a cualquier país del mundo, y nos trajiste a este manicomio de ashkenazim, los ashkenazim que estaban medio locos

o cuerdos se fueron a Estados Unidos y a Israel enviaron a los locos, los pobres, a los que no pudieron reponerse de la shoah, los que no valían nada, los Nebej, así los llaman ellos, Nebej, y cómo podremos enfrentarnos con ellos, ya han decidido que somos sus enemigos y que somos los mayores enemigos de los árabes, nosotros no éramos enemigos de los árabes en Marruecos, éramos sus amigos.

Sin duda alguna habrá en el libro una idealización desproporcionada de las relaciones entre judíos y árabes, ya se olvidó de los pogromos, del árabe pegando y gritando a su asno «¡Ah wadel lihud!» para que el asno se moviese. Eso es lo que hacen los marroquíes en Israel, se quejan de los árabes, idealizan sus relaciones con ellos en el pasado y no paran de quejarse de los ashkenazim, los ashkenazim tienen la culpa de todo, de las guerras, de su pobreza, de que mi hermana se vuelva religiosa y tenga un hijo al año, una industria de hijos. Después llega a París y envidia lo bien que está su hermana allí. «¿Y por qué no te vas?» Y en verdad se pregunta uno por qué no se va, siempre se queja, ya escribe en hebreo y no puede cambiar de lengua, ya no

puede empezar a escribir en francés, en español o en inglés, eso es, hemos vuelto a los marroquíes israelíes, todos tienen la culpa y ellos no tienen por qué hacer ningún esfuerzo.
Va a ser algo genial, mi libro.
—Voy a escribir un libro sobre nuestro viaje —digo a Silvia.
—¿Tú también? ¿No nos basta con tu hermano que no para de escribir tonterías sobre la familia? Él escribe por ejemplo que somos árabes judíos. ¿Yo? ¿Árabe? ¿Te parezco árabe? ¿Tengo cara de mora? Él es mizraji, sefardí no le parece bastante, dice que un sefardí es un mizraji que todavía no ha evolucionado, quiere asimilarse al mundo árabe, ¿te das cuenta? Quiere ser un forastero de la kasba de Damasco.
—Es que no lo entiendes, es lo que hacen en Israel todos los marroquíes, lo que hacen es acusar a todo el mundo y acusarse a sí mismos, como si en Francia todo fuera fácil, entonces cómo puede ser que en Francia tantos judíos triunfen y en Israel tan pocos, aprendieron allí de los ashkenazim a acusar a todo el mundo, es algo que te puede enloquecer, ese país, en una semana allí ya te vuelves loco, cada uno te cuenta cómo el país se va a acabar, cómo va a desaparecer en unos años, es un placer israelí, contar a todo el mundo tus miedos apocalípticos, entiendes, es una especie de striptease, en vez de desnudarse delante de ti, te muestran todos sus miedos. En Francia también la gente tiene miedo, pero cuando se encuentran intentan pasar un buen rato con la gente que les rodea, es el sadomasoquismo de más alto nivel, ¿entiendes?… No te digo que no tengas razón, pero sí, es más difícil ser marroquí en Israel que en Francia o en Nueva York o en cualquier otro país; a tu marido te lo llevaste a París, en Israel no hacía nada y en Francia está ganando mucho dinero. ¿Crees que podría ganar dinero en Israel?
—Ni la menor idea, pero lo que sí sé es que en Marruecos las cosas no eran más fáciles, ¿te acuerdas cuando arrestaron a papá por una historia de impuestos, en el 66, aproximadamente, y estuvo en la cárcel tres días, porque lo que querían era dinero, porque tenía dinero y compraba un coche americano nuevo cada año? Como tenía un chófer había que sacarle dinero, todos los pobres de la ciudad venían a pedirle dinero, y le metieron en la cárcel con ladrones árabes; humillado, le chilló a un ministro, que chilló al alcalde, que chilló al jefe de la policía, que recibió su dinero y le liberó.
—¿Y sabes lo que escribió Alberto? Que él tenía la culpa porque era rico y porque reprimía a los árabes con su dinero, porque trabajaban mucho y les pagaba poco, ¿te das cuenta? Tenía también la culpa de ser rico, es lo que nos hacen todos los goyim, nos obligan a ser ricos para sobrevivir, para sobornar, para pagar rescates de secuestros, por eso el dinero se vuelve tan importante y después nos acusan de explotar a los goyim con nuestro dinero. Para eso nacimos, Silvia, eso

es el destino judío, generación tras generación, viene siempre del hombre menos esperado, de Hitler, ¿quién era ese Hitler?, dirigente de una organización ínfima. ¿Cómo se levantó a exterminarnos? Es verdad lo que está escrito, es un destino inevitable, somos del pueblo de los golpes.

—Espero que esto esté cambiando, ¿no te parece? ¿Crees que Europa puede volver a repetir eso?

—No me sorprendería. ¿Alguien pensó que algo así podía pasar en Alemania? ¿Quién podía imaginar tal cosa? Pueden ser unos trabajadores rumanos, quién sabe, los que nos pongan una bomba atómica, o una epidemia, lo que menos uno puede esperar, o los árabes, o ese pueblo del que nada sabíamos, como dice la Biblia, un pueblo nuevo que no conoces se levantará para destruirte, o los franceses, o Estados Unidos, no puedo fiarme de nadie, no me puedo permitir fiarme de nadie, ¿me entiendes? Cuanto más lees de la historia judía quieres saber menos, ser como un niño que descubre el mundo, sin saber que había una historia antes de que naciera, sin saber que lleva con él una responsabilidad a un pueblo, o a otras cosas.

—Ya veo que estás escribiendo el libro, pero si sigues así va a ser demasiado filosófico, a mí no me gustan los libros demasiado filosóficos; deja a los personajes que hablen…

—Sí, tienes razón, sólo pienso en voz alta, no sé muy bien cómo digerir este viaje, es demasiado para mí, un viaje era suficiente, no debía haber venido otra vez con vosotros.

—Yo ya sé lo que voy a hacer, voy a buscar a la hija de Fátima, en París, la buscaré hasta que la encuentre, quiero saber qué me puede contar sobre mi hermano. Si es que murió de verdad, quién sabe, a lo mejor fue adoptado por una familia judía, no, eso no puede ser… y cuando estas dos mujeres, Fátima y su madre dicen que murió, qué es lo que quieren decirnos… No nos dijeron dónde está la tumba, si es que existe una tumba, lo que dicen es que desapareció de sus vidas, tal vez no quiere decir que muriera.

—Yo no creo que tengamos la obligación de buscar más, si la madre dice que murió, ¿no?

—No estoy hablando de la herencia, no es eso lo que me interesa, quiero saber más, Fátima es la mujer que nos crió, durante años, es importante en mi vida, y su hija también es importante.

—Para mí no, es la hija de Fátima, de Fátima en sus últimos días, yo ya me olvidé de ella, las Fátimas eran como sombras, existían pero no existían, eran el papel que jugaban, no eran personas de verdad.

—Para mí fue muy importante, la quería mucho, me dolió mucho verla tan mal.

—Creo que estás dramatizando demasiado la situación.

—¡No puedes entender que la quería! ¿Por qué? ¿Porque era árabe? ¿Por eso no puede ser verdad que la quería? No tienes ningún sentimiento.
—Nos están llamando, tenemos que subir al avión. Ciao Marruecos…

SILVIA
Antes de irme quiero llorar a los muertos, a mis muertos, llorar a mi hermano Israel que amaba a Israel más que todos.
«Israel es mi nombre y somos uno», decías en medio de las discusiones de la guerra del Líbano, sobre Arik Sharon, sobre Sabra Y Shatila, y eres víctima de un nuevo viaje judío. ¿Un último viaje? Y quiero llorar por el hermano que no conocí, por Yosef, que no sé dónde está enterrado, y que nadie de nosotros preguntó, como si fuese prohibido saber más.
—¿Por qué lloras?
—Lloro por los muertos.
—Tienes que tomar Ignatia.
—Sí, tú, tú todo lo solucionas con tus pastillitas, pero es que yo no quiero dejar de llorar, yo quiero mi sufrimiento, sufrir por la muerte de mi padre, de mi hermano Israel, de mi hermano que ni siquiera conocí, quiero mis lágrimas.
—Entonces eso quiere decir que Ignatia es tu medicamento, tengo aquí en el bolso, la caja con los remedios de urgencia, Ignatia 7CH, toma esto, no me discutas mucho, no te va a quitar tus lágrimas pero te va a ayudar a enfrentarte con ellas. Si tuviese en 200D sería mucho mejor, pero esto también te va a ayudar.
—No hay forma de discutir ni contigo, ni con tu hermano mayor; él seguramente me daría Valium o Prozac, o algún nuevo medicamento, como si llorar fuese una enfermedad, llorar y sentir compasión, hasta compasión por sí mismo; la que tiene razón es nuestra hermanita que dice que es lo que salva al mundo, la compasión, a veces pienso que es la más inteligente de todos nosotros. Aunque todos nos riamos de que está siempre encinta.
—Claro que la tristeza no es una enfermedad, y no tienes por qué tomar Ignatia; si no quieres, no lo tomes, yo sí tomé, mira, es una noticia difícil, lo del hermano perdido, nadie de nosotros sabe cómo digerir esto.
—¿Por qué dices digerir? Lacan te daría una buena conferencia sobre digerir, y comer una situación y no poder digerirla.
—No empieces con eso tú también, es una forma de hablar, eso es todo.
—No hay formas de hablar, por ejemplo en francés, echar un vistazo, se dice jeter un coup d´oueil, tirar un golpe de ojo, hay aquí fuerza, poder. ¿Es una coincidencia? ¿Sabes que hay un pueblo en España que

se llama Matajudíos?, ¿y sabes lo que quiere decir matar un judío?, beber un vaso de sangría, pero ¿qué quiere esto decir de los españoles y de su lengua y por qué las habichuelas se llaman judías?.
—Tendría que estar prohibido el uso de estas palabras, como en francés llamar a un avaro juif, echa un vistazo al Larousse y verás cuántas cosas raras puede significar la palabra juif, y todas son negativas; todo eso está desapareciendo, los franceses son conscientes de su lengua y del significado de esas palabras.
—Al avión, el vuelo para París sale dentro de nada.

ALBERTO
Cuando llegué a Ceuta me entraron unas ganas terribles de comer calamares. Comí siete raciones en menos de dos horas, camarero otra ración por favor, y pensé en cómo se puede hacer de este viaje un cuento, tal vez sería mejor hablar más de los árboles y del paisaje y menos del testamento y del niño que murió cuando tenía un año. Desde un punto de vista literario es imposible que el niño muera con un año de edad, es algo imposible, tendría que inventar algo, que fue adoptado, o que no existió del todo, o que no era el hijo, que el padre pensaba que era su hijo pero era de otro, es lo que creyó porque le hizo el amor pero ella tenía otro amante, y, me pregunto si sólo pasó una vez
o tuvo una relación con Fátima que duró muchos años, meses, todo esto no hace un libro, no hay una historia. Hay que contar algo. Podría hacerlo mas marroquí, hablar de las memorias, de la añoranza, del dolor, pero todo lo que sentí en Tetuán fueron ganas de irme, de salir lo antes posible, con Fortu, que se escapó lo antes posible, nosotros nos quedamos tres días más, pero cada día fue más difícil que el anterior.
Sólo quería ya irme, estaba harto de la basura en las calles, de los pobres pidiendo dinero por las calles, de que cada persona que sabía tres palabras en español nos preguntaba si necesitábamos un guía, cada uno intentando sacarte diez dirhams, que al final se lo das a alguien para poder andar. Dime, ¿y sobre este paraíso escribí toda mi vida? Y tal vez ése es el cuento que hay que contar, que mi padre inventó toda la historia para que viajásemos a Tetuán y viésemos que no hemos perdido nada. Nos envió para explicarnos lo que no podía explicar antes de su muerte, porque durante diez años no dejé de hablar de Marruecos, y tal vez es todo lo contrario, que no sólo este Yosef era su hijo, sino que tiene otros diez hijos que viven por todo Marruecos, de Fátima y de otras mujeres, no sé cómo podríamos saber eso o descubrirlo pero nos habla del Marruecos que dejó detrás; por otro lado, la idea del hijo muerto puede ser un símbolo de la falta de fecundidad en el encuentro judío musulmán en Marruecos, cuando el

judío y la musulmana crean un hijo, el hijo muere, y sólo en la Edad Media hubo una relación fructífera entre judíos y musulmanes. Por lo que es del reciente pasado, una convivencia existe sólo en las mentes de algunos profesores en París y en Nueva York. Como la cercanía que sentían judíos y alemanes, que como ya dijo Gershon Sholem, existía sólo en la mente de los judíos.Y entonces, ¿dónde está el gato encerrado?, ¿dónde está el hilo de esta historia?, ¿qué es lo que no cuaja aquí?, ¿qué hace que toda esta historia no sea literaria?, ¿qué es lo que hay que inventar para crear un cuento en el que los lectores crean? No van a creer que hicimos todo este viaje, nosotros cuatro, para no encontrar a un quinto hermano que no existe, y recibir cien mil dólares.

No tengo respuesta, debo seguir tomando notas, de todas formas al final siempre dicen los críticos que mis libros sólo son notas para una novela, tomar notas, aquí en Las Campanas, en Ceuta, y esperar que venga una idea, no me gustan todas estas notas, trozos de algo que no veo, me gusta cuando un libro se vierte por sí mismo a la página, como en Un mes parisino o El perro de nadie, pero no como en Llaves de Tetuán, que me tardé tres años en escribir, o Madrid es una pesadilla que escribí en más de un año, me gustan libros, cuentos que se escriben en un mes, o dos meses, trece horas al día, sin parar, concentrados. Lucena o Ensimismado, cada una duró cinco años, increíble para mí, y hubiese seguido buscando soluciones a miles de problemas si no hubiese encontrado un editor. Pero de esta herencia, de este testamento, por más que sea optimista es algo que no veo cómo se convierte en libro, esperaba más, pensaba que un testamento así era una buena bomba, pero es que todo esto se va a terminar en un pequeño pedo silencioso…

Enseguida después de bajar del barco en Algeciras subí en el autobús para Málaga, de Málaga tomaré un avión para Israel, así salió la cosa. En el autobús vi un libro cerca de donde estaba sentado, sin nadie a su lado, no pude evitar acercarme al libro y ver que era Operación Shylock de Philip Roth, oí hablar de él cuando salió, pero en esa época estaba muy lejos de Roth, lo que me interesaba era el Zohar y la cábala judía, recuerdo haber leído a Portnoy a finales de los años setenta, y Mi vida como hombre, y aquí está este libro sobre un ashkenazi loco que cree que los judíos tienen que volver a Polonia. ¿Después de que nos trajeron? ¿Después de que formaron este lío? ¡Ahora que se queden aquí a resolver todos los problemas! ¿Qué quieren? ¿Dejarnos para que resolvamos el lío que han formado?… Otra conspiración de los ancianos de Zion.

Leí el libro de kilómetro en kilómetro, cada vez más metido en él, el mismo humor excéntrico que recordaba, y también los mismos cambios insoportables, hojas y hojas de discusiones intelectuales y de

autoestima desmesurada que hacen de Roth un escritor muy bueno, pero no un genio. Hay pocos genios, muy pocos, y no soy parte de ellos, bueno, tal vez algunos poemas que escribí son geniales, pero no la prosa, así que cuando me dicen que mi poesía es mejor que mi prosa lo veo como un cumplido; pero, hace dos semanas, cuando fui a comer en Jerusalén a Zion Acatan y encontré un medio conocido que había visto en la piscina y me preguntó«¿Qué libro escribiste?», le dije que el título de la novela era Llaves de Tetuán, a lo que me respondió «¡Pero si es un clásico!».

Lo que quería era responder «Tu boca en los cielos» pero lo que le dije es «No exageres», si ni siquiera se vendieron quinientos ejemplares, cómo puede ser un clásico, pero no está mal ser un clásico, por lo menos que una persona piense eso, es una sorpresa, el libro de Roth pasa durante la primera Intifada, ya tan olvidada, desde Oslo, ya ni nos acordamos de Madrid, todo aquí pasa tan rápido, mesiánico, pero lo que me gusta del libro es que habla del destino judío de una forma completamente loca, ridícula, y es eso lo que no encuentro en la literatura israelí. Claro que hay algunas excepciones, pero generalmente es una literatura que se interesa por todo pero no por los judíos, y este libro inicia en mí un diálogo, una discusión con Roth, sólo los judíos ashkenazim volverán a Polonia y también los sefardíes a Sefarad, a España y los marroquíes volverán a Marruecos, los iraquíes a Irak, pero lo que Roth no entiende es que los judíos, como pueblo, nunca emigraron a ningún sitio por decisión propia, siempre lo hicieron por causa de circunstancias que ellos no decidieron. Había pogromos en Rusia, se fueron a Estados Unidos, había problemas en Marruecos, se fueron a Argelia. Sólo a Israel han llegado judíos por propia decisión, no todos pero parte de ellos, y algunos eligieron entre Estados Unidos e Israel y se decidieron por Israel. De aquí pueden decidir irse a Londres o a París si encuentran un trabajo mejor, pero sólo en Israel deciden emigrar por decisión. Hasta este viaje a Marruecos no sabía que era tan sionista. Me sorprende. Después de este libro de Roth tengo ganas de gritar a todos los judíos del mundo que vengan a Israel, vuestras vidas están en peligro, y si me responden que en Israel también están en peligro, diré que sí, y más que en todos lados, pero dos mil años nos enseñaron que era mejor no irse nunca de Israel por nada del mundo, porque la diáspora es peor que la extinción del pueblo judío, dos mil años de locura total, no sólo nuestra, sino de todo el mundo, y la forma en la que el mundo nos ve nos dislocó completamente de nuestro equilibrio, igual que nosotros los volvemos locos.Tres horas viajando y clavado en este libro, pensando en Marruecos, Tetuán no existe, y nunca existió, ésa es una frase que dirá uno de los hermanos en el libro «Cuando no estamos en Tetuán, Tetuán no existe, pero tampoco existe cuando no vivimos en ella». O

algo así. Cuando anda por Tetuán lo que siente más que todo es su ausencia de la ciudad, como escribí en algún poema, siente su ausencia y los años que no anduvo por sus calles. ¿Sienten lo mismo los polacos?, ¿los goyim y los judíos?

No creo, creo que en Europa sobre todo siente el olor de los crematorios, todos, los judíos y los goyim, lo sienten todos los días, es como vivir al lado de un volcán que explotó hace cincuenta años, la lava sigue ardiendo, son los gritos de los muertos, las indemnizaciones no hacen más que engrandecer el olor de quemado; no nos sentimos aquí tan mal, pero, una buena vida, una buena vida como la que describí en Marruecos es la luna, eso nunca existió, intenté dar razones a todas las cosas negativas, a los niños que nos tiraban piedras, al judío que era apuñalado cada dos años en el mercado del cuchillo de un moro que después decían que estaba loco, razonaba que eso pasa en todos los lados, que en todos los lados hay quien mata a otro por cualquier razón, pero todo eso no es verdad, aquí los mataron porque eran judíos, y no importa lo mal que estemos con los ashkenazim. En los países árabes existía un antisemitismo, me sorprendió leer en el libro de Tahar Ben Jelloun que los judíos vivían en armonía con los musulmanes, creía que esa idealización era nada más que judía, pero en Fez, la ciudad de Ben Jelloun, en 1600 mataron cientos de judíos, la mitad fue obligada a convertirse al islam, y a principios del siglo xx hubo un pogromo en el que murieron cientos de judíos.

Fez es la ciudad con más víctimas. Pero también en todas las grandes ciudades de Marruecos las hubo. No es la shoah, claro, pero tampoco es nada de convivencia, no fue nada idílico. No sólo nosotros aquí, en Israel, idealizamos un pasado que nunca existió, también los musulmanes hacen lo mismo, de tanto sentir nuestra ausencia. En los dos casos se ha perdido toda objetividad, porque si la situación era tan buena, entonces ¿por qué nos fuimos? Debe ser que tan bien no iba la cosa, lo que no sabíamos es que aquí las cosas irían todavía peor, que es mejor ser judío en Marruecos que judío en Asquenaz, en Israel. Pero, otro pero, un pero talmúdico, aquí defendemos nuestro país y nuestro sitio en el mundo, y no sólo nuestra propia piel, como pasaba en la diáspora. La lucha por la igualdad es una lucha importante, pero no por eso tiene que deformar nuestra visión del pasado.

Llegamos a Málaga. PickPick justo enseña su polla a Philip Roth en Operación Sheilock.

Mientras esperaba al avión que salió con bastante retraso acabé el libro de Roth. El epílogo me cabreó bastante y no leí todo el libro, salté todos los pasajes de Demieniuk, y los filosóficos de pacotilla, y todo esto nos lleva adónde… a nosotros, a la historia de los judíos marroquíes, una en París, otro en Madrid, otro en Nueva York, la que

se volvió religiosa y el escritor frustrado, es lo que dirán de cualquier libro que escriba aunque diga mil veces que no estoy frustrado, y me preguntarán por qué estoy frustrado, en todas las entrevistas, sólo hablo de los judíos que conozco y ellos hablan de los ashkenazim, de las mentiras que les contaron para que vinieran a Israel y del dinero que les robaron, si tenían dinero, no entiendo, qué quieren, que hable de judíos que no conozco, de judíos de Ukrania, de Rusia, de Polonia. ¿Por qué no escribes sobre otras cosas? Pero nunca sé de quçe otras cosas hablan, cuando no escribo sobre Marruecos nadie se entera de mis escritos, cuando escribo sobre Marruecos me dicen que sólo escribo sobre Marruecos, y cuando pregunto cómo puede ser que haya tan pocos libros de sefardíes en Israel, me sueltan tres o cuatro nombres, Shimon Balas, Dorit Matalon,Yisthak Gormezano Goren, Erez Biton, pero entonces les digo que esa es la prueba del problema del que hablo, nadie puede contar el número de escritores ashkenazim, pero con dos manos puedo contar los sefardíes.
Cómo puede ser que las editoriales publiquen sólo a escritores ashkenazim y cada una tenga su escritor sefardí para que no la acusen de discriminación, pero eso es, el problema es la pregunta, es que la pregunta se pueda preguntar, y no importa mucho qué respuesta puedan dar. Otra vez me estoy metiendo en esto, ahora volvamos a Yusuf, digamos que no murió, que se fue a Casablanca, y allí un policía le pegó un tiro a los diecisiete años. La familia encuentra a sus amigos, todos drogadictos, huelen cola, medio muertos con veinte años, y cuentan que él era el dirigente de todos, dirigente de una zona entera a los dieciséis años, y el policía lo mató porque intentó robar un almacén, y se escapó de los policías, nadie podía cogerlo porque corría más rápido que todos. O tal vez se fue a Francia, a París, y allí se convierte en chulo de putas, tiene diecisiete putas marroquíes que trabajan para él, uno de los hermanos le encuentra en París, se sienta con él en un café malo y le dice, mira, tu padre es judío, y él responde «Tu te fout de ma gueule», y le da una bofetada. Cree que es un policía, corre detrás de él y le pega un tiro, la policía le sigue y le matan. Al final dice «¡No digan a mi madre que la amo!», un buen final de película americana. Pasará en París, en el centro de la ciudad, o en Ámsterdam, Berlín, Bruselas, pero entonces será demasiado marroquí, y por qué no Nueva York, mientras que el hermano de Nueva York pasa con su coche y dice algo en contra de estos delincuentes que no dejan vivir a nadie. No es mala idea, se convierte en un musulmán extremista, el más extremista del mundo, y organiza atentados contra judíos, y uno de sus hermanos muere en un atentado que él ha programado, en París o en Israel; eso también puede pasar.
El avión tiene otro retraso de una hora, problemas de seguridad, quieren ver todas las maletas otra vez, entretanto estamos buscando

un papel convincente para el señor Yusuf en nuestro libros, señores y señoras: ¿Qué hace el señor Yusuf Elbaz? Y por qué todas mis ideas son tan dramáticas y tan llenas de estereotipos, por qué veo yo al marroquí de forma tan negativa, chulo, extremista, drogado, tal vez fue educado por una familia rica y se fue a estudiar derecho en una capital europea, en la que da conferencias en contra de Israel. Es que no podemos imaginar a un musulmán en el mundo que hable a favor de Israel o en contra de los árabes, no sería más interesante. Dice que el sionismo está justificado, y que los árabes no entendieron nada de la historia del siglo xx y que un país judío es lo mejor que les podía haber pasado. Pero ¿quién creería tal cosa? Uno puede imaginar cientos de profesores judíos en contra del sionismo, pero ni siquiera un musulmán a favor, ni yo me lo creo. Nosotros, los judíos, somos los más grandes críticos de nuestro pueblo delante de los goyim, y enfrente de nosotros, creemos que si somos críticos nos van a apreciar, pero lo que pasa al final es que nos citan en encuentros antisemitas como prueba de lo malos que somos, con Jesús empezó eso, y antes, con los profetas, vuelvo al tema judío, necesito urgentemente una idea lógica para este Yusuf, tal vez descubre que es judío, vuelve a ver a su madre antes de morir y ella le cuenta que su padre era judío, y de pronto siente que no puede soportar más la vida en Casablanca y decide emigrar a Israel, se convierte en un capitán en la armada israelí; lo que me pregunto es cuántos hay, cuántos medios judíos hay en Marruecos, cuántos descendientes de judíos; se convertían al por mayor, si no cómo quedaron tan pocos, o tal vez los musulmanes exterminaron comunidades enteras, como en el valle del Dar´a donde se dice que existió un reinado judío, que fue destruido. O tal vez simplemente se murió, nada más, ninguno de nosotros quiso ver la tumba, tal vez ni siquiera la madre y la abuela saben dónde está la tumba de un niño de un año, o no tenían dinero para pagar un entierro y está en una tumba común, si es que existen en Marruecos. Bueno, algo sobre Tetuán, algo sobre la familia, los judíos, pero ya tengo todo en la cabeza, lo tengo todo dentro, lo siento, siento el libro, desde la expulsión de los judíos de España, desde el jarro de mi abuela que sale todos los Pessaj y que viene de Castilla, y de él bebemos el vino. Puedo acordarme cómo nosotros, y quiénes somos esos nosotros, bebimos del mismo jarro en España, con el miedo de que no saliera otra vez una historia de un niño cristiano del que bebimos su sangre, rezábamos para no muriera ningún niño cristiano esa semana, rezábamos por los hijos de nuestros enemigos, me acuerdo de todo, de cómo nos fuimos a Lisboa, los años más o menos fáciles en ladino y en portugués, el viaje a Tánger, escaparse a Tetuán, yo los viajé, todos eso viajes, a Orán, todos los viajé yo, viajes a Brasil, a Venezuela, a Israel, a Tanta, a Madrid, todos los hice yo y están en algún lado de mi

ser y de mi mente. ¿Pero eso de irse a Israel?, ¿de quién fue la idea?, ¿quién pudo pensar que nos iría bien en Israel?, ¿que podríamos seguir los cuatrocientos años de vida melancólica después de la expulsión de Sefarad?
Cuando por fin empezamos a sobreponernos de esa expulsión vino el sionismo y nos dios el golpe total, el de enfrentarnos con un mundo tan distante de nosotros, el de entender que ya no teníamos la fuerza de ser el pueblo judío y que desde ahora los ashkenazim son los que nos definen. Pero ¿por qué seguimos cediendo, por qué seguimos después de que nos robaron nuestros hijos, nuestra historia y nuestro dinero?, ¿es que no podemos actuar de otra forma, es que no podemos pensar en rebelarnos, es que la unión del pueblo judío nos es tan importante que siempre estamos dispuestos a ser los que pagan el precio de esta unión, que cada vez que nos piden un dedo lo damos, y que al final nos hemos quedado sin dedos para decir que aquí estamos, hasta que nos hemos quedado mudos, nos han amputado nuestra memoria y sobre todo la de nuestros hijos?, y entonces ¿qué representa Yusuf? ¿Representa esa unión entre judíos y musulmanes? Y se murió a la edad de un año, y qué diremos de ese profesor que va a analizar lo que digo desde un punto de vista psicológico, o sociológico, pero no podrá ver en estos escritos ningún valor literario como pasó con Llaves de Tetuán, al final les gustará más que todo Un mes parisino porque entonces has demostrado que sabes escribir, y ahora que sabes, por qué sigues hablando de Marruecos, no enseñarán mis obras en los departamentos de literatura, pero sí la tesis de la chica que vino a entrevistarme sobre escritores sefardíes, una tesis de sociología, están analizando a los indios, que sí has triunfado, cómo te sientes, sientes discriminación, pero a mí me va bien, más que lo que se espera, o es que publicar poemas en todo el mundo no tiene valor, más que casi todo otro poeta israelí, tal vez me estoy convirtiendo en el poeta israelí más conocido desde Amijai, hasta me han traducido al chino, al urdu. ¡Me han publicado en Pakistán! Es increíble, entonces es que esto es una obsesión, hay que enviarte a un psicólogo, me parece buena idea, enviar a todo escritor israelí que ha escrito mas de tres libros sobre el kibutz a un psicólogo, y hay tantos, pero ustedes todavía estáis sorprendidos de que se hable de ashkenazim y sefardíes, yo por ejemplo hablo de eso cinco veces a la semana, desde que empezó la segunda Intifada sólo los ashkenazim hablan en la televisión, sólo ellos escriben en los periódicos, ahora pasan cosas importantes y por lo tanto hay que dejar hablar a los que valen. Pero, pero, yo lo que quiero es un cuento, una historia, y el problema es que no lo veo aquí, no veo la trama, no es suficiente lo que tengo, tal vez ésta sea la realidad pero con la realidad no se escribe un libro, no es bastante,Alberto, tienes que esperar que pase algo para poder escribir

el libro, tal vez dentro de cinco años, algo que se descubra, déjalo de lado, pero yo tengo que escribir ahora, mientras las cosas arden, no puedo esperar cinco años, siento que tengo que hacerlo ahora, no esperar. Por fin subimos al avión, seguiré allí.
En el avión me pregunto por qué debo escribir sobre mi vida, por qué contar el cuento de la herencia, podría escribir algo más imaginativo, por qué esta obsesión de describir todo lo que pasa en mi familia, «Señor, por favor apague el ordenador hasta que acabemos de despegar» me dice la azafata y sigo con el bolígrafo, es que estoy intentando captar algo que no veo, entender que no es una coincidencia, que no es una coincidencia que yo viva en Jerusalén y no en Madrid, y no en París, de la misma manera que no es una coincidencia que Silvia viva en París, que tal vez hay una misión que tengo que cumplir. Es que tal vez tengo que escribir algo que no escribo, tal vez un poema que va a salvarme de toda la locura que se enloquece dentro de mi cabeza. Por qué tomo apuntes sin parar, hasta en los lavabos, en cafeterías de capitales europeas, que hace no mucho estaban llenas de judíos y hoy quedan tan pocos, qué pasa cuando escribo un poema en hebreo en Málaga o en Granada, o cuando escribo un poema en español mientras ando en el barrio judío de Sevilla. ¿Estoy salvando al mundo? En el Talmud nos dicen que el mundo depende de escribir o no una sola letra.
Me pregunto si todos estos pensamientos pueden acabar en una novela, o si es más bien un artículo, o si es importante, tal vez no tiene ninguna importancia, el papel soporta todo, pero el lector, soporta muy poco, casi ningún libro, hasta los más famosos acaban en el olvido, y libros que se venden en millones de ejemplares no son leídos, o sólo partes de ellos, la hoja soporta todo pero por lo visto el lector es más inteligente, poca gente sale en medio de una película o una obra de teatro pero es fácil dejar un libro a medias, con la intención de volver a él algún día, pero nunca se vuelve.
Entonces, si no hay trama, pues no habrá verdaderamente una trama, o tal vez sí, tal vez la historia de Yosef se irá aclarando a medida que conozcamos mejor a la familia, y tal vez yo mismo dejaré este libro reposando dos años y vendrá la idea de cómo escribir un final más lógico y más completo.

ISRAEL

Vivo en aeropuertos, busco la razón de mi muerte, de Orly a Newark, de Barajas a Hong Kong, de Tánger a Lod, vuelo sobre los aviones, los salvo de caerse, los paro para preguntar a los pasajeros si están cansados, los libero, y le veo allí, al nuevo judío errante, vive en

aeropuertos, es religioso, ultra ortodoxo, laico, converso, asimilado, pero sabes que es judío, con su Laptop y su mirada hacia los anuncios de vuelos, como si mirara el Hejal, las tablas de la ley, buscando el próximo destino, al próximo sitio donde pisar.Va a vender naranjas o patatas fritas.Va a vender sandías, flores, camisas, camisetas, ideas, pero bien sabe que no es la razón de sus viajes, viaja por que tiene que conectar partes disparatadas del mundo, toda clase de nitsosot, toda clase de líneas paralelas que mantienen el mundo. Hace años que lo hace, entre ciudades y países, y lo ha pagado con su sangre, lo ha pagado con la muerte de sus hijos, lo ha pagado con la pérdida de su familia. Lo ha pagado volviendo a ciudades donde ya no hay judíos, pero era su obligación y todavía lo es.

Veo a mis hermanos viajando a Marruecos, un viaje de cuatro personas y veinte aeropuertos, no saben que la historia del medio hermano es media invención, que tienen que viajar a Tetuán para arreglar algo en sus almas, es lo que dijo Rabí Najman, cada viaje es un tikkun y viajas a sitios donde tienes que reparar algo, y nosotros por lo visto hemos dejado cosas para reparar en todo el mundo, en todos nuestros viajes, y hemos vuelto a la tierra de Israel a reparar, y todo viaje es hacia la tierra de Israel, allí voy, de un aeropuerto a otro.

Isaque, que cura a los enfermos con la memoria de los minerales, de pedazos de frutos, chispas de mundos desparecidos, minerales que explotaron en Atlántida y se hundieron en el fondo del mar y del aire, vuelven en forma de gotas diluidas, de piedras, de huesos de animales, de la imaginación humana que cree que hay cosas que pueden curar.

Fortu intenta curar personas del dolor, les da medicamentos que destruyen enfermedades, hace años estos médicos eran perseguidos por las autoridades en Atlántida, por los sacerdotes que sólo utilizaban productos naturales y la homeopatía… Hoy es lo contrario, tienen que aprender uno del otro que se completan. Mi hermano Alberto es el hechicero de la tribu, quiere curar con palabras, pero los enfermos no saben que están malos, ni de qué están malos, están enfermos de no leer bastantes poemas, de no leer salmos, o el cantar de los cantares, y los que leen no profundizan en la poesía que leen, y las mujeres curan al mundo cuando traen hijos, y no necesitan nada más que eso. Pero hoy quieren dar más que hijos al mundo, su influencia se hace más fuerte, y eso está muy bien. Desde aquí, desde la distancia de años de muerte, veo al mundo de otra forma y ya no me enojo, no me enfado sobre los que me enviaron a morir ni sobre los que me mataron, niños con piedras, intentando conectarse con la piedra que olvidaron sus padres antes de que la casa se quemara, piedra por piedra, estoy tumbado bajo piedra, a causa de una piedra que me tiraron. No estoy enfadado con el mundo, ni con su sufrimiento, ni con su tikkun, porque todo lleva al tikkun del mundo.Viajo de un aeropuerto a otro,

y cuando suben los bendigo, los mando al camino, a construir puentes entre los hombres, y ríos bajo los puentes.
Durante muchos años me pregunté qué le pasó a mi padre, qué fue a buscar en Israel a los cincuenta y cuatro años, qué podía encontrar allí, para descubrir que sus hijos no venían detrás de él o se iban uno tras el otro, y al final en Ruth encontró su consuelo. Todos se burlaban de ella, de su religiosidad, de vivir en Har Nof, de su marido ultrareligioso, pero fue ella su consuelo, los hijos de Ruth, sus nietos que jugaban alrededor de él y le enloquecían, tal vez sintió entonces que volvía a algo misterioso que no sintió ni siquiera en su niñez, a otra reencarnación de Tetuán y su judería, al siglo xviii, cuando las personas nacían y morían en una misma casa, cuando los goyim eran los que estaban allí, y la vida judía se vivía dentro de sí misma, dentro de la pobreza y el aprieto, pero dentro de un calor de los que saben y recuerdan todavía el dolor de Sefarad, de los que saben que sólo hay que fiarse del dolor de otro judío. A veces me decía que la riqueza separa personas, el dinero le alejó de sus primos, y también de su padre, y yo era joven y no entendía de qué hablaba, mira, lo bueno que es ser rico, ir a jugar al tenis, cuando tan pocos podían permitirse un deporte tan caro, viajar al extranjero cuando nadie todavía viajaba de vacaciones, ver el mundo, le decía, eso es lo más importante.
Y hoy puedo ver el mundo entero en un segundo, todas las calles bellas y lujosas, las conocidas y las sucias,Vía Veneto en Roma, las calles de Bombay, el Istiklal en Egipto, Broadway, Oxford, y en todos los sitios. ¿Qué veo? Gente corriendo de un lado para otro, moviendo cosas de un lado a otro, moviendo sus cuerpos de un sitio a otro, moviendo al mundo sin parar, porque nada está en su sitio, pero uno mueve el peso hacia el buen lado pero viene otro y le cambia de sitio, y después otro, y otro, que no sabe de los dos primeros, porque se siente obligado a salir de la oficina a beber un café y porque de lo contrario no lo soportaría más, pero sí podría soportarlo si todos se quedaran en su sitio una hora al año en el mismo día, y entonces yo podría volver al mundo. ¿Qué es volver? Estoy aquí, siempre estoy aquí, pero, personas, si os pararais un solo segundo podríais verme y ver todas vuestras familias, estamos aquí, muy cercanos, pero tenéis miedo, tal vez de que pidamos dinero, nosotros ya no necesitamos dinero, tenéis miedo de que os vemos aquí en los aeropuertos, y de que vemos qué hacéis y qué pensáis, pensando en cómo robar dinero y más dinero, pero, hermanos, no os juzgo, y no quiero ninguna parte de la herencia, no la necesito, no tengo nada que hacer con dinero, sólo quiero hablar un poco, decir unas palabras, explicarme un poco, pedir perdón si es que os he ofendido, perdonaros en lo que me habéis ofendido, hablar un poco de nuestros juegos de infancia, sobre el piso de arriba donde jugábamos, ¿os acordáis? ¿Quién fue el que encontró

la llave de ese piso que papá no alquilaba al que entrábamos para jugar?
Corríamos dentro de la casa, era la casa prohibida, te acuerdas, Isaque, me abrazabas allí, porque tenía miedo, y en tus manos, Silvia, me sentía seguro, cien por cien seguro, sabía que con vosotros dos nada me podía pasar, y cuando me tiraban piedras en la escuela sabía que estabais por algún lado, hasta en Gaza, hasta en Gaza sentía que estabais cerca de mí y nada me podía pasar, ninguna piedra me podía tocar, pero sí me atacó y si me mató esa piedra, no entendía cómo un hombre de veinte años todavía podía sentir el abrazo de sus hermanos, y que podía pensar que esa sensación le podía salvar. Pero un soldado israelí fuerte de veinte años es dentro de él el niño que fue y lo que sintió como niño.
No estoy seguro de que lo que pasó debiera pasar, pero es mi vida, y cuando veo a todos corriendo de un lado a otro sé que tuve una vida llena de vida.Veinte años son muchos años, y en realidad qué es el tiempo, no hay mucha diferencia entre veinte y ochenta años, por qué hacemos todo por alargar nuestras vidas, para qué, tenemos miedo de la muerte, ésa es la razón, el miedo nos paraliza, somos siervos de ese miedo, y por eso en vez de vivir nuestras vidas plenamente, en vez de ocuparnos del pobre y del inválido, nos gastamos nuestro mejor dinero en alejar la muerte, y no es para salvar la vida, porque la vida hay que salvarla cuando es todavía vida.Y no para alejar la muerte.

✺
—Ten cuidado, hermana, veo piedras que vienen hacia ti.
—Las piedras nos siguen desde antes de nacer.
—Vienen a la ciudad de las luces, piedras que siguen judíos, piedras de arena, piedras de mármol, piedras santas. Sal de la ciudad malvada.
—Y eso es lo que hago desde que llegué, salgo y dejo la ciudad todos los días. Cada día estoy en camino de dejar la ciudad.
—Ves a la ciudad en la que la paz está lejos de ella como la piedra de la vida.
—Hace miles de años que voy, hermano, voy pero no puedo dejar la ciudad.
—Una piedra me siguió toda mi vida y ahora mi cuerpo yace bajo una piedra, vienen mis familiares y ponen piedras pequeñas sobre mi tumba, y yo no quería piedra, quería un hijo, ser padre, ser padre de un hijo.

ZOHRA
Era el día en que me convertí en ginecóloga. Llamé a mamá para

decírselo y mi abuela me dijo que estaba muy mala.
—¡¿Y por qué no me llamasteis antes?! —pregunté, pero me acordé que no sabe ni cómo utilizar el teléfono. Mi madre estaba en coma la mayor parte del tiempo, eso es lo que me explicó mi abuela, y, yo, su hija, la doctora, no podía ayudarla. Eran las diez de la mañana y llamé a Marcel. Hacía semanas que no nos veíamos pero seguíamos en contacto por teléfono. Le dije que iba a ver a mi madre que estaba enferma, y dijo de golpe:
—Tú no vuelves.
—¿Y por qué dices eso?
—Porque es lo que siento, te vas a quedar en Marruecos, te vas a quedar a trabajar de médica allí, te conozco un poco y eso es lo que siento.
—¡Qué va! —fue mi primera reacción—. ¡Que no!, ya te he dicho que volveré a ti, es sólo cuestión de tiempo.
—El tiempo aleja y el tiempo acerca, hace las dos cosas.
—Bueno, tengo que correr, te amo, te llamaré, quiero ir en tren, veré cómo se puede hacer lo más rápido posible. Ya sabes cómo me asustan los aviones, y con todos los accidentes que ha habido últimamente, más todavía. Iré en tren.
Me despedí de las enfermeras, y una de ellas, marroquí, me dijo que hay un autobús que llega desde París a Algeciras.
—Sale de la Gare du Nord, y creo que hay uno que sale a las cuatro.
Llamé a la SNCF, y me dijeron que para llegar a Algeciras tendré que cambiar seis veces de tren si salgo a las dos, pero que hay un tren de noche que sale para Madrid a las ocho y llega a las cinco, y desde allí puedo coger el Talgo para Sevilla, y de allí a Algeciras; llamé a la compañía de autobuses y me dijeron que hay sitio en el autobús para Algeciras, sale a las dos, y llegará a Algeciras a eso de las cuatro del día siguiente, depende del tráfico, en el pasado este mismo autobús llegaba hasta Tánger pero ahora se para en Algeciras. Reservé la plaza. Me acordé de que llegué a París en autobuses porque era más barato, aunque ahora no me importaba ya mucho la diferencia de precios. Corrí a casa, preparé la maleta, puse en ella pocas cosas, las pocas que tengo, todavía una estudiante, pero ahora ya era médica y me proponían trabajar en el hospital donde acabé las prácticas.
Cuando llegué al autobús vi que ya había pasajeros dentro, el autobús venía de Londres y de allí llegaba hasta Algeciras, tres o cuatro días de viaje.
Se sentía al entrar el olor de los que ya estaban dentro, olor de alcohol, pero en todo el viaje se guardó el silencio y los ingleses no manifestaron su reputación de ruidosos.
El conductor no anunció que la próxima estación será Bordeos, después seguiremos a San Sebastián, Burgos, Madrid, Málaga, y

Algeciras. El autobús era muy cómodo y tuve la suerte de estar sentada sin nadie a mi lado, tenía todo el doble asiento para mí. Llevé conmigo un libro bastante grueso para leer en el viaje, era el libro de Philip Roth, Operación Shylock que Marcel me había regalado. Me di cuenta que casi todos los escritores que me gustaba leer eran judíos, Modiano, Jabes, Bashevis Singer, pero también me gustaba mucho Tahar Ben Jelloun. A veces me preguntaba si no era judío. Hay algo judío en sus libros, parece hablar de comida judía cuando habla de comida, sus marroquíes siempre me parecen judíos, como los marroquíes que veo en el Marché aux puces los domingos que comen salchichas Merguez una detrás de otra y hablan un francés mezclado con árabe marroquí. Marroquíes, tunecinos y también algunos argelinos de pueblos pequeños como Tlemcen y AinTemouchent, pero nunca de Argel, ellos ya son personas de la capital y nunca comerán en restaurantes tan populares, comen en restaurantes franceses de calidad, y como todos los judíos a lo largo de la historia son más franceses que los franceses.

«Un libro loco», así describió Marcel al libro. Recuerdo haber leído libros suyos en el pasado. Eran divertidos pero también había partes que me cansaban.

Me tumbé en al asiento y me cubrí con la manta ligera que traía conmigo. Todo mi pensamiento se centraba en las palabras de Marcel que no iba a volver, lo dijo como si supiera algo que yo no sabía, o tal vez si lo sé, pero quería ser yo la que anunciara la noticia cuando llegue el momento. Allí las mujeres me necesitan y aquí hay miles de ginecólogos, aquí seré una ginecóloga más con un buen salario y allí podré ayudar a las mujeres de mi pueblo, mujeres que necesitan mi ayuda, el salario será mucho más bajo, pero lo que pasa es que todos los médicos que vienen de África a estudiar aquí se quedan en vez de volver a sus países, y al final Marruecos se queda sin los ciudadanos que más necesita. No es que sea fácil, ni tampoco estoy juzgando a nadie. Pero si no puedo ser madre, por lo menos puedo ayudar a las mujeres de mi pueblo a ser madres, es algo más importante que el salario y que toda la comodidad que París me puede proporcionar. Y aparte de eso París últimamente me carga, me ahoga. Ya no es la ciudad a la que llegué o tal vez veo las cosas de otra forma. No sólo la belleza de sus calles, inmuebles que parecen partes de museos, de pronto veo más y más los rostros de las personas, son caras sin sol, como el cielo de la ciudad, como si toda la ciudad estuviese llena de deprimidos que no pueden conectarse con el mundo sin poder dar ni siquiera una sonrisa a la persona que está enfrente de ellos.

Las miradas del metro me fueron conquistando, y cada día viajaba al sol de mi Tánger y mi Casablanca, de Tetuán y de Chefchauen, recuerdo que Farid, mi novio del liceo me dijo que echaría de menos

el sol, y entonces le dije que a mí me gustan la nubes, me gustan las nubes porque eso hace que las personas sean más serias, el sol hace payasos de todos, payasos que no llegan a ningún lado. Ves, países de sol, como Marruecos, son países subdesarrollados, pero cuando llegas al frío tienes que encontrar soluciones a muchos problemas, descubrir tecnologías para sobrevivir, y eso te obliga a avanzar. Y recuerdo que él me dijo: «Sí, pero, y qué les ayuda toda la tecnología si no saben ser felices». Diez años de estudios en París pasaron hasta que comprendí su inteligente frase. Que tal vez oyó de su abuela, porque parece una sabiduría antigua. ¿Para qué vives? ¿Para qué avanzas? Al final sólo los negros africanos se ríen en París, o los árabes, o los judíos, no todos, algunos, los que todavía no se han vuelto franceses, sus hijos ya serán como los parisinos, ausentes, faltos de expresión, llenos de cultura y de costumbres, pero sin risa. Y después me di cuenta de que se ven pocos bebés en París con sus madres, mujeres y más mujeres, solas. ¿Quién pare a los niños? Vi los partos en el hospital, pero, ¿qué hacen después con los niños, cómo es que desaparecen, por qué no se los ve?, y si se los ve sólo en domingos, una madre con un hijo, o dos, nunca más de dos, y con seguirlos unos minutos empieza la madre, que si no hagas esto y no hagas lo otro, una bofetada, a veces les pegan, son sólo palos, es la violencia de los fuertes contra los débiles, en pleno día, sin que a nadie le importe, sin que nadie se pare, y después los mismos que pegan van a todo el mundo en medecins sans frontieres, salen en la tele y hablan de los niños de Argelia o de Brasil. No dudo que la situación sea peor en otros países pero yo nunca vi una madre pegar a su hijo a la luz del sol, delante de todo el mundo. Tal vez les da vergüenza. Viajé una semana con Marcel a Israel y no vi ni a una madre pegar a su hijo, hasta vi un niño que pegó a su madre y ella ni le pegó. La verdad es que me resultó un poco extraño, pero me dijeron que en Israel no pegan a los niños. Tal vez por eso después se convierten en soldados que creen que todo les está permitido, hasta pegar a niños, ser conquistadores y sentirse liberadores. La verdad es que Israel me pareció un país muy marroquí, una filial bien desarrollada de Tánger o de Casablanca, pensé que así sería Marruecos si invirtiera en ella unos cuantos millares de dólares, pero tal vez es mejor que no se parezcan a Tel Aviv, y vi que construían más y más inmuebles, como si todo el país estuviera aquejado de la locura de construir sin parar, como si de eso dependiera su destino. El problema es que me sentí muy en mi sitio, entre los puestos de shuwarma y los piropos insoportables de los israelíes, que se dirigían a mí en hebreo, como si fuese una de ellos. Podía entender lo que me decían sin entender una palabra. Sabía que no debía responder ni dar la vuelta y sobre todo no sonreír, cada sonrisa en estos casos me causó horas de arrepentimiento.

La noche cae antes de pensarlo y pensé que París ya estaba detrás de nosotros. Me sentí aliviada, como si me hubiesen quitado un buen peso de encima. ¿Por qué la gente admite vivir en una pesadilla así? Tal vez de verdad no vuelva, creo que ya no volveré, pero lo pensaré unos días más.
Nos paramos en una estación de gasolina. A pesar de que hay servicios en al autobús muchos corrieron a los servicios de la estación. Por lo visto no es tan cómodo hacerlo en un autobús mientras se viaja. Después fui a la cafetería y me fui con mi café a una mesa. El chico que antes se paseó por mi asiento se sentó a mi lado. Después del estrés que pasé aceptando que tenía que viajar, me sentía más relajada.
—Leí ese libro —dijo apuntando al libro de Roth.
—Yo todavía no, así que no me lo cuentes, voy a leerlo en el viaje, por lo menos eso espero.
—Soy escritor.
—Pues muy bien, y judío también seguramente.
— ¿Cómo lo sabes? No tengo una nariz judía. —Sonrió.
—Es muy simple, todas las personas que me dirigen la palabra son judíos. Novios, amigos, amigas. ¡Ésta es mi vida!
— ¿Y no te gustan los judíos?
—No. No empieces con eso, no soy antisemita. No me gustan, sí me gustan. Mi novio, Marcel, es judío, y mi mejor amiga es judía, pero no soporto a los israelíes, no me gusta lo que hacen a los palestinos.
—Yo vivo en Israel.
—Ves, lo que me faltaba, voy a ver a mi madre que está enferma, en Marruecos, y me he encontrado con un israelí que me va a decir que está bien pegar tiros a los niños.
—Todavía no he dicho nada, yo también nací en Marruecos, y ahora viajo a Granada, voy a presentar mi libro allí y a leer mis poemas, el libro se llama Esquina en Tetuán.
— ¡Ah! Además eres de Tetuán, Inta Diana, eres de los nuestros.
—Sí, de Tetuán.
—Y ahora me vas a decir que tu apellido es Benzimra.
— ¿Cómo lo sabes? Sí, Benzimra, me llamo Moshe Benzimra.
—Sí, porque mi novio se llama Benzimra también, de Tánger, tal vez es familia tuya.
—Puede ser. Pero no muy cercana. Mi padre era hijo único, algo raro en una familia marroquí, porque mi abuela no podía tener más hijos. Así que familia muy cercana no tengo mucha, y hay muchas ramas de Benzimra en Tetuán, es como decir Fátima, a todas las que trabajaban en casa las llamábamos Fátimas, menos una que se llamaba Habiba. No, espera… había otra que se llamaba Zohra.
—Zohra, bonito nombre, es el mío. Y todos los judíos tenían amas de

casa que se llamaban Fátima, mi madre era una de ellas.
—Espero que no te hayas enojado. No era mi intención. Y además si hubiera tenido cierto aire de superioridad por tener Fátimas en casa, mi situación económica desastrosa en Israel me lo habría quitado del todo. Pero sí que hubo Fátimas, no sé si es algo tan bueno crecer con cuatro Fátimas en casa, pero así crecí, no hay nada que hacer, ni puedo cambiar el pasado, pero sí me gustaría que Marruecos fuese el país árabe más desarrollado del mundo, me haría feliz, créeme.
Nos llamaron al autobús, y él sonrió. Ni me preguntó si podía sentarse a mi lado. Por lo visto fui un poco violenta con él y no quería molestarme. Israelí, marroquí, y parecía ser un hombre delicado. ¿Qué tendrán estos Benzimra? Adonde voy, los encuentro, tal vez sea un apellido muy común entre los judíos marroquí, pero ¿tanto?
Intenté de nuevo leer el libro. Pero mis ojos estaban cansados. Y leer con la pequeña luz del autobús se me hacía difícil. No entendía de qué hablaba el escritor. Me dormí. Dormí mucho tiempo porque no recuerdo que el autobús se parara en Burdeos. Me desperté a las tres de la mañana, todo el autobús dormía. Seguí tendida en la posición que estaba, pero no pude volver a dormirme. A las seis llegamos a San Sebastián. Toda la ciudad dormía.
El escritor me saludó. Me propuso quedarme con él en San Sebastián durante doce horas y después seguir en el autobús siguiente,
—Tengo que llegar lo antes posible, mi madre está enferma.
—Pero el autobús es para los que tienen tiempo. ¿Por qué no viajaste en avión o en tren?
—Tengo miedo de los aviones, y el autobús era más rápido que el tren, tenía que esperar mucho al tren, tal vez en este caso debí haber viajado en avión y sobreponerme a mis temores, pero no lo hice.
— ¿Y a lo mejor no quieres ver a tu madre antes de que muera?
—Pero ¿qué clase de pregunta es ésa? ¿Qué sabes tú de que está enferma? No, no se va a morir antes de que llegue, tengo unas preguntas que hacerle, preguntas importantes.
—Entonces sí, vivirá hasta que se las hagas. Buen viaje.
Media hora nos quedamos en San Sebastián pero no me bajé del autobús, ni la mayoría de los otros pasajeros, hacía frío y estaba oscuro y todos queríamos quedarnos en nuestros asientos.
Después Burgos, Madrid y otras ciudades que no recuerdo, pequeños pueblos, veinte minutos de descanso, treinta minutos, y en Madrid una hora para comer. Burgos, ciudad de inmuebles con poco interés, y rápidamente llegamos a Málaga. Y yo leyendo esta novela extraña de Roth Operación Shylock y no llegaba a entender completamente de qué escribe, sólo pude leer cien páginas y en Algeciras olvidé el libro en el autobús. ¿De verdad piensa que los judíos deberían volver a Polonia? O es un chiste, y ¿entonces?, ¿qué pasará? Los palestinos van

a creer que van a dejar sus tierras, los judíos tienen tendencia a decir una cosa y lo contrario en el mismo libro además, y entonces vienen los árabes y sacan lo que les va bien y citan lo que les parece y después dicen que los judíos son así o asá. Este pueblo está lleno de ideas, sobre todo los que viven en la diáspora, pero no materializan ninguna idea, debe ser años de Talmud lo que les lleva a eso, el libro que a los antisemitas tanto les gusta, un libro temeroso para el que no es judío, un libro que sólo un judío puede entender, parece estar escrito en un código, sólo los que nacen judíos o se convierten pueden entenderlo, de la misma manera los judíos asimilados odian el Talmud. ¿Cómo puede uno imaginar un libro con miles de autores, en el que todo es discutible y en el que cada idea tiene una idea contraria? Pero cuando leí unas páginas del libro sí entendí de qué hablaba, y gracia a él tal vez se pueda entender a los judíos y un libro como el de Roth; pero no a los escritores israelíes, que son completamente diferentes, no pueden escribir con tal libertad contradictoria, porque el judaísmo es una religión que se hizo completamente en la diáspora aunque diga que el judaísmo no tiene sentido fuera de Israel.

Es un poco como un hombre que cambia de sexo, cuando es hombre se viste como mujer, y todos creen que es mujer, ven la mujer en él, pero cuando cambia de sexo todos ven al hombre que se convirtió en mujer, o es como un miembro amputado, cuando ves a alguien sin mano lo que ves es la mano ausente, todo lo que ven en el judío diaspórico es la falta de tierra, pero ahora que tienen un país, todo lo bueno de ellos es lo que tenían en la diáspora. ¿Hablará Roth de eso? No sé. Son las cuatro y voy hacia el barco que me llevará de Algeciras a Ceuta. Media hora, un barco rápido, el último rápido de hoy, me senté en un asiento que daba al mar, es un alivio ver agua en vez de carretera. Cuando llegué a Ceuta sentí que algo iba a pasar, algo importante, la última vez que sentí eso era cuando quedé con una amiga y llegó con Marcel. Cogí la maleta con las ruedas y me fui al centro en un taxi. Quería sentarme en un café durante una hora antes de ir a Chauen, pensé en tomar un taxi en la frontera donde esperan los taxistas durante horas para ganar el máximo posible durante el día. Entré en Las Campanas, cafetería que recordaba vagamente de viajes que hice con mi madre cuando tenía ocho o nueve años. Estaba sentado justo enfrente de mí, le miré y sentí un pequeño escalofrío, sus ojos verdes me penetraban como un rayo láser, me sentía cautiva por él, lo que los franceses llaman coup de foudre, amor a primera vista. Cuando vino la camarera no había forma de que me saliese una palabra de las muchas que sé en español, lo intenté en francés y en árabe, y él se metió en nuestra conversación y explicó a la camarera lo que quería, después se sentó a mi mesa.

Intenté disimular mi excitación tan extraña. Era lo último que me faltaba en esa hora antes de ver a mi madre, un hombre, y seguro que también era judío, ¿pero cómo podría ser no judío? De todas formas decidí no preguntarle su apellido, lo único que falta es que sea otro Benzimra, con el nombre me basta, me preguntó él primero, «Fátima», dije, y no puedo explicar por qué no dije mi nombre verdadero. Era un extranjero pero me resultaba alguien muy familiar, conocido de siempre, como si fuésemos primos, o marido y mujer desde hace unos años.

—Me llamo Alí —respondió.

Bueno, tal vez es un musulmán, pensé, o judío, Alí es también un nombre judío. No pregunté. No quería saber más. Me contó que volvía de Tetuán. Fue a visitar la tumba de su abuelo, es lo que van a hacer los judíos en esa ciudad, pero no pregunté más, qué importa, qué importancia tiene, habló de Madrid, su vida en Madrid, que quería vivir en una ciudad mas pequeña, como Tetuán, pero su mujer, de la que vive separada, y su hija le dejaban en Madrid. Me invitó a dar un paseo. Acepté. Le pregunté a la camarera si podía dejar la maleta una hora en la cafetería, y le dije que después me iba a Marruecos,

—Espero que mi jefe no se entere de esto, estoy aquí hasta las ocho, no vengas después porque va a ser un lío. Anduvimos unos minutos y muy pronto estábamos en la entrada del hotel en el que estaba, y mas rápidamente en su habitación. No recuerdo haberme encontrado en las manos de un hombre en tan poco tiempo, hasta con Marcel duró doce horas: nos desnudamos. Añoraba las manos de Marcel en las últimas semanas en las que no nos vimos, pero estas manos no eran ajenas, su miembro circuncidado aprobaba mi pensamiento que era un judío o un musulmán, pero no pregunté nada, seguí sin preguntas. Me hizo un masaje muy largo en la espalda, y después hicimos el amor, fue como un relámpago, rápido, pero algo como nunca, mis amigas me contaron sobre un hombre así, el primer hombre que de verdad me hizo sentirme mujer, no porque el acto sexual fuera fenomenal, fue porque todo coordinaba, todo se adaptaba entre los dos, llegamos al orgasmo los dos juntos, después se durmió, como si se hubiese desmayado, estaba muy contenta, tenía miedo, no puede ser, me dije, no puede ser que esto haya pasado, estoy viajando a ver a mi madre enferma y me pasa tal cosa, o es que es un sueño, o la tensión tan fuerte en la que estaba, la tensión entre los dos. No sabía qué hacer, irme, dejar mi número de teléfono en París, pero ni siquiera sé si volveré, creo que no, de alguna rara manera este encuentro reforzó mi decisión de quedarme en Marruecos. No sé qué relación hay entre las cosas, escribí en la nota: «Si el tiempo quiere volverá a encontrarnos, y será mucho mejor que lo que está permitido imaginar». Y tal vez nos encontraremos en otra vida. Eran ya las siete y media y corrí por la

maleta a la cafetería. Cogí la maleta y enseguida un taxi a la frontera, y de allí un taxi a casa de mi madre.
Llegué justo a las últimas horas de vida de mi madre. En esa tarde dijo sus últimas palabras coherentes.
—Gracias por venir.
—Te tenía que preguntar algo muy importante, si me operaron cuando era pequeña, cuando tenía un año.
—No a ti, a Yusuf.
— ¿Y quién es Yusuf?
—Tu hermano, le operaron y se murió, y después viniste tú. Hace mucho tiempo.
—Y… nunca hablaste de él.
—Hay muchas cosas que nunca te conté.
—Como… ¿quién es mi padre?
—Mejor que no lo sepas, murió hace un mes.
—Quieres decir que sabías quién era y nunca me lo dijiste…
—Nunca me preguntaste.
—Dijiste que no sabías dónde estaba, me lo dijiste cuando tenía doce años, y no pregunté más. ¿Quién es?
—Era judío.
—Su nombre.
—Es lo que puedo decirte, era judío y murió hace un mes. Me envió un regalo, está allí en la mesa, dentro de un sobre. Se acordó de ti y de mí. Podrás hacer algo con ese dinero.
—Sí, eso, llevarte al hospital.
Pero estaba muy mal y llevarla al hospital no era tan fácil y podía empeorar su situación si la llevaba a Tetuán o a Tánger. Mi abuela me contó que vinieron unos señores y preguntaron por Yusuf. Ella también sabía toda la historia y nunca me la contó.
— ¿Y quién era ese Yusuf?
—Tu hermano, pero murió cundo tenía un año. Hace mucho tiempo.
— ¿Y quiénes son los que vinieron?
—Eso sí que no sé, creo que tu madre trabajó en su casa o algo así, y después vino un hombre con un traje y tu madre firmó que Yusuf había muerto.
—Pero no murió Yusuf, soy yo Yusuf, yo, Zohra.
—Hija mía, entiendo que tu madre está muy mala, pero ya ves muy bien que eres una mujer, una mujer muy bella, no puedes ser Yusuf.
Volví al cuarto de mi madre pero ya estaba en estado de coma. No podía decirme quién era el hombre que vino y le tomé la mano, le decía, «Soy yo, Yusuf, ¿verdad?», y ella cogía mi mano con más fuerza, como diciendo eso es lo que quería que nadie supiese en mi vida y ahora tú lo sabes…
Dos días después falleció, una mujer ciega, sin nada, amputada, una

vida de sufrimiento. Después del entierro en Tánger fui con el sobre y el dinero al hospital francés de Tánger y les presenté mi currículo, el director me aceptó inmediatamente. Dijo que podía empezar a trabajar al día siguiente. Le pedí una semana para organizarme. Llamé a Marcel y le dije que me iba a quedar, por lo menos un año.
— ¿Sabes cuál es la última frase que me dijo mi madre?
Pensé en esa frase un millón de veces en los últimos días, tal vez eso explica mi relación con los judíos, pero todo vive en una bruma, sabía que tendría que buscar a mi padre, mi padre muerto. La cuestión era sólo cómo y cuándo. Y a los que son sus hijos, es que tengo hermanos y hermanas que son judíos.
—Antes de que sigas hay una mujer que te llamó, llamó a tu apartamento, pasé por casualidad, buscaba un libro que dejé en el apartamento, es una mujer que vive cerca de mis padres, se llama también Benzimra, dice que tu madre trabajaba en casa de sus padres y quiere hablar contigo, dejó un número de teléfono, 45568878. ¿Y qué dijo tu madre?
—Mi madre dijo que mi padre era judío, murió hace un mes y medio.
—Eso explica todo.
—No, Marcel, no… eso no explica nada, absolutamente nada…

LUCENA

“Algún día volveremos, pero ya habían vuelto.
Y si se tienen que ir sería llegar a un lugar
a donde también estarían volviendo.”
Esther Bendahan Cohen

“El pasado es un cuento que cambia sin parar.”
Mois Benzimra

A todos los que cayeron en el camino, ni diez generaciones os han olvidado, vuestros pies cansados y vuestra mirada observan cómo seguimos adelante. Tanto si os hicisteis a la mar como si os quedasteis en tierra, tanto si volasteis en los vientos como si vivís en la llama eterna. Llevaremos vuestro recuerdo allí donde vayamos.

ES LA ÚLTIMA HORA, SARA

La hora de las gaviotas.

Son muchas, hermosas y de todos los colores.

Te amé.

Sí, lo sé. Nadie me ha amado como tú.

Ni amaré a ninguna mujer como te amé a ti. Eres mi último amor.

Feliz abandono ahora este mundo. Dejé que me amaras como sólo tú sabías.

Las gaviotas sabrán llevarte en paz.

No quiero irme, todavía no. Necesito estar más tiempo contigo.

Quiero que me ames una hora más, un año más, un siglo más.

LA INQUISICIÓN

Isaac Benzimra estaba cansado, muy cansado. El trabajo, los niños, la mujer, la tensión en el banco, el coche nuevo, los pagos a plazos, la hipoteca y todo lo demás. Ahora tenía todo lo que siempre había querido tener: un gran chalet en las afueras de Ciudad de México, en uno de los barrios más prestigiosos de la ciudad, un Volvo nuevo (cambió el BMW), una mujer guapa tras dos operaciones de cirugía plástica que le dejaron los pechos como los de una jovencita de quince años, dos niños afortunados que estudiaban en un instituto, un bufete en el centro de la ciudad, en una palabra, todo. "Todo y nada" era la frase que resonaba en su cabeza sin cesar, día y noche, "todo y nada". A veces se convertía en "todo es nada," día y noche, en sueños, durante la conversación con un cliente, qué será de ti, Isaac, qué será de Isaac Benzimra, qué será de su vida, de su mujer, de sus hijos.

Quería abandonarlo todo, el trabajo, los hijos, la hipoteca, la amante, las furcias caras, los viajes a Miami, la ruleta en Las Vegas y la oficina en el quinto pino. Quería abandonarlo todo. Pero en lugar de esto, un día le dijo a su mujer: "Me voy de viaje a España, ya he encargado los billetes. El domingo, después de misa, volamos a Málaga, voy al país de mis antepasados, Melisa. Entiéndelo, necesito encontrar allí el sentido de mi vida, en Granada. En Lucena o en Granada, necesito comprender, me voy al país de donde vienen todas mis desgracias."

Melisa le miró muy preocupada y le recordó que tenía que terminar un asunto muy importante en el tribunal relacionado con la compañía internacional de ordenadores "Lacroft".

"Efectivamente, pero tengo un socio, ¿no? ¿No tengo derecho a vacaciones? Si sigo así voy a reventar, a reventar Melisa." Inmediatamente, como un niño haciendo comedia en la escuela, se dejó caer en la enorme cama redonda que había en el centro de la habitación.

"Tenemos deudas," dijo Melisa, "y si él es quien presenta los asuntos, se quedará con la mayor parte de las comisiones. ¿Recuerdas el acuerdo al que llegaste con él, con tu buen corazón, cuando no tenía nada? Amigo, ah, amigos, me gustaría ver si él te ayudaría si tú no tuvieras nada."

"Siempre habrá, siempre habrá dinero y habrá deudas, y bancos que me darán préstamos y tarjetas de crédito con un enorme crédito para que gastes más. ¿Sabes cuánto crédito tenemos en nuestras veinticinco tarjetas? Tarjetas de oro, de platino, la Super American Express, la V.I.P. de Visa Platino, ¿cuál más?, ni me acuerdo, ah, sí, la

Diners Supersonic, ¿sabes cuánto? Dos millones de dólares, usted gaste, gaste, sabemos que es una mula de trabajo y que trabajará como un burro para pagar."

"De acuerdo," Melisa se rindió ante la extraña situación en la que su marido la metía. "Me doy cuenta de que en verdad necesitas unas vacaciones. Iremos a Málaga."

"Debo decirte que nos alojaremos en un hotel barato, estoy harto de lujos y de tantas estrellas. En un hotel de tres estrellas, uno barato."

"¿Tú? ¿Estás a punto de quebrar o qué? ¿Tú quieres ir a un hotel de tres estrellas? ¡Pero si cuando tenías veinte años ya no te sentías cómodo en hoteles que costaran menos de cuatrocientos dólares la noche! Tal vez lo que te convendría sería ir al médico, al psiquiatra, no hacer vacaciones."

"Sabía que esto pasaría, no quiero ir a ningún hotel de los que te hacen entrar en el casino para sacarte el dinero, o de los que te lamen el trasero para que les des doscientos dólares de propina. Quiero algo sobrio, así que ponme ropa sencilla en la maleta."

"Yo no tengo ropa sencilla."

"Es muy simple. Coge cien dólares y ves a comprarte algunas cosas baratas, que te hagan parecer la mujer de un funcionario, no la de un abogado importante."

"Esto ya es demasiado, ¿vale? Demasiado. Iré de viaje con mis vestidos, no menos de tres maletas. Voy a empezar a prepararlas, no sé si me dará tiempo. Pediré a mi amiga Luisa que me ayude."

Isaac volvió a oír aquella voz, "todo es nada."

"Todo es nada," le dijo a su mujer.

"¿Me llevo el vestido rojo? ¿Aquél del escote? ¿Qué opinas? Tal vez no sea ya conveniente, cierto, tendré que ir a comprarme algunos vestidos."

Isaac se metió en su coche, se sentía realmente incomodo – "Todo es nada". Aumentó el volumen del disco de los Rolling Stones en el que cantan "Angie", se puso a cantar con ellos y esto le ayudó un poco, pero cuando la canción terminó volvió a oírlo, "todo es nada." Esta vez frenó. Aquella voz tenía una presencia más fuerte que las veces anteriores, como si no viniera de su cabeza, sino como si alguien sentado en el asiento posterior le dijera "todo es nada."

Cuando llegó al bufete su secretaria le dijo que Luisa había llamado ya cinco veces. Le daba igual. Como de costumbre, no le devolvió ninguna llamada. Tenía varias citas, pero le pidió a la secretaria que las anulara. Ella creyó que él quería algo con ella, como la última vez que le había hecho anular todas las citas. Isaac era un amante

maravilloso. A pesar de las tensiones, en cuanto tocaba a una mujer, incluso a la suya, se liberaba por completo. Sus manos acariciaban el cuerpo de la mujer con tanta ternura que ninguna puede olvidarlo. Algo poco común entre los abogados. Pero no. Esta vez Isaac se encerró en su despacho y no habló con nadie. Bajó las persianas hasta la mitad e incluso pidió a la secretaria que no le pasara ninguna llamada y que no entrara para nada. Así pasó todo el viernes, aturdido en el despacho, intentando con todas sus fuerzas deshacerse del "todo es nada", encendió algunos habanos, aunque le causaran dificultades respiratorias no podía dejar de fumarlos.

Isaac, se decía a sí mismo, Isaac, ¿quién eres, Isaac?

Primero dijo su nombre, hablando consigo mismo. Por un lado, pensaba que todos los psiquiatras creerían que estaba loco, pero, por el otro, cada vez que oía su nombre embistiendo desde su garganta se sentía bien.

El sábado durmió hasta tarde, le pidió a su mujer que no le pasara ninguna llamada, ni siquiera la de un amigo. Sólo le rogó que le pusiera muchos calzoncillos en la maleta, que no pasara como la última vez que fueron a Hawai, que le faltaron calzoncillos y que en ninguna tienda consiguió encontrar los bóxer que a él le gustan. "Lo más importante es muchos calzoncillos," le insistió más una vez.

Después de comer hizo la siesta, y cuando se despertó le dijo a Melisa que pidiera una limusina para ir al aeropuerto al día siguiente. Pero luego dijo: "¿Para qué necesitamos una limusina? Basta con un taxi, durante una semana seremos pobres, ¿te parece bien?"

"En absoluto," dijo Melisa, "si quieres, sé pobre tú, yo iré en limusina. No me casé contigo para ser pobre, para esto me habría casado con Moís, el poeta. Me quería más que tú, y por ahora ni siquiera se ha comprado un coche, no tiene dinero para nada."

"Me gustaría saber qué ha sido de este drogata, creo que incluso era un poco marica."

"Te aseguro que no es cierto. Tal vez estuviera un poco ido, o loco, o lo que quieras, pero no era marica."

"Algunas de mis amigas decían que el sexo no le interesaba demasiado, pero ¿qué importa eso? Apenas tomé un tequila con él, vomitó después del carajillo y no volví a verle."

"Aquellas chicas me odiaban porque sólo me quería a mí."

"De acuerdo, como quieras, pide una limusina, no importa, iremos en 'limu'. Da igual."

Isaac quería dejarlo todo –el dinero, las limusinas, la mujer, los hijos, la hipoteca, el bufete, la ciudad– incluso la vida. Pero la vida no quería dejarle a él. La vida se aferraba a él como una espina en la garganta –seguros de vida de millones de dólares–, siempre pensaba que valía más muerto que vivo, aun sin comprender la lógica que

aquello tenía. Vivo, su pasivo era de medio millón de dólares, y si moría sus seguros de vida ascenderían a tres millones de dólares. A su mujer y a sus hijos les quedarían dos millones y medio. ¿Qué lógica tenía esto? ¿Por qué una mujer no mata a su marido si éste ha ganado lo suficiente para el seguro de vida? Basta con hacer algo en el coche para que uno tenga un accidente convincente. Isaac se puso a pensar en toda clase de teorías según las cuales el cincuenta por ciento de los accidentes de tránsito son asesinatos y otro tanto por ciento no desestimable, suicidios. Parece mucho más respetable morir en un accidente de coche que metiéndote una bala en la cabeza. "Todo es nada." De hecho, él no pensaba en absoluto en el suicidio. A pesar de no ser practicante, era creyente, y su madre le había inculcado el sentido del castigo tras la muerte por suicidio y el del miedo al infierno.

El sábado por la tarde durmió tanto que a la noche no tenía sueño. A las dos de la madrugada ya estaba dando vueltas por la casa y esperando el momento de subir al avión. Siempre le ocurría lo mismo con los viajes, se ponía muy tenso antes de un vuelo.

"¿Qué? ¿No vamos en primera? ¿No crees que esto es ya demasiado? ¿Diez horas de vuelo con… en segunda clase? No estoy de acuerdo. Pide que nos cambien."

"Señor Benzimra, ha habido un error," le dijo el primer auxiliar de tierra de la compañía. "Parece que ha habido un error y le han puesto en clase turista."

"No, no ha sido un error, yo lo pedí."

"¿Por qué? ¿Acaso nuestra primera no le resulta cómoda?"

"No, no es esto, simplemente quería sorprender a mi mujer."

Melisa intervino. "Una buena broma, ciertamente me has sorprendido, ahora señor…" –miró la placa de identificación de la chaqueta– "señor González, por favor, arregle este asunto."

"Sí, señor González." Él le hizo el típico guiño entre dos hombres que comparten un secreto. Pero ninguno de los dos sabía de qué se trataba.

Isaac estaba cansado y su cansancio le ayudó a dormir todo el viaje. Durante el vuelo su mujer bebió mucho champán y comió mucho caviar. Miraba con desprecio a su marido durmiendo porque no se aprovechaba de los placeres del vuelo en primera clase.

Llovía mucho en Málaga cuando el avión aterrizó en el aeropuerto que nace del mar. "Lluvia, una bendición," dijo Isaac.

"Sí, una bendición, pero no cuando estoy de vacaciones," manifestó Melisa.

Isaac alquiló un coche y se fueron al hotel.

Melisa se sintió decepcionada con aquél hotel que ni siquiera tenía servicio de habitaciones. “A mí me gustan los hoteles que te reciben con una botella de champaña.”

“No sé si estás conmigo sólo por el dinero o también por el dinero. ¿Hay algo más que te interese?”

“Sí, el sexo contigo.”

Sonrió cortés, no esperaba aquella respuesta. Pero hicieron el amor. A Melisa le agradaba sentir las manos de él en su cuerpo, aunque ahora hacían mucho menos el amor que en años anteriores. Parece que es algo muy natural. Estaba satisfecha porque tenía relaciones sexuales con su marido con una frecuencia de al menos una vez por semana, cosa que no sucedía a ninguna de sus amigas, que muy fácilmente podían contar el número de cópulas anuales con los dedos de una mano.

Se pasaron el día en la cama. “Mañana me voy a Córdoba.”

“¿No está un poco lejos?”

“Me voy a las seis de la mañana. Quiero llegar allí pronto. Tienes que venir conmigo, voy a la villa de mis antepasados, a Lucena. ¿Sabes que antiguamente Lucena era conocida como la ciudad de los judíos?”

“Pero si tú no eres judío, eres cristiano.”

“Soy judío y cristiano.”

“Yo me quedaré aquí. Pasearé junto al mar, haré algunas compras en Málaga y descansaré. Que tengas buen viaje.”

A las tres de la madrugada ambos deambulaban por la habitación, despiertos como si fuera mediodía.

“He tenido un sueño, un sueño extraño. He soñado que se hacían toda clase de cambios genéticos en el hombre, que al principio se cometían errores y nacían muchos seres raros y que para que los errores no se vieran les dejaban en una aldea alejada de todo el mundo. Yo daba vueltas por aquella aldea y veía hombres con genitales femeninos en la rodilla, o personas con manos en las orejas, otras con los intestinos por fuera, muchas con un solo ojo o tres pies… y entonces me he despertado.”

“Bueno, son miedos malagueños.”

“Una vez quise ser escritor, ya lo sabes, antes de empezar a estudiar derecho. Hay muchos escritores que estudian derecho y después abandonan la profesión. Tal vez deba hacer realidad mi sueño y convertirme en escritor. Ahora o nunca.”

“¿Y de qué viviríamos?”

“Es muy simple. Puedo vender mi bufete al menos por un millón de

dólares y ponerme a escribir."

"Un millón de dólares se va pronto, y ¿luego qué?"

"También puede irse despacio si aprendemos a malgastar menos."

"¿De qué serviría que aprendiéramos a malgastar menos?"

"De que tu marido fuera feliz y pudiera hacer lo que quiere. Estoy harto de representar a gente pesada, estoy harto de los expedientes, podría escribir un buen libro con mi sueño. Puedo contar muchas cosas de la familia, una larga historia, puedo ser un escritor de amplios vuelos."

"No creo que éste sea el momento de tomar una decisión. Quisiera pedir un té, pero en este hotel ni siquiera hay un servicio de habitaciones. ¿A esto te refieres con lo de malgastar menos? Deberemos sobrevivir sin servicio de habitaciones."

"Si salimos seguro que encontraremos uno de esos lugares abiertos las veinticuatro horas."

"No tengo ganas de salir en una noche tan tempestuosa."

"¿Tempestuosa? Apenas hace un poco de viento."

"Sabes que no me gustan los vientos."

"Está bien, saldré yo y te traeré té y… ¿quieres algo más?"

"Alguna bebida, un Sprite, tal vez también un bocadillo de tortilla española."

"De acuerdo, veré lo que encuentro."

Isaac se fue en coche en dirección a la playa, era una noche clara de luna llena. Soplaba un fuerte viento de la montaña y la luna iluminaba con fuerza el mar. El viento se unía a las olas y las arrojaba desde la costa hacia el fondo del mar. Se detuvo delante del primer bar que tenía un letrero de 'Abierto las 24 horas del día', pero estaba cerrado. Seguramente estarán de vacaciones, ya no es temporada turística. Se dirigió al coche, pero el viento le dificultaba el andar hasta tal punto que tenía que hacer esfuerzos para poder caminar. Llegó al coche, un Opel Corsa, y entonces notó una mano fuerte que le cogía el hombro.

"¡Don Isaac Benzimra!"

"Sí."

Frente a él había dos guardias civiles, vestidos como en la época de Franco, con los típicos tricornios y el uniforme verde. Era evidente que había algún problema.

"Le rogamos que nos acompañe."

"¿Qué?"

Antes de que pudiera decir nada ya estaba en un Ford Escort circulando hacia Málaga.

Intentó hablar con los guardias, pero había una ventana cerrada entre él y aquellos. Ni siquiera consiguió pensar nada durante todo el

trayecto, y se vio en la cárcel.

"Tu juicio empezará enseguida," oyó que le decían.

"Tengo derecho a hablar con un abogado," gritó inmediatamente. Pero nadie le escuchó.

Como la voz le había anunciado, unos segundos más tarde dos personas le pidieron que les acompañara, y enseguida se encontró en una habitación cuyo techo por lo menos estaba a seis metros. Había tres jueces vestidos con sotana, de pie a unos tres metros de él.

Un hombre que estaba a un lado anunció: "¡El arzobispo Juan-José Torres!"

El del medio, el de la sotana más elegante, ordenó a Isaac que se levantara y dijo:

"Abro la sesión 99/88 del Tribunal de la Inquisición de la ciudad de Málaga. El acusado es Isaac Benzimra, al que se le ruega que se arrepienta de sus actos."

"¿Qué?" – preguntó Isaac. "Seguro que se trata de una broma de la televisión." Se puso a gritar, pero enseguida se acercó alguien y le golpeó.

"Siéntate en silencio y responde al señor Arzobispo."

"¿Tiene algo que decir?"

"¿Sobre qué?"

"Señor Isaac, se trata de algo muy grave, y nosotros queremos salvar su alma del infierno, así que no nos menosprecie."

"¿El infierno? No está aquí."

De nuevo alguien embistió desde la pared golpeándole. Isaac empezó a comprender que no se trataba de una broma de la Inquisición. Temía que su mujer hubiera hecho algo para recibir el dinero del seguro de vida.

"¿Se arrepiente usted, o no?"

"Seguro que me arrepiento. Pero la cuestión es de qué."

"Esto ya nos lo dirá."

"Me follé a mi secretaria."

"¿Se arrepiente?"

"Seguro."

"¿Qué más?" preguntó el sacerdote que estaba al lado del arzobispo y que llevaba una sotana más sencilla, de color marrón.

"Necesito más luz, está oscuro."

"Está tan oscuro como su alma, sólo si se arrepiente tendrá luz."

"¿De qué más debo arrepentirme?

"De todo, de todo, sólo así podrá salvarse del fuego del infierno."

Isaac se preguntó que quería decir aquél "todo", pero enseguida se dio cuenta de que aquello no tenía fin, tenía que saber lo que ellos querían oír porque parecía que no se trataba de las relaciones extramatrimoniales. ¿Qué debía decir?

“Este es un país democrático y tengo derecho a un abogado que me defienda.”

“¿Democrático? ¿Qué significa esto?”

“Ah… si ustedes no lo saben, señal de que verdaderamente estoy en apuros.”

El arzobispo empezó a mostrar interés: “¿Democrático, como en la Grecia pecadora?”

“Más o menos. Significa que un acusado tiene derechos básicos y que uno puede elegir a su dirigente. Que la gente puede elegir a su dirigente.”

“¿Para qué necesita derechos un acusado? Nosotros estamos aquí para defender sus derechos, para hacer que se arrepienta y salvarle del infierno. ¿Dice que este es un estado democrático? Aquí jamás nadie ha elegido un rey. Dios, y en parte nosotros, elegimos al rey.”

“No un rey, en un estado democrático no hay rey.”

“Si es así, usted no está en un estado democrático, porque aquí hay un rey, el rey Juan Carlos de Borbón el católico, no es aquí.”

“Lo era hace unas horas. ¿Acaso ha habido una revolución?”

“Por su bien le sugiero que intente otra línea de defensa. Su estupidez podría llevarle a ser decapitado por hablar como un brujo.”

“¿Brujo? Creía que ya no existían.”

“Muy pocos.”

Los tres jueces se pusieron a dilucidar en voz baja y luego dijeron a Isaac:

“Proponemos interrumpir esta sesión hasta mañana, le dejaremos descansar. Seguro que está cansado y asombrado, así tendrá tiempo para pensar de qué quiere arrepentirse.”

“No soy ciudadano español, soy ciudadano mexicano, quiero ver a mi embajador.”

“Señor Benzimra, México es parte de España. No existe tal embajador”.

Dos hombres cogieron a Isaac con suavidad y lo llevaron a su celda. Por el camino intentó hablar con ellos. “¿Qué está pasando aquí?” Pero ellos se comportaban como robots y no respondían a sus preguntas.

En la celda encontró a otro hombre que, como él, esperaba el siguiente debate. Como abogado experimentado que era, Isaac intentó sonsacarle tanta información como le fuera posible.

Fernando María, así se llamaba, le respondió en tono magnánimo:

“No hay posibilidad alguna de que jamás sepas qué decirles ni qué confesarles. Yo ya he confesado millones de cosas, pero lo único que hacen es mirarme y pedirme que me arrepienta para salvar mi alma

del infierno. ¿Dónde está el infierno? En realidad, ¿no sería mejor llegar a él en lugar de tener que pasar por todas estas confesiones? Creo que lo que pretenden es que confiese la práctica de alguna antigua costumbre judía, pero yo ya no sé nada del judaísmo, tal vez la abuela de mi abuela supiera algo. Ya hace tiempo que he confesado que no como cerdo, aunque lo coma a diario. He confesado que prendo velas y que estoy circuncidado, aunque ellos mismos pueden comprobar que no es cierto. Un día te sentarán en el potro y te irán echando, gota a gota, aceite hirviendo sobre la cabeza, aceite de oliva, un aceite de oliva excelente a ciento sesenta grados, y entonces estarás dispuesto a confesar cualquier cosa. Yo, incluso estoy dispuesto a confesar que violé a María, estaría dispuesto a confesarlo todo si me dijeran de qué soy sospechoso, pero nada sirve para nada. El aceite hirviendo te fríe la cabeza, empiezas a ver que la vida se te escapa delante de tus ojos, pero ellos tienen médicos excelentes y se detienen justo cuando estás a punto de morir y te mandan desvanecido a tu celda. Aceite de oliva hirviendo, después llega el tormento del agua, te echan gotas de agua helada al oído, una por minuto. Gritarás, pero te volverás loco, los golpes no son nada al lado de esto. Unos cuantos golpes, un poco de sangre y listos. Te aconsejo que no confieses nada. Intenta saber qué sospechas tienen de ti, no creo que sea posible, ellos conocen todas las técnicas. Todas."

"¿Qué pasa con un abogado, no puedes pedir un abogado que te defienda?"

"Nadie puede defenderte. Piénsalo, hace ya quinientos años que aquí no hay judíos, pero ellos siguen buscándonos."

"¿A nosotros?" respondió Isaac rápidamente, con una reacción judicial típica, "pero si yo no soy judío."

"Tampoco yo," respondió Fernando María, "tampoco yo. Sólo es una forma de decir. Los buscan. Ojalá fuera judío, o al menos un poco judío, un poco marrano, porque entonces este sufrimiento tendría algún sentido. Si lo fuera de verdad me negaría a comer cerdo, habría podido rezar al Dios de los judíos y dejar de suplicar a Jesús que me salvara de sus sacerdotes. Ay, Isaac, no sé cómo vamos a salir de esto. El problema es que aquí, en los lóbregos sótanos de la Inquisición, nadie muere. Aquí nadie muere, el sufrimiento dura años, pero no te matan. Yo rezo cada día para morir."

"Propongo que durmamos hasta mañana."

"Dormir, Isaac, ojalá pudiera dormir. No puedo dormir. Te despiertan constantemente, y entre estas húmedas paredes ya no sabes si es de día o de noche. Dormir, ojalá pudiera dormir un minuto, un solo minuto. Morir, morir sería mi único sueño, ni siquiera puedo cerrar los ojos, es como si dos pinzas me los mantuvieran abiertos."

"Bien, pues yo voy a dormir."

“Duerme, duerme, amigo mío, tal vez ésta sea tu última oportunidad de hacerlo.”

Pero Isaac no consiguió dormir pensando en cómo salir de aquél laberinto jurídico, de aquella extraña situación. Ni todos sus conocimientos jurídicos ni los que había adquirido sobre derecho internacional no le sirvieron de ninguna ayuda. Se veía a sí mismo como súbdito de un estado inexistente, no porque hubiera desaparecido, sino porque en este nuevo mundo jamás había existido. Tal vez, se decía, la mejor solución sería la que los jueces no esperaban, atacarles por todas las vías posibles para hacer añicos su rectitud. Tal vez, tal vez, tal vez… hasta que se durmió.

Es difícil saber cuánto tiempo durmió. Se despertó cansado. Quizá durmió una hora, o diez, pero los que le custodiaban no le dejaban lugar a dudas de que no se trataba de un sueño.

Le escoltaron a través de los pasillos hasta llegar a una sala en la que había un solo hombre, no un tribunal.

Sin haberse presentado, el hombre dijo: “Enseguida le vamos a trasladar al Tribunal de la Inquisición de Lucena. Se ha decidido que sean ellos quienes le juzguen.”

“¿Puedo decir algo? Apelaré a la ONU y al Tribunal de los Derechos Humanos de Praga.”

Nadie le respondió, le cubrieron con un saco negro y le metieron en un vehículo que le llevó a Lucena.

En viaje duró horas. Como si todo el tiempo se metieran en embotellamientos o, sencillamente, como si el coche se hundiera. Isaac no lo sabía, ni nadie le decía nada. ¿Qué diferencia había entre Lucena y Málaga? Pero sí que la había, la había y él lo sabía. Precisamente había ido a España para visitar la ciudad de sus antepasados, que no era otra que Lucena.

Durante el camino ya notó que las cosas habían cambiado un poco. Tal vez fue por la forma de meterle en el coche o por el ambiente en su interior. Le llevaron directamente a una sala en la que había un hombre con una sotana magnífica, distinta de la del juez anterior.

“No estoy de acuerdo en seguir con todo esto. Según el convenio de Ginebra ustedes están actuando contra mis derechos básicos y ni siquiera sé el por qué. No acepto en absoluto ni sus tribunales ni sus leyes, exijo un abogado inmediatamente.”

“Soy el cardenal de Lucena, Martín de Jesús y Ibera, señor Benzimra, haga el favor de sentarse.”

“No estoy obligado a responder a ninguna pregunta, su actitud es ofensiva e ignominiosa.”

“Lamento que se hayan comportado con usted de forma incorrecta.

Evidentemente, puede presentar una queja por escrito y nos ocuparemos del tema."

"¿Una queja por escrito? Esto ya me lo conozco de México. Quiero hablar con su Presidente del gobierno. Tal vez esto acorte el proceso. Soy una persona importante en México, un abogado importante."

"Le aconsejo que colabore para que podamos devolverle al lugar de donde ha venido, sea de donde sea."

"Vengo del mundo razonable, y esto es una casa de locos."

"¿Conoce a este hombre?" El cardenal mostró una foto a Isaac.

"Claro que sí. Es Moís Benzimra, el familiar más lejano del que tengo una foto. En casa tengo otra."

"Tiene mil años y nació en Lucena. Se llama a sí mismo Lucena y propaga toda clase de mentiras sobre nosotros, ¿sabe usted algo de esto?"

"La fotografía es del siglo XIX, del año 1880, más o menos, evidentemente me refiero a la que tengo en casa. Llegó a Brasil desde Tetuán, que no está lejos de aquí, y un buen día desapareció, pero es de suponer que murió. Las personas no viven ciento ochenta años, y en la fotografía parece tener cuarenta o cincuenta."

"No me ayuda usted mucho. Dicen que busca a marranos para convertirles al judaísmo."

"¿Todavía hay marranos, Su Eminencia señor de Jesús?"

"Sí, y cuántos. Hay uno que dice ser el Mesías de los judíos, es a él a quien busco."

"¿Y a este joven, le conoce?" El cardenal le mostró otra foto.

"Es Samuel, el hijo de mi hermana, Samuel Felipes, un muchacho encantador, vive en México."

"¿En México? Parece que está en dos lugares a la vez, aquí también se llama Samuel, Samuel Murciano. Escribe relatos que publica en toda clase de revistas, historias contra la Iglesia, seguro que es un marrano o un judío clandestino, o simplemente un ruin embustero."

"Será que se parece mucho a mi sobrino. En el mundo hay gente que se parece, no creo que mi sobrino escriba relatos, estudia medicina en la universidad de Ciudad de México."

"Esto es todo," dijo el cardenal tras unos momentos de reflexión. "Puede irse. Es libre de hacer lo que le plazca."

"La cuestión es saber cómo llegar a mi mundo."

"Le aconsejo que haga las mínimas preguntas posibles y que se marche antes que me arrepienta de haberle dejado en libertad y le mande de nuevo al Tribunal de la Inquisición de Málaga."

Isaac salió a la calle a toda prisa. Tuvo que subir muchas escaleras. Contó ciento cincuenta mientras intentaba pensar cómo reconstruir lo que le había ocurrido y si alguien le creería.

Cuando estaba en los últimos escalones recordó algunas chanzas que su hijo le había contado cuando tenía cuatro años y que le habían hecho reír hasta llorar, pero que ahora no tenían ningún sentido: un hombre entra en el agua, y en el agua hay un animal grande que le golpea la cabeza, y cuando sale del agua se va a casa de la abuela, y ésta le dice hola y hasta la vista, y entonces él se toma la leche con cacao y compra un aguacate en el mercado, y así sucesivamente.

Al final de las escaleras se encontró en una gigantesca sala donde había gente rezando. Su primer pensamiento fue huir, pero se percató de que la plegaria se cantaba en hebreo. La gente pronunciaba una frase que él siempre había escuchado de su madre, algo así como Shemá Israel. Reconoció aquella frase que había sido una especie de código familiar. Creía que sólo él la conocía. Se acercó a los que rezaban, que ni se fijaron en él de tan concentrados como estaban en sus oraciones.

Cuando llegó junto a ellos se prosternaron algunas veces y la oración terminó. Alguien se dirigió a él saludándole en español.

"¿Quién eres?"

"¿Quién soy yo? ¿Y tú?"

"Soy Samuel Danino. Samuel Danino, soy de aquí, pero tú no. ¿Eres judío?"

"Depende."

"¿Cómo te llamas?"

"Isaac Benzimra."

"Benzimra… ¿Benzimra de Tetuán o de Brasil? Mi madre se llamaba Benzimra."

"Benzimra de Brasil, pero soy de México."

"México. ¿Hay judíos allí?"

"Yo no soy judío. Soy cristiano. Mi abuelo sí era judío."

"No puede ser, no en España, no puede ser. Benzimra es un nombre judío, y los judíos no se pueden convertir al cristianismo. Es decir, sí pueden, pero no se da el caso, es necesario un permiso de su rabino y otro del sacerdote, y el rey tiene que dar su autorización y entonces es obligatorio cambiarse de nombre. Hay nombres judíos y nombres cristianos, y Benzimra es un nombre judío."

"Bien, no lo sabía, tal vez sea judío. Si ayer la Inquisición me investigó, hoy puedo ser judío."

"¿La Inquisición? Algo he oído, pero era para los cristianos, era algo que existió más o menos en el siglo XII. Una buena institución, la gente iba a confesar sus faltas y recibían la absolución, pero jamás investigaron a los judíos. Nunca."

"Bueno," dijo Isaac, "todo puede ser. Pero lo que yo sé es que los cristianos y la Inquisición hicieron la vida imposible a los judíos y los

expulsaron de España."

"Lo que yo sabía no era esto. Los musulmanes nos expulsaron de Lucena, pero gracias a la Reconquista volvimos, y Lucena siempre fue una ciudad judía. Quizás en Sevilla haya cristianos de la Inquisición, pero nunca han perjudicado a los judíos. Aquí los cristianos son buenos, no como los de Polonia."

"Señor Danino, qué quiere que le diga, todo puede ser. Últimamente la historia ha sufrido un terrible mareo y todo se ha embrollado. Una cosa es cierta, yo prefiero estar aquí, en esta sinagoga, antes que en los calabozos de la Inquisición en los que ayer estaba. Quién podría creer que algún día me alegraría de estar en una sinagoga."

"Ven," dijo Danino, "vamos a tomar algo en la cafetería."

Fuera de la sinagoga, hacía un soleado día de invierno y había una enorme explanada por la que los pájaros iban y venían. Isaac recordó la leyenda sobre los pájaros que al alba llenan la explanada del Muro de las Lamentaciones, e inmediatamente Samuel empezó a contársela: "Dicen que en el Muro de los Lamentos, en lo que quedó nuestro Templo, cada día, al alba, la explanada se llena de pájaros que cantan alabanzas al creador del mundo, y entonces el sol puede llegar a Jerusalén. Los pájaros llaman al sol para que salga. Nuestros sabios dicen que sin ellos el alba no resplandecería. Los sufistas también creen que los pájaros llevan la aurora."

Llegaron al 'Route 66', donde había mucha gente tomando café con leche y comiendo tostadas o cruasanes.

"Hola, Samuel."

"Hola, David."

"Aquí todos son judíos de verdad," dijo Isaac.

"¿Tienes un invitado? ¡Qué mejor que un invitado en un día de sol! Poder ocuparse de él y cumplir los preceptos de hospedar a los invitados," dijo otro.

"Soy Yitzhak Bentolila," dijo a Isaac uno que estaba junto a la barra.

"Y yo Isaac Benzimra."

"¿Benzimra de Brasil o de Tetuán?"

"De Brasil, aunque vivo en México."

"¿Hay judíos en México?"

"No lo sé. De todas formas, los Benzimra de Brasil seguramente llegaron allí desde Tetuán."

"Se dice que en el mundo no hay gente más estricta que la de Tetuán y también se dice que si uno no prueba los dulces que ellos hacen, su vida no es vida."

“De la gente de Tetuán también se dice que descienden de la tribu de Yehudá, que de noche protegían el templo de los animales, y que por eso les llamaban ‘los leones’.”

“La gente de Tetuán es absolutamente honrada. No son buenos comerciantes, pero sí grandes médicos.”

“¿Cómo puede decir esto?” estalló Samuel Danino. “Mi familia es de Tetuán y son muy buenos comerciantes.”

“Tal vez sí comerciantes, pero son gente obstinada, si te dicen que un vaso es de hierro, más vale que no se lo discutas, y aunque se te rompa, ellos tratarán de convencerte de que es de hierro y que no puede romperse.”

“En esto estoy de acuerdo,” dijo Samuel.

“Un buen café,” intervino Isaac.

“Es el mejor de la zona.”

“¿Cómo salgo de aquí para ir a Málaga?” le preguntó Isaac a Samuel. “Mi mujer me estará esperando allí.”

“Hoy ya no podrá ir, hay obras en la carretera. Están arreglando la carretera magnética, cambian el agua. Hasta mañana no podrá ir a Málaga. ¿Por qué quiere ir a Málaga? Es una ciudad de musulmanes. Quédese aquí con nosotros, usted es judío. ¿En qué comercia?”

“No soy comerciante. Soy abogado.”

“¿Qué dice que es?”

“Abogado. Cuando alguien tiene un juicio, yo lo represento ante el tribunal.”

“‘No seáis como los abogados’, está escrito en Pirké Avot. Entre nosotros tal cosa no existe, cada uno presenta sus asuntos ante el rabino, sin abogados.”

“Cuando alguien quiere firmar un contrato se dirige a mí, y también cuando tiene alguna cuestión concerniente a asuntos legales o sociales.”

“Ya lo entiendo, es como un rabino.”

“No, para nada. Estudié cinco años para ser abogado.”

“Entre nosotros un rabino tiene que estudiar quince años para obtener la licencia.”

“¿Sí? ¡Quince años! Yo no lo habría resistido.”

“Muy pocos lo resisten, y no crea que ganan mucho.”

“¿Está seguro de que hoy no puedo ir a Málaga?”

Alguien intervino en la conversación. “Puede ir a Córdoba, de allí a Sevilla, y de Sevilla a Antequera por la carretera vieja, pero tardaría mucho tiempo, más de una hora. Quizá una hora y media.”

“¿Mucho tiempo una hora y media? ¡Pero si eso no es nada! Una hora y media es ir muy rápido. ¿Cuánto tiempo se tarda por la carretera nueva?” dijo Isaac riéndose.

“Nueve minutos y veinticuatro segundos.”

“Cuánta precisión.”

“Así son las nuevas carreteras, uno llega con el coche a la zona hidráulica y el coche funciona solo gracias a la combinación de agua e imanes diligentes.”

“Si usted lo dice… Pero una hora y media no es mucho para mí.”

“La carretera está bien, señor Isaac, pero la gente de Lucena cree que no es correcto recibir a alguien que viene de lejos y no invitarle a comer, por eso decimos que cambian el agua, es algo sabido. Usted seguramente no conoce las costumbres de España y por esto no lo comprende. Pero si tiene prisa, venga a mi casa. Se restaurará con el cordero que sacrificamos en su honor y luego iremos con usted a su lugar.”

Isaac estuvo a punto de ponerse a reír por la solemnidad de las palabras de su anfitrión, pero comprendió que no podía hacer tal cosa. No le quedaba más remedio que aceptar la invitación.

“Seria conveniente que pasara la noche en casa, y mañana, cuando se haya refrescado, ya se pondrá en camino.”

“No puedo, mi mujer me está esperando.”

La comida fue realmente suculenta y abundante. Durante el ágape se rieron y contaron chistes.

Después de comer Isaac pidió a su anfitrión que tuviera la bondad de decirle cómo volver a Málaga, pero Samuel se empeñó en llevarle en su coche.

Isaac entró en el vehículo, difícil de describir como un coche, se le pidió que se abrochara el cinturón, que se pusiera el casco y que se metiera en el bolsillo un aparato que servía para comprobar que su pulso fuera correcto durante el viaje.

Durante el trayecto no hablaron mucho, pero al cabo de seis minutos Isaac se encontró en el interior de un túnel. Había entrado en él en aquél vehículo cósmico, pero salió con el Opel Corsa que había alquilado, conducía algo desconcertado, y entonces vio detrás suyo a dos motociclistas le hacían señales para que se detuviera en el arcén.

Se detuvo, salió del coche y se acercó a los policías.

“Espero que no sean ustedes de la Inquisición.”

“Documentación, por favor,” dijo uno de los policías.

“Y que tampoco sean uno de aquellos judíos locos,” dijo mientras sacaba la documentación de la cartera.

“Benzimra,” dijo uno de los policías. “¿Benzimra de Tetuán o de Madrid?”

“¿Qué?” dijo Isaac. “Ah, sí, de México.”

“Esto está lejos,” dijo el otro policía.

“Benzimra o no Benzimra, ha hecho una infracción muy grave. Según nuestro aparato usted circulaba a velocidad excesiva.”

De pronto Isaac rompió a llorar y empezó a abrazar a los dos policías diciéndoles una y otra vez, “¡Qué bien volver a la realidad, qué maravilla! ¡Exceso de velocidad!”

“Un exceso de velocidad de quinientos doce kilómetros por hora.”

“Ja… ja…” Isaac se rió con ganas, “¡Quinientos kilómetros por hora!”

“Quinientos doce,” interrumpió el policía con precisión.

“¿Quinientos doce?” dijo Isaac riendo de nuevo. “Este coche no puede pasar de los ciento veinte. Mírenlo, ¿creen que puede alcanzar los quinientos doce kilómetros por hora? Pueden llevarme a juicio, ¿qué juez les va a creer?”

Los policías se miraron y comprendieron que se las tenían con alguien que estaba un poco loco, tal vez borracho, como ustedes quieran, pero este coche de ninguna de las maneras puede alcanzar una velocidad de quinientos doce kilómetros por hora.

“De acuerdo, tenga sus documentos, pero la próxima vez circule más despacio.”

“Además,” dijo el segundo policía, mi familia también es de Tetuán, me llamo Benarroch.”

“Ah, sí, muy bien. Díganme una cosa, ¿qué hora es?”

“Son las tres, las tres y diez.”

“De la madrugada.”

“Sí, sí, de la madrugada.”

“¿Qué fecha es hoy?”

“¿La fecha?”

“La fecha.”

“Dieciocho de diciembre de 1999.”

“Entonces aún puedo llegar a tiempo.”

“De esto no hay ninguna duda,” dijo el policía mientras Isaac se metía en el coche.

CUANDO VENGAN A BUSCARNOS NOS IREMOS

Nos iremos sobre el mar.

El mar es nuestro amigo y nuestro enemigo.

Sentiremos cariño por el agua salada.

Saldremos por mar, el Mediterráneo es nuestra madre.

Otros hablan de la madre tierra, nosotros nos nutrimos del mar.

El mar es el útero.

Aguas que no podemos beber, aguas sin las cuales no podemos vivir.

El mar es el útero, no la conmiseración.

PRIMER DÍA

Aquí, frente al mar, te contaré cosas que jamás has oído sobre un mundo que creías olvidado, un mundo que será el tuyo toda tu vida.

Aquí, frente al mar, en este hotel, desde este mar que te da vida y se toma vidas, desde este mar que se pobló de piratas, desde este mar que salvó a nuestro pueblo y le ahogó, que salvó a nuestras mujeres y en el que nuestros hijos se ahogaron. El mar Mediterráneo, mi patria y mi morada. El mar Mediterráneo, mi vida y mi muerte.

Seguro que todo esto te parecerá extraño, qué quiere de mí este anciano, qué quiere contarme, qué hace un joven como tú aquí, en el verano de Málaga, hablando conmigo en lugar de estar en el mar o jugando.

Vendrás a mí durante siete días, cada día entre las nueve y las doce, y el séptimo día tendrás la respuesta a todas tus preguntas, y las respuestas serán el portal de las preguntas que harás a lo largo de toda tu vida.

Este mar es ahora un mar para turistas, pero no hace mucho, hace seiscientos años, de él partieron hacia el Magreb mis parientes, ellos y ellas, la mayoría murieron en el camino, de enfermedad o por la mano del hombre. Los que supuestamente debían salvarles les robaron el dinero y les echaron al mar. En 1961 de Al-Huseima se hará a la mar la 'nuez', y de camino a la Tierra de Israel se ahogarán todos los que no vieron desvanecerse su sueño. Porque tienes que saber, hijo mío, que nosotros no obtendremos sosiego de este mar, ni de esta tierra, ni siquiera la Tierra de Israel nos ha traído tranquilidad, no nos ha dado la tranquilidad que buscábamos, sólo otra clase de persecuciones, más y distintas de las que conocimos en nuestros exilios en Marruecos, en el Magreb y en Portugal.

No, España no era un exilio. Y por haber hecho de España nuestro hogar nos castigarán toda la vida, pero ya no recordamos o no sabemos por qué. Es como el pecado del becerro, como los pollinos de Lucena, la primera en ser arrasada, la primera golondrina de la destrucción que se prolongaría durante los cuatrocientos años de la Reconquista y de la eliminación de los judíos con su conversión al cristianismo o renunciando a serlo en nombre del cielo.

Hubo días en los que pude respirar este aire como si mis pulmones hubieran formado parte del paisaje que se contemplaba desde esta terraza. Esta era mi casa, estos eran mis montes, altas montañas merecedoras de mi amor y de mis paseos, unas montañas por las que caminé para poderme acercar a Dios, porque entonces creía, entonces creía que ésta era mi tierra y que aquí viviría y moriría. Todo lo que

aprendí es que la historia no tiene continuidad y que las cosas más importantes que acontecen son imprevisibles. Algunos dirán que esto prueba que en ellas está la mano de Dios, otros dirán lo contrario, que es precisamente esto lo que demuestra que todo es accidental. Los hechos no eran previsibles en el año 1266, y por supuesto que tampoco la expulsión de los judíos, y yo puedo decirte que la expulsión ni siquiera era previsible una semana antes de la misma. La segunda Guerra Mundial no fue previsible, tampoco la primera, ni el establecimiento del Estado de Israel, ni el terremoto de Agadir, los más grandes acontecimientos siempre son imprevisibles.

Luego llegan los historiadores y a posteriori explican la lógica de un cierto hecho, pero si la tuvo, ¿cómo puede ser que nadie previera aquellos sucesos importantes?

Seguro que las extravagancias de mis palabras te sorprenden. No estoy hablando con metáforas ni con imágenes. Cuando digo mis hijos, es porque ciertamente fueron mis hijos hace quinientos años. Tengo mil años. Bueno, algo menos. Nací un poco después del año mil, o como mi padre solía decir, "naciste después del año de la locura," quizás en el 1030 o en el 1011, no lo sé. Nací en Lucena, cuando Abd al-Rahman Al-Mansur era el rey. No lejos de aquí, en la gran ciudad judía de aquellos tiempos. Una gran ciudad del reino de Granada y también la primera en caer. Hace mil años, y yo, amigo mío, no tardaré en morir, porque nadie puede superar la edad de mil años, sé que estoy a punto de morir porque me duelen las articulaciones y esto es una señal. Éste es el motivo por el que tú estás aquí, tengo que contártelo todo antes de fallecer, debo contarte cosas que nunca he contado a nadie y que tú tampoco deberás contar a nadie. No lo contarás, ¿verdad? Yo sé, y tú también lo sabrás el décimo día, por qué no conté estas cosas a nadie antes que a ti y por qué no lo haré después. Me han dicho que quieres ser escritor, así que a lo mejor escribirás libros sobre lo que hoy escucharás, pero las cosas importantes no las contarás, no podrás hacerlo, además nadie creería ni la décima parte de lo que explicaras, y así es mejor.

Te estoy hablando, pero de hecho no estoy aquí, sino allí, en el mar. En el mar puro, la mikve de mi vida, el agua salada entra en mí a través de mis agujeros, de mis huecos y de mis espacios vacíos, el agua del mar, la sal del mar.

Estoy hablando contigo sin estar aquí, estoy con mis hijos e hijas, con mis mujeres y mis sueños. Vivo el pasado, las imágenes de los hijos del que se convirtió al cristianismo y me hago cura, y de su hijo que también se hizo cura, huyo de Sevilla y de su fuego cada día, cada día veo a mi mujer fundiéndose en el fuego mientras me hago cristiano en la iglesia que hay en la bajada de la calle de los levitas de

Sevilla. ¿Estas cosas sucedieron? Te lo pregunto, Benzimra, a ti te lo pregunto, ¿existieron los Benzimra? Mira, ya lo sabes todo de mí, no sabes nada de mí, tampoco yo, con mis mil años, no sé nada de mí.

Evidentemente, es posible preguntar, preguntar al hombre cuándo aprenderá. Yo he vivido mil años y aún no he aprendido.

Seguro que estás pensando que puedo decirte algo sobre el futuro. Pero del futuro no sé nada. Una vez me encontraba explicando parte de esta historia en una aldea y la gente quería que les dijera el futuro. Apenas recuerdo el pasado. Los barcos se mezclan con las iglesias, los árboles hermosos con personas colgadas, los días con ríos de sangre. La felicidad del alumbramiento siempre se diluye en el recuerdo de mi mujer que murió en el parto, la sonrisa del niño con el dolor de mi hijo que murió de tuberculosis a los ocho años. Ni siquiera aprendí mucho de medicina. A pesar de ser médico y de haber ayudado a miles de personas, todo lo referente a la enfermedad y a la muerte todavía me sorprende, tal vez el mapa del tiempo sea aún más sorprendente.

Las lenguas que hablé han desaparecido como montes caídos a causa de un terremoto, el latín maravilloso y el arameo de Siria, lenguas que hablé y que desaparecieron como las gentes, palabras maravillosas cuyo sonido nadie volverá a escuchar. Y he aquí que de todas las lenguas, como seres muertos, el hebreo vuelve a resonar en las calles de Israel, incluso del mundo. Precisamente la lengua hebrea, de la que se reían y burlaban los que empleaban el latín como lengua de trabajo, precisamente el hebreo es la lengua que ha resurgido, mientras que el latín ha sido desarraigado de la tierra. Lenguas, cuántas lenguas he olvidado.

Mil años, y estoy sentado frente a ti, y tú totalmente perplejo, ¿cómo alguien que parece tener cuarenta años puede decirte que tiene mil? Por vez primera siento la necesidad de contarte todo lo que recuerdo, es tanto lo que he olvidado, sin olvidar ahora no podría estar hablando contigo. El día que vi cómo mi familia se ahogaba, olvidé varias veces mi nombre, lo olvidé para seguir vivo. Fui Ben Iftaj y Ben Mimón, fui Suárez y fui Finkelstein, y fui Braslev, fui Ibrahim y Muhammad. Y también fui Jesús, todo para olvidar el día que nací en Lucena, el día que mi padre vio morir a su primera mujer mientras me paría. El día que nací, yo era su primer hijo, él lloró al amor de su juventud y se alegró por su hijo Abraham, se alegró, así me llamaban entonces, Abraham, Abraham Ben Moshé. Mi padre se alegró, y mi madre no murió en mi parto, sino el amor de su juventud, ya me entiendes. Pero la vida seguía, hubo la circuncisión, pero mi padre jamás olvidó el día de su muerte, y él también murió de tristeza justo

el día que nació mi hijo Moshé, Moshé Ben Abraham, antes que existieran los apellidos, mi padre murió el mismo día y yo desaparecí un año después. Huí de la familia.

Me costaba comprender por qué había desaparecido, qué había de malo en mí en toda esa historia, amaba mucho a mi mujer y entonces la vida en Lucena era muy fácil, había frutos en abundancia, y trabajo para musulmanes y judíos, entonces no había cristianos en Lucena, todo era abundante.

Una fuerza inexplicable me llevaba una y otra vez a las montañas y al mar, a los lugares solitarios para estar solo un largo tiempo, y entonces caía enfermo, con mucha fiebre, no comía nada durante una semana, desfallecido, sólo alguien –él o ella– me mojaba los labios con un poco de agua, personas a las que no veía y a las que nunca volví a ver. Y una mañana me despertaba volviéndome a sentir como si tuviera veinte años. Al principio sucedía lo mismo cada veinte años, después los períodos fueron de treinta y de cuarenta años. Pero hace sesenta que ya no pasa, por eso se me ve más viejo de lo que jamás he parecido, lo que significa que es el final, lo sé, nadie puede vivir más de mil años, nadie, porque mil años es el día de Dios. Esto es algo que he aprendido por mí mismo, así que debo contarte mi historia.

Mírame, Shmuel, mírame. Estas son las manos de un milenario, ésta es su cabeza y ésta su piel, así se ve un milenario, mírame, no mires el mar, las olas engañan, vienen y van como si el hombre no supiera de sufrimientos y de muerte. El mar es un gran embustero, tú crees que es la naturaleza y la belleza, pero la naturaleza somos nosotros, el hombre, porque nosotros elegimos, el mar no. El mar es como un muerto, porque no puede elegir los días tempestuosos, pero nosotros, como una paloma, podemos provocar tempestades, terremotos, guerras y epidemias. Y con el paso del tiempo podemos dañar más y reparar más. Mírame, Shmuel, mi descendiente, mírame, soy yo, el abuelo de tu abuelo, aquél del que tu padre te habló tanto que te hartaste de escuchar. Soy el Abraham Benzimra que en 1866 se marchó de Tetuán y se fue a Brasil dejando a su mujer con tres hijos y dos hijas, el que jamás escribió ninguna carta y el que no regresó. Era el momento de desaparecer de la familia y no volver, como había hecho tantas y tantas veces. Qué hubieran dicho de este viejo que siempre parecía tener treinta años cuando ya tenía cien, que se había casado tres veces, que tuvo decenas de hijos, seguramente habrían pensado que era un brujo y me habrían quemado vivo. Ahora ya no me quemarían vivo, Shmuel, descendiente mío, ahora me encerrarían en un laboratorio secreto para investigarme, como han hecho con un amigo mío no hace mucho porque desfalleció por el amor de una mujer y le contó la historia. Solamente tenía trescientos cuarenta años,

y por esto yo no se la he contado a nadie hasta hoy, tal vez sí en parte, pero jamás toda la historia como te la contaré a ti durante los próximos siete días. O al menos lo que recuerde.

No tengo ningún motivo para pensar que guardarás mi secreto, no podrás, pero ya no importa, o tal vez sí lo guardes, no lo sé, pero debes saber que no confío en que lo hagas. Pero ya no me importa si lo explicas o no. Aunque me encierren en un laboratorio, porque probablemente me moriré en la primera prueba. Sé que la muerte se me acerca porque ya hace meses que me duelen las manos y esto no me había pasado nunca. Me duelen las articulaciones. Si quieres, incluso puedes escribirlo todo, puedes hacer lo que te plazca.

¡El mar! ¡Oh, el mar! Este pequeño mar, siete guerras y piratas. Una vez me enrolé en un navío de piratas y con ellos hurté a ingleses, franceses, portugueses y demás. El estrecho de Gibraltar era el lugar más cómodo para aquellos robos. Amaba el mar, pero él nunca me devolvió el amor. Perdí a mi familia en el mar, en las olas y en el fanatismo de la gente. Sí, salí de Sevilla con el único hijo mío que no se había convertido al cristianismo, Moshé, en 1391, de Sevilla a Málaga y de Málaga a Marruecos, a Tetuán, que por aquél entonces era una ciudad de piratas. Dijimos que éramos musulmanes para evitarnos desgracias con el mundo que nos rodeaba. Muy pronto él se convirtió en el pirata más famoso de la región, en el favorito del rey Abd-Allah. Hasta que el rey murió y el nuevo rey, Muhammad, supo que era judío y nos hundió el navío. Después, este mismo rey perdió muchísimo dinero porque los nuevos piratas no supieron apresar a personas suficientemente importantes para exigir un alto recate. Así murió mi hijo Moshé, en este mar en el que has nadado tantísimas veces, en el que tanto has jugado y has empezado a tontear con chicas. El mismo mar que a mí me salvó y que mató a mi familia. La misma agua y las mismas olas.

Mil años de Lucena a Jerusalén, ya creía que nunca más volvería a España, pero cuando vi tu fotografía supe que eras tú el que yo siempre había buscado para contarte la historia. A ti y a ninguna otra persona. Vi en tu rostro la mirada de mi padre tras la muerte de mi madre parturienta. Vi la sonrisa de mi primer hijo. Vi todas las miradas de mi historia, desde Lucena hasta Jerusalén. Incluso tu silencio es encantador.

Ahora, hijo mío, puedes irte. Vuelve mañana a las nueve. Hoy ya te he dicho bastante. Ves a preguntar a tu abuelo sobre Abraham Benzimra, pero sin hacer demasiadas preguntas. Ellos no deben saber nada de mí. Me meteré en tu vida durante siete días, pero después tú

tampoco sabrás nada de mí. Vuelven a dolerme las articulaciones, el tiempo se agota.

De nuevo hay que ponerse en camino, de nuevo el movimiento nos llama, después que el rey de Portugal nos diera refugio. Después de cien años tenemos que volver a marchar. Les da igual que seamos marranos, que hayamos cambiado tanto que ni siquiera sepamos quiénes somos, que ni siquiera estemos seguros de ser judíos. El rabino dice que ya no podemos quedarnos aquí, que debemos zarpar en el buque de Ruti. Es preciso subir al buque y zarpar en dirección a Tánger y a la nueva ciudad de Tetuán. ¡Qué vergüenza ver a mis familiares que no se hicieron cristianos, que no pasaron por esta humillación marchándose doscientos años antes, cuando los rabinos dijeron que era preciso emigrar a Marruecos en lugar de convertirse! Así perdimos a nuestros hijos, entre las olas del mar, el viento y la oscuridad, nos fueron arrebatados y cristianizados. Estos barcos me dan miedo aunque digan que el viaje es corto y que no debemos pagar nada, que el tal Ruti hace esto por deber. Tal vez como en otros barcos, alguien robe nuestras pertenencias y nuestra vida a cambio de unas pocas monedas.

Todavía llevo conmigo las historias que mi abuela me contaba sobre aquellos que pagaron a los españoles para que les llevaran al Magreb y que pagaron con sus vidas. Mi abuelo todavía llora por sus tíos y por sus hermanos, de los que no ha vuelto a saber nada desde que se marcharon a Málaga. Pero también oigo las lágrimas de los que se convirtieron al cristianismo, y lo peor de todo, la historia sobre un tío mío, el tío sin nombre, hermano de mi padre, que se hizo cura. Y lo que les ocurrió a los que se convirtieron de verdad al cristianismo, cuyos hijos murieron a manos de la Inquisición. ¿No hacían bastante siendo cristianos? Éste es nuestro destino, convertirnos o emigrar, pero sé que un día volveremos a nuestra ciudad, a Lucena, quizás incluso a Jerusalén, pero yo sueño en Lucena, la ciudad donde nació mi apellido: Benzimra.

Ahora aquí nos llaman Suárez, pero todos sabemos muy bien que cuando lleguemos a Marruecos volveremos a ser Benzimra, nuestro nombre volverá a nosotros. Volverá a ser nuestro nombre, sí, volverá a serlo.

¿CÓMO TE LLAMAS?

José.

¿A qué te dedicas?

Construyo puentes.

¿Qué clase de puentes?

Puentes entre las personas.

¿Vives de esto?

Cuando yo construyo un puente, alguien destruye dos.

Entonces, ¿de qué vives?

Tengo un árbol que me da frutas cuando tengo hambre.

¿Qué clase de frutas?

Frutas del sabor de mi hambre.

¿Qué sabor tienen tus frutas?

Si tengo hambre de carne saben a carne, si tengo hambre de mango, a mango, y si de limón, a limón.

¿Cuánto vale tu árbol?

Nada.

Quiero comprártelo.

No puedes, no está en venta, tú crees que todo se puede comprar, si pudieras también comprarías a Dios.

¿Por qué no?

Porque a Dios no se le puede comprar.

No a Dios, a tu árbol, ¿por qué tu árbol no se puede comprar?

El árbol es invisible.

¿Cómo te llamas?

José Santillana.

Estás loco, loco, loco.

Esto es lo que todos dicen de mí, pero estoy menos loco que tú.

LOS ELOHIM

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

– ¿Y ahora qué?

– Es preciso detener esto.

– ¿Qué cosa?

– A Hitler.

– ¿No crees que has exagerado un poco? Seis millones de judíos, has eliminado a la mayoría.

– No había más remedio.

– ¿Que no había más remedio? Sabes muy bien que no servirá de nada, por eso los elegiste, porque son fuertes.

– Deben esperar que llegue el día.

– Lo intentamos todo, y no funcionó. Exilios, felicidad, profetas, sacrificios, renacimientos.

– De acuerdo, elimina a Hitler.

– Ha sido eliminado. Le hice añicos.

– Para que no se encuentre nada de él, para que no le conviertan en algún Mesías.

– Creo que se convertirá en un diablo.

– Bien, ¿qué hacemos ahora?

– Deberíamos admitir que hubo un error, que todo aquello del monte Sinaí debería haber durado siete días, como la creación del mundo. Hace ya tres mil años de eso, y cada vez que intentamos enmendarlo, algo se entromete y lo estropea.

– Es verdad.

– Al principio les dejamos cuarenta años en el desierto, quizás fue un error porque allí nos hicieron el becerro de oro, luego les llevamos a la Tierra de Israel y se acostaron con mujeres cananitas, lo de Josué podía ser veraz, pero no pudo con algunos pueblos pequeños, hubiéramos podido eliminarlos con un pequeño diluvio, y luego el tabernáculo, y después el primer templo, y luego les dieron un rey, todo ha sido un conjunto de errores.

– ¿Tienes algún consejo para solucionarlo?

– No exactamente, pero sé cuál es el problema, ya te lo dije al principio que era un gran peligro, ¿por qué darles libre albedrío? Hemos creado decenas de mundos sin otorgar nunca una libre elección, y todo ha funcionado correctamente, no porque sí, sino por respeto a la tierra, que es el planeta más bonito que tenemos en el universo, ¿por qué darles libre albedrío?

– Éste era todo el asunto, por suerte hemos descubierto algunas cosas interesantes, como la manera de hacer un becerro de oro, la rueda, no olvides que la rueda sólo se encuentra en el globo terráqueo, y los barcos.

– Podríamos habérnoslas arreglado sin esto. Para qué sirven los barcos cuando hay naves espaciales, cosa que les ha llevado mucho tiempo descubrir, y hemos tenido que ayudarles, mira los jodidos aviones que han construido, pesan toneladas, y bombas atómicas, qué cosa estúpida.

– Puede que sea estúpido, pero en ningún otro planeta habían pensado en ello.

– No lo habían pensado, pero ¿para qué es necesario? ¿Simplemente para aniquilarles?

– No, imposible.

– ¿Por qué imposible?

–Porque no tenemos libre albedrío.

SHMUEL

Cuando estábamos en Tetuán nos decían que era mejor tener una habitación en la Tierra de Israel que una gran casa en la diáspora. Pero ¿es mejor estar en una prisión en Israel que ser libre en la diáspora? Esto no nos lo dijeron.

Y ahora estoy en una cárcel. No es yo sea un santo, pero no recuerdo que ningún judío de Chauen haya estado en la cárcel. Una vez escuché decir que habían metido en la cárcel a un tío mío por algo relacionado con los impuestos, pero al cabo de dos días el presidente de la comunidad le sacó de allí. Aquí no tenemos ningún presidente de comunidad que nos saque de la cárcel, estamos en un estado democrático y estas cosas no pueden pasar, a no ser que seas moro. En Marruecos el presidente de la comunidad se preocupaba de que no metieran a nadie en la cárcel, aquí somos polvo triturado. Estoy aquí por asalto a mano armada, así que no hay que compadecerme mucho. Todo empezó cuando tenía quince años y robé unas golosinas en la tienda de comestibles. Me abrieron un expediente, me interrogaron y me metieron en un reformatorio. Allí fue donde aprendí todos los trucos de la profesión. Me trajeron un psicólogo que no entendió nada de lo que yo le decía. Él me hablaba todo el tiempo del desarrollo y de la integración en la sociedad. Y yo le hablaba de mi familia y de Chauen. Una vez, en Chauen, había hecho lo mismo en una tienda de comestibles y sólo me dieron un bofetón. Ni psicólogos ni interrogadores. Otra vez fumé algo que ni siquiera sabía lo que era y me metieron en la cárcel. Así que poseía un pasado delictivo. En Marruecos los judíos nunca tuvieron un pasado delictivo. En el país del soborno, siempre alguien se ocupaba de hacer desaparecer los rastros. Pero aquí, en el país de los judíos, a los veinte años yo ya tenía un pasado de delincuente. Por esto no me aceptaron en el ejército. Tampoco conseguí encontrar luego un trabajo normal. Cuando estaba en Marruecos justamente quería ser policía, pero quién puede ser policía con un pasado delictivo. Intenté varios trabajos abominables, pero muy pronto decidí volver con mis amigos de la cárcel, los cuales me enseñaron a robar sin ser atrapado. Uno se llamaba Sami y otro Jojó, todos de familias marroquíes que jamás habían delinquido hasta llegar al país de los judíos. Aquellos fueron los mejores tiempos, por la noche dábamos un golpe aquí y otro allá, y con el dinero invitaba a las chicas a salir con mi BMW. El dinero salía tan rápido como entraba. Aun sin tomar drogas, el dinero desapareció.

Hasta que un día Sami me propuso robar en un banco de Kiryat

Gat. Todo parecía muy fácil, pero tuvimos mala suerte, porque en el mismo momento pasaba por allí una patrulla. Simplemente fue muy mala suerte, de lo contrario ahora estaría sentado sobre unos cuantos millones. Esto es todo, quince años de cárcel, esto es el sionismo para mí. Si mis padres hubieran sabido que el sionismo terminaba así, habrían emigrado a Francia o a Canadá, o a cualquier otro lugar, donde seguramente yo habría terminado el "Bac", el bachillerato, habría ido a la universidad o, al menos habría estudiado contabilidad. La única cosa buena de esta cárcel es que hay una mayoría de sefardíes y muy pocos asquenazíes.

Así que es mejor una cárcel podrida en Israel que una casa de cuarenta habitaciones en Marruecos. ¡Viva el sionismo!

CENA EN MÁLAGA

Samuel odiaba las comidas familiares en las que su padre no paraba de decir tonterías mientras su madre se reía avergonzada en un rincón. Pero esta vez tenía que tragarse entero el estúpido y repetitivo discurso de su padre, Salomón.

"¿Dónde estuviste ayer hasta las dos de la madrugada, Samuelito? Espero que no hayas estado rondando con alguna sajená. Para esto no te he traído de vuelta de Jerusalén. ¿Qué haces durante todo el día? Dime, ¿podrías trabajar un poco, no? Si estuvieras en Israel ahora estarías en el ejército, corriendo por las montañas. Aunque tal vez te haría bien un poco de azifú. Sajená, hoy en día uno ya no se sabe de lo que ha que tener miedo. Mira, por ejemplo, el sobrino de Benchimol, aquél que era amigo de tu hermano, Isaquito, se convirtió en marica, en homo, y tuvo la desfachatez de decírselo a su padre, seguro que le dio un ataque al corazón. Se lo dijo a su padre, ¿me oyes? Me sorprende que sigas sentado a la mesa, seguro que te pasa algo. Le dijo a su padre que debía alegrarse por el hecho de que él hubiera encontrado su auténtica sexualidad, y que era muy feliz con su amigo, marica y sajén, espero que por lo menos no se casen por la iglesia. Espero que no te pase eso a ti, y que los dos años que has pasado en Israel te ayuden a ser un judío de verdad, o al menos que no te den por detrás como al sobrino de Benchimol."

Coti estaba ya dispuesta a intervenir "¿Por qué no dejas ya de hablar tan groseramente? Hoy en día debemos respetar a los homosexuales porque forman parte de la sociedad. Tu Tetuán y tus historias se han acabado, además, tu sobrino Moís Hadchuel también era homo. Estamos en un estado democrático y cada uno puede hacer lo que le parezca."

"En esto estoy de acuerdo." Tenía la boca llena y se puso colorado. "Pero no en mi familia, si vosotros, mis dos hijos, sois gays, qué se yo, si os gusta que os den por ahí, por favor, no me lo digáis, no quiero ni oírlo ni que me dé un ataque al corazón."

Samuel se dio cuenta que las cosas se estaban poniendo feas y que su padre no tardaría en ahogarse, como ocurrió hace unos años, durante la fiesta de Sucot, cuando se puso tan nervioso que no podía respirar y tuvieron que llevarle al hospital. Recordaba muy bien que discutían sobre un tío que no conocía, un tal Jacob Benzimra que sesenta años antes se había casado con una prostituta cristiana.

"Papá, no entiendo por qué te acaloras tanto. Ni mi hermano ni yo

somos homosexuales, no tienes que preocuparte, somos boy scouts y salimos con chicas judías. Tranquilízate, todo está bien."

"¿Que me tranquilice? ¿Con todo lo que hoy se ve en la televisión?"

"¿Por qué no dejas de mirarla?"

"Al final el tal Benchimol acabará cambiándose de sexo, sé como les llenan la cabeza de pajaritos, los embolico, les envenenan los sesos con esas tonterías y ellos se creen modernos."

"Pero si no tenemos ningún contacto con aquellos Benchimol, ¿a ti que te importa?", dijo la madre intentando tranquilizarle.

"Papá, dime una cosa, ¿tenías un abuelo llamado Abraham Benzimra que se fue a Brasil el siglo pasado?"

"Entonces todos iban a Brasil. Sí, había uno llamado así. Se iba, pero volvía cada dos años, hasta que un buen día no volvió y ni se sabe donde está enterrado, se lo ievó el viento, o tal vez encontrara una prostituta en Brasil, la especialidad de nuestra familia."

"¿También él te pone nervioso?"

"Que en paz descanse," dijo papá. "No, Dios me libre, no hay que hablar así de nuestros antepasados, tenía cuarenta años cuando desapareció. Empezó viajando a Brasil, como muchos de Tetuán, en busca de un mendrugo de pan, poco después de su Bar-mitzva. Debió casarse muy joven, no lo recuerdo, se lo preguntas a tu abuela. ¿Recuerdas la foto que la abuela tiene en la cocina, en la que se ve a un anciano y a un niño a su lado? El niño es él, Abraham Benzimra, el que desapareció en Brasil, le llamaban el que se fue en Brazil, el que se marchó a Brasil, y el que está sentado a su lado es su abuelo, que también se llamaba Abraham Benzimra."

"¿Sus hijos le rezaron el Kadish?"

"¿El Kadish? No lo sé. ¿Por qué te interesa? Tal vez sí, tal vez no. Pobre, su mujer, Freja Benzimra, seguro que se quedó sola hasta el fin de sus días. Yo no los conocí. Nací después de la independencia de Marruecos. Todo esto no son más que historias, tal vez tu abuela pueda contarte algo, ves a verla."

El hermano pequeño, David, que hasta entonces había estado callado, se puso a imitar a la abuela, arrugó la cara y parodió lo que ella siempre les decía cuando iban a verla: "Todo el día sola, nadie viene a verme, ni los hijos ni las hijas. ¿Qué quieres niño? ¿Me has traído un regalo?"

Samuel le hizo un gesto con la cabeza a su hermano como si estuviera de acuerdo con lo que decía. Pero lo que ocurría en casa de la abuela era distinto. Cuando no tenía nada que hacer, solía ir a casa de la abuela y le llevaba algunos ejemplares del Playboy.

"Mira, abuela, modelos."

"¿Modelos? ¡Nunca he visto una cosa igual!"

"Mira, mira esta rubia, mira que pechos tiene."

"¿Qué te pasa, hijo?" solía decir medio riéndose medio gritando. "Esto es una 'novedad nueva y renovada', tira todo eso."

"¿Por qué, abuela? ¡Pero si son unas modelos respetables!"

A veces incluso iba a verla para contarle que se había enredado con la mafia, que les había pedido un préstamo y que les debía mucho dinero, dos miones de pesetas, y que si no se los devolvía, ellos se le echarían encima. Entonces la abuela llamaba asustada a su padre, y en respuesta a las preguntas de éste, Samuel le decía con candidez: "La abuela ve demasiadas telenovelas, todo son invenciones suyas."

Pero de esto hacía ya tiempo, en dos años casi no la había visto. Sólo en las fiestas, cuando iban a verla al salir de la esnoga. Estaba un poco sorda y no quería salir de casa, tenía noventa y tantos años.

"Samuelito, ¿cómo estás? Ya nadie viene a verme. Ni siquiera tú, con tus modelos."

"He venido a preguntarte algo."

"¿Me has traído revistas?"

"¿Quién era el Abraham Benzimra que desapareció en Brasil?"

"¿Tu primo Abramito?"

"No, este no. Abraham Benzimra, del 1870 o algo así, ¿lo recuerdas? Uno que se marcho a Brasil," y repitió gritando la palabra "Brasil".

"El que se fue y no volvió. Abraham Benzimra, el abuelo de tu abuelo. Abraham Benzimra. Qué puedo decirte de él, se fue y no volvió. Era un gran bastardo. Eso es lo que decía la abuela. Alguien dijo que le había visto en el Amazonas y que se había casado con algunas chicas de allí. Así que ella se pasó la vida abandonada. Pero quién sabe, podría ser que quien lo dijo tuviera envidia de la riqueza de mi abuela, de la gran cantidad de dinero que Abraham Benzimra trajo de Brasil, él construyó muchos edificios en Tetuán y a ella le dejó mucho dinero, se dice que todo era envidia y que el hombre había muerto. Otros dijeron que era un estafador y que huyó con mujeres no judías. Hoy en día todos se casan con no judías, con tus modelos," dijo riéndose.

"Sí, sí," respondió Samuel.

"¿Me has traído alguna revista? Espero que ya no estés con la mafia," volvió a reírse.

"No, ya pagué mis deudas."

"Toma, toma un poco de dinero," dijo sorprendiéndole mientras le alargaba cinco mil pesetas que tenía en el bolso.

"Abuela, ¿los muertos pueden hablar?"

"Si yo, a mis años, puedo hablar," le respondió sonriendo mientras se le movía la dentadura postiza, "también pueden hacerlo los

muertos. Aparecen en sueños. ¿Has visto a Abraham Benzimra en sueños?"

"No era un sueño, abuela, estuve con él como ahora estoy contigo."

"Señal de que está vivo. Nadie lo ha visto muerto, así que quizás esté vivo."

"Qué tonterías dices, abuela, ahora él tendría ciento cincuenta años."

"Cosas más raras hemos oído que suceden."

"Dice que tiene mil años."

"¿Lo ves? ¿Qué más dice?"

"Si quieres que te diga la verdad, no entendí nada. Me contó un montón de cosas sobre los españoles de la Edad de Piedra, de hace quinientos años, dijo que había nacido en Lucena."

"Dicen que nuestra familia viene de Lucena."

"¿De aquella pequeña ciudad?"

"Una vez fue una gran ciudad, y los judíos allí eran mayoría."

"No paró de hablar sobre un montón de cosas confusas, me pareció un loco."

Ella se quedó pensativa un buen rato, haciéndole señales de que no la molestara. Y luego le dijo:

"Pregúntale qué había en el pañuelo que le dejó a su mujer la última vez que se marchó a Brasil. Un extraño no podría saberlo."

RUSO

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Entré en la tienda de discos a las diez de la mañana, cosa que hago a menudo, y me puse a hablar con el vendedor sobre el futuro de la música texana en Israel tras dos mil años de exilio. Y entonces entró un ruso con fuerte acento buscando el último disco de los Tremeloes, a una distancia de ocho metros olía a coñac.

"Son extraordinarios, esos," y cogió tres discos. Después el vendedor me dijo que era un buen cliente, insinuando que yo no lo era porque sólo iba a hablar y al final esperaba que los discos que quería quedaran descatalogados para pagar una cuarta parte de su precio, o los pedía por correo, a mitad de precio, a los Estados Unidos. "Quien confíe en ti pronto quebrará," me decía. Por supuesto que yo le daba toda la razón, pero jamás entendí cómo podía esperar que le comprara algo por el doble del precio que yo podía conseguir.

Resumiendo, el ruso se puso a hablar conmigo de música, de coñac y de chicas, y entonces me preguntó si yo era ruso.

"¿Ruso? No, no exactamente."

"¿De dónde eres, pues?"

"De Marruecos."

"¿De dónde?"

"De Marruecos."

"Te estás riendo de mí, no te creo, no eres marroquí."

"Es cierto, es marroquí," le dijo el vendedor, "es un escritor marroquí."

"No me lo puedo creer. Eres polaco o americano. No puede ser."

"Mira," le dije mostrándole mi tarjeta de identidad. "¿Lo ves? Aquí está escrito. Lugar de nacimiento: Marruecos."

Se acercó a mí, casi me mareó su aliento, me miró los ojos, miró la foto y muy decidido me dijo:

"No eres marroquí, no puede ser."

Y salió de la tienda.

Hasta la fecha aún no estoy seguro de cuál de los dos tenía razón.

SHMUEL

¿Lo has pasado bien? ¡Qué pregunta más tonta! Estoy loco, ¿cómo he podido hacer esto? ¿Cómo pude hacer una cosa así? ¿Adónde he llegado? Sin embargo, quizá lo hayas pasado bien. Nunca había hecho nada igual. Sé que esto no te consuela, lo sé. Mira, mírame las manos, verás lo que este país ha hecho de mí, un trapo, y ahora mira lo que hice. En Marruecos era un niño bueno, corría por los montes, me subía a los árboles, iba a nadar… y ahora ya llevo más tiempo en la cárcel de lo que puedo recordar. ¡Cierra la boca, sucia puta, mira lo que has hecho! ¡Mira cómo vas vestida! ¡Mira, zorra! ¡Perra! No tienes derecho a hablar, sería capaz de matarte si por un momento creyera que me denunciarías. Sí, lo sé, ahora dices que no lo harás, lo sé, todas vosotras sois unas zorras, ¿quién puede asegurarme que mantendrás tu palabra, quién? Tal vez lo hayas pasado bien, me gusta que una mujer goce de mi existencia, de mi cuerpo. Tú no, sé que no se trata de ti, cierra la boca, te he dicho, ciérrala, cierra tu cloaca rápidamente o te cortaré el cuello, te cortaré el coño, me da lo mismo, cómo yo, Samuel, he podido convertirme en este Shmuel. Puestos a cambiarme el nombre como hicieron, podrían haber cambiado Samuel por Samael, el nombre del ángel de la muerte, pero debes saber que soy un buen hombre, por dentro soy un buen hombre, soy el niño que se subía a los árboles, el que alimentaba a los gatos callejeros, soy delicado, te acariciaba de verdad. Sí, ahora dices que me crees, disimulas muy bien, no hagas que sí con la cabeza, no digas nada, no te muevas, no me mires, puede venirme la crisis y te liquido, ¿lo entiendes? A fin de cuentas, ¿qué eres? Una puta asquerosa, mírate desnuda en la cama, una puta asquerosa, esto es lo que eres, un pingajo, podría matarte ahora mismo y hacer albóndigas de esta masa de carne tuya. Un amasijo de carne, esto es lo que eres, un amasijo de carne, un jergón para los soldados, vete otra vez a follar con todos aquellos soldados, pedazo de carne asquerosa, y yo, ¿cómo he llegado a esto? Dímelo, Sara, dímelo, ¿cómo he llegado a esto? ¿Puedes explicármelo? ¿Puedes explicarme cómo de la Alliance Française he podido llegar a la cárcel, cómo he llegado a estar aquí frente a ti, desnuda y sin gozar? Yo tampoco he gozado, yo tampoco, ¿lo entiendes? ¡Yo tampoco he gozado! Para nada, pero tenía que creer que todavía puedo. ¿Puedo qué? Leía poesías, sabía recitar a La Fontaine de memoria, incluso llegué a hacer una alocución el día de mi Bar-mitzva, dime, Noa, Sara, Michelle, como te llames, no importa cómo te llames, no importa, dime cómo pude llegar a esto, no me mires, no hables, eres mi muro, mi madre, mi hermana, eres una puta

asquerosa, ¿con cuántos hombres te has acostado? ¡Ah! Cincuenta, cien, vete a saber, pero conmigo deberías haberte negado, si estuviera en Marruecos serías una mujer casada con tres hijos. Sí, te habrían casado a los trece o a los quince años, serías una mujer, no un pingajo, un jergón para los oficiales del ejército que te follan hasta agotarse, ¿de qué te ha servido todo esto, de qué te ha servido tanto sionismo? El sionismo no es más que un gran coito. Mira cómo nos la metieron, por el coño y por el culo, nos metieron cuchillos y todavía esperaban que dijéramos que gozábamos, ¿lo entiendes? Nos mintieron diciéndonos que aquí, en Israel, nos darían casa y trabajo, pero se nos follaron. De la misma manera que te he mentido para traerte aquí, de la misma manera que te he mentido para meterte en mi coche a altas horas de la madrugada, así que dime quiénes son aquí… ¡Cállate! ¿Quiénes son aquí los hijos de puta? Ellos son el Estado, un estado perfecto, y evidentemente el Estado puede follarse a sus ciudadanos, especialmente después de haberles desnudado y pisoteado hasta su última gota de honor. Jamás había dicho esta clase de cosas, Sara, jamás, a nadie, ni siquiera en el viaje de la cocaína, tampoco cuando me inyecté, que fue mi viaje más largo, ahora digo la verdad, no disfruté cuando me follaron, no, ni tampoco me gustaba hacerlo contigo, zorra marroquí, tal vez a ti te gustaba acostarte con aquellos asquenazíes tan bien vestidos, pero a mi no, estúpida puta, de acuerdo, sí, así sea, ya que te he dicho todo eso, vete, mira, te dejo ir, pero vete ya, corre, antes de que me arrepienta y te corte el coño, ¡vete, puta!

HIJO MÍO, HA LLEGADO LA HORA DE IRME

¿Adónde?

Al otro mundo.

¿Tan pronto?

Después de haber visto lo que he visto sólo me queda dejar este mundo.

Nosotros siempre vamos de un lado a otro, padre.

Sí, pero no siempre sobrevivimos. La muerte nos acecha detrás de cada casa derruida, detrás de cada mirada está el abismo.

Pero padre, todavía te necesitamos, Granada también puede ser tu casa.

Granada, hijo mío, será tu casa y quizá la de tu hijo. Yo ya no puedo construir un nuevo nido en otro lugar.

Durante mil años hemos emigrado, el exilio se ha convertido en el pan nuestro de cada día, en el aceite de oliva con el que nos ungíamos, de las mismas olivas que nos llevamos de la Tierra de Israel. Todavía nos quedan años para poder volver, Lucena no fue nuestro hogar, tampoco lo será Granada.

Esta noche me reuniré con los míos, ya he avisado de mi llegada. Ya vi a mi padre, a mi abuelo a mi bisabuelo y a la honesta Sol, ellos me prepararan el camino, pronto seré libre.

¿Es una decisión tuya?

He visto las gaviotas, las palomas y los cuervos volando por encima de nuestra casa asolada. He visto el águila de mi infancia en el pino de mi padre, los árboles hablan, las puertas golpean y las llaves son nuestro futuro, vayas a donde vayas, llévate una llave.

Adiós, papá.

No llores, hijo mío, todos llegamos a este momento. Ahora, vete y dile a tu madre que venga.

TERESA

Te doy las gracias, Dios todopoderoso, por haberme mostrado el camino hacia ti, por haberme hecho cristiana y por haberme salvado del destino del pueblo judío. Jesús, padre mío y Dios mío, el único que penetra en mí, el Mesías verdadero y Dios sobre la tierra, te escribiré mil poemas de amor, te amo como nunca mujer alguna ha amado a un hombre. Seré el arrepentimiento de todos mis antepasados judíos equivocados porque no quisieron reconocer al Mesías, porque no quisieron aceptar tu autoridad. Seré cristiana en cuerpo y alma, aunque perezca de hambre y los locos se rían de mí, seguiré siendo tuya y solamente tuya, nunca me arrepentiré de haber tomado el camino de tu trono y de tu gran misericordia.

Padre mío que estás en el cielo, dame fuerzas para soportar el camino al paraíso que nos has preparado, para ser un ejemplo para los cristianos y los pecadores, para que todos vivan en ti y no mueran en pecado.

Padre mío, padre nuestro, siempre viviré en ti.

EL SEGUNDO DÍA

¿Puedo hacerte una pregunta? – dijo Samuel inseguro.

¡No, no! Ni hablar, no puedo responderte a ninguna pregunta, yo hablo y tú escuchas, éste es el trato.

¿Qué había en el estuche que le diste a tu mujer antes que desparecieras en Brasil en 1870?

Basta, a partir de este momento no hables o te abandono a tu desgracia y nunca más comprenderás por qué te ocurren las cosas que te ocurren y te inquietarás. Te diré lo que había en el estuche. Siempre dejé uno a cada una de mis mujeres antes de desaparecer. A todas el mismo. ¿Cuántas fueron? Una vez tuve tres, cuando huí de los almuédanos que querían que me convirtiera al Islam. No lo hice, pero dije que era musulmán, y todos se lo creyeron porque de Lucena conocía muy bien los entresijos de su religión. Entonces me fui a Dar'a, al sur de Marruecos, y allí, en una montaña alta, encontré una tribu de hombres que tenían tetas y que amamantaban a sus hijos e hijas mientras las mujeres iban a buscar agua. En aquella época yo tenía tres mujeres, nadie pensaba que no estuviera bien. En España, si un judío tenía dos mujeres, la gente dejaba de hablarle, aunque estuviera permitido. ¿Cuántas mujeres tuve en total o cuántos hijos? En serio, Samuel, no lo recuerdo, mil años es mucho tiempo, pero sí me acuerdo de Raquel, recuerdo que la vi abrevando los pollinos de su padre, sólo tenía doce años, entonces se casaban a esta edad. Recuerdo a mi primera mujer, Raquel, tenía unos ojos muy grandes y muy azules, como los de los beréberes. En aquella época yo era un simple carpintero de Lucena, rápidamente empezaron las conversaciones con su padre y nos casamos. Ella me amaba porque era su marido, así eran entonces las cosas. No como ahora, que tenéis relaciones durante cinco años y luego os casáis y creéis que el amor es duradero, pero siempre acaba desapareciendo.

Entonces yo tenía veintiséis años y ella me dio tres hijos, Shmuel, Moshé y Yeshurún. A los cuarenta años enfermé gravemente, tenía mucha fiebre y todos creían que me moría, pero al cabo de dos semanas de guardar cama me desperté como si tuviera menos de veinte años. Habían desaparecido las manchas de mi piel y pude volver a trabajar como cuando era joven. La gente empezó a murmurar de mí, se rumoreaba que era un brujo, que en casa hacía toda clase de rituales, incluso que había matado un bebé salido del vientre de mi mujer. No quería irme, pero mi vida corría peligro y me vi obligado a ceder.

Después de dejar Lucena ya nada fue lo mismo. Aquellos paisajes y

montes que habían sido míos desaparecieron para siempre. Volví algunas veces, pero también la ciudad había cambiado muy rápidamente. Los judíos fueron expulsados de ella, al principio erraron de un país a otro, nunca volví a ver a mis hijos, la ciudad se hizo católica. Luego unos pocos judíos regresaron, pero ya no era la misma urbe bulliciosa en la que las palabras hebreas, árabes y latinas se mezclaban comúnmente. Allí empecé a escuchar la lengua que con el tiempo sería una de las más expandidas en el mundo, el castellano, el español. Al principio costaba hablarla, se parecía al latín de los pobres, pero luego nos acostumbramos, incluso algunos judíos hicieron de ella la lengua oficial para afianzar la autoridad del rey, que llegaría a ser un lingüista notorio. Una lengua para su pueblo. También hubo judíos que tradujeron la Biblia y el Nuevo Testamento al castellano, y así esta lengua se esparció entre todos los habitantes de Iberia.

Han pasado mil años, pero no me olvido de Lucena, no de la pequeña ciudad actual, sino de la que fue la mía. Era una ciudad luminosa, tenía una luz que ya no existe. Ahora su luz es distinta de la de hace mil años, como si a todos nos hubieran puesto unas gafas de sol, porque antes la velocidad de la luz era diez veces mayor, y al mundo le llegaba más luz de la que ahora le llega. Jamás podré olvidarla. El mundo era distinto, y de la misma manera que existe la lengua materna o los paisajes de la infancia, el hombre que vive mil años también tiene la luz de la infancia, una luz que a mí me llena de añoranzas, que me recuerda a Raquel y a Sara, con la que me casé en Sevilla. Entonces ya era un carpintero conocido, incluso la casa real me encargaba sillas. Recuerdo que Sara era muy joven cuando vino a pedirme que le arreglara la silla de su padre, eso es lo que dijo. Me dio la silla y se quedó mirándome fijamente a los ojos unos minutos, minutos que incluso hoy me parecen una eternidad. Tenía unos ojos muy negros, los ojos del Mediterráneo. Me miraba como si yo tuviera la cabeza de un caballo o la de un buey. Y entonces, imprevisiblemente, se puso a llorar, y yo… a reír. Sus lágrimas eran tan hermosas y tan luminosas que se diría que poseían luz propia, y entonces le dije, como para romper el hielo, que la silla estaría arreglada mañana. Un mañana que sería eterno. No era Raquel, pero sí un gran consuelo para las muchas huidas anteriores a ella y para las que vendrían después.

Sevilla, 1391. De pronto atacaron y se pusieron a gritar "¡Cristianizaros o morid! ¡Cristianizaros o morid!" Si alguien dudaba le quemaban la casa. Y yo le grito a Sara, "¡Ven, mujer! ¡Vivamos! No tiene ningún sentido morir por eso. Pero ella sigue sentada en la silla de su padre que yo había arreglado, sin querer moverse, y yo intento cogerla de la mano para llevarla conmigo a la iglesia. "¡No te lleves a

los niños! – gritaba, "¡a los niños no, es mejor que mueran judíos que no que vivan como cristianos, es mejor la muerte que ser siervo del bastardo!"

Y entonces la casa empezó a arder, y yo tiro de ella, y el fuego se acerca, y de pronto me dice, "¡Coge a los niños, que vivan!" Y mientras yo iba a la iglesia con los niños ella subió en llamas al cielo y se convirtió en santa Sara.

Tal vez ella obró correctamente, no puedo decírtelo. A él más le hubiera valido una muerte justa allí que no vivir tantos años y tener que soportar este mundo pervertido durante tanto tiempo. El año 1391 tampoco fue el final, luego hubo los conversos, los marranos y los judíos, viven los unos con los otros y luchan contra los terceros. Quizá 1492 fue el más liviano por lo que respecta a la disputa entre los judíos a medias, los que se convirtieron y los contritos que todo lo perdieron. Cien años, como si alguien pensara que la situación volvería a ser la que había sido, como si algo pudiera volver a ser lo que había sido. Allí, en Sevilla, comprendí que Sefarad se había terminado, allí empezó España, pero la Sefarad en la que los judíos tenían parte y herencia había desaparecido. De todas las diásporas sólo Sefarad era nuestra tierra, sólo en Sefarad éramos parte de ella, cuatrocientos años, tal vez menos. Más tarde, la situación se tranquilizó un poco y hasta 1492 tal vez fue posible esperar que algo cambiara. Pero fueron los cristianos nuevos los que quisieron expulsar a los judíos que se habían mantenido judíos, y a los marranos, pues unos y otros seguían con los mismos oficios y competían por los mismos cargos del rey y por los mismos sectores comerciales. ¿Eran ya cristianos? De hecho, en Sevilla, casi todos se convirtieron al cristianismo, unos pocos sufrieron martirio y otros pocos de alguna forma siguieron siendo judíos. A veces la controversia se daba en una misma familia. Algunos se sentían muy culpables.

De Brasil me fui a Texas, donde luché en la guerra contra los mexicanos y donde había una gran comunidad judía. Los judíos habían llegado, ya en 1880, procedentes de Polonia y Alemania. Luchamos contra la barbarie de los mexicanos, y así nació la República de Texas, que durante una década fue un estado independiente. Allí fui bastante importante, era el dueño de un negocio floreciente de venta de muebles, ya entonces la gente empezaba a tener de nuevo una situación acomodada.

Texas, hacía calor, cuando se unieron a los Estados Unidos, decidí regresar a Brasil, y de allí a España. En aquél tiempo muy pocos judíos volvían a España. Fui de los primeros en llegar a Málaga. Había libertad religiosa, pero el antisemitismo estaba tan arraigado que se percibía en todas partes. ¡Era un antisemitismo de los que habían sido judíos! El más duro. Trabajé con tres hermanos Benarroch, unos

comerciantes de tejidos muy famosos, parece que un hijo de uno de ellos fue el primero de los de Tetuán en casarse con una cristiana y convertirse. Conservó su nombre, por eso hoy podrás ver familias cristianas llamadas Benarroch. Evidentemente, también hay Benzimra cristianos, hay de todo. Estos, tras tantísimos años de haber huido, renegaron de sus países y del cristianismo para ver cómo sus hijos se casaban con cristianas. Ironía del destino. Me pregunto ¿para esto mi mujer Raquel sufrió el martirio?

Pero lo peor es que el nieto de Raquel se había hecho cura e intentaba convencerme para que me convirtiera, y más o menos en 1450, incluso llegó a decirme que informaría a la Inquisición de que yo era un marrano, que me delataría.

Por tu bien, dijo.

¿Por mi bien? ¿Qué sabes tú de mi bien? – le pregunté.

Es bueno creer en Dios. Pon tu vida en manos de Jesús y sentirás tu redención.

Y entonces iré a matar a los que no estén de acuerdo conmigo. Como los que pusieron su vida en manos de Jesús y quemaron a tu abuela.

Estaban equivocados, a la gente hay que convencerla con buenas maneras.

¿Quieres decir que mandarme a la Inquisición son buenas maneras?

Quiero decir que es mejor que te conviertas al cristianismo por las buenas para que yo no me vea obligado, por mi fe y las leyes de la Iglesia, a entregarte a las autoridades.

Me das al menos un día de tiempo, ¿no?

Te lo daré porque eres mi abuelo y porque me compadezco de tu alma.

Tal vez Raquel tenía razón y yo debería haber permitido que tu padre muriera abrasado para no verte ahora así, para no ver ni esta conversación ni las letras que salen de tu boca.

Así salvaste mi alma y la de mi padre que, a diferencia de ti, es un buen cristiano, no un viejo judío recalcitrante. ¿Qué digo viejo? Pareces más joven que yo, recalcitrante y tozudo. ¿No te das cuenta de que el judaísmo ha sido vencido? Nosotros somos los verdaderos judíos, los continuadores de Moisés. Mira el pueblo judío, ha pasado de la grandeza a la nulidad, del oro al betún, de la luz a una gran oscuridad. Mírales a ellos y míranos a nosotros.

Hubiera sido mejor morir, hubiera sido menor ser consumido por el fuego que ver esto.

Tienes tiempo hasta mañana.

Recuerdo esta conversación, Samuel, como si hubiera tenido lugar ayer. Evidentemente, enseguida huí a las montañas y a Marruecos.

Comprendí que Portugal tampoco nos ayudaría, comprendí que los cristianos jamás serían nuestros aliados. Luego vi cómo los judíos huían a Portugal creyendo que allí construirían una nueva Sefarad, pero no tardaron ni diez años en darse cuenta que en el mundo cristiano estaban perdidos.

YEHUDÁ

Un día llegaré a Jerusalén, allí mi corazón siempre palpitó, lo aprendí de mis poesías. En cada letra que escribía en hebreo, me veía a mí mismo alejándome de esta tierra pródiga. Pero yo sé.

Sé que los judíos no podemos vivir sin Jerusalén, sé que también nos echarán de este paraíso. Hoy todos me dicen que el camino es peligroso, que los poetas nos volvemos locos, como Ibn Gabirol. Hoy me dicen que no entienden cómo yo, un poeta famoso y con tantos mecenas puede querer irse. Me dicen que ningún exilio fue tan bueno como el de Sefarad, que ningún país fue tan bueno para nosotros como Sefarad, ni siquiera Israel, ni siquiera Babilonia. Que Sefarad es más nuestra que Jerusalén, y que el país no podrá existir son nosotros.

Me dicen que jamás se había escrito una poesía tan buena, que el saber empezaba a progresar. Dicen y dicen, pero mi corazón palpita en Jerusalén, mi corazón está en el Templo derruido, veo oriente con mis ojos aun teniendo occidente frente a ellos. Dicen y dicen, hablan del fin de nuestros sufrimientos, de la vida bondadosa que nos espera, pero yo sé, padre mío, sé que todo es falso, lo sé, padre mío, dime que tengo razón, dime que viviré y moriré en Jerusalén.

Para emprender este camino escribí mis poemas, ha llegado el momento de partir.

¿A DÓNDE VAS?

Me voy este lugar, esta ciudad se ha acabado para mí.
¿A dónde vas?
Sólo sé que me voy.

JOSÉ MARÍA

Cura, hijo de un cura. Llego al final del camino. Y me arrepiento. ¿De qué? De no haber sido un buen cristiano, o de no haber sido un buen judío. De no haber aceptado el destino de mi pueblo. De qué me arrepiento, Paco, hijo mío, mira con qué nombre te hiciste cura también tú. Sin saber que tu padre es nieto de marranos, mil veces me he dicho que se acabó, que se acabaron las obligaciones, las deudas y los sacrificios.

Quería ser un buen cristiano, pero siempre veo a mi madre en sueños, mirándome y llorando, y cuando le pregunto el por qué de su llanto ella llora aún más, y cada vez que digo algo ella llora más fuerte. Así aprendí que cuando el sueño aparece, simplemente debo quedarme sentado en silencio frente a ella. Nunca dejó de llorar.

Como si me preguntara "¿quién rezará el Kadish en mi tumba?" Peor aún, ¿quién rezará el Kadish en tu tumba? Esto es lo que ahora me pregunto yo, lo que te pregunto aunque no estés en casa, me da miedo que escuches lo que digo, me da miedo que sepas que soy un converso, aun sabiendo que lo sabes, ambos lo sabemos, pero de esto no se habla. ¿Cuántos curas tienen hijos? Sólo entre los conversos puede haber tres generaciones de curas. Pero si contigo no hablo de esto ahora, ¿cuándo lo haré? Por lo menos algo bueno hay en el hecho de que seas cura, y es que no engendrarás más cristianos, que no tendrás descendencia y que contigo se acabarán los cristianos de mi linaje, contigo se acabará la vergüenza. Otros seguirán, otros en otros países. Ahora necesito el contacto cálido de una mujer, de tu madre. Hace treinta años que murió y no he vuelto a sentir el contacto de una mujer, sólo mi mano masturbadora, como hoy, viejo masturbador, cura que recuerda a su mujer y espera aquella erección, la última, la mayor de todas en el momento de la muerte, con la que ninguna mujer puede gozar. Los he visto confesándose ante mí de sus adulterios y fornicaciones, pero en el momento de la muerte, como queriéndose aferrar a un último momento de placer, ves su enorme erección, tal vez como diciendo he vencido, he vencido a todas las leyes de todos los dioses y he fornicado sin final o sin principio, he muerto, pero aún resisto, resisto con lo que tengo. Tras una erección así ¿quién rezará el Kadish por mí?

Le recuerdo, recuerdo a mi hermano a los seis años. Se fue a Lisboa con un tío, yo era demasiado mayor. Han pasado muchos años, pero yo sólo le recuerdo de cuando tenía seis, seguro que tiene un hijo que al menos sabe rezar el Kadish en su tumba. O tal vez murió en el viaje. Y ahora nosotros estamos aquí, en Vinaroz, al final de este mundo,

huyendo de la gran ciudad para que no me reconozcan, a mí, un cura de gente sencilla. Aquí, en el fin del mundo, pero mi alma no tiene descanso.

Lloro y sigo llorando. ¿Quién rezará el Kadish en mi tumba?

MIMÓN

Tengo que cerrar la farmacia y emigrar a Israel. Desde la independencia, Tánger ya no es lo que era, cada vez hay más moros sin dinero para comprar medicinas. Ayer vinieron los primos de Tetuán, los Benarroch. El que es tocayo mío viene a menudo. Está a punto de casarse con la hija de los Chocrón, me ha dado la invitación, así que iremos a la boda.

Aquí los más raros son un grupo de americanos que vienen a comprar toda clase de medicamentos inhabituales y alucinógenos, creo que todos son homosexuales y escritores. El más joven se llama Jack Kerouac, o algo parecido, habla un poco de francés con un acento raro. Está convencido de que escribirá los mejores libros del mundo. El más viejo es un tal Bowles, su mujer también me parece un poco rara. Un día la vi en el callejón abrazándose a un moro. Hay un tal Williams que toma heroína, aunque yo no se la vendo sin receta, y otro más joven que se llama Gregory, tal vez su amigo. Cada día llegan más escritores y poetas, como si en Estados Unidos no hubiera lugares para escribir. Incluso ha pasado algunas semanas aquí un judío llamado Ginsberg. ¿Qué tiene que hacer un judío en Marruecos?

De todas formas, deberé dejar todo esto atrás y marchar a Israel. Se ha terminado, en cuanto los moros se hagan con el poder, todo se desmoronará y no nos dejarán nada. Los moros son más inteligentes que los españoles y los europeos, no tienen ninguna necesidad de echarnos ni de matarnos, muy educadamente nos dan a entender que aquí no hay lugar para nosotros. Me han dicho que cerca de Tel-Aviv hay una ciudad llamada Netanya que se parece a Tánger, que aquél país tiene futuro. También me han hablado de Ashdod, donde hay mucha gente de Marruecos y del Magreb que habla francés. Debo irme, esta ciudad se está llenando de moros y de americanos locos. Mi primo quiere irse a Caracas, pero yo termino mi exilio en Tánger. De aquí sólo salgo para ir a Israel, no a ningún otro país de exilio. Mi primo también habla de Canadá, de las islas Canarias, de Madrid, de Francia y de Venezuela, dice que no puede establecerse en un país atrasado como Israel.

¿DÓNDE DUERMEN LAS ÁGUILAS, PAPÁ?

En el cielo.

¿Cómo mamá?

A veces.

¿Por qué los niños del colegio son malos conmigo?

Porque eres diferente.

¿En qué soy diferente?

Eres sefardí, tienes la piel más oscura que ellos.

¿Qué significa sefardí?

Hace muchos años, hijo mío, vivíamos en un país que entonces se llamaba Sefarad y ahora España; en aquél país vivían moros, cristianos y también muchos judíos, allí hablábamos árabe y español, y también escribíamos en hebreo, y en aquél país, hijo mío, todos éramos amigos. Pero desde entonces ha pasado tanto tiempo que ya sólo lo sabemos por los libros.

¿Por qué te fuiste de aquél país?

Nunca viví allí, nunca me fui de allí, los judíos se marcharon de aquél país porque los cristianos los expulsaron, los cristianos querían un país sin judíos.

Papá, ¿también de aquí los quieren echar?

No, aquí todos somos judíos, tú sólo eres un poco diferente, porque yo soy de Marruecos y tú tienes un nombre marroquí.

¿Y si aquí también decidieran que quieren un país sin marroquíes?

Esto jamás sucederá, tú sólo eres un poco diferente.

¿No podríamos volver a tu país, Sefarad?

La tierra todavía existe, pero aquél país, Sefarad, ya no, es un sueño.

¿Como cuando soñamos al dormir?

Es un sueño que soñamos despiertos. En el sueño, los que volvían a la Tierra de Israel eran iguales que los que vivían en ella, nadie era menos que otra persona, todos eran iguales, aunque el color de su piel, o sus nombres, fueran diferentes. Tuve este sueño muchas veces, despierto, cuando paseaba por las calles de Tetuán, soñé que jamás me dirían ni te dirían que eras diferente.

ALMUERZO EN MÁLAGA

Esta vez también estaban las chicas, Luisa y Muriel. Samuel preguntó pensativo: "¿Alguien puede vivir mil años?"

El padre: "Lo que debes hacer es buscar trabajo, valdría la pena que supieras lo que es ganarse la vida. El dinero no cae de los árboles."

La madre: "Ha entrado en la universidad, puede descansar un poco antes de que empiece el curso."

El padre: "¿Por qué puede él descansar si yo no pude hacerlo? Trabajo desde los catorce años, estudiaba, trabajaba y terminé el bachillerato. Hoy los niños son unos enclenques."

Luisa: "La Biblia habla de un tal Matusalén que vivió mil años; Adán también, ¿no? Lo aprendimos en la escuela."

El padre: "Todo esto no son más que cuentos, lo que vosotros tenéis que hacer es sudar un poco más en lugar de esperar que vuestro padre os lo dé todo hecho."

Samuel: "No, me refiero a la actualidad. Si existiera alguien que tuviera mil años, ¿cómo podríamos saber que los tiene?"

El padre se dirige a la madre: "¿Lo ves? ¿No te dije que no le mimaras tanto? Mira en lo que ahora se entretiene, dentro de poco empezará a hablar de platillos volantes."

Muriel: "Es más interesante. He leído que una vez un platillo volante cayó a la tierra, ¿te lo crees?"

Samuel: "Seguro que creemos que alguien con mil años tiene arrugas y parece muy viejo. Además, si vive tantos años seguramente es porque tiene la facultad de no envejecer y aparentar ser un joven."

La madre: "A ver si alguien come los calamares que he preparado, ya hablaréis después."

Samuel: "No es kasher."

El padre: "¿Ahora quieres comer kasher, cuando el año pasado, el día de Tishá be-Av, el día de la destrucción del Templo, te fuiste a una fiesta?"

Samuel: "El año pasado era el año pasado, ahora he cambiado y quiero comer kasher."

La madre: "Hay pollo kasher en el congelador, si quieres, puedo preparártelo."

Samuel: "No, no es necesario, comeré verdura con un poco de lenguado."

Muriel: "Los Estados Unidos intentaron ocultar este asunto."

Samuel: "¿Qué ocultaron los Estados Unidos? ¿Los calamares?"

Muriel: "No, idiota. Hablo del platillo volante."

Samuel: "Un platillo volante lleno de calamares."

Muriel: “¡Basta! ¡Para! ¡Papá, dile que pare!”
El padre: “¡Para!”

La madre: “Os he traído el lenguado, ahora a comer.”

Samuel pensó que nunca obtendría ninguna respuesta de aquella mesa en la que todos gritaban convencidos de tener razón. Tal vez la abuela supiera algo, pero parece que ha olvidado más cosas que Lucena.

“¿Le has preguntado si sabia lo que había en el estuche?

¿A quién?

“Al que dice ser Abraham Benzimra, mi tatarabuelo.”

“¡Ah, Lucena! Mira, te he traído algunos ejemplares del Playboy,” le dijo Samuel desde lejos, pero sin el enardecimiento que en el pasado ponía al pronunciar a aquellas palabras.

La abuela miró las revistas, contenta de hacer algo diferente, pero esa vez sin comentarios.

“¿Alguien puede vivir mil años?”

“Todo puede ser, créeme, si ese, el de Wahnish, el que se casó con una millonaria cristiana, él, que era hijo de rabino, entonces todo puede ser.”

“¿Cómo puedo saber si miente? Desde el punto de vista histórico, ya lo he buscado en la biblioteca, nada de lo que dice, o casi nada, es exacto, pero Lucena tiene mil años. Los tiene, de lo contrario, ¿quién puede recordar todos los detalles de los que hablan los historiadores? Puede que lea libros y me los recite. ¿Cómo saberlo?”

“Pregúntale por la vasija que yo saco cada año por Pésaj, dicen que los judíos se la trajeron cuando huyeron de Granada. O de Sevilla. De Sefarad, en cualquier caso.”

“Por Dios, abuela. No llegaron a Marruecos desde Granada, ni siquiera eran tan judíos, llegaron de Portugal y todos eran o conversos o marranos.”

“¿Quién te ha metido estas historias en la cabeza? Nosotros somos auténticos judíos, los que no se convirtieron son los que se fueron a Tetuán.”

“Auténticos, sí, no tengo ninguna duda, no estoy diciendo que no seamos auténticos, pero también somos marranos. No hay que avergonzarse de serlo.”

“Desde luego que es para avergonzarse, porque marranos es una palabra grosera. Una palabra asquerosa.”

“Fueron los cristianos los que la convirtieron en una palabra sucia. Para ellos también la palabra djudios, judíos, es grosera, y qué, ¿acaso no somos judíos?”

“Esto es una novedad nueva, mi nieto me dice que somos marranos,

¿a dónde iremos a parar?"

"Vale, de acuerdo, olvidémonos de esto, olvidemos los marranos. Dime, ¿cómo puedo investigar al tal Lucena, cómo puedo comprobar si dice la verdad o no? ¿Es posible que tenga mil años?"

"Pregúntale por la vasija de Granada, pregúntale por las llaves, las llaves, recuerdo que una vez mi abuelo me mostró unas llaves grandes como las de antaño, para la familia se trataba realmente de una obsesión, conservar las llaves, mira, ahí tengo una." Abre un cajón, y otro, y sigue buscando. "No sé dónde está, tal vez la ha cogido tu tío, se lo lleva todo creyendo que no me doy cuenta. Es una de aquellas viejas llaves de los antiguos portones. Seguro que has visto alguna, poco a poco han ido desapareciendo. Tal vez alguna podría abrir alguna puerta aquí, en Málaga, en Melilla o en Lucena. Antes Lucena era una ciudad importante, lo he leído. Lo ves, Samuel, yo también leo libros. ¿Quieres dinero?"

"Esta vez no quiero dinero, quiero respuestas."

"Recuerdo que cuando era pequeña –qué interesante que hasta hoy no lo haya recordado–, una vez dos tías mías hablaban en la cocina, junto a los cacharros. Recuerdo que hablaban de alguien muy viejo que siempre parecía joven, que siempre venía a llevarse a una de las jóvenes Benzimra, se casaba con ella y luego desaparecía dejándole mucho dinero, a veces le llamaban el del sielo y a veces el dembasho, el que viene del cielo o el que viene del infierno, hablaban de uno que había llegado a Tetuán desde las montañas, que tenía mucho oro y que quería casarse con su hermana pequeña, y que ella tenía trece años. Deliberaron entre ellas para decidir si sí o si no, pues era evidente que acabaría desapareciendo. Al final, desapareció antes de la boda. Se fue de la misma forma que había llegado, sin embargo, también le dejó un estuche con algunos anillos de oro que valían mucho dinero. Tal vez fuera él, o tal vez no. Los anillos eran el regalo de pedida. No sé, en serio, no sé qué decirte, jamás he conocido a nadie que tuviera mil años, y si lo he hecho no me he fijado."

"Te estoy mirando, tienes noventa años y se te ve vieja, pero ¿cómo se vería alguien con mil años? Ciertamente no puede parecer viejo, porque si ha llegado una edad tan exagerada seguro que es porque puede seguir siendo joven, porque posee una tal cantidad de antioxidantes que evitan su envejecimiento."

"¿Qué son los animoxilantes?"

"No importa, el asunto es que él tiene unas substancias en el cuerpo que evitan su envejecimiento, así que por eso parece joven, es lógico, y evidentemente parece más joven de lo que es. Mucho más, porque se diría que tiene menos de cuarenta años."

"Me gustaría conocerle."

"Imposible, no puedo hablar de él, sólo te digo que si lo cuentas

nadie te va a dar crédito, así que te aconsejo que no lo hagas, porque si alguien lo supiera, ay de él y de mí."

¿TE HAS HECHO CURA?

Es mi misión.

Sabes que tu madre murió para no ser cristiana, y tú quieres ser cura.

Jesús me llamó, Jesús me dejó vivo para que fuera su siervo.

Esto es peor que convertirse.

Arrepiéntete y salva tu alma, papá.

Me convertí para seguir vivo, no para verte vestido con esta sotana.

Tienes que arrepentirte para entrar en el reino de Dios.

¿Si no lo hago me mandaras la Inquisición?

Yo soy la Inquisición.

¿Tu? ¿Quieres decirme que eres tú quien somete a tus hermanos, a tus judíos, a tus marranos, a los que son como tú, como yo, como tus hermanos y hermanas?

Lo hago para salvarles del infierno, lo hago por amor.

¿Qué clase de amor quema a niños, qué clase de amor obliga a la gente a cambiar de religión, qué clase de amor mata a mi mujer, a tu madre, Sultana, qué clase de amor destruye por el fuego mi casa? Quizá ella tenía razón, aquella noche cruel, hubiera sido mejor que murieras allí para no verte hoy así. ¿Cómo puedo decir esto? ¿Cómo podré vivir los años que me quedan? Ojalá te hubiese visto muerto y no matando a los de tu pueblo.

No hables de eso, ha llegado la hora de que vuelvas a tu Dios, voy a llevarte al tribunal para que muestres tu arrepentimiento y seas absuelto.

¿Al tribunal? ¿Tú? ¿Con tus propias manos?

Querían enviar a otro cura, pero preferí hacerlo yo mismo.

Así que tú eres el delator, eres tú quien les dijo que no como cerdo.

Sí, soy yo, para salvarte.

No, hijo mío, no iré, puedes matarme aquí mismo, sólo te pido una sola cosa, deja que me escape, di que no me has encontrado, permíteme desparecer, hacerme transparente, inexistente, salir de este mundo, déjame en paz.

EL TERCER DÍA

Has llegado tarde. ¿Crees que esto es una escuela? Bien, no hagas preguntas, sé que tienes muchas, pero encontrarás la respuesta a todas al final del séptimo día. Y si no encuentras alguna, tal vez sea porque no la necesitas. La vasija de porcelana, quieres saber algo de ella, has hablado con tu abuela, viene de Lucena, no de Granada. Fueron los almuecines los que nos expulsaron de Lucena, o nos convertíamos al Islam o abandonábamos nuestras casas, nuestros baluartes y nuestras vidas. De la mañana a la noche. Así que huimos hacia los cristianos y luego volvimos a huir, de nuevo hacia los musulmanes. Hay quienes dicen que en el Islam todo era espléndido, el cristianismo que nos recibió también era excepcional. Sea como fuere, salimos de allí únicamente con aquella vasija y con lo que llevábamos puesto. Desde aquél día de 1141 Lucena ya no volvería a ser una ciudad judía, ni una ciudad de poetas y de rabinos, sería una ciudad muerta. La vasija vino de allí, y desde aquél momento se convirtió en el recordatorio de nuestra expulsión. Vasijas y llaves, los acarreamos de ciudad en ciudad, tú también cogiste la llave de tu casa de Jerusalén, lo sé. De acuerdo, es solamente la copia de una llave de seguridad, no como aquellas grandes llaves de Granada o de Sevilla, y seguro que tu llave ya no puede abrir la puerta de tu infancia en Jerusalén. Llaves y vasijas.

Allí, en Lucena, en Eliossana –Elí Hosanna, Dios nos salve– empezó la hegemonía del judaísmo en Sefarad y terminó la del de Babilonia. Ciento cincuenta años de una ciudad judía fuerte y próspera, la ciudad de la fe y del culto a Dios, de verdad, no como hoy en día, la ciudad de mis antepasados y de los tuyos, una ciudad olvidada, ni tan importante ni dramática, ni Toledo ni Granada, pero entonces, en el siglo XI, era la ciudad de los judíos y nadie creía que no pudiera ser una ciudad de judíos.

Era la ciudad de Ibn Daud y de Ibn Ezra, de Yehudá Haleví, de Ibn Shaprut y de Alfasi, tú no sabes nada de ella ni de quiénes eran estos personajes.

Cuando abandoné a mi mujer me fui al sur de Marruecos. Allí también encontré ciudades de judíos, incluso un reino judío en el desierto, Dar'a. Los judíos iban vestidos como los musulmanes, aquellos hombres con sables eran fuertes y creyentes, y su fe fortaleció el reino durante años, hoy nadie sabe nada de ellos. De allí salieron los marroquíes poderosos llamados Deri, Ederi o Aderi, todos apellidos que vienen de Dar'a. El país de los judíos. Allí me casé con cuatro mujeres, las cuales me dieron doce hijos, que son mi familia llamada

Deri que, a su vez, se desplazaron hacia Sefarad y por todo Marruecos, a las ciudades de Fez y de Meknes. Esto ocurrió cuando la gente de Dar'a perdió el poder tras la batalla del sábado, mejor dicho, tras la batalla que no tuvo lugar en sábado, los beréberes ofrecieron un acuerdo de paz a los judíos porque ya hacía cientos de años que estaban en guerra y siempre perdían. Propusieron que el pacto tuviera lugar el sábado y escondieron armas en el lugar de encuentro, y cuando los notables judíos llegaron a la reunión de paz, ellos sacaron las armas y les dispararon. Así fue como terminó Dar'a.

De nuevo regresé a Lucena, cincuenta años después era una ciudad en el apogeo del desenfreno, algunos años antes de que los judíos fueran obligados a convertirse al Islam. Esta vez mi regreso fue de lo más extraño. Por el camino encontré un cadáver, en su interior había poesías y toda clase de cosas escritas en hebreo. Había cientos de poesías. El hombre, que se llamaba Jacob el judío, en su tiempo un poeta desconocido, iba de camino de Tudela a Lucena; lo enterré, estaba casi descompuesto, recé el Kadish por él y le hice un funeral, luego me apropié de su nombre y me dirigí a Lucena. Allí supe que se trataba de alguien conocido y que en la ciudad le estaban esperando. Así fue como me recibieron con honores de poeta, me hospedaron y me dieron de comer. Y todo el tiempo me preguntaban por mis poesías. Durante algunas semanas les fui dando uno o dos poemas, hasta que se me terminaron. Entonces les dije que haría lo que decía en mis versos y me iría a la Tierra de Israel, y todos me dijeron que estaba loco, incluso mi mujer dijo que había contraído una enfermedad grave. Pero las poesías se habían terminado y además yo sentía que aquella vida no me iba, así que me puse en camino. Llegué a Egipto, pero cada vez me añoraba más, así que volví a Sefarad.

Si crees que los caminos se convirtieron en mi hogar te equivocas. Jamás me gustaron los caminos, siempre fui un hombre de mi ciudad natal, un hombre de Lucena. Pero cada cuarenta años tenía que desaparecer, si me hubieran visto cuando la fiebre me subía sin cesar y que aquello no tenía fin, me hubieran enterrado vivo, o quemado, o atado a la hoguera como a los brujos. Aquellos eran siempre unos días estremecedores, y el último era peor, cuando todo yo temblaba y jadeaba. Y si me hubieran visto luego, cuando mi piel se tornaba como la de un joven veinteañero y yo me llenaba de vitalidad, lo hubieran considerado imposible, así que me veía obligado a desaparecer.

No creas que se trata de un gran sufrimiento. Es fiebre de una gran purificación, luego siempre me iba a tomar un baño natural, en el mar, en un arroyo o en un río, me sumergía en el agua, sin importarme si era invierno o verano, y tras aquellas dos semanas me sentía lleno de fuerza y de energía, como el que está dispuesto a

conquistar el mundo, y la vasija. Sí, la vasija, no el estuche, sí, en el estuche que le di a la abuela de tu abuela en Tetuán había veintiséis monedas de oro de cinco francos franceses. Con una sola de aquellas monedas se podía mantener una familia de siete personas durante dos años. Recuérdalo, veintiséis. Ahora vete, estoy cansado, mañana te contaré cómo, una vez, me convertí en un hombre muy rico y famoso, en el siglo XVI, porque no tuve otro remedio. No tuve más remedio que ser un hombre muy rico y muy famoso. Me llamaba Yosef Ruti. Mañana te lo contaré.

CENA DEL SÁBADO EN MÁLAGA

Tras incontables gritos, la familia consiguió sentarse a la mesa sin que nadie se levantara para ir a hacer algo urgente. Finalmente, el padre bendijo el vino, los frutos del árbol, los frutos de la tierra y el pescado. Durante unos instantes hubo silencio. De pronto Luisa le gritó a su hermana, "para ya de una vez," y todo se enardeció.

"No empecéis a pelearos," gritó el padre.

"Pues dile que pare."

"Estamos muy preocupados, Samuel: ¿Me ha parecido oír que quieres estudiar filosofía? Eso me ha dicho tu madre. ¿Qué harás con la filosofía?"

"No sólo eso, también literatura inglesa. Filosofía y literatura inglesa."

"Seguro que no le han aceptado en otra parte," estalló Luisa.

"¿Qué harás? Sería preferible que vinieras a trabajar conmigo en la tienda, ¿no?"

"He decidido lo que quiero ser en la vida."

"Muy bien. ¿Qué quieres ser?"

"Escritor."

Al padre se le atragantó la comida, se puso rojo, miró a su esposa, y Luisa le imitó, "te dije que no le mimaras demasiado," pero su salida no hizo reír a nadie.

"¿Escritor?"

"Ya he escrito algunas poesías y algunos cuentos, uno lo publicará una revista literaria, aquí, en Málaga, en Cabeza, así se llama la revista. También he escrito un relato sobre ti, sobre Israel y sobre lo que tú me has contado. Incluso tengo un nombre literario: Samuel Murciano."

"¿Qué tiene de malo Benzimra?" preguntó Salomón, el hermano pequeño.

"Nada, pero Murciano me suena más español y más judío, como Toledano o Gormezano o Marciano, o algo parecido."

"¿Escritor?" repitió el padre. "¿Y cómo piensas ganarte la vida? Es decir, ¿qué tendría de malo que escribieras, pero que fueras médico o ingeniero? Tuviste una buena enseñanza en todas las materias, podrías ser informático, programador."

"Escritor, y nada más que escritor. Tengo ya el tema de la novela que quiero escribir, he conocido a una persona de mil años que me cuenta un montón de cosas sobre la España de la Edad Media."

"Escritor… alguien que tiene mil años… Querida, ¿qué dices tú a esto? ¿No deberíamos llevarle al psicólogo? Yo no creo en los

tratamientos psicológicos, pero este Samuel realmente está empezando a decir cosas muy raras, mucho, ¿no te parece? Ya te lo había advertido."

"Debería alegraros que me publicaran una poesía siendo tan joven, tal vez me convierta en un escritor de éxito, incluso de mucho éxito. ¿Acaso García Márquez no empezó como he empezado yo, cogiendo una pluma y poniéndose a escribir? Así es como han empezado todos los escritores."

"Por cada uno de ellos hay miles que no han triunfado. Tu tío, por ejemplo, también quería ser escritor, malgastó veinticinco años de su vida y luego se hizo comerciante, pero no hables de eso con él, aunque sí podrías hacerlo con la abuela, tal vez fuera esto lo que mató al abuelo. Escribe, si quieres, pero haz además otra cosa."

"Imposible."

"Es realmente un cabesa dura, como su tío, tiene la cabeza más dura que un coco, es sólo un crío de diecisiete años y ya piensa que lo sabe todo. Seguramente crees que te voy a mantener siempre, ¡pero no! A partir de mañana mismo tendrás que buscarte el sustento y pagarte los estudios en la universidad, para eso yo no pago, ni voy a pagarte la filosofía ni te voy a alimentar. Si quieres estudiar algo más serio, sí, pero si quieres hacer lo que se te dé la gana, tú mismo, pero no a cuenta mía. Tendrás que arreglártelas solo, hijo mío. Siempre podrás volver, a condición de que te quites los pajaritos de la cabeza."

LOS ALERGISTAS

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

“Señor presidente,” dijo el profesor Millman, “la situación no es para alegrarse, en absoluto, conseguimos aislar el nuevo problema, pero lo que va a escuchar es sencillamente inquietante. Se trata de un virus denominado ‘Alergum montana’, porque ha sido identificado por vez primera en los montes alpinos y porque tiene unos síntomas parecidos a los de las alergias, unos puntitos rojos esparcidos por todo el cuerpo. La mayoría de afectados son mujeres, es decir, casi el noventa por cien son mujeres, pero lo más sorprendente es que los afectados por el virus pueden estar absolutamente sanos, es más, pueden estar más sanos que el resto de la población; llevan el virus, pero no les pasa nada.

“El problema empieza cuando entran en contacto con otras personas, porque los que no están inmunizados se contagian antes de las veinticuatro horas, a veces incluso antes de una hora. En el momento del contagio aparece un cáncer que muy rápidamente se extiende por todo el cuerpo.

“Por ahora la población alérgica se concentra en algunas pequeñas aldeas de Francia y vive como los leprosos de antaño, pero cada vez que alguno va a la gran ciudad provoca una epidemia y la muerte de centenares, incluso de miles de personas. En realidad, si supieran el poder que tienen en sus manos, con mucha facilidad podrían acabar con toda una ciudad.

“Se desconoce la forma de contagio, pero se sabe que no se transmite de un enfermo a otro, sino solamente de un alérgico a las personas que entran en contacto con él.”

El presidente se quedó mirando al profesor durante una hora larga, miró el memorando de cientos de páginas que tenía sobre la mesa, y volvió a mirar al profesor.

“¿Cuántas personas conocen su descubrimiento?” – preguntó.

“Tres. Usted, señor presidente, mi doctoranda y yo.”

“¿Qué aconseja hacer?”

“Sería conveniente que nadie se enterara, es todo lo que puedo decirle, el resto se lo dejo en sus manos. Usted es el gendarme del mundo. Yo solamente soy un investigador.”

“¿Hay alguna forma de curar a los alergistas?”

“No son enfermos. No sé cómo curarles. Además, tampoco irían al médico.”

“¿Tiene alguna hipótesis para explicar la formación de los

alergistas?"

"No, ninguna. Tal vez se trate de una región donde se guardan residuos radioactivos sin que la población lo sepa. Durante la investigación he descubierto que hace cien años aquella fue la región que recibió a la población mucho más inmunizada que había salido de un laboratorio genético. No estoy seguro de si estas cosas están relacionadas. En cualquier caso, se trata de un nuevo gen que tienen algunos individuos con un sistema inmunológico mucho más potente que el nuestro. Pueden aniquilarnos sólo con estar en contacto con ellos."

El presidente volvió a mirarle, intentando explorar el significado de sus palabras, saber si sería mejor buscar una opinión más, o si el hecho de que otras personas estuvieran al tanto de la situación únicamente dificultaría las acciones de las medidas que deberían emprender.

"Hay algo más. Como ya dije, los alergistas son principalmente mujeres, y éstas son, en relación a la población francesa, las que más procrean. Ciertamente, los motivos religiosos podrían ser la causa de ello, pero me parece que estas mujeres se comportan como si fueran una raza en peligro de extinción y trataran de multiplicarse tanto como pudieran. ¿Lo entiende? Cuando se ataca un gen animal con la intención de eliminarlo, éste se multiplica tanto como puede en individuos femeninos, pudiendo llegar a situaciones en las que los masculinos sólo lleguen al dos o al tres por ciento de la población, y estos tienen un único objetivo, el de fecundar a las hembras."

El presidente levantó el auricular del teléfono para pedir a su secretaria que convocara inmediatamente al presidente de Francia y al Jefe del Estado Mayor.

"Diles que se trata de una emergencia de la más alta prioridad y que deben llegar antes de una hora en un vuelo supersónico. Diles que no hay ninguna posibilidad de hablar del tema por ningún medio electrónico, que la conversación debe llevarse a cabo en presencia de ellos dos."

"Profesor Millman," dijo el presidente, "espero que haya traído un mapa detallado de la localización de los alergistas."

"Por supuesto. Aquí está."

"Le agradezco el servicio que ha prestado al Estado y al mundo, antes de cuarenta y ocho horas podrá ver el problema resulto. Le ruego que destruya todos los documentos relacionados con este asunto y que no hable con nadie de lo que aquí me ha mostrado. Gracias."

El profesor Millman regresó a su casa y de nuevo examinó, como había hecho a diario durante los dos últimos meses, las plantas de sus

pies llenas de puntitos rojos.

¿RECUERDAS TODAVÍA EL COLOR DEL MAR?

No me hables de eso, porque me dan ganas de convertirme.

Cuando estaba enamorado era transparente.

Para mí siempre fue azul.

Creíamos que siempre estaría allí, para nosotros. Y de pronto nos encontramos en este sótano, sin día y sin mar.

En cualquier momento pueden venir a por nosotros, y volverán a preguntarnos por qué el sábado no prendimos las velas, como si hacerlo fuera una obligación.

Una antigua obligación cristiana, como la de comer cerdo.

Eso es lo que oí, que los marranos comen cerdo en presencia de los cristianos para que no les denuncien.

A decir verdad, a mí, simplemente no me gusta el cerdo.

Eso no lo digas ni en broma.

SHOAH

Nací en 1947 y soy un sobreviviente del holocausto nazi. No, no soy un sobreviviente del holocausto, de hecho nací muerto. Nací muerto en el campo de exterminio de mi madre. Hoy, mamá, tengo que escribirte esto, debo escribirte a los treinta días de tu muerte porque no he cumplido lo que me hacías prometer desde que no tenía ni un año, que te incineraría y esparciría tus cenizas desde el aire sobre la tierra de Polonia, te lo prometí muchas veces, pero tú sabes que en Israel esto no se puede hacer, y si se pudiera tal vez no lo habría hecho, lo sabías, quizá por esto hiciste que lo prometiera una y otra vez, y pienso en Hitler, pienso en qué clase de niño pequeño fue Hitler, quizá su madre le envolvió en pañales, quizá su madre se preocupó de él como tú de mi, qué clase de ser humano fue aquél hombre, tal vez pasó por la historia, tal vez fue único, tal vez tomó decisiones, pero todo esto me interesa menos que el hecho que dentro de muy poco volverá a haber seis millones de personas aquí, en Israel, y que el mundo tendrá seis mil millones de habitantes exactamente el mismo día, y esto me preocupa, mamá, me paso el tiempo pensando en un montón de cosas, una vez leí en un libro de cábala sobre la expulsión que en el mundo debería haber muy pocos judíos y que por eso en cada generación se les extermina, a no ser que se asimilen, así que tal vez sea mejor asimilarse antes que nos vuelvan a eliminar, y nací en Chipre, en Chipre, aunque nunca pisé aquella tierra, ni tampoco Varsovia, mamá, y tú, con tu silencio, me pediste que fuera allí, porque siempre callabas, nunca decías ni una palabra sobre los desaparecidos de tu familia, nadie decía nada, tampoco hablabas la muerte de papá, de cáncer, el seis de mayo de 1948, de esto tampoco decías nada, sólo te preocupaba que yo viviera, para qué, si estaba muerto, por eso no tengo ni tendré hijos, no soy capaz de multiplicarme, no creo que mis genes sean lo suficientemente buenos para la humanidad, además, si han de aniquilarnos si sobrepasamos determinada cifra, que me maten a mí que ya estoy muerto, exactamente igual como tú moriste hace un mes, como tú moriste a los quince años, nos dicen que aquél fue un signo maravilloso, ¿quién lo dice?, Los que sobrevivieron y pueden hablar, no los que murieron en Auschwitz, en Hiroshima, en Verdún, en todas las maravillosas guerras de este siglo, por supuesto.

Nací en Chipre, pero nunca he estado allí, ni en Polonia, tampoco mi madre, aunque ella deseara que sus cenizas se esparcieran sobre los polacos desde un avión, no sé si se trataba de añoranza o de venganza, no lo sé, en Polonia no faltan cenizas de judíos, pero esto no les ha

hecho cambiar su forma de ser, mi padre era de Ucrania, y ahora yo me río cuando en la televisión veo un barco ilegal de inmigrantes ucranianos disfrazados de turistas cristianos honrados o de peregrinos que dicen querer venir a trabajar a Israel, tiemblo de felicidad, si es que sé lo que es la felicidad, esto sí es venganza y triunfo, no los edificios de Tel-Aviv, ni mis dos cientos empleados, ucranianos, dispuestos a venir a trabajar aquí por cien dólares al mes, ésta es nuestra dulce venganza, mamá, tú serías feliz.

O en el fondo no, contigo era imposible saberlo, era imposible saber si te reías para no llorar, tal vez era una risa verdadera, la risa del destino, tal vez era una risa que substituía al llanto, nunca lo supe, y ahora debo decirte que la falta de este conocimiento atemorizador ya formaba parte de mí cuando tenía cuatro años, desde que me revelaste que una de tus tías vivía en los Estados Unidos, el día que fuimos al correo de la calle Ben Yehudá para llamarla por teléfono, nos habíamos puesto los vestidos de fiesta, quizá hubieras preferido saber que eras la única que quedaba de tu familia, quizás era esto lo que querías, quizás en el fondo de tu corazón, pequeña niña, esperabas que toda tu encorchetada familia hubiera muerto, aquella familia que intentó hacerte pasar por el agujero de una aguja, que es lo que ocurrió, y ahora esta tía de pronto puede saber de ti, ¿qué va a pasar?

Tengo cincuenta años y soy un soltero muy solicitado, siempre debo asistir a las reuniones bien trajeado, dirijo un negocio que mueve doscientos millones de dólares al año, en el fondo, mamá, nada de todo esto me importa, ni siquiera soy apto para tener descendencia, no quiero tener hijos para que sufran lo que yo he sufrido, además, para eso uno ha de tener relaciones sexuales y yo nunca he sabido cómo hacerlo, las mujeres que se acercan a mí me rechazan y aquellas a las que yo me acerco me detestan, nunca ha funcionado, estoy acostumbrado, ya ni me molesta, ésta es mi vida, esto y las páginas que te escribo a los treinta días de tu muerte, siempre me han dicho que escribo cartas bonitas y que por qué no escribo otras cosas, lo hago ahora, escribo sobre la enfermedad llamada vivir, qué no daría yo para estar en tu lugar, la gente siempre dice de mí que llevo en el rostro la alegría de vivir, o pregunta cómo es que siempre parezco estar de buen humor, cómo es que se me ve tan bien, pero en lo más profundo de mí hubiera preferido no haber nacido, hubiera preferido morir, tantas y tantas noches me acuesto en mi cama con la esperanza de no volverme a levantar, de que el mundo se acabe conmigo, porque constantemente tengo la sensación de que el mundo está a punto de agotarse, no sé cómo, una fuerte explosión durante el día,

imprevisible, ¡bum! y el mundo ya no existiría, porque si solamente yo muero seguirá habiendo gente que sufra, pero así todo se terminaría y Dios se vería obligado a hacer todo lo posible para perfeccionar a sus criaturas, tendría que erigir un mundo mejorado, un Pentium 2000, algo que sea mejor, y abandonar todo lo anterior, dicen que Dios crea mundos y destruye mundos, así que por qué no destruir éste, qué tiene para que le interese tanto, después que mi madre estuvo en Auschwitz, o en Treblinka, nunca me lo dijo para que yo no fuera allí a investigar, para que no pudiera ver la humillación a la que llegó, era una mujer distinguida y muy sensual, siempre le habían gustado los trajes bonitos, puedo imaginármela en las cafeterías de Varsovia en los años treinta, o paseando por París y atrayendo las miradas de todos los chicos, miradas delicadas, no agresivas como las de hoy en día, ella tenía vergüenza de estar allí, le daba vergüenza poder estar allí, ella, y no la gente sencilla, que también estaba allí, nada servía de nada, ninguna explicación, que los culpables eran los verdugos, ellos eran los culpables, pero esto no le importaba, le importaba su vida, que había desaparecido de golpe y que no podría volver a ser lo que había sido, desde que me tuvo a mí y que mi padre falleciera no volvió a salir con ningún otro hombre, parece que yo era su hombre, yo era su obra, y heme aquí ante la tumba reciente, la tumba que no querías tener, el polvo que querías ver volando en el aire sobre la tierra de tu patria, sin embargo, quizás antes de que pongan la lápida me llevaré tu cuerpo para que lo incineren como tú querías, sólo yo sabré que no estás aquí, a quién podría importar, una anciana sobreviviente del holocausto, una escandalosa dedicada a volver locos a todos los vecinos, una vez tuve que venir a hablar con ellos y compensarles por las estupideces que hiciste, para que se callaran, tal vez hubieran podido comprender tu dolor, pero la mayoría de ellos también eran sobrevivientes del holocausto, en el barrio de Rehavia, era difícil vivir con tu demencia, con tus gritos repentinos, con el aceite que echabas por la escalera y con las disputas que iniciabas a cualquier hora del día.

Luego pasaban semanas de una simpatía fuera de lo normal, de una calma que parecía que duraría siempre, pero ella nunca la mantuvo, y a mí me da miedo desmoronarme como tú, a veces siento que mi cabeza estalla sin parar, bum-bum-bum, y entonces sólo tengo ganas de ir a matar gente, me da mucho miedo que un día no pueda dominarme y coja un arma o un cuchillo de la cocina y mate a algunas personas como una vez tú intentaste hacer, suerte que tu vecina te vio y te cogieron, estuviste a punto de matar a un niño en plena calle, un niño de cinco años que toda la vida llevará consigo la cicatriz, que irá por la calle teniendo miedo de los cuchillos, te internaron durante dos

semanas, pero al día siguiente ya estabas completamente calmada, eras una mujer muy noble, nunca hablabas de Polonia, sólo cuando dormías yo te escuchaba pronunciar a palabra Breslau y luego decías algo en polaco, yo no entendía nada, no querías que supiera aquella lengua en la que habían quemado a tu familia, tampoco querías que supiera alemán, el idioma en el que leías la mayoría de libros, no querías que supiera la lengua en la que te gritaron y humillaron.

Mamá, no sé ni jamás podré saber lo que te sucedió antes de los treinta años, lo que sucedió antes del holocausto, tal vez para ti no hubo nada antes del holocausto, se ha borrado de la memoria. ¿Estuviste casada? ¿Tuviste hijos? No hablabas de esto, yo era un hombre sin pasado, sin familia, el hombre muerto, únicamente en los últimos años, en la residencia de ancianos, decías toda clase de cosas raras, en el delirio, o quizás era la verdad, una vez me preguntaste por qué mi hermano no venía a verte, qué hermano, pregunté yo, qué hermano, pero no me respondiste, así eran nuestras conversaciones, luego hablaste de tu marido, pero de uno llamado Samuel, que no era el nombre de mi padre, tal vez fue un error, o tal vez locura, o la vida que tuviste o la que hubieras querido tener, en sueños también gritabas el nombre de una niña, Josephine, recuerdo que gritabas, "Josephine, eres tan pequeña, tan pequeña…" A veces hablabas de un viaje a París, nunca sabré ni nunca podré reconstruir tu vida con lo que dijiste o con lo que no quisiste decir, a lo mejor eran imaginaciones de una niña que se entremezclaban con la vida de una pobre anciana, a lo mejor eran realidades de las que no querías hablar, a lo mejor eran los recuerdos de tu hermana que se entremezclaban con los tuyos, tal vez los de una hermana gemela, tal vez tenías una hermana gemela que se llamaba Josephine. Cuando estabas viva no querías hablar de esto, quizá lo hagas ahora desde la tumba, siempre había pensado que algún día, cuando venía a verte, me contarías algo, que un día soleado, en la residencia de ancianos, en el jardín, cuando venía a verte, me contarías cosas, lo que pasó allí, los hermanos que tenías, qué clase de familia erais, de dónde procedía el dinero, de dónde la riqueza sin fin, hasta hace diez años, cuando me dijiste que el dinero de Suiza se había terminado, ahora deberás hacerte fuerte, dijiste que el dinero se me había terminado, y era verdad, siempre había tenido los trajes más bonitos, a los dieciocho años me compraste un coche, en aquellos tiempos era poco común, en el año sesenta y seis ni siquiera a los niños ricos les compraban un coche, y no un coche cualquiera, sino el mejor que entonces se fabricaba, un Peugeot 404, todos los chicos me envidiaban, aunque siempre lo habían hecho, siempre fui el niño raro de la clase, aquél con el que nadie habla, no sólo no hablaban con los más pobres, los bizcos, los cojos o los

enfermos, mamá, también dejaban de lado al más rico de la clase, pero no me importaba, yo tenía mi mundo, hasta hoy, tú y yo éramos el mundo, no había nada fuera de las paredes de nuestra casa que me interesara, ahora vengo cada día a la tumba intentando reconstruir este mundo nuestro con palabras, o por lo menos intentando que desaparezca lo menos rápido posible, porque era un mundo maravilloso, en él podía imaginar lo que no me decías, una vez soñé que en Varsovia habías sido puta, pero no una puta cualquiera, sino una puta de élite a la que todos los ricachones de la ciudad solicitaban sus favores, en el sueño esto me hacía sentir orgulloso, pero cuando al despertar me daba cuenta de que me había corrido –y encima siendo mi madre la que se había convertido en puta– me sentía muy avergonzado y durante dos días ni siquiera podía mirarte, seguro que tú pensabas que era un problema de la pubertad, pero se me pasó, muchas veces te imaginé formando parte de una familia muy rica, así debía ser era antes que se terminara el dinero que había en Suiza, hace sólo diez años, con aquél dinero me compraste la casa de Rehavia, me llevaste a la mejor escuela, me proporcionaste las clases particulares y las de piano, quisiste comprarme la seguridad aun sabiendo muy bien que el dinero ya no nos daría seguridad, ni a ti ni a mí, como tampoco la dio en tu campo de concentración, el dinero que los judíos tanto esperaron poder utilizar algún día para salvar la vida, como así había sido durante cientos de años, de pronto no tenía ningún valor, no para los judíos, ni siquiera cabía la posibilidad de vender el cuerpo, y tú lo sabías, tal vez a nosotros nos iba mejor que a los demás, tal vez gracias a esto pudiste mantener tu orgullo y no pedir ninguna compensación económica a los alemanes, a pesar de los intentos de persuasión de los vecinos, de los conocidos e incluso de tu asistenta yemenita, recuerdo que te decía, “lo que pasó, pasó, ahora debe vivir el presente, a mi también me robaron un hijo, pero sigo viviendo con los otros,” no sé lo que esto te daba a entender ni qué niño le robaron, tal vez lo robaron a alguna sobreviviente del holocausto como tú, tal vez creías que te lo decía para consolarte, hoy en día se habla mucho de los niños yemeníes, pero entonces todos creíamos que estaba loca y tú no comprendías lo que ella decía, “si le han robado un hijo pida compensaciones de Alemania, pero yo no tengo ninguna intención de hablar con esa gente, ni por carta ni por teléfono.”

A los diecisiete años llevé a casa a mi primera novia, Claire, la recuerdas, ¿no? Su madre también era una sobreviviente del holocausto, te gustaba mucho, la abrazabas y la agasajabas tanto que un día salió huyendo y me dejó, tal vez ésta era tu forma de preservar nuestra pareja, una forma inversa a la que deseabas, tal vez creías que

sólo abrazando a una mujer en tu seno ésta podría formar parte de mi vida, lo que más risa me da es que la gente me tiene por alguien tan independiente que no tiene necesidad de nadie ni de nada, ninguno de los que me rodean puede saber hasta qué punto mi vida ha dependido de ti, todos ven en mí al afortunado que vive en el edificio de la ópera y que no está dispuesto a mirar nada que no haya salido de sus manos, como las máquinas que diseño, en absoluto se dan cuenta que todo lo hice por ti, ahora ya nada me importa, tenía tantas ganas de que te sintieras orgullosa de tu hijo, por ti misma, por supuesto, porque no tenías muchas amigas, sencillamente que te sintieras orgullosa de mí y ante mí, ahora tengo dinero suficiente, dejo la empresa que he levantado y dirigido, nadie lo sabe todavía, pero seguro que se dan cuenta de que sólo voy una vez por semana, y en lo más recóndito busco un comprador de las acciones de la empresa, o varios, creo que obtendré un buen precio, luego me pasaré en día sentado ante tu tumba y escribiré sobre tu vida, cada día escribiré algo distinto sobre Varsovia y sobre ti, sobre la Varsovia que no conozco y que me está prohibido pisar, y sobre ti, no te conozco, pero eres la persona más cercana a mí, cada día serás una persona distinta, así jamás morirás en tu tumba, el nuevo relato y la nueva personalidad tienen que existir en alguna parte y con su existencia tu existirás, sola o a mi lado, existirás, o quizá cuando yo muera, si alguien lee estos relatos, su imaginación serán mis hijos, y si no, al menos sabré que te mantuve en vida aquí cada día durante una hora, o dos, u ocho, que te mantuve en vida en mi imaginación, yo, el niño que nació muerto en 1947.

EN CHIPRE

No podía creer que volvería aquí y que las palabras fluirían así, salvo aquél cuento corto por el que recibí un premio en la escuela, un cuento sobre el encuentro entre Caperucita roja y Kafka, no recuerdo haber escrito nada, tal vez dos o tres poesías cuando tenía quince años, y ahora vengo aquí cada día y este cuaderno se llena de palabras sin parar, como si ahora éstas tuvieran una función muy importante, como si fueran soldados llamados a la guerra que tuvieran que colocarse según un orden determinado, y puesto que se trata de la guerra de su subsistencia lo hacen muy bien, tal vez de forma profesional, pero también de la forma más eficaz, así es como yo escribo y escribo sobre tu vida.

Vuelvo a estar aquí pensando en Josephine, en cuántos años tendría cuando murió, ocho quizás, allí la viste por última vez, te marchaste en un tren, tal vez la dejaste en un convento, supiste que había muerto, la viste quemándose, y enseguida me pregunto cómo conseguiste escapar tan bien, sin ningún rasguño, tal vez tu belleza fue la que te salvó, tal vez un viejo y asqueroso oficial de las SS te escondió, en su habitación o en su oficina, y te cuidó a cambio de tu entrega, tal vez tu belleza te salvó, o tu coraje, tal vez huiste a través de los bosques con Josephine hasta que ella ya no pudo andar más, recuerdo que a veces te equivocabas con mi nombre y en lugar de llamarme Yosef me llamabas Joseph, y entonces yo te preguntaba quién era Joseph y tú te metías en uno de aquellos largos silencios tuyos que podían durar incluso un día entero, hasta que aprendí qué cosas no debía preguntar, porque sabía que si te preguntaba algo relacionado con tu pasado, con un tiempo anterior a mi nacimiento, enseguida te metías dentro de tu burbuja y desaparecías, y sabía que esto te ocasionaba un inmenso dolor.

Pero hoy, aquí, ante tu tumba reciente y tu maravillosa vejez, pienso en Josephine, mi querida hermana, ¿tendría los ojos grandes y verdes como los tuyos, o de color marrón como los míos y los de mi padre?, ¿sería alta?, ¿tendría el cabello castaño o negro?

¿Acaso ella era divertida y tú te reíste por última vez en tu vida? Una risa que comparada con cualquier otra sólo te la recordaba a ella, una risa que comparada con cualquier otra parecía un llanto, aquella risa llena, la risa auténtica de antes que perdieras tu inocencia y tus sueños sobre el mundo, porque yo podía ver que soñaste mucho, que

vivías en un sueño, un sueño que se transformó en algunos instantes del universo, en algunos instantes insensatos de la historia, se transformó en una pesadilla, en una pesadilla tan enorme que jamás supiste cómo volver a soñar.

Con la edad, Josephine aparecía cada vez más en tus sueños, la veías vestida de blanco, con un vestido blanco y largo, corriendo por los pasillos de la gran mansión y riéndose, a veces os veo en mis sueños, a ti y a ella, ella me saluda y siempre me da algo, un paraguas, un pañuelo o una pelota, y tú me dices sin pronunciar palabra alguna, "es mi hija", y yo estoy contento de tener una hermana pequeña, una hermana pequeña y guapa, y la quiero mucho, a Josephine, y me gusta mucho su risa.

Pero quizá Josephine era tu hermana y no la mía, quizás a ambas os escondieron en un sótano, en las montañas, y un día a ella la descubrieron, pero no a ti, o quizás ambas viajabais hacia la muerte cogidas de la mano en aquél sombrío tren, y tú no te perdonas que quedaras con vida y ella no, si tantos y tantos murieron, por qué seguir viva, para qué, para recordarles, para olvidarles, y si se trata de tantísima gente, para qué vivir, a cuánta gente se puede recordar y cuánto se puede olvidar, seguro que hace ya tiempo olvidaste a algún pariente y que ya no queda nadie que le recuerde.

ALMUERZO CON LA ABUELA

Veintiséis monedas, dijo él, de oro, monedas de cinco francos franceses.

¿Veintiséis? ¿Estás seguro?

Esto es lo que él dijo.

De oro sí, francos franceses, también, ¿pero veintiséis?

Es lo que dijo, y además que lo recordara muy bien, incluso me lo apunté antes de irme para no olvidarlo. Mira, lo tengo escrito: 26.

Bueno.

¿Por qué? ¿Había menos?

Dieciocho. Sería interesante saber a dónde fueron a parar las otras ocho. Alguien las robó, siempre sospeché que alguien había robado algunas monedas. Los hijos del tío Masoud siempre fueron más ricos que los otros y nadie sabía de dónde le había venido el dinero, aunque quizá se lo dio la abuela, no se puede sospechar de los muertos.

Estas cosas pasan. Así que tú crees que es él, el que tiene mil años, ¿hay que creer en él? También habló de la vasija, dijo que venía de Lucena, que la familia se la lleva vaya a donde vaya. Él también sabía que yo había cogido la llave de la casa de Jerusalén, nadie lo sabe, papá dijo explícitamente que le devolviéramos todas las llaves, pero yo hice un duplicado de una.

Yo también cogí la llave de la casa de Tetuán. Nosotros siempre nos llevamos las llaves y seguro que él lo sabe, nosotros y los moros siempre nos llevamos las llaves, antes que otras cosas, como si esto demostrara algo, pero ¿qué?

Demuestra que cogimos las llaves, supongo. Nunca pensé que fuera necesario demostrar nada.

Quizá sí sea él.

¿Puedo hacerle confianza?

¿Para qué? Ojalá no se la hubiera dado, pero si lo que quiere es contarte historias sobre llaves de Granada y vasijas de Lucena, que lo haga, conocí a algunos locos como él en Tetuán que siempre hablaban de las grandes posesiones que tenían en Granada y decían que después de Franco se las devolverían todas. Querían que me casara con ellos por eso, les escuché y me casé con tu abuelo, que ya tenía propiedades en Tetuán y en Tánger, incluso en Jerusalén. ¿Me has traído revistas o alguna otra cosa? Te estás volviendo realmente loco con el tal Lucena.

No he traído nada, he venido directamente tras despedirme de él, pero me gustaría comer algo.

En la nevera hay pollo, y es kasher, no como en algunas casas que yo me sé bien.

Espléndido, porque ahora sólo como kasher. Dicho sea de paso, en tu casa a veces he visto gambas, ¿no es cierto?

Sí, gambas sí, pero en mi nevera nunca ha habido cerdo.

Uno es impuro y el otro no es kasher, ¿qué diferencia hay?

El cerdo es un pecado doble, las gambas proceden del mar y el mar es puro; además, las gambas son sabrosas y el cerdo no, y además, hace tiempo que mi cocina es kasher. Con los años todo sabe igual, así que ¿por qué comer alimentos no kasher?

Tu concepto de kashrut es interesante.

Qué quieres que te diga, en Tetuán comíamos gambas, así era.

Samuel comió pollo en casa de la abuela, un pollo que no tenía ningún sabor, ni para viejos ni para jóvenes. Se lo pudo comer poniéndole mucha mostaza y mucha mahonesa.

Samuel llegó a casa de sus padres, su madre estaba esperando con la comida a punto. “Te he preparado pollo kasher.”

“Ya he comido pollo kasher en casa de la abuela, aunque ya empiezo a preguntarme si esto sirve de algo, tal vez vuelva a comer calamares, siempre me gustaron.”

“Ahora te ha dado por ir a casa de la abuela,” gritó el padre desde la mesa, donde estaba sentado con un vaso de Chivas Regal y unas pocas aceitunas. “Espero que no le hayas llevado ejemplares del Playboy y que no hayas continuado asustándola con tus cuentos sobre la mafia. Una vez tus tonterías casi le provocaron un infarto y estuvo a punto de morir.”

“Te hubiera gustado, ¿eh? Habrías recibido toda la herencia. Ella me ha contado que sacasteis a las hijas del testamento y que el tío Masoud y tú os quedaréis con todo.” Evidentemente, era mentira, la abuela nunca le había dicho nada al respecto, pero sabía que esto es lo que ocurre con las herencias, había oído que lo decía uno de los hijos del tío.

“¡¿Qué forma es ésta de hablarme?! Vete, vete a tu habitación. ¿Qué? ¿Que a mi me gustaría que mi madre muriera? ¡Los chicos de hoy en día no tienen límites! Ya te dije que no le consintieras tanto, mira en qué se ha convertido, además de barrigudo es de una impertinencia fuera de serie.”

La madre: “Venga, Samuel, así no se habla a papá.”

“Era sólo una broma.”

“Chistes detestables,” dijo Muriel.

“Vamos a la mesa, todos, aunque hayas comido en casa de la abuela también puedes sentarte con nosotros.”

Este almuerzo transcurrió en aguas tranquilas, todos comían y reían, parece que esta vez el whisky le hizo bien al padre, y la madre estaba encantadora – como una pareja que hubiera hecho el amor la noche anterior. A Samuel siempre le sorprendía que las comidas tranquilas tuvieran lugar de forma imprevisible, pero también le asombraba que la mayoría de las veces éstas fueran el escenario de discusiones sin sentido ni propósito y de gritos por parte de todos, sin ningún intento de comprenderse ni de escucharse los unos a los otros. De postre comieron flan.

LA CAFETERÍA RABIA

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

"Voy a abrir una cafetería," dijo alegremente Yarón a su mujer y a los padres de ella.

"Muy bien," se alegró el suegro de Yarón.

Estaba contento de ver que por fin su yerno había decidido hacer algo tras un año y medio de cobrar el subsidio de paro y de pasarse el día delante del ordenador sin hacer nada.

"¿Una cafetería?" – intervino la suegra. "Podrías dedicarte a tu profesión, ¿para qué estudiaste filosofía y literatura? ¿No podrías dedicarte a la enseñanza? Un bar no tiene nada de respetable."

"No te preocupes, sólo tienes que decirme qué necesitas y te ayudaremos," la interrumpió su marido, que acto seguido recibió un pellizco por debajo de la mesa.

Si supieran lo que les estoy proponiendo…, pensaba Yarón para sus adentros, seguro que tendrían el susto de su vida.

La idea de Yarón era como cualquier otra, una idea surgida de una profunda necesidad. No sabía dónde hacerse pasar su rabia. Cuando estaba en el ejército solía ir a un pequeño bosque cercano a la base y allí tiraba botellas de Coca-Cola vacías a los árboles y se ponía a pegar gritos hasta más no poder. Ahora, casado y con dos hijos pequeños, sólo podía gritar a los niños, cosa que no quería, o a la mujer, pero esto no lo podía hacer porque le tenía miedo. También se daba cuenta que la buena vida se le estaba acabando por momentos y la presión que sobre él ejercían los padres de Dana empezaba a dar fruto. ¿Podía renunciar al piso de la calle Arnona, a la comodidad que dan cinco habitaciones, a los pagos de la guardería y al coche que le regalaron el día de su boda? No era una cuestión de dinero. Amaba a Dana, pero ciertamente había empezado a habituarse a la prontitud del dinero fácil.

Cafetería Rabia. Éste es el nombre que había pensado para su cafetería. "En la cafetería Rabia podrás liberar tu rabia," los eslóganes empezaban a llenarle la cabeza.

"Cómete un rosco y saca la rabia."

"Por qué enfurecerte en silencio, con nosotros podrás gritar cuanto quieras."

"Todo está permitido, salvo pegar."

"Grita tanto como quieras a los camareros y al dueño."

“No te guardes nada dentro. En la cafetería Rabia todo sale afuera.”
Etc…

La mayoría de estos eslóganes son pura basura, pero ya encontraré algo. No explicó nada a la familia, sólo insinuó a Dana que tenía una idea original y que tendría éxito.

Se pasó tres meses arreglando la cafetería en la calle Rabin número 13. Podía haberlo hecho en menos tiempo, un mes quizás, pero decidió que si iba a cuenta de la familia de su mujer más le valía cortar con el pasado lentamente para poder hacerse a la idea de volver a trabajar.

Publicó un anuncio en los periódicos, y muchos chicos y chicas jóvenes empezaron a presentarse en su oficina.

La primera frase que decía al candidato era:

“¡Eh, basura! ¿Por qué has venido a trabajar aquí?” Tenía un físico delicado así que al principio le costó mucho parecer creíble, pero no tardó en ponerse gafas oscuras y distorsionar sus facciones para ver la reacción del que tenía delante.

La mayoría de los que se presentaban simplemente se echaban atrás.

“Ya encontraremos otro lugar.”

“No te cogerán para trabajar en ningún sitio porque no vales nada.”

Otros se quedaban al lado de la mesa, o respondían:

“Basura lo será tu madre,” le dijo uno, un tal Yacov Segal.

“Vale, vete de aquí, no debes hablar así a tu jefe…”

“Me iré cuando me dé la gana.”

“Venga, vete, no tengo tiempo para jodidos como tú.”

Los interesantes eran los que hacían como si nada tras sus insultos.

“Pero si pareces absolutamente asqueroso,” dijo Yarón a David Lapidot, “¿por qué debería cogerte para trabajar aquí?”

“Necesito mucho este trabajo, puedo mejorar, lo intentaré.”

“Mejorar… ¿tú, mejorar? Mira lo que pareces, mira lo feo que eres…”

Precisamente era un chico alto y bastante agradable.

“Ya sé que soy feo, pero soy rápido, muy rápido, sé trabajar, me dedico de lleno al trabajo.”

La conversación siguió así unos momentos, hasta que le dijo:

“Bien, ahora te diré el secreto. En mi cafetería todo el que lo desee podrá gritar lo que quiera a los camareros, el camarero tendrá siempre que disculparse, de todo, de que su madre viva, de todo, ¿de

acuerdo?"

"¿Y el sueldo?"

"El sueldo base más el veinte por ciento de la caja a repartir entre los camareros. Los precios serán altos en comparación con otros establecimientos."

"No sé…"

"Puede ser mucho dinero, si el negocio marcha."

"Probaremos."

"Quiero un equipo pequeño y coordinado."

Llegó el día D. El primer día entraron tres personas. Yarón les entregó un elegante prospecto con explicaciones sobre la cafetería.

Derechos del cliente:

El cliente siempre tiene razón, especialmente cuando no la tiene.

El cliente puede gritar a los camareros y a las camareras. Puede insultar o decir lo que se le pase por la cabeza.

El cliente no puede ni pegar ni meter mano, los transgresores serán seriamente castigados.

El cliente puede insultar al dueño y al responsable de los camareros.

Un cliente insatisfecho es un buen cliente.

A la cafetería Rabia le gustan los clientes que nunca están satisfechos.

Todos los precios están en shekels y la propina no está incluida. Aconsejamos no dar propina porque el servicio nunca es suficientemente bueno.

El camarero es su siervo. Hágale correr tanto como quiera, pero recuerde:

El cliente debe pagar incluso lo que devuelva a la cocina, aunque tenga razón. Razón y rabia no pueden ir juntas.

Recuerde: Echar fuera la rabia cuesta dinero. El momento de pagar puede ser crítico.

Al principio la gente estaba indecisa. "¡Eh, maníaco!" – gritó al camarero una chica joven con una ligera risa socarrona "¿Has visto este huevo frito? Cámbiamelo inmediatamente y deja de sonreír así."

"¡Estúpida!" – dijo el hombre encorbatado "¿Por qué no te vas a hacer la calle? Más te valdría."

Antes de una semana los 'Derechos de los clientes' se habían publicado en todos los semanarios locales y la gente empezó a afluir, al atardecer se formaba una larga cola junto a la cafetería.

"Es caro, pero cada céntimo gastado vale la pena," le decía Shmuel a su acompañante, cuando de pronto una camarera estalló en llantos

mientras tras ella un hombre de piel morena le gritaba: “Lástima que no liquidaran a tus padres en el holocausto, asquenazita apestosa, también yo te habría asado si hubiera podido.” Shmuel quiso pegar al hombre, pero enseguida se abalanzó sobre él un guardia de seguridad: “Todo menos golpes, ¿entendidos?”

“Pero si lo que le ha dicho es peor que los golpes.”

Entretanto el hombre de piel morena miró a su acompañante y le dijo, “hubiera pagado mil shekels para decir lo que he dicho, por dos cientos me ha salido barato.”

“Palurdo asqueroso,” le dijo Shmuel.

La acompañante de Shmuel le hizo una señal y se marcharon.

“¿No sabes quien es?”, dijo. “Es Yacov Benguigui, el poeta marroquí más famoso del país.”

“Publicaré lo ocurrido en el periódico. Todos los marroquíes son la misma basura.”

Las ganancias de Yarón aumentaban a gran velocidad, pero empezaron a salir problemas por todas partes. La gente insultaba a los judíos religiosos, a los de izquierdas, a los árabes, a los marroquíes, a los curdos y a los asquenazíes. Las frases más frecuentes eran “lástima que no terminaran con vosotros en el holocausto,” “hay que quemar a todos los árabes”, “¡eh, babuino! ¿De qué cueva de Marruecos has venido?” Y otras similares.

Y estos son los problemas que provocaron:

Políticos: Los políticos empezaron a dar su opinión sobre la decadencia de la sociedad israelí y sus escasos valores. Se propuso una ley para cerrar la cafetería.

De seguridad: Cada vez se precisaban más vigilantes para evitar conflictos.

De dinero: Cada vez había más dinero y todo el mundo quería trabajar en la cafetería Rabia. Se esparció el rumor que los camareros ganaban más de veinte mil shekels al mes.

Yarón tuvo amenazas de muerte.

Solicitudes de clientes: Principalmente pidiendo otros espacios donde los camareros pudieran gritar a los clientes y no al revés.

Intentos de compra: Algunas compañías internacionales se interesaron por la compra de la idea y por la creación de una franquicia internacional: Rabia.

La mujer de Yarón: Dana empezó a sentir rechazo hacia Yarón, aunque, por otro lado, estaba satisfecha de la gran cantidad de dinero que entraba en casa y que en algunos meses la había hecho más rica que sus padres. Echó a su madre de casa.

Hubo otros problemas, pero Yarón afirmaba con desprecio que

“eran problemas normales asociados al éxito…”

EL CUARTO DÍA

Yosef Ruti, éste fue mi nombre más famoso, puedes verlo en los libros de historia. Lo último que un hombre como yo necesita es ser famoso o conocido, es como el que se busca problemas difíciles de llevar. Siempre tuve dinero, a partir de los primeros cien años en los que fui carpintero de la nobleza. En mi casa había muchas monedas de oro y de plata que sabía guardar bien en toda clase de escondites, en Sefarad y en Marruecos.

Principios del siglo XVII, Portugal, Lisboa. En la ciudad vivía una gran comunidad de marranos, porque tras las revueltas de comienzos del siglo XVI algunos centenares de niños habían sido capturados y bautizados por orden del rey. Los judíos consiguieron llevar una vida múltiple, de marranos –judíos dentro de casa, inclusive la oración en la sinagoga– y de cristianos de cara a fuera, cierto número de los cuales incluso iba a la iglesia los domingos. Judíos el sábado y cristianos el domingo.

El problema era que aquellos marranos empezaron a olvidarse de su judaísmo, y algunos ya se casaban con cristianas. Por otra parte, la Iglesia y el rey decidieron exigir a los judíos que abandonaran el período de transición que les habían prometido y decidieran si querían ser cristianos y vivir como todos en Portugal, o judíos, en cuyo caso deberían abandonar el reino. Pero abandonar el reino no era un asunto trivial. ¿A dónde ir? ¿A Sefarad? ¿Al mar, que en aquellos tiempos estaba lleno de piratas y en el que había muchos peligros? Comprendí la importancia del momento ya en el año 1580 y me puse manos a la obra para salvarles. En el fondo se trató de la primera Agencia Judía, y gracias a esta actividad tú estás vivo y eres judío.

Cogí una buena parte del dinero que tenía y me hice un nombre de comerciante próspero, y entonces fui a ver al rey para proponerle comprar toda la cosecha de cereales de su reino a buen precio. Cogí los cereales y los repartí por toda Europa, vendiéndolos principalmente a Portugal, a Inglaterra –que entonces era la propietaria de Tánger– y al Vaticano. Así fue como creé sólidas relaciones con todos los que podían influir sobre mi rey. Hice esto durante algunos años seguidos, con lo cual gané no poco dinero y me convertí en uno de los comerciantes más famosos de la época. Entraba y salía a voluntad en la corte del rey de Portugal, Alfonso III, en la del rey de Marruecos, Abd al-Rahman, así como en las del Papa y del rey de Inglaterra. Así fue como, a partir de 1600, empecé a llevar judíos desde Portugal a Tánger en mi barco. Llegaban a Tánger y de allí huían rápidamente hacia Tetuán o hacia Fez, donde los judíos estaban

organizados para recibirles, satisfacer sus necesidades e instruirles sobre el judaísmo correcto y verdadero. Al clero portugués no le gustaba lo que yo hacía, así que intentó con todas sus fuerzas detenerme y convencer al Vaticano de que pusiera fin a mis actividades. No pudieron porque tanto el Vaticano como el rey de Portugal, que dependían de mis servicios para poder suministrar cereales a sus súbditos, me habían otorgado un pasaporte especial. En realidad, era imposible hacerme nada. Yo era la zona comercial libre de un solo hombre.

A lo largo de tres años trasladé a casi todos los judíos que quisieron marcharse. Quedaron algunos cristianizados que no quisieron. Así nació la Tetuán judía. Había existido una Tetuán de piratas en el siglo XIV, pero había sido arrasada, y sólo con la llegada de los judíos en los siglos XVI y XVII, Tetuán volvió a florecer, a ser de nuevo una ciudad.

Cómo desaparecí aquella vez es una historia divertida. Por aquél entonces, yo tenía tantos enemigos que me busqué un doble al que le pagaba bastante para que despistara a mis perseguidores. Un día, al volver de Gibraltar, me encontré con que el hombre se había apropiado de mi personalidad diciendo a todo el mundo que él era yo. Solamente mi mujer hubiera podido saber que no era cierto, pero hacía un año que había muerto. Ocurrió cuando yo ya había terminado de trasladar a todos los judíos, así que dejé que él se aprovechara de todo. Lo único que yo quería era desaparecer y me fui a Tetuán como si hubiera sido uno de los marranos. Menos de un año después se supo que el muevo rey de Marruecos había decidido confiscar todos los bienes de Yosef Ruti y condenarle a muerte. Las gentes dijeron que mi doble se volvió loco y que ante el patíbulo se puso a gritar que era musulmán, que él sólo me había suplantado. Parece que así fue como me libré de la muerte. Quién sabe, quizá si no se hubiera dejado ver no le habría pasado nada, quizá éste fue su castigo.

Fue en aquella época cuando empezó la saga de los Benzimra a la que tú perteneces. Me casé con la primera Sol, la cual me dio siete hijos y tres hijas, de donde salen todos los Benzimra. Entonces, simplemente desaparecí en una expedición comercial, algo muy frecuente en aquellos tiempos.

¿A DÓNDE TE LLEVAN, HIJO MÍO?

No lo sé, un pañuelo cubre mis ojos. El viaje es largo.

¿Ves el agua?

Oigo el agua.

Donde haya agua no podrá quemarte el fuego.

Me quema la memoria.

¿Qué ves en el pañuelo?

Veo las dos únicas palabras en hebreo que mi madre me enseñó, Shemá Israel.

Pronúncialas cada día para recordarlas, y enséñalas a tus hijos, ellas de conducirán de nuevo a tu pueblo.

No podré volver, papá, sabes muy bien que éste es un camino sin regreso, no es un círculo, no tiene salida.

EL PADRE

Cada día me juzgo. ¿De verdad hice lo correcto decidiendo volver a Málaga? Para que mis hijos fueran judíos. ¿Qué más podía hacer? En Israel, preguntara a quien preguntara, siempre me encontraba ante una pared, todo lo que intenté fue como tropezar con cosas imposibles. Samuel me preocupa mucho, pero tal vez sea bueno, la gente dice que cuando un muchacho va al ejército se entera un poco de lo que es la vida y se hace un hombre. Se pasa el día dando tumbos con toda clase de amigos, yendo a la playa, y de la playa a casa, a saber si será capaz de terminar el bachillerato. Cuánto puede un hombre sopesar todos los pasos que da, ya no puedo arrepentirme. Ahora estoy aquí y aquí moriré, me enterrarán en Málaga, que está más cerca de Tetuán que de Jerusalén, quién sabe, tal vez también un día nos expulsen de aquí, tal vez esto se convierta en el mercado común del nuevo nazismo, nos expulsaran de modos distintos, siempre nos ha ocurrido como no esperábamos. Creíamos que si la influencia del cristianismo en Europa se debilitaba, el antisemitismo disminuiría. Pero precisamente cuando el cristianismo se esfumó apareció un nuevo antisemitismo, científico, demoníaco y pagano, en comparación con el cual el antisemitismo cristiano fue un juego de niños. Y ahora pensamos que si Europa se unifica disminuirá el peligro para las minorías, en especial para los judíos. Pues no, no, no podemos estar seguros de nada. Los judíos comunistas también creían que en un estado laico estarían protegidos, y entonces también empezó el antisemitismo comunista. La expulsión, la muerte y el nomadismo nos esperan a cada esquina, los llevamos con nosotros igual como llevamos un monedero en el bolsillo, y si yo creía que la respuesta podía ser Israel, éste también fue motivo de otras migraciones, del retorno a Sefarad. ¿Quién podía imaginárselo, allí, en Tetuán? Mi madre ya me decía, “Israel no es para nosotros. Es un estado bonito, un bonito país, pero no es para nosotros. Nosotros sólo podemos vivir en Sefarad.” Parece que, como siempre, ella, senil a medias, tenía razón. Era vieja, pero tenía razón. Los dos años que pasé allí perdiendo el tiempo son para reírse de uno mismo. Hiciera lo que hiciera era un motivo más de humillación. Todo me humillaba, incluso ir a una cafetería, pedir una pizza o un plato combinado. Subir al autobús, ir en coche, ver como la gente se apretujaba en estos pedazos de metal poniendo su vida en peligro para demostrar que no es estúpida, todo me humillaba. Me sentía asfixiado durante todas las horas del día. Pero tal vez, como dice Coti, fui demasiado egoísta y sacrifiqué el futuro de mis hijos en favor de mi bienestar, tal vez aquí,

dentro de una o dos generaciones ya no serán judíos. Pero tras vivir dos años en Israel me pregunto ¿por qué es tan importante ser judío? ¿Qué han hecho de este país? ¿Para esto se han mantenido judíos durante dos mil años, para crear este gran desbarajuste? Tal vez sí, tal vez en realidad éste sea el logro, no lo sé. Tal vez sea éste el logro. No veo que este pueblo sea tan inteligente, al menos como pueblo, todo lo hace al revés o en contra suyo. Una cosa es cierta, de todo ese barullo han salido algunos personajes importantes para la humanidad, y justamente son medio judíos, incluso menos. Justamente cuando se asimilan o su contacto con el judaísmo es escaso, salen grandes judíos como Freud, Jesús, Teresa de Jesús o quizá Cervantes. Puede ser que la tensión con los sentimientos de culpa que hace que se aparten un poco más del pueblo judío, sea lo que produzca la genialidad judía. Ciertamente durante estos cien años de sionismo ni uno solo de nuestros escritores se ha hecho merecedor de renombre mundial, mientras que en los países de la diáspora han florecido decenas de ellos, ¿no es sorprendente? Generalmente, las revoluciones nacionales hacen surgir grandes escritores, pero aquí ocurre precisamente lo contrario. Quizá lo que nos dio a un Bashevis, a un Woddy Allen, a un Bob Dylan, a un Edmond Jabès y a un Allen Ginsberg, fue precisamente que, sintiéndose culpables por no haber participado en la revolución sionista, se pusieran a crear en la línea de sutura que existe entre judaísmo y asimilación. Seguro que mi hijo Samuel se habría desmayado si hubiera sabido que una vez soñé en ser poeta, pero ya no lo seré. Comerciaré con mis telas en la ciudad de Málaga, como siempre ha hecho la familia Benzimra, comerciantes de tejidos por generaciones. He cerrado el círculo, de Tetuán a Jerusalén y de vuelta a Málaga para ser comerciante de tejidos. ¿No es esto una cosa de los más extraña, como si uno no pudiera renunciar al destino? ¿Acaso mi hijo será también comerciante de tejidos?

PATRICK

Nací en Orán, mi padre nació en Orán, mi madre nació en Orán, pero yo soy de Tetuán. Ni siquiera puedo decir que sea un emigrante. Nadie de la familia puede pensar que somos franceses ni cualquier otra cosa que tetuaníes. Aunque viviéramos tan lejos de Tetuán, en el fondo, no tanto. Mi abuelo, Samuel Benzimra, hijo de Mesod Benzimra y de Clarita Yovel, abandonó la judería en 1866. Cuatro años después de que los españoles regresaran a España. El motivo era bien simple, en la judería ya no había sitio y no permitían que los judíos construyeran casas nuevas. Las calles cada vez estaban más atiborradas de gente, así pues, los ricos que podían comprarse una casa en Tánger, en Gibraltar o en Orán se fueron de la ciudad. Y los pobres, los que no podían comprarse una casa, tuvieron que irse a lugares lejanos. Cada cierto tiempo estallaba alguna epidemia, la llamaban diezmo, porque debido a ella moría la décima parte de la población judía.

Si algún amigo me lee ahora, si sabe español o si algún día traducen mis obras al francés, seguro que pensará que estoy loco. ¿Qué tengo yo que ver con el español? ¿Qué me ha pasado para que me haya puesto a escribir la historia de mi familia en español, la historia de una familia ladina? ¿Por qué no escribe en francés? Pero si Partick es muy francés, ¿qué le ha dado con el español? Seguirán repitiendo que nací en Orán, que crecí y estudié en colegios franceses y que vivo en París desde los seis años. Este libro será la explicación para mis amigos y seres queridos.

¿Por qué, a los treinta y ocho años, abandono un idioma que conozco muy bien y vuelvo, mejor dicho, y me pongo a estudiar desde el principio la lengua en la que hablaron mi abuelo y mi abuela? Ni siquiera tengo la ‘ñ’ en la máquina de escribir, y me hago un lío con los acentos y con las ‘z’ y las ‘s’, alguien deberá corregir todo esto; después de haber pasado muchos años en París y dos en Israel, después de haber estudiado en escuelas judías, ahora, en este pequeño estudio de la calle Pereire, un sexto piso sin ascensor, cada mañana bajo a comprarme un croissant, en español lo llaman media luna, no sé porque me rompo la cabeza durante las pocas horas libres de que dispongo, intentando escribir un libro en español, como si no hubiera suficientes libros en español.

Quiero volver a oír las canciones que mi madre me cantaba para dormirme, quiero escuchar a mi abuela contándome historias de Tetuán en una mezcla de español francés y haquetiya.

Quiero volver a oír las palabras que me tranquilizaban, palabras en haquetiya imposibles de traducir a ningún idioma.

Es lo que hago cada día después del trabajo, vengo aquí y escribo todas las palabras en haquetiya y en español que escucho, todas aquellas palabras que me hacen sentir unido a Orán, a Tetuán y a Granada. No puedo decir que esto tenga sentido, como tampoco lo tiene el siglo XX. Ni la historia de la humanidad. No entiendo por qué mi bisabuelo no volvió a Tetuán o, como muchos hicieron, a España. ¿Para qué? ¿Para que su biznieto siguiera hablando en español en un estado árabe-musulmán gobernado por franceses y con una mayoría de ciudadanos de habla francesa? No entiendo a los españoles. ¿Por qué, como pensaban muchos, no otorgaron la ciudadanía española a los judíos de Tetuán en el siglo XIX? Aquellos judíos todavía veían en la reina de España a su reina. Todavía veían en Isabel, la última católica, una fuente de autoridad. Y esto a pesar de que fueron echados como caballos de tierra española. Hay muchas cosas que no entiendo, en especial los dos años que pasé en Israel. Mis padres me mandaron allí, pero ellos se quedaron en Francia y ahora, jubilados, pasan la mayor parte de su tiempo en España, no en Israel como muchos argelinos cuyo sionismo se resume en quejarse de los que se van de Israel y en pasar su jubilación frente al mar, en Netania o en Tel-Aviv. Nunca he comprendido qué hago yo en Israel, y mucho menos por qué todo me resulta tan extraño, porque siempre he sido sionista, pero todo estaba orientado hacia un lugar inapropiado. Lo comprendí cuando leí un librito de Marcel Cohen en ladino, comprendí que, en el fondo, lo que yo quería era ir a España, no a Israel. En el libro, Cohen cuenta que a comienzos del siglo unos delegados sionistas habían ido a Salónica y que en su posterior informe dijeron que era imposible convencerles de que emigraran a Israel porque lo que querían era volver a España.

Y hoy yo quiero volver al español. La lengua es mi territorio, puedo llevarme la lengua española a cualquier parte. Mi español puede subsistir sin la Inquisición, es un español sin cristianos, sin marranos y sin persecuciones. En mi fuero interno puedo poner en pie una España que no fue y que mantuvo su lengua por los caminos de la diáspora, por esto he leído a todos los escritores que más me gustan en español, a Borges, a Huidobro, a Vallejo, no en traducciones al francés, o al inglés, una lengua neutral que utilicé para escribir mis primeras poesías influenciadas por Bob Dylan. También he escrito algo en hebreo, una lengua que siempre he sabido, incluso tal vez la primera lengua que vi escrita en la sencilla sinagoga de Tetuán. Pero

solamente con el español siento las palpitaciones del idioma, su pasado y su futuro.

SAMUEL

¿Quién lo iba a creer? En realidad, ¿quién no lo iba a creer? Vivíamos nuestra vida cotidiana y olvidamos con quien nos las teníamos que ver. Creíamos que los Sasportes eran lo bastante fuertes para protegernos. Aquí estamos, en el mismo barco eterno, en el Mediterráneo eterno, en 1669, y otra vez se trata de los españoles que ahora nos echan de Oran. ¿Ahora a dónde? ¿A Tetuán? Dicen que tampoco allí se puede llegar. Los españoles y los piratas están al acecho en todos los rincones de la costa cercanos a Gibraltar. Barcos españoles, como si nosotros fuéramos el enemigo, no ellos. A lo mejor, sin saberlo, nosotros somos los piratas. Somos los piratas teológicos de los cristianos, vayan a donde vayan tropiezan con nosotros, que creemos en nuestra religión y en nuestro Dios y que no nos postramos en vano e inútilmente. Dicen que vayamos a Niza, a Italia, siempre en el Mediterráneo, Málaga, Oran, Tetuán, Niza, Yafo, Acre, ¿por qué no ir ya a nuestra tierra? Sería mejor morir allí que seguir deambulando por todas partes. Mi padre solía decirme que los tiempos cambiarían, que llegaríamos allí, a nuestra tierra, se refería a España. Decía que si en Oran nos llevábamos bien con ellos, podríamos volver a vivir juntos. Tuvo la suerte de morir con su esperanza, tres meses antes de aquella súbita expulsión, qué bien que no nos vio en este barco de piratas, de nuevo hacia el exilio, hacia una nueva ciudad en la que edificaremos nuestra vida y de la que expulsarán a nuestros hijos y nietos.

EL ABUELO

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

No entiendo por qué ha tenido que explicarme esto ahora, momentos antes de ser movilizado. O tal vez sí lo entiendo, pero esto no lo justifica. Quería vengarse de mamá y yo volvía a ser la víctima. ¿No podría haber vivido siempre sin este conocimiento estremecedor? ¿Cómo podré mirar ahora a mi madre? ¿Acaso tiene ella la culpa? No, ella no tiene la culpa de nada, sino su padre. ¿Por qué tiene que ser ella la responsable de los actos de su padre? ¿Por qué tengo que atormentarme yo ahora con esto? ¿Acaso es imposible borrar este conocimiento? ¿Echarlo a la papelera de reciclaje y mandarlo al diablo?

No. Es imposible. A partir de este momento sé que soy un descendiente de… no soy capaz de decir mentalmente la palabra, no soy capaz de pensar estas palabras. Quizá debería haber comprendido que algo no iba bien cuando, a los cuatro años, demostré mucho interés por lo que los alemanes habían hecho y entonces mamá me daba unas respuestas extrañas, pero no podía pensar que mi abuelo… Me habían dicho que no se sabía quien era mi abuelo, ahora sí se sabía. A veces mamá se alegraba mucho de que yo leyera tanto sobre los nazis, a veces me decía que no tenía que hacerlo, "es un tema morboso, mejor olvidarse." Otras veces decía lo contrario, "no hay que olvidarse, no hay que olvidarlo. Es preciso tenerlo siempre presente." Y otras: "¿Ya estás de nuevo leyendo libros sobre el holocausto nazi?"

Evidentemente, entonces yo no daba demasiada importancia a aquello, sólo hoy, a posteriori, lo relaciono todo. ¿Cómo hablar ahora con mamá? ¿En qué es distinta?

Había decidido no tocar el tema con ella, pero es lo primero que hice cuando la vi.

"Papá me ha hablado del abuelo."

Ella se calló durante un buen rato.

"Tal vez sea mejor así. Ahora ya lo sabes, y yo me he sacado un peso de encima. Ya no debo tener miedo de que un día te enteres. Como me sucedió a mí, cuando un día, paseando con mi padre por las calles de Sao Paulo, alguien le gritó '¡Nazi! ¡Eres un nazi, mataste a mi hermano, me acuerdo de ti, Dr. Steiner!'"

"¿Steiner?"

"Helmut Steiner. Así se llamaba. Yo tenía diez años y ya sabía lo que significaba la palabra nazi. Mi padre era nazi."

"¿Qué ocurrió entonces?"

“Mi padre no quiso arriesgarse, así que enseguida nos trasladamos a otra ciudad, más pequeña, y allí fue médico hasta el final de su vida.”

Ella volvió a guardar silencio.

“A partir de aquél momento mi vida cambió, y cuando aprendí a leer, a los doce años, sólo me interesaron los libros sobre el holocausto y sobre el judaísmo.”

“¿Cómo era él?”

“¿Tu abuelo? Era un hombre alto y muy distinguido, un padre muy bueno, no recuerdo que nunca me gritara ni que me dijera que algo que yo había hecho no estaba bien, pero muy pronto comprendí que esto no valía para nada porque se trataba de un asesino de cientos o de miles de personas.”

“¡¡¡Mi abuelo un nazi!!! No podía creerlo, y además, un nazi distinguido… Ni siquiera soy capaz de pronunciarlo. ¿Y ahora qué? ¿Soy nieto de nazi o judío israelí? ¿Quién soy yo ahora?”

“¿Es como descubrir que tu madre fue una puta?”

“¿Qué estás diciendo? ¿Qué tiene esto que ver? ¿También fuiste puta?”

“No, no te preocupes. No lo fui. No sé porque lo he dicho, lo siento mucho, me he pasado.”

“¿Qué hizo él allí?”

“Era médico. No lo sé todo porque él no me hablaba de aquello. Lo único que siempre me repetía era que ‘las cosas no son tan fáciles.’ Y siempre me decía que si tuviera que volver a hacer lo mismo, no sabía si podría actuar de forma distinta. No tenía dinero para huir, era un joven médico que venía de una familia no demasiado rica, así que lo más sencillo era ser médico militar.”

“¿No salvó a ningún judío?”

“No, no era un héroe, hizo lo que le decían, mandaba a la muerte a los enfermos y a trabajar a los sanos. Era un pequeño tornillo del engranaje.”

“Un tornillo, tal vez, pero ¿pequeño? Allí no había tornillos pequeños, se trataba de una máquina con tornillos grandes.”

“Y entonces, a los dieciséis años, comprendí que necesitaba ser judía, fui a ver al rabino de Sao Paulo para decirle que tenía que ser judía, tenía que serlo, había leído la historia de los nietos de Aman que se convirtieron al judaísmo cuando su abuelo quiso aniquilar al pueblo judío, y entonces lo comprendí, comprendí que había un único camino: ser judía. Se lo dije a mi padre. Él no dijo nada. Desde aquél momento se calló. Creo que estaba de acuerdo conmigo. Recuerdo que le dije, ‘me convierto al judaísmo porque el pueblo judío tiene razón, es el pueblo que más razón tiene en la tierra.’ De acuerdo, aquella fue una explicación excéntrica, pero era lo que yo entendía. Desde aquél

momento no volvió a hablar conmigo. Él casi no hablaba, con nadie. Tres años más tarde, la semana que hice la ceremonia de mi conversión, murió de un paro cardíaco. Un año después emigré a Israel."

"Mamá, ¿puedes dejar de hablarme de estas cosas? Cuantas más me cuentas más sorprendente me parece todo."

EL QUINTO DÍA

Ven, hoy te pondrás las filacterias. Estas filacterias las escribió el mismo Rashi. Desde entonces son mías, ninguna letra se ha deteriorado ni borrado. Un gran milagro. Mira, son pequeñas, no grandes como las de hoy. Son unas filacterias auténticas. Cógelas, así, la tira de cuero con la mano izquierda, veo que por lo menos sabes ponértelas como es debido, no como tu primo que estudió en una escuela laica en Israel y tuve que enseñarle a ponérselas, y dicen que es el país de los judíos. En la diáspora no había un solo judío que no supiera ponerse las filacterias, ni siquiera un deficiente mental. Tal vez los hubiera en Asquenaz , pero no entre nosotros, no en Sefarad, no en la cordillera del Atlas, incluso los sordos sabían cómo hacerlo. Aquí tienes el libro de las oraciones, el Sidur, lee el Shemá.

Son tuyas, estas filacterias son tuyas, son un regalo de un abuelo lejano, os veo, a ti y a mi hijo, veo a muchos hijos míos, todos parecidos, las filacterias son tuyas, para siempre. Tienes que cuidar de ellas más que si fueran de oro. Una vez tuve unas que las había hecho nuestro rabino Tam, pero las perdí, así que guárdalas bien y póntelas cada día, y cuando los malos espíritus quieran apoderarse de ti o alguna catástrofe aceche al mundo, simplemente muéstraselas y todo pasará. Así me ocurrió en la selva del Amazonas, cuando iba a visitar a un hijo anciano, me encontré frente a tres leones babeando y entonces saqué las filacterias y los leones retrocedieron, también ayudan con las serpientes. En particular me ayudaron mucho cuando un grupo de indios decidió matarme porque era blanco, me dejaron solo en una tienda, y allí me puse las filacterias y me quedé esperándoles, y cuando vinieron se pusieron a llorar y a dar alaridos, y se fueron a ver al jefe de la tribu, y entonces empezaron a darme honores de rey y a tocar las filacterias. Así me salvé muchas veces, de ladrones, de piratas, de cristianos, de musulmanes y de paganos. Así me salvé innumerables veces.

Si estás a punto de preguntar algo, no lo hagas, jamás hasta hoy estas filacterias se han separado de mí, es la primera vez que las entrego a alguien. Seguro que entiendes por qué. Estoy a punto de abandonar el mundo, nadie puede vivir mil años, un día de Dios, además me duelen las articulaciones, ya he pasado los años cuarenta, cincuenta y sesenta desde la última crisis de limpieza, que fue la más dura de todas, y esto significa que no renovaré mis días como antes, que no volveré a ser joven, ahora soy como cualquier persona, viviré

un año más, o veinte, y moriré. A veces me parece que mil años son demasiados para vivirlos, a veces me parece que no son suficientes, que todavía me quedan muchas cosas por hacer. Un hombre no abandona el mundo con su media pasión en la mano. Supongamos que después de mil años tengo tres cuartas partes de mi pasión en la mano, pero todavía queda una cuarta parte, y esta cuarta parte aumenta de año en año. He tenido una vida plena, a pesar de verme obligado a ir de un lugar a otro, como Caín, sin ninguna señal en la frente, eran éxodos de compasión y sin justicia, a pesar de todo, quien no nace y muere en el mismo lugar no tiene consuelo. Tal vez me vaya a Lucena para morirme allí. Tal vez muera aquí dentro de una semana, frente al mar. Sea como fuere, tú vendrás a mí siete días antes que yo entregue mi alma.

Tú crees que con los años sabrás más, pero lo que sabes no puedes explicarlo ni trasmitirlo, y de lo que no sabes puedes hablar durante horas. Tienes que saber que los maestros que saben nunca te hablarán de sus conocimientos, tal vez permitan que comprendas por ti mismo, si son buenos maestros. Toma, también te doy la bolsa de las filacterias, lleva la inscripción de Shmuel Benzimra, mi hijo y uno de tus abuelos lejanos. Todo está cosido a mano, letras blancas sobre una tela blanca, todo en pura seda. Ahora tienes la gran responsabilidad de conservar las filacterias y la bolsa para las generaciones futuras. Estoy muy cansado, por todo lo que he visto y por lo que no he visto, éste es el siglo que me ha cansado más, tal vez porque ya no tengo fuerzas para seguir aguantando tantos cambios, cambios sin fin. Lo más difícil ha sido la creación del Estado de Israel, todas las esperanzas se fueron al traste, fue el peor golpe que hemos recibido desde la expulsión de Sefarad, de señores pasamos a esclavos, por esto tu padre regresó a Málaga. Pero eso tú ya lo sabes, no puede soportar la humillación, las miradas, las frases vergonzantes, pero yo sé que tú volverás a Jerusalén, y tú también lo sabes, hay que perdonar, pero ¿hasta cuánto puede uno perdonar? Perdonamos a los cristianos, incluso a los alemanes, pero no sé cómo podremos perdonar la humillación de los asquenazíes. Es posible que el sionismo sea la causa del dolor de mis articulaciones, precisamente él, no el holocausto, ni la expulsión, ni el sacrificio de Lucena, precisamente, entre todas las cosas, el sionismo se ha convertido en el dolor más agudo. Pero no quiero hablar contigo de esto, porque seguro que ya lo has oído muchas veces por boca de tus tíos y de tu padre, incluso de tu madre, que siempre lo ve todo de color de rosa. No es de esto de lo que quiero hablar contigo.

Aléjate de la rabia como del fuego, aléjate de los asquenazíes si quieres conservar el alma pura y aléjate siempre de la mentira. Esto

sólo te causaría más dolor y más golpes, cuando lo veas ante ti, simplemente huye, no intentes vencerles, la guerra es su pan, la lucha contra el dolor es lo que provoca el dolor, la lucha contra la mentira provoca más mentiras y la lucha contra los asquenazíes provoca más humillaciones. Cuando les veas paseando por una acera, vete a la otra, saluda con educación y sigue tu camino.

Cuando quieras casarte ves a buscar entre las chicas de Tetuán, y sólo si no encuentras ninguna ve a buscarla al norte, y no abandones la búsqueda hasta encontrar a la mujer que deba acompañarte, la encontrarás. La desesperación es lo que da sombra, así que no la dejes crecer, porque al final la sombra te cubriría.

Hubo tiempos en los que cada día veía gente muerta, tiempos de peste, a veces cuatro conocidos míos murieron en un solo día, mis esposas murieron en mis manos, mis hijos en mis brazos, y yo estaba entre ellos sin poder morir. En aquellos días la muerte era un consuelo, en aquellos días la muerte era una coraza frente al sufrimiento de ver como morían todos. Sé que muchos no murieron a causa de la enfermedad, sino para no ver más muertos. Yo los recogía, con paciencia, especialmente a los pequeños, me los llevaba al cementerio, y allí cavaba para ellos una tumba, no sabía el nombre de todos, pero lo ponía. En menos de un mes enterré a cuatro hijos míos y a mi mujer. Pero siempre, Samuel, tienes que saber que siempre hay unos cuantos sobreviven a las calamidades y siguen multiplicándose, y en nuestra familia estos siempre se llaman Shmuel o Samuel, por algún motivo son los más fuertes, y tú estás hecho de los fuertes. A lo mejor no siempre, porque un tío tuyo llamado Samuel murió joven, esto también pasaba, pero yo veo que tú, Samuel Benzimra, eres de los fuertes. Estás hecho de una materia dura y nadie puede contigo.

Y hubo días hermosos y radiantes, cuando fui carpintero de reyes y de nobles, en Sevilla, allí pude ganar cada día cinco monedas de oro por las mesas y las sillas que para ellos creaba. Algunas están ahora en museos y palacios. Este dinero es el que salvó a tu familia, en Portugal, siempre lo guardé bien escondido debajo de un olivo. Porque el olivo no roba, al contrario, da aceitunas y aceite en abundancia, el olivo es un árbol generoso que vive muchos años y los espíritus malignos no se le acercan. Bien, esto era hasta no hace mucho tiempo, el olivo era el árbol más fuerte, pero en la actualidad, por culpa de las industrias, incluso lo olivos enferman, tienen enfermedades del mundo moderno. Menos que los otros, porque es el más fuerte, pero también está enfermo.

No te preocupes, dentro de unos días lo comprenderás todo, y entonces podrás ir a jugar al mar, qué maravilloso sería que este mar

fuera hoy un mar de juegos. Antes zarpaban de aquí barcos de guerra, por el mar navegaban barcos de piratas que nos atemorizaban, antes las costas estaban llenas de nuestros judíos que iban en busca de un nuevo lugar de refugio y se hundieron en el mar. Entonces el mar era el cementerio judío más grande, hasta que llegaron los alemanes y convirtieron nuestras cenizas en fuente de nuestros pensamientos. Pero entonces, ¿quién sabía que incluso ser devorado por un ser humano podía ser una muerte aceptable? El Talmud dice que hay novecientas tres clases de muerte, de modo que no somos iguales ni siquiera ante la muerte, hay novecientas tres clases de muerte, y nuestro pueblo las ha probado todas, nos ahogamos en el mar, respiramos gases, nos cortaron la cabeza, quemaron a nuestros hijos y se los comieron, qué no hicieron con nuestras vidas. Y he aquí que después de tantos y tantos años cayeron los grandes griegos, cayó Babilonia, y Asiria, y Roma, y el Imperio británico, y Francia, y nosotros somos la quinta gran potencia nuclear del mundo. Nosotros sobrevivimos, unos pocos judíos, llevándonos cierto libro, a él no renunciamos. Nunca, Samuel, hijo mío, nunca renuncies al Libro, llévatelo allí donde vayas, da igual si eres religioso o laico, no renuncies al Libro. Él es lo fundamental, de él te nutrirás, tanto si lo conoces como si no, de él sacarás el aire para respirar, no de los gentiles, de él saciarás tu sed, no del grifo, de él comerás hasta saciarte, no de los árboles. Llévalo siempre contigo, además de las filacterias y de la bolsa. Es el Libro.

No te estoy sermoneando, hijo mío, ahora eres joven, sé que dentro de una hora habrás olvidado mis reproches y recomendaciones. Los jóvenes no pueden aprender de los viejos hasta que no experimentan las cosas por sí mismos, y ahora, cuando las generaciones se han embrollado y a veces los jóvenes saben más que los viejos, con mucha más razón. Sé que te estoy aburriendo, que preferirías escuchar historias sobre reyes y sobre el Amazonas, pero también sé que un día, en el campo, bajo un olivo, dentro de unos cuantos años, un día recordarás lo que hoy te he dicho, y entonces dirás, ahora comprendo lo que Lucena me dijo.

SHABAT SHALOM

Menashé Benzimra salió de la sinagoga enfadado porque su hijo Samuel había llegado casi al final del oficio. Lo único que ahora no le apetecía era llegar a casa. Era la una del mediodía y no tenía ganas de que su mujer intentara ir tras él para calmarle, cosa que le ponía muy nervioso. Otro sábado sin fumar, ¡asco de sábado! Lo que ahora necesito es un cigarrillo, ¡vaya fastidio! Se dirigió al bar contiguo a la sinagoga, el 'Océano', y en cuanto llegó ya le saludaron con un "buenos días, señor Benzimra." El camarero, que ya le conocía, le preguntó si quería una tapa de calamares. "Sí, y una caña, por favor."

Enseguida se le unió otro de los que asistían a la sinagoga, Yitshak Wahnish, que también pidió calamares y un vaso de vino tinto.

"¿Tú por aquí?"– le dijo Wahnish.

"Me lo preguntas como si no viniera cada sábado, ¿por qué debería ir a casa?"

"Pensé que tal vez irías a ver a la sajená."

"Hoy no está en Málaga," sonrió Menashé.

"Pareces preocupado."

"Es por mi hijo, quiere ser escritor. ¿Lo oyes? Quiere ser escritor, están locos esos jóvenes. Locos, ¿de qué vivirá?" Menashé se acaloraba y Wahnish creyó que debía hacer algo para tranquilizarle.

"No es tan terrible, uno puede vivir de esto, puede escribir en algún periódico o puede ser un artista como Julio Llamazares o García Márquez, o como… hay muchos que viven de los libros, ¿por qué no?"

"¿Hablas en serio? Mira cuántos locos quisieron escribir y no hicieron nada, nada de nada".

De pronto, el camarero le dijo a Menashé que le llamaban por teléfono. ¿Aquí? – se preguntó. "Soy Marisa, al final no me fui."

"¿Estás bien?"

"Muy bien, sólo un poco cansada, estaré mucho mejor cuando vengas."

"Enseguida voy. Extraño mucho tus manos."

Menashé se despidió rápidamente de Wahnish, el cual comprendió muy bien quién le había llamado y se sonrió, "así que la sajená ha vuelto." Menashé no le respondió y salió a la calle con una sonrisa en los labios. Marisa vivía a unas cuantas manzanas de la sinagoga, a cinco minutos a pie, pero aquél día Menashé se sentía cansado y tardó un poco más de diez minutos. También resoplaba por culpa de los cigarrillos que aquél sábado no pudo fumar.

Ella le abrazó fuerte y él se apresuró a sacarse la ropa. Sin casi decir nada se tumbó boca abajo esperando el masaje de ella en la espalda. Aquél placer era uno de los pocos en el mundo por el que Menashé estaba dispuesto a todo, incluso a soportar las miradas de su hipócrita mujer intentando tranquilizarle. La vida adquiría significado en el momento que Marisa le ponía las manos en la espalda. Empezaba dándole unos golpecitos suaves a ambos lados de la columna vertebral. Menashé soñaba entonces que estaba en una montaña alta, debajo de un gran árbol y rodeado de un rebaño de cabras. Luego ella empezaba a presionarle todo el cuerpo y Menashé casi se dormía. Pero ahora era Marisa la que quería guerra. Le dio la vuelta y empezó a chuparle delicadamente el miembro. Cuando vio que no se despertaba, hizo lo de siempre, un ligero mordisco. Él espabiló al momento y la vio, desnuda y hermosa, y pensó en su mujer, en la mujer que había sido veinte años antes, en lo bonita que era entonces, en cómo su cuerpo se había estropeado hasta parecer otra, montones de grasa en lugares extraños le habían rellenado el cuerpo, los pechos se le habían caído, su gracia y su pasión habían desaparecido. Lo mismo le ocurriría a Marisa, pensó, dentro de unos años, si se casaba y tenía hijos, y aunque no los tuviera.

“Un poco más de masaje, por favor,” dijo Menashé, aquellos pensamientos le tenían tan ocupado que le impedían la erección. A pesar de que estaba excitada y de que lo único que le pedía cuerpo era que él la penetrara, aceptó, porque siempre consentía a Menashé. Entre ellos no hubo nunca un gran amor, era evidente, pero cada vez que se encontraban se creaba entre ellos una infinita ternura. A ella, él, el hombre maduro, le daba la seguridad de que con él todo le iría bien, y a él, ella le daba la ilusión de que todavía no era un viejo como le quería dar a entender.

Más pronto de lo habitual, Marisa le dijo que tenía que ir a ver a su amiga que estaba enferma en el hospital, y Menashé volvió a encontrarse en la calle a la una del mediodía. Faltaba una hora y media para la comida, y lo único que no quería era ir a casa o encontrarse con su hijo.

De camino a casa, con su paso lento y la respiración entrecortada, se detuvo a tomar otra caña en el bar ‘El Mancebo’. Esta vez pidió una tapa de patatas con mahonesa. Oyó a su madre diciéndole que estaba demasiado gordo, aun siendo todo lo contrario. Al momento entabló conversación con un hombre que estaba sentado a su lado, Paco.

“Dicen que el treinta y uno de diciembre todos los ordenadores dejarán de funcionar.”

“¿Y a ti qué te importa?”

“A decir verdad, me da lo mismo, ni siquiera sé cómo es un ordenador, pero dicen que no habrá agua. No sé cuando el agua

empezó a llegar a través de los ordenadores, ni tampoco la electricidad, pero si no tiene que haber ni agua ni electricidad, sí que me importa."

"En serio, camarero, dime cuando el agua empezó a llegar a través de los ordenadores, ¿no se mojan?"

"La electricidad lo entiendo, ¿pero el agua?"

"¿Otra caña?"

"Basta de cañas por hoy, venga, te invito a un whisky."

"De acuerdo, dos whiskitos."

Éste era exactamente el momento del despeñamiento de todos los sábados en la vida de Menashé, después del whiskito venían dos cañas más, y otras diez tapas de tortilla española, gambas, calamares y, a veces, cangrejos. Paco, que empezaba a interesarse por el tema del agua y de los ordenadores, incluso preguntó a otros hombres que estaban sentados en las mesas sobre aquél tema tan importante, y al final llegó a la conclusión de que el agua llegaba por debajo de los ordenadores. Y las tuberías quedaban apartadas.

"Me parece muy lógico," dijo Menashé. "Pero de la misma manera podría llegar por arriba."

"Podría ser, lo importante es que no sea por dentro, eso es lo que yo digo."

Así siguió la conversación y Menashé se olvidó del almuerzo, hasta que fueron a buscarle. A lo largo de los años Samuel se había hecho un experto sobre los sitios a los que su padre iba a pasar el rato los sábados.

Menashé llegó a casa, su mujer mostraba evidentes señales de enfado. Estaba casi borracho, de modo que no podía dominar su comportamiento. "¿Quién ha tenido que meterte en mi vida? ¿Por qué Dios me castiga? ¿Alguien lo sabe? Y tú, Samuel, ¿aún sigues queriendo ser escritor? ¿Aún? No haces más que darme disgustos, toda la familia, ninguno de vosotros puede ser normal." Menashé se dio cuenta de que había una invitada, la hija de su hermano y amiga de Muriel, Sandra. "¿Tú también aquí? Mirad, ésta es una chica que no avergüenza a su padre, seguro que no quiere ser escritora y que quiere ir a la universidad." Samuel intentó varias veces meterse en la conversación para decirle que había decidido estudiar física, pero le fue imposible. "Vine aquí desde Tetuán para que fuerais buenos y útiles a la sociedad, no para que avergonzarais a mi padre ni a mi abuelo, Samuel Benzimra, el mejor producto del país, una enciclopedia viviente, mujer, tráeme el vino para la bendición, no sé quién allá arriba tuvo la idea de poner mi vida al lado de la tuya, mira lo que pareces, eres como un saco en el mercado, como aquellos enormes sacos de patatas que el moro nos llevaba a casa en Tetuán." A

pesar de la borrachera Menashé se dio cuenta de que se había pasado un poco, vio como Simi, su mujer, estaba llorando, pero ya no podía detenerse. “Mira, mírate, y tú, Luisa, ¿tú también quieres ser escritora? A lo mejor también tú, Salomón, hijo de nuestra vejez, tú que todavía no entiendes nada, y mucho menos en qué familia de locos te has metido, al menos tú todavía no quieres ser nada. Tráeme el vino, y ahora, a callar todos y a hacer el kidush.

ALEGRÍA

Los judíos me llaman la cristiana, los cristianos la judía, los marranos no hablan conmigo, sólo los judíos me mantienen. Mi apellido es González, antes Galfón, antes Bibas y antes Benzimra. Vendo carne kasher, un negocio que desde hace veinte generaciones se transmite por herencia. No consiguieron acabar con mi negocio ni el de mi familia. Desde siempre es sabido que sólo la familia Golzález puede vender carne kasher en Sevilla. Carne sin sangre, sin la sangre de Jesús que está en el cielo, carne con sangre seca de judíos muertos o a punto de morir. Todavía me queda un primo judío, uno que siempre dice que es de Lucena, me mira con compasión y se apiada de mí y de mi vida de cristiana. Tengo otro primo que se convirtió justo antes que quemaran su casa con su esposa dentro. Él dice que es una santa porque murió por su fe, pero ¿que clase de fe es la que lleva a uno a la muerte? Yo soy cristiana, pero estoy viva. Esto es el judaísmo. Es preferible ser una cristiana viva que una judía muerta. Dios nos ha puesto en este mundo para que honremos la vida que nos ha dado. Cuando todos lleguemos allí arriba sabremos quién tenía razón y quién no. Incluso podría ser que precisamente fuera el cura el que tuviera razón. Quizás en el cielo solamente hay cristianos. Lo único que me ha quedado de mi religión es el Kadish que mi padre me enseño a decir porque él no tuvo hijos varones, y me pidió que yo se lo rezara ante su tumba. Ni siquiera como la carne que vendo, aquí todos saben que somos buenos cristianos, como también fuimos buenos judíos.

UNA CARTA

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Me preguntas sobre la situación en Jerusalén. Te lo agradezco, porque quizá redactar la carta me ayudará a ejemplificar lo que ocurre. Es posible comprender el lío que te has hecho debido a las noticias desfiguradas que os llegan a diario. La gente tiene miedo a salir de la ciudad, como si a cada momento tuviera que suceder algo asombroso, pero yo ya he ido a Tel-Aviv algunas veces y nada ha cambiado. Hay gente que simplemente tiene miedo a salir, todos dicen cosas distintas. Parece ser que el llamado síndrome de Jerusalén ha hecho enfermar a la población. Hay gente que en absoluto es religiosa, como Menashé Har, que ayer vino a verme y me dijo que había visto el Templo en pie. Otros dicen que la ciudad vieja de Jerusalén está arrasada, salvo la Cúpula de la Roca; otros, que sobre el Monte del templo hay un gigante que lleva la Cúpula de la Roca sobre la cabeza, desde mi casa yo sólo veo árboles. De hecho, es muy peligroso pasar la puerta de Yafo, pero yo lo he hecho una vez, y cuando llegué al Monte del Templo no vi ningún templo, lo que vi fue una parte del Muro de las Lamentaciones destruida, justamente había mucho humo. Hay gente que dice que en los supermercados no hay comida, pero cuando yo fui a comprar había mucha, no sabes a quien creer; las emisoras de radio (la televisión está enmudecida, aunque en ella a veces vemos las oraciones de los almuédanos) informan de sucesos distintos; por ejemplo, ayer hablaban de un atentado en masa en el que murieron quinientas personas, había tenido lugar al lado de mi casa, pero yo no vi nada, aunque tampoco puedo decir que el atentado no hubiera ocurrido, porque estoy un poco sordo. La frase “es increíble” forma parte de la cotidianidad. Te aseguro que hace una semana vi un proyectil Scud sobre Jerusalén durante dos horas, luego simplemente desapareció. ¿Fue una pesadilla? No se cómo explicarlo, hay gente que se vuelve religiosa observante y que se pasa el día rezando para alejar las fatalidades, otros están convencidos de que han visto el Mesías varias veces y se sienten satisfechos por haber ofrecido un sacrificio pascual en el Templo. Otros, religiosos, dejan de creer y dicen que el Mesías no vendrá, que es el fin, y que de aquí vamos a otros dos mil años, que es como decir a la eternidad. Los de izquierdas, que están creciendo mucho, dicen que es un castigo por no haber cedido bastante a los palestinos en el último acuerdo de Oslo, el Oslo 12, me parece, que también deberíamos haberles cedido el barrio de Qátamon, y hay quien dice que en Jerusalén se ha llegado a tal

situación que uno ve lo que hay en su interior, es decir, si en su interior hay guerra, ve guerra, y si hay paz, paz. No sé si esto es tan evidente, porque toda la vida he visto el Templo en mi interior y ahora no lo veo, aunque tampoco veo ninguna guerra. Evidentemente, me darán explicaciones que no me convencerán demasiado. Sin embargo, yo veo que hay abundancia de productos mientras otros, entre ellos algunos amigos míos a los que conozco bien y de cuya honestidad no tengo ninguna duda, me dicen que hay carencia de todo.

De todas formas, ésta es la situación, se acerca el Yom Kipur, el Día del Perdón, espero que sacrifiquen una vaca roja para expiar nuestras culpas. No sé si mi carta te servirá de algo, pero es todo lo que puedo decir. Jatimá tová y feliz año.

MAMÁ, ¿SOMOS JUDÍOS O CRISTIANOS?

Somos lo que somos.

¿Por qué los niños me llaman “judío”?

Por que eres el más guapo y el más inteligente.

¿Por qué es tan malo ser judío?

El ser humano tiene un odio interminable, el odio es un pozo sin fondo.

Esto quiere decir que mi abuela era judía.

Tu abuela era una santa, murió quemada. El fuego es nuestro mejor amigo. A veces creo que el fuego es Dios.

¿Sufres, mamá?

Como el pájaro que ve como su nido se va volando. La vida me hace sufrir como si fuera la muerte.

¿Y esto tiene fin?

Ya verás cómo no, ya lo verás.

SAMUEL

Las noticias que llegan son muy malas. Los españoles han entrado en Orán. Los malditos nos echaron de España y ahora vienen tras nuestro en las costas. Dicen que persiguen a los piratas, pero todos sabemos ya muy bien como termina esto. No han pasado ni veinte años desde que nos prohibieron vivir en nuestra tierra que ya los tenemos otra vez detrás. Mucho me temo que llegarán también a Tetuán dentro de pocas semanas. Intentarán apartarnos de nuestra religión. Y cuando nos hayamos convertido al cristianismo nos espiarán para ver si comemos cerdo o si el sábado hacemos fuego, y luego dirán que no somos buenos cristianos. Como en Sevilla, no bastaba con ir a misa, maldito sea Dios, también era preciso comer cerdo y hacer fuego los sábados. Una vez le dije al cura "¿Dónde demonios está escrito que hay que comer cerdo cada día y hacer fuego los sábados? ¿Es que no se puede ser un buen cristiano sin hacerlo?" Antes de morir quiero decirte que en vida pasé por muchas cosas, y que no hubo muchos heroísmos. Yo quería ser un buen cristiano, incluso hubo días en los que creí en el bastardo, pero era imposible convencerles de que era suficientemente cristiano. Me costaba mucho hacer fuego en sábado, pero ni siquiera prendía velas y el cerdo ni me gustaba. Pero hoy maldigo el día que mi padre no se fue de Sefarad y decidió convertirse, maldito sea el día que prefirió sus tierras a su fe y a su Dios. Hasta que vine aquí y vi morir a mi mujer y a mi hijo en el barco, y aquí volví a formar una nueva familia. Si mi padre hubiera sabido que uno de sus hijos, y su nieto, se harían curas, dudo que se hubiera convertido al cristianismo. Aquí no te dirán nada de esto, todos te dirán que huyeron de los cristianos, pero muchos de ellos, muchos y buenos, intentaron ser buenos cristianos antes de volver a su judaísmo y antes de llegar aquí.

El primo de Orán ha vuelto a escribirme los mismos garabatos de siempre, que los españoles han cambiado, que no vienen a Orán para convencernos de que seamos cristianos, que ellos precisan de los musulmanes y de los judíos, así que ni a los unos ni a los otros les ocurrirá nada. Te das cuenta, no ha pasado ni una generación y seguimos creyendo lo que nos dicen, en todas las generaciones nos contamos las mismas mentiras. A veces durante cincuenta años, a veces durante cien, pero la historia siempre se acaba mal. Cuéntaselo a tus descendientes, diles que no deben vivir con los cristianos, diles que tengan mucho cuidado con los cristianos, diles que vivan con los moros y que no vayan a países cristianos. Que vivan con paganos o

con indios, pero nunca con cristianos. Y ahora, dile al rabino que entre para decir la oración de Shemá Israel.

¿CUÁNTOS OJOS TIENES?

Cuatro, uno por cada hijo que se fue.
¿A dónde se fueron?
Uno se hizo moro, otro cristiano y dos murieron en el camino.
¿De qué color es la soledad?
Sabe a vinagre.
¿A vinagre de vino?
A vinagre de sangre.
¿Todavía rezas?
Como otros respiran y comen, como un caballo.
¿Por quién rezas?
Por mis hijos perdidos y por los que perderé.
Siempre sobrevivirá alguno.
Sí, pero tampoco podrá levantar a los muertos. Vidas enteras enterradas, perdidas. Cada muerto es un mundo que no nació.

YITZHAK

Maldito sea el día que salvé a mi hijo de la Iglesia. Maldito sea el día que huí de España para venir a este país que lo prometía todo y no dio nada. Salvé a mi hijo del fuego y ahora ha desaparecido en el agua. Se lo llevaron unos instantes antes que su madre le inmolara, como hizo la Núñez, un segundo más y hubiera muerto judío, no se habría convertido en un cristiano. Le digo a Dios, tal vez nosotros debamos preferir la muerte a la conversión, pero un niño que apenas sabe hablar ¿no sería mejor que viviera? Pero, hijo mío, nunca sabrás que eres mi hijo, nunca sabrás que desciendes de la familia Abrabanel, nunca sabrás que tus antepasados fueron rabinos, poetas y hombres de ciencia, nunca sabrás de dónde vienes. Sólo recordarás una madre llorando con un cuchillo en tu cuello, un minuto antes de degollarte como a una gallina el día de Kipur. Y nunca entenderás de dónde viene este recuerdo, cuando mi vida no sea vida y mi muerte sea mi única salvación. Miraré hacia este inmenso mar, hacia el océano, y miraré cómo te subieron al barco para siempre.

RICHARD

No estoy seguro de que la súbita noticia de tu muerte sea tan mala como parece. Te odié tanto y tantas veces te perdoné que ya no sé si soy tu hijo y tú mi padre, o si somos enemigos desde hace cincuenta reencarnaciones. Desde que me abandonaste aquí con mamá para irte con otra mujer. Me alegro de que con ella que no tuvieras hijos, te lo merecías. Con todas las tonterías que me comen el coco, ya no sé si eres mi padre o mi enemigo.

Fue tu mujer la que pagó el caro billete de avión para que yo fuera a tu entierro. Por lo menos te saqué tres mil dólares, a raíz de tu muerte y a través de tu mujer. Estoy aquí porque mi amigo David me puso en el avión y me convenció de que debía venir para decir el Kadish en tu tumba. A pesar de que todo eso ni me interese lo más mínimo ni me importe. Sea como fuere, aquí estoy para decir el Kadish ante tu tumba reciente. Tampoco creo que a ti te importe tanto el Kadish. Pero David me convenció de que hacerlo podría ayudarte, así que a lo mejor incluso estás contento de que esté aquí, yo, tu único hijo, diciendo Kadish ante tu tumba. Y todos estos largos viajes de todos para que llegaras a Johannesburgo y odiaras tanto a los negros, que lo sepas, tal vez aquí todavía no lo saben, pero en Sudáfrica pronto habrá un presidente negro, el criminal llamado Mandela. Lo sabe todo el mundo menos vosotros. Lamento no poder verte vivo bajo el gobierno de un negro, la verdad es que me hubiera gustado. Pero nada de todo esto me interesa. He venido hasta tu tumba para saber cómo, cómo has podido dejarme fuera de tu herencia, cómo, cuando conoces exactamente mi situación, cuando sabes que no tengo nada. Ni siquiera veinte mil dólares del millón o de los dos millones que tienes, ni siquiera esto. ¿De verdad no sabes que no tengo nada?

¿Ni siquiera un año antes de morir, en el bufete del abogado, te acordaste de que tenías un hijo? Pero yo vine a tu tumba a decirte Kadish, quien sabe, a lo mejor esto te hace feliz en el otro mundo, a lo mejor incluso te arrepientes de no haberme dejado nada en herencia, a lo mejor, después de tu muerte, por fin te arrepientes de algo. De ser así, el viaje valió la pena.

EL SEXTO DÍA

Confundo los tiempos y he olvidado muchas cosas, pero nada de todo esto importa ya, cuanto más vivimos más olvidamos. He visto muchas muertes violentas e inocentes por los caminos.

La encontré una mañana maravillosa, a fines del siglo pasado, mientras paseaba por las callejuelas de Les Halles. De pronto nuestras caras se toparon, nos miramos, sus ojos negros se metían dentro de los míos. Casi se me cayó encima y yo oí un ruido de madera golpeando el suelo. Eran sus muletas. Se cayó sobre mí, y entonces comprendí que aquella hermosa mujer sólo tenía una pierna. Pero al instante también comprendí que me quedaría con ella hasta el día de su muerte. Años después ella me dijo que una semana antes había soñado que encontraría a su futuro marido, que incluso me había visto en sueños.

Era un jueves, siempre encontré a mis mujeres en jueves, se llamaba Sara, era judía, siempre eran judías. Pero ella no lo supo hasta el día que le dijo a su madre que iba a casarse con un judío.

Yo estaba presente cuando la madre le dijo, “te quería salvar del destino judío, pero veo que el destino vino a ti. Si no fuera por tu minusvalía, quien sabe, quizás incluso te diría que no te casaras con él. Pero en tu situación no puedo impedirte esta felicidad. También veo que él se preocupará de tus necesidades toda tu vida. Sólo te pido que no hables de tu judaísmo con tus hermanos y que te vayas con tu marido a otra parte. Te deseo una vida plena.”

De allí no regresé a Tetuán, como muchos tetuaníes, me fui hacia Venezuela. Durante el viaje me di cuenta que Sara no lo podría aguantar, así que nos quedamos en Madeira. Todos los barcos hacían escala allí camino a Sudamérica.

Sara sólo vivió cinco años más, se le gangrenó la segunda pierna, y esta vez fue imposible evitar que la enfermedad se expandiera.

No tuvimos hijos, su memoria es pura, seguramente fuimos los únicos judíos de Madeira, aunque a mí me parecía que muchos eran marranos, además, los días festivos se ponían una especie de bonete muy parecido a nuestro solideo.

Recuerdo aquél mar frío y tranquilo, la pequeña ciudad de Funchal y el agradable clima que seguramente ayudó a Sara a sobrevivir algunos años.

No, no sé si te interesa escuchar esta historia, pero para mí es importante contarla porque aquél fue un verdadero amor, a veces cinco años tienen más importancia que cincuenta.

Tal vez te lo cuento para que veas que lo más importante son las relaciones humanas, no las realidades sociales o políticas. Las cosas más importantes no están escritas en los libros importantes.

También hoy pienso en el mar, incluso los aviones caen al mar, y la gente, como siempre, está desconcertada. Maridos, hijos e hijas desaparecen como si no hubieran existido, el mar se los bebe, la tierra, con los terremotos, se traga gente, y yo he vivido muchísimos años sin que nadie se me tragara. Uno desaparece en el mar a los dos años, a otro, un anciano de cien años, no le pasa nada y nosotros quedamos aturdidos. Yo, hijo mío, ciertamente después de mil años no tengo ninguna respuesta en lo que concierne a la vida y a la muerte, y quizá el haber preguntado mucho me provoca un dolor mental, como cuando uno se rasca demasiado en un mismo punto. Seguro que esperas respuestas de mí, siempre esperamos más respuestas de los que más han vivido. He visto morir a mis hijos, jóvenes y viejos, y siempre he llorado, pero no sé por quien lloré más, si por los que llevaron el peso de su vida, se gastaron y vieron, o por los que no llegaron a tiempo de ser mayores y murieron antes de conocer el sabor del sexo y el del desengaño. A veces me compadezco de mí mismo por haber vivido tanto y por haber pasado tanto, a veces me digo que debería ser el más feliz de los mortales por todo lo que he visto. Y a mí, que ya de muy joven siempre tuve la sensación de estar dispuesto a renunciar a la vida y a dejar este mundo, el destino me deparó vivir más de mil años, precisamente yo, como Moisés pidió dirigentes enemigos del botín, así quizá Dios le pidió gente enemiga de la vida para que viviera mil años. Quizá con el tiempo olvidé hasta qué punto quise abandonar el mundo siendo joven, lo he olvidado un poco, tuve amores, mujeres e hijos que me dieron satisfacciones, no sólo sufrimientos. Y ahora te veo a ti y tras mil años de exilio debo sentirme feliz, estoy contento porque naciste para bendecirme, tú serás quien dirá el Kadish en mi tumba, dirás el Kadish por la mujeres desamparadas, por las comprometidas que dejé sin marido y por los hijos que creyeron ser huérfanos y que no tuvieron la tumba de un padre para ir a decir Kadish, por los que pensaron que había desaparecido en el mar, que fui arrastrado con el barco hacía los lugares de alimento de los tiburones. De entre todos, Samuel, tú eres el único que vendrá a mi tumba.

LA GRANJA DE MIEMBROS

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Bajo este atractivo nombre se escondía uno de los proyectos científicos más importantes del siglo XXI. En un lugar oculto en la selva de África, o de Asia, un lugar absolutamente desconocido, se llevaba a cabo el mayor experimento genético de la historia. La cría de seres humanos para producir miembros para trasplantes. Eran personas sin serlo, anónimas, sin nombre, sin interés para el mundo.

El profesor Lichtenstein miraba cada hora las solicitudes que llegaban a través del correo electrónico.

"Pierna de una joven de 1,70 m de altura. ¿Tenemos?"

La secretaria miró el archivo del ordenador y dijo:

"Sí, pero no en el congelador. Hay que hacer el pedido al banco de miembros."

"¿Cuánto tiempo llevará? Es urgente."

"¿A qué lugar del mundo?"

"A Suiza."

"Unas quince horas, menos es imposible."

"Bien, voy a contestarles. Veremos lo que dicen."

El proceso se llevaba a cabo apretando un botón, no intervenía ninguna persona, ni en la gestación de los individuos de los que se sacarían los miembros ni en el corte de los miembros que se necesitaban.

"Bueno, están conformes, pero piden que se haga lo más rápido posible."

"Primero tengo que mirar en el ordenador si se ha hecho la transferencia."

La secretaria miró la cuenta bancaria y vio que el dinero había llegado. Inmediatamente tecleó el número del donante:

25584

El ordenador preguntó si tenía que congelar el resto de los miembros o solamente cortar la pierna.

"¿A usted que te parece?" le preguntó al médico que estaba frente a ella.

"¿Cuál es su grupo sanguíneo?"

"AB negativo."

"Es un grupo poco común, que le corten sólo la pierna. No creo que necesitemos muchos miembros de este grupo sanguíneo."

Un robot que iba por la granja se llevó a la chica a la sala de

operaciones y allí, con anestesia local, le sacó la pierna. No sintió dolor alguno puesto que cuando nació le habían extirpado los centros neurálgicos del dolor. Luego regresó a la pata coja a jugar con sus amigas. Éstas la miraron sorprendidas durante unos minutos, pero muy pronto la chica se fue con otras que también estaban amputadas, dejando el grupo de las que tenían cuatro extremidades.

Mientras estaba con sus amigas, su pierna había sido congelada, puesta en una caja verde y llevada a un avión que esperaba con los motores en marcha para transportarla.

En la caja había una etiqueta:

“Granja de miembros- Miembros para todo el mundo en menos de veinticuatro horas.”

LA CAMPANA

Ahí está, en el bar 'La Campana'. Sentado y aturdido, ni siquiera me reconoce. De vez en cuando abraza al joven que está a su lado, ahora se comprende que sea el último judío de aquí que no emigró. Pero yo me propongo matarle. Le mataré. Tal vez sea bueno que no me reconozca, tal vez no haya sido yo la única. Tal vez hubo otras. Sea como sea, le ha llegado el día, lo haré con prontitud. Él me usurpó los placeres de la vida y yo le usurparé su vida. Aquí es un hombre importante, un comerciante acomodado, parece muy satisfecho con su vida, pero no sabe que está a punto de acabársele, toda su vida, la vida de familia, la vida libertina, la vida de violador, la de pedófilo, toda, porque aquí a la gente importante todo le está permitido. Pueden violar, pueden seducir a un joven, la policía está sobornada o es que a nadie le importa lo que me hizo, a nadie. Él ni siquiera puede imaginarse que la mujer que tiene sentada enfrente, mirándolo, no lo hace porque sea guapo o rico, ni para que vaya tras ella por a su sex-appeal oriental-magrebí.

Es evidente que no me recuerda, ni siquiera mira hacia mí, un hombre de sesenta años, guapo y atractivo. ¿Acaso le faltan chicas? ¡Mujeres de edad madura! Pero que hace treinta años parece que le gustaban las jóvenes sin medios. Así fue como aquella tarde luminosa, cuando yo volvía a casa, se me acercó en plena calle y me metió por la fuerza en su coche nuevo. Si alguien lo vio no dijo nada, nadie denuncia a un rico con coche, hijo de…

Yo me había acercado a su coche creyendo que le conocía, pero no era hablar lo que él quería. "Te lo haré pasar bien. Si quieres, bien, sino a la fuerza." ¡Cómo le gustaba decir 'a la fuerza'! Recalcó la palabra 'fuerza' como si fuera un mantra. Grité, pero cuando me di cuenta ya estábamos a las afueras de la ciudad. Me llevó a una casa solitaria y allí me violó una y otra vez durante horas. Aquél tipo siempre la tenía levantada. La violación es lo que le excitaba. Y el miedo, eso es lo que noté todo el rato, su miedo a no disfrutar en absoluto, porque él prefería a los hombres, y aquello lo hacía para huir de los jóvenes que le atraían.

Recuerdo que lo único en lo que pensaba era que no debía resistirme para que no me dejara señales de golpes en la cara, para que nadie pudiera saber lo que aquella tarde había ocurrido, para que nadie pudiera sospechar. Entonces yo era una jovencita, y si en la comunidad judía se supiera que había sido violada, si se supiera que había sido violada, no podría casarme.

He aquí que, ironía del destino, después de veinticinco años de

haber abandonado la ciudad, veinticinco años, he vuelto –negocios de mi marido, que está construyendo un hotel con casino en la costa– para encontrarme de nuevo con él. No se acuerda de mí ni sabe que hoy morirá ¿Cómo debe ser el último día de alguien que tiene un montón de dinero, amantes –ellos y ellas–, los mejores médicos? ¿Cuál es la sensación, señor Pinto? ¿Cómo se siente? ¿A lo mejor como me sentía yo hace treinta años, joven, virgen, guapa y dispuesta a casarme? ¿Es lo mismo? ¿Habría podido imaginarme que algunas horas después me sentiría sucia e indigna de cualquier hombre? ¿Podía imaginar los años perdidos, que nadie comprendería qué hacía yo en París, huyendo de los hombres y de las obligaciones? He pasado veinte años intentando encontrar de nuevo mi ingenuidad, buscando a la joven que había sido, buscándola por todas partes, incluso como señorita de compañía, como maestra, como detective en el distrito trece de París, detective de violaciones de jóvenes. Hasta los cuarenta años no fui capaz de amar a ningún hombre, así es, señor Pinto, como me robó la posibilidad de tener hijos, pero hoy morirá. Lo haré de manera limpia, sé que no me cogerán, seguramente dirán que un moro ha acuchillado a un judío y aquí se acabará todo, no será la primera vez que esto ocurra, habrá habladurías y después los judíos dirán que no han podido coger al asesino porque los moros son antisemitas. ¡Ah, Señor Pinto!, su mujer le llorará y sus hijos se alegrarán de haberse librado de usted, por fin tendrán su dinero, e irán a malgastarlo a París con chicas de compañía, o con alguna que había sido violada y que ahora folla por dinero, y para tener la sensación que domina la situación, el hombre y su propio cuerpo. Ser puta para poder ser dueña del propio cuerpo y de un pequeño Mercedes, lo fui durante un año, hasta que comprendí que sólo lo hacía para evadirme, no era simple desaparecer y renunciar al dinero, pero en realidad el dinero no me importaba, ahorré y seguí viviendo como una chica normal y corriente. Fuera del trabajo en sí, las otras chicas no me importaban para nada, como tampoco me interesaban ni aquél trabajo ni aquél dinero. ¿Sabe lo que hice con el dinero? Emigré a Israel. Dinero de la prostitución para el sionismo. Enseguida me puse a estudiar Asistencia Social en la universidad, pero después del primer año ya empecé a notar que aquél país, con tantos y tantos judíos viviendo juntos, no era para mí. Eran groseros y humillantes, todo lo que hice me parece humillante, era mucho más humillante que el hecho de que un hombre me diera dinero; para mí, tanta grosería y aquella forma de hablar era como si me estuvieran humillando, no lo hacían expresamente, así eran, y punto, pero todo me humillaba. Tal vez tenía esta sensación porque todos los judíos empezaron a parecerme tan degradantes como usted, señor Pinto, monsieur Pinto, rico malcriado y perverso que cree poder hacer todo lo que se le pasa por

la cabeza, seguramente incluso su mujer sabe que se folla a su joven moro, pero no le importa, no le importa por el dinero, o tal vez porque pertenece al tipo de mujeres que no ven ni lo que tienen delante de las narices, como mi madre, que cuando vino a verme a París no quiso saber de dónde había sacado yo el Mercedes Coupé, no preguntaba nada, quizá le daba miedo la respuesta, pero era experta en no ver ni preguntar, siempre había sido así, no quería saber que había crecido y me había convertido en una mujer. En un monstruo. Nadie sabía que hice lo que hice por culpa de usted. Luego utilicé el dinero para un tratamiento psicológico, mientras trabajaba de traductora en la UNESCO, en las sesiones usted aparecía siempre y yo decía que lo que quería era matarle, asesinarle. Ella, la psicóloga, intentaba influir en mí para que me resignara a que aquello había pasado, pero yo, lo único que quería era asesinarle, y hoy lo haré, me pondré una chilaba, soy lo suficientemente alta para hacer creer a la gente que soy un hombre, serán sólo unos segundos, lo haré, señor Pinto, hoy un moro le matará, es lo que todos pensarán, tal vez sólo me haga falta una cosa, mirarle a los ojos y hacerle memoria de lo ocurrido, hablar con usted unos instantes, pero esto son quimeras, hoy, al atardecer, a la misma hora en la que me metió en su coche nuevo, cuando se dirija a la sinagoga para la oración vespertina, sí, sé que va allí, le necesitan para el minyan, le meteré el cuchillo en el vientre, al anochecer, correré a lo largo de dos calles y luego me meteré en mi coche, me sacaré la chilaba y nadie podrá identificarme, todos pensarán que le ha asesinado un moro loco vestido con chilaba. ¿Hay algo más lógico para un judío rico que morir así?

UN SEFARDÍ EN TEXAS

No soy el primero, seguro. Hubo ya sefardies que se asentaron aquí en el siglo XVIII. Es sorprendente lo que hago yo aquí. Es absolutamente sorprendente como acontecen las cosas, participo en un festival internacional de poesía, es la primera vez que participo en un festival, y precisamente aquí, en Austin, Texas.

En Israel aún no había sido invitado a ningún festival, y esto es a la vez sorprendente y no sorprendente, ahora estoy aquí tras haber colgado algunas decenas de poesías en Internet, alguien en algún rincón del mundo las vio. Y aquí soy el poeta más internacional del mundo, leo mis poesías en castellano, en inglés y en hebreo, y cada vez que actúo me piden que vuelva a leer aquella poesía, la que galopa, dicen, la poesía "Caballos".

"Caballos", la poesía que galopa, la escribí en castellano, la lengua de mi madre, el castellano, después de tantos años, de tantas subidas y bajadas, pero precisamente en castellano las palabras me suenan bien. Escribo una poesía y siento satisfacción, una satisfacción que no había sentido tras miles de poesías en hebreo. En hebreo siempre me parecía que tenía que escribir otra, y otra, y otra, porque no encontraba el tono correcto. Pero después de una poesía en castellano puedo descansar algunos días, siento una música, el lugar de donde ha salido, el sonido de la infancia, de una infancia que vuelve con las palabras, con un sonido, con los códigos personales y exactos, palabras que vuelven a través de los túneles de la historia, palabras que llegan de regreso a Lucena.

Una semana en Austin, un lugar misterioso para mí, las melodías que yo escuchaba estaban siempre relacionadas con esta ciudad, o por lo menos con Texas. Cantautores, para mí grandes poetas, nombres desconocidos en Israel, incluso en los Estados Unidos. Tornes Van Zandt, David Rodríguez, Jimmy Lafave, que en realidad era de Oklahoma, aunque forma parte inseparable de los sonidos de esta ciudad. Porque en Austin la música es una especie de religión, todo el mundo va a escuchar música, está en todas partes, a precios ridículos, porque los cantantes tienen que pasar por ese lugar. Fui algunas noches al "Cactus Cafe" y allí escuché a Butch Hancock, a Lafave, a Elisa Gilkinson, a Cliff Eberhardt.

Le dije a Cliff Eberhardt que parecía israelí, en realidad le dije que parecía curdo, le dije que si alguna vez iba a Israel la gente le hablaría en hebreo. Por sorpresa mía me reveló que su abuelo materno era el profesor Simon, el que había tomado parte en el tratado de paz con Martín Buber. El sionismo llegó a Austin y no podía huir de ella.

Estoy aquí como en un sueño, noto muy bien mi cosmopolitismo, lo noto en mis antepasados, eran sefardíes, pero nunca olvidaron que formaban parte del gran mundo, del mundo cristiano y musulmán a la vez. Por esto pudieron viajar por todo el mundo sin sentirse extranjeros en todas partes. Sin contar Israel, en Israel se convirtieron en una minoría desamparada, y toda su liberalidad se hundió en el mar. Así es como se crea la extraña situación de que aquí soy el cosmopolita y el poeta étnico en Israel, el que no se ocupa de los problemas serios, como el amor entre la pareja, la muerte o la Shoah. Y pensar que uno de los escritores que más han profundizado en la Shoah es el egipcio-sefardí Edmond Jabès, que escribía en francés. Sin lugar a dudas, si hubiera escrito en hebreo, en Israel nadie le hubiera hecho caso, en el mejor de los casos él mismo habría corrido con los gastos de publicación de sus libros y los habría repartido entre sus amigos.

Demasiado tarde para ocuparse de esto, el tema está perdido, la segunda y la tercera generaciones hace tiempo ya que aceptaron los estereotipos que les han arropado, los sefardíes son pasivos, llorones, sólo sirven para trabajos simples y no tienen ningún interés en progresar en la vida. Yo era el loco que estaba allí, y recuerdo, sé como son los españoles de Málaga y de Madrid, viví allí y me acuerdo, pero el recuerdo es una maldición, una maldición que está entre la sociedad en la que vivo y yo. Vivo y no vivo, porque si en algo sueño es en volver a vivir el la diáspora. Me gusta el exilio, me gustan los judíos que no tienen nada que ver con esta calamidad económica o social. Vivo en una sociedad esquizofrénica. Pero yo, muy a pesar mío, no estoy esquizofrénico. Tras cien años de sionismo que deberían haber sanado a los judíos, lamento tener que decir que los de la diáspora son lo que están más sanos, al menos relativamente, los locos de verdad son los que residen en Sión. Aquí, en Texas, puedo darme cuenta de ello, aquí la gente habla conmigo sobre poesía, sobre el significado de la diáspora, de las palabras, no sobre Marruecos, Marruecos, Marruecos. En todas las entrevistas en las que participo me preguntan sobre Marruecos, como si yo representara algún organismo de cientos de miles de personas, cuando apenas puedo hablar de mi mismo. Siguen mirándome y preguntándose si yo les podría dar votos, en cuyo caso me publicarían un libro en la editorial ‘Am Oved’.

De esto es de lo que acuso a los asquenazíes, esto no exime a los sefardíes de su situación. En todos los lugares de la diáspora han luchado para mantener su especificidad, y en Israel, sin pensárselo un momento, hacen concesiones a un reducido grupo de cosacos judíos que no tenían dinero suficiente para ir a los Estados Unidos. Renuncian constantemente a todo su pasado por un plato de lentejas con más zanahorias que lentejas. Por eso el guiso es tan rojo.

Vuelvo a ponerme nervioso, pero no, no estoy tan enfadado, hay días. Mejor dicho, hay momentos en los que me enfado, pero después acepto el veredicto porque sé que todo esto es una gran lección. Aprender a estar siempre en el lado opuesto, y comprenderlo.

En Austin, una noche, a media noche, al salir de la presentación de Alejandro Escobedo, me encaminé al hostal donde pernoctaba. Era un recorrido a pie de menos de una hora, pero a estas horas de la noche las calles estaban vacías. De pronto, delante de mí vi a un negro, joven, caminando despacio, y un coche de la policía de los Rangers de Austin, se le acercó, se detuvo y el policía que iba dentro se puso a hablar con el joven. Yo me encontraba a una distancia de algunos minutos de caminata, pero lo vi todo con claridad. Seguí caminando, el coche de la policía me esperaba. El policía me dio las buenas noches educadamente y me preguntó si todo iba bien. Evidentemente, le contesté que sí, y entonces, por sorpresa mía, me dijo que tuviera cuidado con aquél joven negro que caminaba delante de mí, que sería mejor que me alejara de él. Le dije sí, gracias, y seguí mi camino.

No sólo no tenía miedo alguno del negro, que entretanto ya se había alejado de mí, sino que no dejaba de preguntarme si el policía me habría dicho lo mismo si aquél joven hubiera sido blanco, y por qué tuvo que decirme nada a mí, un extranjero en tierra extranjera, cualquier persona era más cercana a él que el negro, cuya familia vive en aquél país desde hace más de tres cientos años, y muy probablemente más años que la familia del policía. ¿Acaso su advertencia no es la que crea el miedo al negro que a fin de cuentas acabará siendo un delincuente? ¿Acaso es esto lo que dice la estadística según la cual el treinta por ciento de los hombres negros entre veinte y treinta años en los Estados Unidos tienen un pasado delictivo?

Durante mi tiempo libre en Israel, aprendí a observar y a comprender la discriminación en otro país, y como ésta actúa. La diferencia con la discriminación racial es que en un estado racista te dicen, “no te acerques a este negro,” y en un estado discriminatorio siempre hay motivos para que el negro merezca un trato distinto y discriminatorio. Así que cuando tú, el sefardí, llegas a un ministerio para presentar una solicitud para una beca, te dicen que has llegado una hora tarde, que ya no pueden presentarse más impresos, o que tu tema de investigación no es relevante o que no has cumplimentado la solicitud en tinta, o cualquier otra cosa. Los motivos son correctos, todos, y también son lo que dieron a muchos asquenazíes.

Así es como los negros son extranjeros en su país, y así es como aprendí en carne propia cómo es la discriminación. Austin, marzo de 1999, y la música era maravillosa.

¿ACABARÁN LAS MUERTES Y LOS MUERTOS?

Es el fin del mundo, lo llaman la peste.

Dicen uno muere uno en pocos días.

Dicen que la única solución es comer ajo.

Sólo Dios puede ayudarnos, será mejor no salir de casa, hay muertes por todas las calles, la gente va al cementerio para preparar su propia tumba.

Además de que morimos, afirman que es por culpa nuestra.

Que mueran los que lo piensan.

Amén,

amén.

Dicen que nuestros pecados traen la muerte, la llaman la muerte judía, y la muerte negra.

El maldito destino no tiene fin, no basta con que muramos como ellos, también quieren matarnos.

Se expanden toda clase de rumores, en especial cuando se trata de los judíos.

Debemos irnos de este país.

¿A Dónde?

Tu primo Yehudá, el poeta, dice que debemos volver a la Tierra de Israel.

Allí también nos mataban, y si volvemos también allí nos matarán.

Venimos a este mundo para que nos maten, tenemos que festejar nuestra muerte.

Estás loco.

No lo entiendes, nuestro Dios nos da una ley, nos dice que es una ley de vida, que hay que hacer lo imposible para vivir y para elegir en la vida, y desde que nos dieron las Tablas de la Ley, ¿qué hace el mundo? Matarnos, como si no tuviera otra cosa para hacer.

Tenemos que seguir luchando por la vida.

Pero también tenemos que festejar la muerte, la muerte es nuestro destino y debemos amarlo. ¿Oyes a los que gritan? Sol ha muerto, y también Moshé el carnicero, dicen que Sultana también ha muerto, no voy a salir de casa, Freja ha muerto, mueren por momentos, por minutos, cantaré como hizo David cuando murió su hijo Absalón, cantaré, ¡Aleluya! Es mejor el día de la muerte que el del nacimiento.

Estás loco, me voy a llorar.

PAPÁ

Me pregunto qué fue a buscar allí, dos años perdidos y extraños, un hombre hecho y derecho cogiendo a su familia, mujer hijos e hijas y poniéndose en camino. Ya no es joven, no tiene creencias religiosas, sabe que todas las esperanzas son un lecho para las decepciones, y he aquí que, en un acto de locura, desde hace ya cien años, los marroquíes cogen a sus familias y van en busca de la desesperanza. Es como un código genético. ¿Qué es lo que mueve a maestros, comerciantes, médicos, sastres y agricultores, a la gente sencilla y a los ricos? ¿Qué es? ¿Qué mano oculta? No digas que mi abuelo era un soñador, un cínico excelente, un hombre de principios, porque no es verdad, era un próspero comerciante de Tetuán, un frío comerciante que comprendió que en Marruecos ya no había más negocio ni lugar para un pequeño grupo de judíos en una ciudad que lentamente se iba llenando de gente originaria de las montañas que venía a quitarles el pan y se transformaban en mendigos y temporeros. Él sabía hacer análisis objetivos, pero ya no se trataba de los años sesenta, cuando no se sabía lo que pasaba. Él ya había viajado y lo sabía, sabía lo que le esperaba, la familia ya le había informado de lo que significaba ser un marroquí en Israel, sabía lo que les dirían a sus hijos en la escuela, lo sabía todo, a pesar de todo, como un proyectil disparado, él tenía que llegar a Jerusalén. ¿De qué huía? Tal vez se trataba de la última oportunidad. Siempre hablaba de España y de Málaga, allí tiene un hermano que le ayudará, a veces de Canadá, del Québec, de Londres, hablaba de todo el mundo, pero yo estaba casi seguro de que nos trasladábamos a Málaga. Habíamos estado allí algunas veces, me gustaba aquella ciudad veraniega y marítima. Pero un día, durante los diez días de penitencia anteriores al Yom kipur, nos dijo que nos íbamos, justo después de mi Bar-Mitzva, que nos íbamos, ni siquiera pregunté adónde, no tenía ninguna duda de que era a Málaga, pero estando en Ceuta me anunció la noticia. Se suponía que debía alegrarme. Me miró durante unos instantes esperando ver alguna señal de felicidad, del niño judío que va a Jerusalén, al Templo, a su Tierra de judío, esperaba una mirada mía que confirmara sus sentimientos, que justificara sus actos, pero aquella mirada no llegó.

El viaje era corto. En Madrid subimos a un avión que nos llevó a Tel-Aviv, a mí me pareció muy largo. ¿A dónde vamos? Allí no tengo amigos, no sé la lengua, bueno, sé un poco de hebreo de lo que estudié por mi Bar-Mitzva y de las clases que los domingos me daba monsieur Zohar, pero no sabía suficiente para vivir allí. Para mí era muy evidente que mi lugar no estaba allí, no sé dónde tuve esta sensación,

en el pecho, aquél dolor en el pecho que se prolongó durante los dos años que estuvimos allí, un dolor que ningún médico podía explicar, un dolor tenue, pero permanente, despierto o dormido, un dolor que desapareció el día que regresamos a Málaga.

Pero yo me pregunto una y otra vez qué le hizo emigrar a Israel, se lo pregunté y él me respondía, como tienen por costumbre los tetuaníes, que no hay que hablar del pasado, a él no le importaba la psicología, Freud, Young, él siempre estaba ocupado en sus negocios, negocios, para ganar dinero y mantener a su familia, aunque en realidad el propósito de sus negocios era huir de la familia, evitar los enfrentamientos con ella y con los problemas de los hijos. Esto se lo dejaba a la mujer, mientras él se encargaba de los negocios que le tenían ocupado desde el alba hasta la media noche, incluso los sábados. Creo que lo que quería era acallar su conciencia, sencillamente quería poder decir: lo intenté. Y que no vengan ahora los de allá arriba, del cielo, a complicarle la vida con el sionismo, el reagrupamiento de los dispersos, el Templo y el pueblo judío. Cuando llegue al cielo dirá, lo intenté durante dos años y mira lo que me han hecho tus judíos, se burlaron de mí cada día que pasé allí. Si das premios por los sufrimientos, a mí tienes que darme más a que Job, que perdió a sus hijos y a sus bienes, y a mí me sacaban un pelo cada cuarto de hora, después me arrancaron las uñas y cuando volvían a crecer me las arrancaban otra vez, y otra, me sacaron los ojos, hicieron que deseara ser sordo para no oír lo que oía, hicieron que a diario deseara morir, que odiara al pueblo judío, hicieron que deseara matar, y cuando decidí marcharme encima afirmaron que lo único que había querido era aprovecharme de los privilegios de ministerio de absorción, esto es lo que me dijeron, sin querer atender ni escuchar.

Estoy seguro que lo hizo para tener su discurso preparado al llegar al cielo, porque ya había estado cuatro veces en Israel y sabía lo que le esperaba, qué más daba, mil novecientos sesenta y seis o mil novecientos ochenta y seis, sabía lo que le esperaba.

Allí lo hice por primera vez. Fue durante una excursión a Elat, decían que ella se dejaba, recuerdo como se llamaba, recuerdo su nombre, pero me cuesta pronunciarlo, ella había bebido un poco del vino barato que nos ofrecieron el viernes, luego me la llevé a la playa, no sé si ella lo quería o no, no había nadie alrededor, serían las tres de la madrugada, la penetré. No sé a quien ella se había entregado, pero allí había un poco de sangre, era virgen, como yo. ¿Por qué dijeron que ella se dejaba? Vete a saber. Sea como sea, desde aquél día no volvimos a hablarnos, ni siquiera recuerdo que nuestras miradas se cruzaran una sola vez durante el resto de las clases a las que los dos asistíamos, como si a partir de aquél mismo momento hubiéramos dejado de existir el uno para el otro.

Pero también mi padre, tal vez, en aquellos dos años encontró su verdadero amor, no creo que nunca hubiera amado a mi madre. Era un secreto a voces que tenía una amante, todos lo sabían y se callaban, tengo la impresión que este fue el único motivo por el que mi madre estuvo de acuerdo en emigrar o volver a Málaga. Ella siempre había dicho que amaba Israel y hasta hoy hubiera querido vivir en Jerusalén, pero mi padre amaba a una rusa llamada Ludmila, una mujer grande, robusta y de pelo rubio, una mujer como las de los años cuarenta, no como las anoréxicas de hoy en día. Una vez lo vi entrando en un cine de Tel-Aviv, nunca le había visto tan contento. Parece que esto era parte de los negocios que tenía en Tel-Aviv, seguro que había ido a buscar alguna mercancía mientras mi madre se quedaba en la tienda, pero además del trabajo también tenía un poco de placer. Pero aquél día le vi la cara reluciente, era feliz como un adolescente, feliz como si no tuviera una familia, para él la familia era una especie de joroba con la que tenía que vivir, una especie de defecto vital sin otra escapatoria que afrontarlo.

Últimamente le pregunto a menudo por qué quiso ir a Israel. Me contesta, pero cada vez algo distinto.

He aquí algunas de las respuestas que recuerdo:

"Quería mirar a los árabes de arriba a abajo, les quería ver dependiendo de mí, no yo de ellos."

"Para que tu madre me dejara tranquilo, para que no pudiera decir que no lo había intentado. Me costó mucho dinero, pero al menos ahora se calla."

"Para vivir con muchos judíos juntos, es una experiencia inolvidable."

"Para que fuerais judíos, para que no olvidarais que sois judíos y para que no te casaras con una no judía."

Hay otras respuestas, pero cuando le pregunto por qué regresó ya no me contesta, como si él mismo se dijera ¿No es evidente? Es muy evidente que no tenía que buscar nada allí.

Con toda seguridad, aquellos fueron los años más extraños de mi vida. Todos fisgonean siempre sobre tu origen, mi madre decía que es española, mi hermano dice que es francés, mi padre dice que es del Marruecos español, y yo digo que soy de Marruecos, y entonces, cuando estamos a la mesa mi madre me dice que no somos marroquíes, que no somos como aquellos marroquíes, nadie es como aquellos marroquíes, aquellos no existen, ella sigue obstinada en que tenemos una cultura europea y se enorgullece de no haber escuchado nunca música mora, como si esto fuera una vergüenza, ella sólo escuchaba Chaikovski y Mozart, y yo siempre que podía escuchaba a Bob Dylan y a Neil Young, y en la escuela me decían que no parecía marroquí, pero muy rápido comprendí que lo que decían de los árabes

en realidad lo decían de nosotros, y cuando yo le digo a mi padre que lo que grita en la televisión contra los árabes, que los carguen en una camión y los lleven al otro lado de la frontera, es lo que ellos quieren hacer con nosotros. Cuando dicen que es imposible confiar en un árabe quieren decir que es imposible confiar en un marroquí, cuando temen que si dan algo a los árabes estos pidan más, en realidad se están refiriendo a los marroquíes, cuando dicen que los árabes son pasivos quieren decir que es mucho mejor que sean así y que no se metan en los asuntos de ellos, en su país, bien, ahora mi padre ya entiende que éste es su país, no entiende muy bien la diferencia entre marroquíes, árabes y orientales, pero ya no importa, sólo que era una locura, aquellos fueron unos años de locura, años de continua disonancia cognitiva, sí, así es como se le llama a esto. La realidad interna del marroquí es exactamente lo contrario de lo que él ve en cada esquina de la calle, lo único que puede hacer es enloquecer por ello, volverse un delincuente, un loco, o irse del país. Cuando hablo de esto con mis amigos que sueñan con irse a vivir a Israel, me dicen que me pongo al lado de los árabes y que soy antisionista, pero uno de ellos, que estudió durante un año en la Universidad Hebrea de Jerusalén, a veces me dice: “Es un país de locos”, pero luego se calla. Pero yo precisamente pienso que no es un país de locos, para nada, es un país de asquenazíes, a nosotros su comportamiento nos parece que es de locos en la misma medida que a ellos les parece que lo es el nuestro. El único problema es que ellos tienen el dinero. A partir de ahora les digo: no son locos, son asquenazíes.

TODOS SOMOS POLACOS

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Charlie Bukovza despertó en su destrozado apartamento del sur de Tel-Aviv a las doce del mediodía.

Una mañana agradable, se dijo.

Pero no lo sería.

En el buzón encontró una carta de la revista 'Tzirím' solicitándole un artículo para un número especial, "El cuscús en la poesía marroquí".

Nada odiaba más que aquellos textos infames que se veía obligado a escribir para poder pagar el alquiler sin tener que trabajar en su profesión de consejero financiero. Hacía dos años había recibido una pequeña herencia de su abuela de Francia, pero apenas le llegaba para comer, para las chicas de compañía y para papel.

Inmediatamente cogió el teléfono y llamó al editor.

"¿Ya estamos otra vez con las mismas?"

"¿Con quien hablo, por favor?"

"¿Quién? Bukovza, soy Bukovza."

"¡Ah! Espero que nos escribas el artículo, creo que eres la persona adecuada para este honroso encargo."

"Señor Brosh, ¿no están ya hartos de tanta tontería? Dígame, ¿qué demonios sé yo de la poesía marroquí? No se marroquí, llegué a Israel a los tres años, ¿cómo quiere que sepa marroquí y, por si fuera poco, poesía marroquí? A duras penas he leído las poesías de Tahar Ben Jelloun, que de hecho escribe en francés, mi padre es de Argelia y mi madre es de Benchauen, de la familia Benzimra, ¿los conoce? ¿Por qué no me pidió un artículo para el número anterior sobre el amor, o para el anterior a éste sobre el vino? ¿Qué pasa, sólo los asquenazíes saben sobre el amor?"

"Vaya… ¿ya volvemos con lo mismo? Creía que se te había pasado."

"Le escribiré un artículo, créame, pero ¿por qué no me pide también artículos sobre otros temas? Además, quiero el pago por adelantado, ochocientos shekels, por adelantado, sin impuestos."

"Sabes que nosotros no pagamos por adelantado."

"Por adelantado o nada, sé que quien no paga por adelantado no paga, esto es lo que hay, ya lo ve… me he vuelto polaco, aquí todos nos volvemos polacos de tanto discutir con ustedes, todos polacos."

"Debes saber que, de hecho, yo soy marroquí, según la halajá, porque mi abuela nació en Marruecos, mi cuñada es marroquí y mi

hija se va a casar con un marroquí que antes vivía en Francia, ahora los llaman franco-marroquíes."

"Seguro que su abuela nació en la frontera de Marruecos con Polonia."

"¿Cómo lo sabes?"

"Porque he oído decir que los polacos incluso nos han quitado el mar Mediterráneo… En la Fundación Van Leer, el rey Leer nació en Marruecos, ¿no lo sabía? El mundo es polaco, tengo un amigo que dice que el judaísmo es sefardí."

"Vale, ¿nos escribirás sobre el cuscús o no?"

"En cuanto ingrese su talón me pondré a escribirlo y dos días después el artículo estará sobre su mesa."

"Adiós…"

A las dos semanas llegó el talón. Lo ingresó y se fue a comer al restaurante 'Forel' con su amiga de toda la vida, Haya Barchilón, dibujante autodidacta y lesbiana de conveniencia.

"Eres tú el que siempre estás con el mismo tema, por esto te piden que escribas sobre temas marroquíes, cuscús y demás."

"Odio el cuscús, nunca me ha gustado, ¡vaya nombre! Suena peor que chucrut. Siempre había creído que el chucrut era una comida tunecina, hasta hace diez años, cuando conocí a una francesa, francomarroquina, que se estuvo riendo más de una hora cuando se lo dije, porque es una comida de Alsacia."

"¿Quién no sabe tal cosa?"

"Yo. También pensaba que la salsa besamel era una salsa de miel, que se cocinaba con miel."

"¿Por qué no cambias de tema?"

"Dime, dímelo tú, ¿qué se yo de poesía marroquí? ¿De qué voy a hablar? ¿De Tahar Ben Jelloun y los palestinos? ¿Sabes una cosa? Jelloun justifica los asesinatos de judíos, me gustaría escribirle una poesía "Injusticia justifica injusticia", porque en este caso los judíos podemos hacer volar el mundo cien veces sin decir palabra."

"¿Ahora pasas a los palestinos? Cómete los langostinos."

"Ya está, langostinos-palestinos, rima, gabachos-marrocanos, escribiré sobre la poesía sufí de Marruecos. ¿Sabes una cosa? Siempre va bien, empiezas hablando de los sufíes, luego dices lo que te parece y a todos se les cae la baba, algo de los bailes de los derviches, un poco de aquí, un poco de allá, algunos nombres de la enciclopedia y ya tienes un artículo ajla, fantástico."

"Un artículo ajla."

"¿Sabes de dónde viene ajla? Una vez di mi libro de poesías 'Occidente en mi corazón' a una presentadora del Canal 3, o del 33, y un día me llamó y yo le pregunté que qué pasaba, que si estaban pensando en un programa sobre él, y ella me dijo, 'me gustaría,

whalla, qué ajla de libro'."

Haya se rió.

Charlie estaba nervioso, comió el pescado rápidamente, ni siquiera pudo disfrutarlo, como siempre. Después del divorcio, su padre había vuelto a Francia y allí había abierto un restaurante caro y famoso 'Le chaperon bleu', a donde él iba a comer cuando viajaba a París. Su padre tampoco sabía nada de poesía marroquí, y del cuscús muy poco.

Charlie se sentó junto a su vieja máquina de escribir y, como tenía por costumbre, escribió el artículo en veinticinco minutos, lo puso en un sobre y lo envió al editor. Si todos aquellos homos que votaban Meretz y escribían una poesía cada cuatro meses supieran lo rápido que escribo, se tirarían de los pelos. De todas formas, ya me odian bastante, no es necesario irritarles más, en todas las entrevistas les digo cuánto me cuesta escribir, para que no se sientan solos.

Al día siguiente, una llamada del señor Brosh.

"¿Qué es esto? ¡Aquí no dices nada de poesía marroquí! Langostinos-palestinos, ¿qué te ha dado?"

"No es cierto, hay una alusión al poeta Barkat Abu Sansana, al principio del artículo."

"Una alusión no es un artículo."

"No había ningún contrato, escribí lo que escribí, además, si soy un poeta marroquí todo lo que escribo es poesía marroquí, ¿no? Esto es lo que ustedes dicen siempre."

"¡Te estás pasando! ¡Escribe otro artículo, éste no lo publicaré!"

"Otro artículo, otros ochocientos shekels, esta vez con impuestos."

"No volveré a pagarte."

"Dígame, ¿su abuela sigue de Marruecos a Polonia?"

"¡No me levantes la voz!"

"¿Sabe una cosa? He descubierto que mi familia viene de Alemania, mi abuela viene de Alemania, increíble, ¿no? Lo descubrí ayer, ¡Soy un yeque!"

"¡Piénsatelo!"

Al cabo de dos días llegó otro talón. Charlie se había prometido que no volvería a escribir nada sobre Marruecos. Ya estaba bien. Lo había hecho miles de veces, ni recordaba nada de allí ni le había dado la nostalgia de visitar la casa de sus padres. En realidad, ni sus padres lo habían hecho.

Se sentó, y se puso a escribir un artículo titulado 'Borges, cuscús y la Biblioteca de Babilonia', en el que investía a Borges como el mejor poeta marroquí de todos los tiempos, y en el que explicaba de forma detallada y convincente que, en el fondo, la gran biblioteca era el Pentateuco.

Brosh ni siquiera le dijo nada, escondió el artículo en su biblioteca hasta que su nieto se casara.

LA DISTANCIA

Hace un año que intento llegar a Lucena, está a una distancia de tres horas, pero no hay forma. Siempre hay algo que me lo impide, como si quisiera hacer algo definitivo para la humanidad y Dios no lo quisiera. Como si el mundo dependiera de mi viaje a Lucena, una pequeña aldea, casi una ciudad, como dicen los libros y su página de Internet. Una ciudad en la que la natalidad va en aumento, una ciudad que progresa desde el punto de vista industrial. Pero yo, yo no quiero ver su presente, quiero ver el pasado. Quiero ver allí al abuelo del abuelo de mi abuelo, quiero ver la puerta cuya llave guardo en una caja fuerte. Quiero ver las huellas en la tierra, en el fango y en el cemento. Quiero escuchar los gritos del día del abandono y los clamores de alegría del día que nació el hombre del que yo salí, quiero oler el guiso del viernes cocinándose lentamente durante horas hasta el mediodía del sábado, quiero ver el vestido la víspera de la boda, quiero ver la sinagoga debajo de la tierra, una sinagoga subterránea, subterránea como la propia Lucena, quiero ver la batalla tras la cual huyeron los judíos ¿Acaso lucharon? ¿O se fueron como siempre hacen los judíos, con la cabeza gacha y sin sus bienes, en busca de un nuevo camino y de un lugar donde reposar la cabeza? ¿Acaso esperaban tiempos venideros? Quiero ver y escuchar las canciones que allí se escribieron, las canciones que se escuchaban entre los árboles en los inviernos nevados de Lucena, quiero ver a mis rabinos. ¡Ay, rabinos míos! ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis con todo vuestro saber en astrología, en astronomía y en todas las ciencias? ¿Dónde estáis, conocedores de lenguas y traductores maravillosos? ¿Dónde estáis? ¿Dónde están mis rabinos sefardíes? ¿Mis rabinos poetas? ¿Dónde estáis, compositores de versos?

Hoy me siento huérfano de vosotros, me siento huérfano y sin nadie con talla suficiente a quien dirigir mis preguntas, me siento huérfano de vosotros, porque vosotros fuisteis los intelectuales que nos enseñasteis a caminar, hoy hay videntes, descubridores de tumbas y fabricantes de amuletos, pero no tengo nada que ver con ellos, están muy lejos de mí, como Lucena está lejos de mí, como Lucena está lejos de ella misma. Están alejados de mí como la distancia que hay entre la Sefarad de Lucena y el Israel de hoy, están alejados de mí como la distancia que hay entre Mugador y Tetuán, como la distancia entre Bagdad y Granada, están alejados como la distancia que hay entre Tbilisi y Córdoba. Todo está lejos de mí, los judíos que más cerca de mí están vivieron en el siglo XI en Lucena.

Y EL SOPLO DE DIOS

Fue el sueño más inquietante que he tenido en la vida. Estoy en Jerusalén, en la terraza de una casa, y de pronto mi libro no es evidente porque las letras se han colocado en un orden completamente distinto. Miro el libro y no entiendo nada, pero es mi libro. De pronto, todo es claro, cada palabra adquiere, repentinamente, un significado propio independiente, las palabras se convierten en existencias independientes. Hay una oscuridad que da mucho miedo. Y entonces comprendo que es el final, todos esperamos el final, y voy caminando por una calle y me encuentro con el rabino Stawski, y le digo "ya está, es el final." Y él me mira, pregunto dónde estaba él hasta ahora, y no me contesta, y entonces le pregunto si podré pasar esto, y yo sé que esto es una gran detonación que habrá dentro de poco, de un segundo, y él asiente y me dice que no tengo que preocuparme.

Y entonces hay la gran detonación, que no es una detonación de dinamita ni atómica, sino una detonación espiritual con la que una parte de la humanidad aparece arriba, y la otra se queda sobre la tierra. Allí arriba no tenemos necesidad de oxígeno y somos ligeros como una pluma. Y todos tenemos que mirar hacia delante, y no sé si mi familia está con los de arriba o si se ha quedado con los de abajo. Y debajo de nosotros vemos un mar. Y entonces yo veo una mujer que se está desnudando, tiene el cabello negro y bonito, y el vello del pubis corto y ordenado en forma de línea, y ella dice que si estamos allí tenemos que meternos en el agua. Entramos, pero nadie dice nada. Ella sigue entrando en el agua, y entonces se evidencia que es una nube, y ella se cae abajo. A la tierra.

Todos teníamos mucho miedo, me despierto y noto muy fuertemente la presencia del sueño en mi casa.

¿QUIÉN ERES?

Soy el hijo de la cabeza.

¿A donde vas?

Cada día me pongo en camino, desde el pie a la cabeza, a veces también vuelvo.

¿Donde naciste?

En la orilla del mar, crecí gracias al olor de la sal.

Eres orilla desde tu nacimiento hasta tu muerte.

Soy orilla, sal y agua.

¿Cómo llamaras a tu hijo?

Hijo de la sal.

Tu hijo será extranjero en todas las ciudades.

Sólo en el mar se sentirá parte del mundo.

EL SÉPTIMO DÍA

Soy el hombre que vio el mar inflamado por los gritos de tus antepasados, padres de tus padres, por los de los que te crearon y por los de los que desaparecieron en el camino. Samuel, jamás olvides a los que desaparecieron en el camino, a los que fueron pasto de los peces, a aquellos cuya semilla desapareció, a los que no tuvieron descendencia. A los que fueron el final de camino. No olvides a las mujeres de cuyo útero no salieron hijos, a aquellas cuyo útero no se abrió, jamás olvides, jamás.

Samuel, yo vi cómo lloraban, hijos, hijos de hijos, biznietos, hijos de biznietos, nietos de nietos, llevo tanta pena dentro de mí que hubiera podido llenar este mar de felicidad. Hay en mí tanto dolor que mis lágrimas hubieran podido llenar otra vez este mar.

También vi felicidad, hijo mío, vi alegría, vi el nacimiento y la muerte del viejo entrado en años, no obstante la muerte de un anciano en nuestro pueblo es ciertamente una gran alegría, cuando uno de nosotros llega a una feliz ancianidad hacemos grandes fiestas, nadie como nosotros puede conocer la importancia de los años, la importancia de la vida. Tantas muertes nos fuerzan a amar la vida.

Hasta no hace mucho nuestros hijos eran como polvo en el aire, niños pequeños como arcilla en manos del que crea su cerebro depravado, mandados a amenazar en el océano, a convertirse en taladores de árboles y en buenos cristianos. A los dos años les raptaban, y sus madres preferían matarles antes de que les bautizaran como cristianos.

El mundo quiere que olvidemos, quiere que olvides, los judíos quieren que olvides, los gentiles quieren que olvides, los asquenazíes quieren que olvides y los sefardíes quieren que olvides. Pero no hay fuerza en el mundo capaz de evitar que un hombre como tú recuerde. Y si uno solo recuerda, Lucena sigue existiendo, si un solo hombre recuerda, todo este mundo nuestro de Lucena y de Granada sigue existiendo y subsistiendo, si un solo hombre recuerda, sus antepasados siguen viviendo en su recuerdo. Si un solo hombre recuerda, el pasado se convierte en el presente. Lucha siempre contra el olvido.

Espero que ya hayas comprendido lo del primer día, de lo contrario es que no has querido escuchar. Vivirás mil años. Ten cuidado con los médicos, son los únicos que pueden destruirte, ten cuidado con el fuego y ten cuidado con el patíbulo. Lleva una vida sencilla, sin sobresalir. Ahora tienes más peligros de los que había en mi tiempo.

Ten cuidado con los rayos X y no vivas en un lugar cercando a radiaciones radioactivas, seguro que por todas partes te llegarán cosas en las que yo ni soñé. Trata por todos los medios de nos ser famoso, y cuando se acerque la hora intenta ponerte a salvo en cuanto puedas. El éxito y el poder son mercancías de las que es difícil deshacerse. Cada vez que pasen cuarenta años aléjate de la gente, vete a las montañas, a un lugar solitario donde nadie pueda verte en la situación en la que entrarás, no fuera caso que te pusieran en manos de médicos. ¿Cómo sé que vivirás mil años? Conozco a los que son como tú, a fin de cuentas ya me he encontrado con otros, todas las extravagancias que hasta ahora has vivido con tus amigos y conocidos surgieron debido a que tu tiempo es distinto de el de ellos, el ritmo de un hombre de mil años es distinto del ritmo de quien vive setenta u ochenta años.

ASHKABA

Aquí, en Jerusalén, murió Lucena. Aquí fue enterrada la cultura sefardí. Lo que no consiguieron ni la Inquisición ni mil años de exilio, lo que no hicieron quinientos años de dominio musulmán, los asquenazíes consiguieron destruirlo en menos de cien años. Apartaron de la vista de todos a los poetas de antaño y a los de hoy los silenciaron, a los rabinos los hicieron irreconocibles, convirtieron a la gente en criminales y policías para que les entretuvieran. Simplificaron la historia, a las grandes creaciones las llamaron folklore.

Tal vez encuentres este libro por casualidad, de él no te hablaran los íntegros, ni los profesores ni los críticos literarios. Seguramente te tropezarás con él por casualidad en un rincón de la librería, olvidado. Es su destino, como el nuestro, el de los sefardíes. Ellos lucharon contra nosotros y nos destruyeron, y durante todos aquellos años nosotros sin saber que había una guerra, y cuando despertamos nuestro cuerpo no tenía manos ni pies, y la cabeza no podía comprender la magnitud del momento. Parte de nosotros simplemente seguimos en una silla de ruedas, recibimos algunas migajas y pensamos que debíamos dar gracias porque podíamos comer, otra parte dejamos el país en el que habíamos soñado, y otros simplemente enloquecimos.

Este libro no lo publicará una editorial importante, así que no será un libro importante. No será importante porque no lo publicarán los asquenazíes, pues en él se dice que su existencia no es más que un grano de arena enervante en los ojos de los sefardíes, que toda la cultura muerta subsistió mejor sin ellos que junto a ellos.

¿Qué queda de cien años de sionismo? Cantantes ridículos interpretando canciones en ladino en un programa de la televisión, locos que hablan del pasado, de lo que era la vida al lado de los musulmanes. Lo que la Shoah no consiguió hacer con la cultura de los judíos de Salónica, el sionismo consiguió destruirlo.

Es el aniquilamiento y el funeral de mi cultura, en Jerusalén y en Tel-Aviv Lucena ha sido destruida, aquí han muerto mis rabinos y mis poetas, aquí silenciaron mis palabras y mi protesta, aquí no comprenden de lo que hablo, aquí, en la Jerusalén que yo había soñado, aquí, no en el exilio.

Yitgadal ve-yitkadash shimjá, Agrandado y Santificado sea Tu nombre.

Si todavía queda alguna posibilidad de que los muertos resuciten, no será en Jerusalén, a lo mejor sí en Madrid o en Nueva York, tal vez

en Londres, o en París. Los asquenazíes nos declararon una guerra y vencieron sin que nosotros lo supiéramos.

Que el Señor mi Dios y Dios de mis padres me acepte, que acepte mi intento de recordar a mis antepasados, a los rabinos de los rabinos, a los que perdimos por el camino y cayeron en las redes del cristianismo, mi intento de perdonar sin conseguirlo a los asquenazíes que nos causaron el daño que nos causaron. Danos nuevas y vigorosas generaciones que puedan ver lo que Lucena no vio al final de sus días, lo que prefería no ver.

Llaves de Tetuán

DEDICATORIA

Dedicado a toda la gente de Tetuán, durante todos los quinientos años de su existencia, por la antorcha que llevaron y el orgullo que me implantaron, y su añoranza por Jerusalén. Los llevo conmigo así como el pueblo de Israel llevó el sepulcro de Yosef todo el camino desde Egipto a la tierra de Israel.

“¡MARRUECOS!

Allí estoy
Al menos un veinte por ciento
Y me volqué hacia el cien,
Nadie lo sabe mejor que yo.

Respiro
Y termino.
Regresa alma mía”
Shimon Shlush

you say Morocco"
and I feel fine
I haven't seen Morocco
for a long long time."
Jackson Browne

I am not the passenger"
”I am the ride
Chris Smither.

Los Aliados

1996

Ya estoy aquí. Disculpa si llegué sin avisarte, me llamo Fernando—
Benzimra, encontré tu nombre en la guía telefónica, le pregunte a
tu mujer si eras el Moshe Benzimra de Tetuán y me tome un taxi.
Pero antes debo contarte que mi padre falleció, siempre pensé que se
fue de Madrid a Caracas y que allí residió hasta su último día. Me
dejó una carta, o mejor dicho una bomba, en la que me dice que soy
judío, yo un judío... increíble, y siempre le oculte que tengo un hijo
judío, que mi mujer es judía, y ahora resulta ser que según la ley
judía mi padre es judío y mi hijo también, por lo menos así lo
entendí, pero yo, Fernando Benzimra no soy judío, ya que nací de
…madre cristiana

Espera, espera, más despacio, o un poco más de prisa, que—
mañana viajo, y te imaginarás adonde, a Tetuán. Mi familia fue una
de las últimas en irse, en 1973. Entiendo que estamos emparentados,
ya que mi padre, Mimon Benzimra era hijo único, así que
.seguramente somos primos

Mi primo, que se llama como tú, Mois Benzimra, Moshe es su—
nuevo nombre, el viejo, el bíblico, o como sea, bueno, leí la carta y
vine aquí a buscar a mi familia. Toma, léela, una frase tan simple,
no entiendo como no me lo dijo antes, qué tendría que ocultarme, y
porque tendría yo que ocultarle y no decirle que tengo un hijo judío.
Temía, sobre todo por mi madre que era muy católica. Después de
su muerte no vi ya razón para contárselo, hace de esto ya muchos
años, pasó ya mucho tiempo desde que nació. Hoy tiene doce años,
John Benzimra, y ¿sabes por qué se llama John?, porque nació en el
mismo día que asesinaron a John Lennon, el 8 de diciembre, a
Olivia y a mí nos gustaba mucho John Lennon, por eso le dimos su
.nombre

Yohanan, es una larga historia, la gran familia Benzimra se—
disperso por los cuatro rincones del mundo, y ahora es como si
tratases de unir los cabos. Oí hablar de tu padre, y de su matrimonio
con una prostituta, por lo visto va en los genes de los Benzimra. Se
casó en Caracas con una puta negra, me imagino que tu padre
tampoco está enterado del asunto, no quiso saber nada. Quizás se
trata de su hermano, no lo sé. Trata de encontrar la parte de la
familia Benzimra de color negro. Me parece fabuloso, no solamente
.los no judíos se casan con judías

.No me casé, solamente vivimos juntos—

Hacemos niños con judías, Benzimra negros. Otros se pasean por—

el mundo, buscando como yo, pero, ¿qué? ¿Qué estoy buscando?, porque vuelvo a Tetuán mañana, ¿qué es lo que busco? Me lo puedes decir, ¿y tú qué buscas? ¿Estás buscando en mí un familiar? Muchas gracias, quizás tendría que abrazarte, contártelo todo, decirte que allí todo fue maravilloso. Tú estás buscando un pasado fabuloso y fantástico y nunca hubo nada por el estilo. Quizá existió algo así durante los primeros años de la ocupación española. Siempre nos presentaron esa época como un paraíso, como un jardín de Edén lleno de basura por las calles, ¿qué paraíso era ese? Y yo, que viví allí hasta los quince años, sé de lo que estoy hablando, anduve por esos caminos. No había lo que soñar. A pesar de que mi padre volvió y falleció allí, hace dos años. Volvió para morir, ya que aquí es peor. Tu padre hizo bien en irse a Caracas, por lo menos allí no se perdió el respeto que todos perdimos. Aquí incluso los sueños del .pasado se borraron. Aquí nos pisotearon y nos reprimieron

?Quién¿ —

Los otros judíos, los askenazis. Toma, lee 'La brecha sirio— africana', soy escritor y poeta, lee. Hay una parte que traduje al castellano, además de algunos poemas. Me imagino que no entenderás nada de todo eso. ¿Qué tendrás que ver tú con esa historia, y que podré contarte yo que pueda ayudarte? ¿Por qué decidiste encontrarte conmigo? ¿Es porque llevo el apellido de tu padre? ¿Por qué no fuiste a ver a tus tíos de Caracas? ¿Pensaste que cuanto más te alejes, el golpe te resultaría menos doloroso?, ¿qué ?pensaste

No lo sé, oí la palabra judío y decidí viajar a Jerusalén. Allí me— encontré con un tío mío, un viejo hermano de mi padre, que recitó por mi padre el Kadish en el cementerio. No entendí nada, leí la .traducción del hebreo

.Del arameo. El Kadish se recita en arameo—

?Qué es el arameo¿ —

Una lengua semita cercana al hebreo que hablaban los judíos— hace dos mil años. El Kadish se recita en arameo, según la tradición, para que los ángeles perversos no lo entiendan e intervengan maliciosamente; según la misma tradición los ángeles solamente .entenderían hebreo

Los ángeles sí, pero yo no, así que dijo Kadish. Me pareció un— gesto muy bonito, pero no estuvo dispuesto a hablar de nada, me .dijo que viviera el presente y olvidara

Yo también te digo lo mismo. Vive tu vida. Si tu madre fue— cristiana, entonces tú también lo eres. ¿Para qué complicarte la vida con eso de ser judío? Si fuera posible escoger... renunciaría a mi judaísmo. Bueno, quizá no, no lo sé. Según el día. Hay días, Fernando, en los que soy tan feliz de vivir en Jerusalén, cada piedra

tiene un significado para mí. Pienso en todos nuestros antepasados, en todos los Benzimra que soñaron con Jerusalén, pienso en ellos y sigo sus pasos. Cada paso mío es el de algún antepasado. Otros días, cada piedra de Jerusalén cae sobre mi cabeza, destrozándome. .Son días en los que todo es muy difícil. Tan difícil

.Soy médico—

Y yo programador. Aunque eso no cambia nada, el dolor sigue— siendo el mismo, y la nostalgia igual, seguimos buscando sin saber qué. ¡Ve!, sigue tu camino. Si quieres lee el material que te dejé. Yo viajo por diez días. Si sigues aquí a mi regreso, quizás nos volvamos .a encontrar, aunque no creo que te siga interesando

1.

—Mamá, ¿a dónde vamos?
—A la Tierra Prometida
—A Israel.
—Shhhh... No pronuncies ese nombre, que está prohibido
— ¿Por qué, mamá?
—Cuando lleguemos te lo explicaré. Aquí un policía puede arrestarnos si nos escucha decir esa palabra.
—Y, ¿cuándo viajaremos?
—Dentro de poco.
— ¿Dentro de un mes?
—Un mes, dos, un año, cuando tu padre termine de liquidar sus asuntos.
—Pero, ¿por qué él dice que quiere que nos vayamos a Canadá o a Venezuela?
—De aquí, hijo mío, de aquí solamente a la Tierra Prometida. Basta ya con el exilio que duró ya demasiado. De aquí, hijo mío —te lo digo yo, y no importa lo que diga tu padre —nos vamos a nuestra Tierra.

TETUÁN 1868

Anota, anota lo que te digo, nieto mío, que no me queda ya mucho tiempo de vida, y es importante que alguien escriba lo que paso aquí en 1868. Me acuerdo de todo como si hubiese ocurrido ayer. Tenía yo entonces trece años. Anota, anota tú, que sabes escribir en castellano, en buen castellano, el de los cultos. El mío se mezclo ya con el portugués de Brasil y de todas maneras, en mi época no se aprendía castellano en la Alianza. Eso empezó más tarde. Anota para que alguien se acuerde.

Fue el invierno más duro que cayó sobre la judería de Tetuán. El año más duro. Ocurrió cuatro años después que los españoles abandonaran la ciudad, y ya en esa época nada resultaba fácil. Cuando los españoles entraron, los moros saquearon nuestras casas, como si nosotros los judíos fuésemos los culpables de su derrota, y no la incapacidad de su gobierno, que entonces a lo mejor era también el nuestro. No, yo no hablo de los españoles de Franco, hablo de los que llegaron a Tetuán en 1860, mucho antes que nacieras, hijo mío, Mimon, mi nieto, quien lleva mi nombre. Eran otros españoles, que se sorprendieron de esos judíos que hablaban el idioma de Cervantes y cuando pasábamos penuria, los judíos de Burgos nos enviaban dinero, ya sabes, como si hubiesen encontrado un viejo tío. Bueno no es de eso de lo que quiero hablarte hoy, sino de Ayish y Lahsen, ¿no sabes quienes fueron?

Quizás escuchaste hablar de esos dos maleantes, que únicamente oír sus nombres causaba terror en la ciudad durante más de dos años. Todo empezó después de Sucot, cuando Abraham Pariente, el que se casó con Sultana, y Mois Azulay viajaron como de costumbre a Tánger, y en medio del camino los apuñalaron. Pariente murió en el acto y Azulay, que durante un tiempo fue el representante de Francia en la zona, quedó gravemente herido.

Eso fue solamente el principio ya que unos días después mataron a Pinhas Azulay y a su hijo, y tu ya deberás saber que entonces, como hoy, los judíos tenían prohibido tener un arma o defenderse, así que todos los judíos importantes de la ciudad fueron a hablar con los dirigentes del lugar, ya fueran los españoles o los franceses o los ingleses. El Dr. Schmidl de Austria simplemente acusó a los judíos, alegando que si no se hubiesen alejado de la entrada de la judería para sobrevivir, y no hubieran traspasado los límites fijados desde hace tiempo, no les hubiese ocurrido nada.

Hubiera sido más fácil decir que si no hubiesen existido nadie los

hubiera matado. Pero las cosas no eran tan simples. Por lo visto, el delincuente, Ayish, disfrutaba del apoyo del antiguo pachá de la ciudad, llamémoslo hoy el alcalde, que fue destituido por el gobierno, y que se valió de los judíos para atacar al nuevo pachá. Pero los judíos, que eran impotentes y que estaban incapacitados para defenderse, fueron los que más sufrieron. Su intento de construir fuera de la judería se topaba cada vez con más obstáculos, y fue el representante ejemplar de Francia en la zona quien dijo delante de los moros, que los judíos, a pesar de su procreación natural, deben residir en su lugar, siendo huéspedes en tierra de los moros. Eso no quiere decir que todos los moros estuvieran de acuerdo con esas ideas, pero esos peliagudos problemas fueron los que me impulsaron a irme al Brasil a trabajar. Viajaba por dos o tres años y volvía por unos meses a estar con la familia, con tu padre y el resto, como tú ya sabes. Además de la gran miseria; no había trabajo, las matanzas continuaban y la gente tenía miedo de salir a .las calles

Anota, anota que si no te vas a olvidar. Escucha bien lo que te cuento. Esas cosas se olvidan rápido y además no te interesan mucho, pero a tus nietos si le interesarán, sobre todo cuando se vayan todos los judíos de Tetuán y no tardaran mucho en hacerlo. Y cuando se vayan los españoles, dentro de diez o veinte años, y a lo mejor cuando se cree el estado de Israel, todos se irán, así que anota, hazlo por tu nieto. Lo que siguió fue que las persecuciones y las matanzas duraron bastante tiempo. En un mes hubo veinticinco muertos. Los judíos temían salir a la calle e ir a trabajar a los campos, así que la situación económica, que entonces no era gran cosa, empeoró aun más. Para colmo se limitó el movimiento de los judíos y se les prohibió salir de Baab Ambakar, que era la puerta principal que les daba acceso directamente a sus campos. La situación los hizo más pobres. Todas las casas que ves aquí, incluso la que tú vives en ella, no existían. En las calles había fango y la situación de la Alianza, la escuela en la que estudiarás, y de la que dependía nuestro porvenir, estaba también en crisis económica, crisis que dura hasta hoy, pero entonces no había quién donase. Los alumnos eran muy pobres y no tenían con qué pagar los estudios. Se podría decir que la situación se complicó, pero para bien, ya que Ayish cometió un error y mató a ocho moros; o quizá no fue un error, solamente quiso paralizar la vida de la ciudad. Se cuenta también que tres policías los vieron cuando iban a cometer sus fechorías y no los arrestaron, y cuando les preguntaron dijeron "nadie nos pidió que los detengamos entonces no lo hicimos". Moisés Azulay, que estaba herido, solicitó la ayuda de los franceses con la

excusa de ser su representante oficial en Tetuán y que debían protegerlo. Pero los franceses, como siempre, se lavaron las manos, aludiendo que sus funciones ya hacía tiempo que habían terminado y que ya no le debían nada. Fue la mayor matanza que recuerda Rabí Yitzhak Benualid, quien murió dos años más tarde, a los cien años o más, desde las matanzas de 1790 y por si eso no fuera suficiente, hay que añadir la plaga de cólera que afectó la región. Fue un invierno muy cálido, incluso caluroso. Ya sabes que los veranos aquí son generalmente llevaderos, pero fue ese un invierno que ni lo sentimos. Y el cólera ataco decenas de judíos. Quizá era entonces esta la mayor comunidad de la zona —siete mil judíos. Esto ocurrió antes de las grandes olas de emigración a la Argentina, a Argelia, a Oran, a España, a Venezuela y en especial también a Brasil, a cualquier lugar donde hubiese trabajo. Y un domingo, una semana justo antes de Janucá, saliendo los judíos a enterrar a sus víctimas de la cólera en vísperas del shabat, aparecen Ayish y Lahsen y matan a diez judíos en el cementerio. Eso ya fue demasiado para todos. Después murió mi primo Ben David Yaacov Serfaty, y también a mi hermano Moshe Benzimra lo hirieron en uno de esos encuentros callejeros, pero, por fortuna, no fue nada grave y consiguió escaparse, esto pues porque aprendieron a viajar en caravanas, unos pasos uno del otro. Y así iban y venían. Viajaron hasta Tánger y contaban lo que ocurría y fue únicamente antes de Pesaj que el Sultán envió a sus soldados a que matasen a Ayish, después que ofrecieran una gran recompensa por su cabeza, pero en especial después que mató a otros diez moros; y esto, hijo mío, pasó en el invierno más duro que se conoció aquí, hasta que llego el año del cólera que mató casi la mitad de la población de la ciudad, pero sobre eso ya te contaré mañana, ya estoy cansado por hoy; tengo casi cien años, y estoy un poco cansado, y tu apunta lo que te digo, ya que yo me pregunto, después de mi muerte, ¿quien se acordará de todo lo que yo me acuerdo?, ¿qué pasará con mi recuerdo, Mimón, Mimonsito?, ¿qué será de mi recuerdo?, ¿qué pasará con todas las cosas que nos ocurrieron en Tetuán, y a quien le importará de eso?

2

—Y, ¿cómo será allí, mamá?

—Toda la gente será como tú, judía. Nadie te tirará piedras.

— ¿Y en qué idioma hablarán?

—Hablarán en hebreo. No en el hebreo bíblico, sino el que aprendes los viernes con Monsieur Cohen, el hebreo oral, el hebreo diario.

— ¿Y los estudios?

—También se impartirán en hebreo, ya verás, lo aprenderás muy rápido y serás un buen alumno, como aquí.

— ¿Cuándo viajaremos, antes o después de mi Bar —Mitzvá?

—Dentro de poco, tú decidirás si quieres hacer el Bar —Mitzvá antes o después de viajar.

—Antes, con todos mis amigos, será la fiesta de despedida de todos, pero ellos no lo saben, pues es un secreto, una fiesta de despedida secreta.

—Bueno, será como quieras, ya veremos dentro de dos meses.

—Mamá, tengo miedo, tengo miedo de ir allá.

—Es nuestra tierra, hijo mío, será un poco difícil pero allí estarás mejor que aquí.

TETUÁN 1860

Espera, espera no te vayas todavía, es verdad que estoy cansado, pero mañana quizás no estaré cansado ni estaré en vida. Ya lo sabes, Mimon, a mi edad no sabe uno si se despertará al día siguiente, a pesar de que mi abuelo y bisabuelo pasaron la centena, así como la madre de mi abuela, que me contó incluso el invierno antes que llegasen los españoles en 1860 cómo esperaba el día en que retornase a Sevilla.

Mira", me dijo, "mira, esta es la llave que tomamos de nuestra" casa, de la judería de Sevilla, del barrio de los judíos". Incluso me describió la casa y de eso yo ya no me acuerdo, por eso te pido que lo apuntes todo. Te crees que te acordarás pero al final te olvidas de las cosas más importantes. Mira, estamos en Tetuán, que es el lugar más cercano a España en el que se asentaron los judíos. Estos, por lo visto, fueron los más optimistas de todos los expulsados y en 1492, enseguida después de la expulsión, se creó esta ciudad. Estamos a fin de cuentas a 20 kilómetros de Ceuta, a treinta de Algeciras y a unos cuantos más de Sevilla, nuestra ciudad, y ahora ya ves lo que está pasando. Estamos retornando a España. Toda la familia Benzaquen y la familia Azulay están de vuelta en Málaga, los Botbol en Madrid, así como la mayoría de los Hatchuel y Benatar. Simplemente estamos retornando a España, ya que es nuestra tierra. No lo olvides. No lo olvides nunca. Allí corre nuestra sangre. La madre de mi abuela, Sultana Toledano, me contó que su familia no se creyó para nada el cuento de Shabtai Tzvi y antes de que llegue el Mesías y de llegar a Jerusalén, llegaremos a España. Pero hubo gente en Tetuán que creyó en esas historias y en ese falso mesías. Ella era una profetiza más grande que todos los rabinos y cabalistas juntos. Y así, durante el invierno de 1860, llegaron los españoles, y nosotros, claro está, hablábamos con ellos en Haquetía. Estaban sorprendidos de ver un barrio entero, la judería cerrada de Tetuán, hablando con ellos el castellano de hace trescientos años. Nosotros aquí los estábamos esperando; ellos no nos esperaron. Hubo quien quiso convertirnos, tratando de convencernos por medio de dinero y promesas, consiguiendo algún éxito. Hubo quienes eran antisemitas por tradición, ya que nunca antes en su vida habían visto un judío, pero todo eso era como si nada, ya que eran muy parecidos a nosotros, incluso físicamente. Me acuerdo que sentía como si fuesen familiares nuestros, sus facciones, incluso sus narices judías, si es que existe tal cosa, y desde entonces me digo que todos los españoles son

descendientes de los judíos. En todos, o en casi todos, corre sangre judía y en especial en los más ricos, ya que estaban muy cerca de los cristianos y la nobleza, y fue más fácil para ellos convertirse al cristianismo. Y ese invierno, hijo mío, cayó nieve en Tetuán. El día que entraron los españoles nevó; algo extraordinario, en toda mi vida solamente nevó dos veces aquí, y precisamente en ese mismo año. Y me acuerdo de un soldado sentado a mi lado en las escaleras de mi casa, que entonces me parecía que hablaba un castellano muy raro, a pesar de que entendía cada palabra, y me dijo que hablaba conmigo porque yo era un niño, y que solamente a los niños se les pueden contar ciertas cosas, ya que nadie me creería y desde entonces no se lo he contado a nadie, es mi secreto, y eso fue lo que :me dijo

"Yo soy judío, mis padres siempre me dijeron que somos judíos, pero que no se lo contemos a nadie. Por fin se lo puedo decir a alguien. Tenía tanta necesidad de decírselo a alguien, incluso a un niño como tú que apenas entiende mi idioma. ´Judío`, dijo y repitió, ´Judío`. "Mi madre enciende velas todos los viernes al atardecer y las apaga enseguida para que no la delaten, pero las enciende delante de los niños, segura que el secreto trascenderá de esa manera; y en nuestro pueblo existen ciertas contraseñas para reconocer a las familias y casarnos entre nosotros, a lo mejor todos lo saben ya y a lo mejor nadie está enterado de nada, pero esas son cosas de las que está prohibido hablar".

Y allí me abrazo, fuertemente entre sus brazos, mientras los copos de nieve caían entre nosotros. Estaba completamente aturdido, y no pude reaccionar, y claro está, con el frío llegaron las enfermedades y la miseria y yo sé que te parecerá raro, hijo mío, pero todo ese tiempo no había lo qué comer —años de miseria y a veces, por si no fuese suficiente, llegaba una plaga de cólera y las comunidades vecinas de Argelia y Europa se organizaban para ayudarnos, pero lo que más nos sorprendió a todos fue la ayuda material que nos prestaron los cristianos de Burgos, y de otras ciudades de España. Era claramente un gesto de ayuda o de compasión, es difícil saberlo, pero seguramente que algo de judíos tenían en su sangre o a lo mejor estaban tan sorprendidos de que hablásemos castellano, que se identificaban con nosotros. Es una lástima, que se quedaron solamente dos años. Solo querían que el Sultán les devolviese una deuda y cuando lo consiguieron se volvieron a Ceuta, pero durante esos dos años hubieron ya varios judíos que emigraron a Melilla, a Ceuta y también a Gibraltar y encontraron calma a su atormentada alma, hasta que volvieron con Franco hace treinta años y desde

entonces están aquí. Pero cuando nosotros salgamos, volveremos con ellos a España, a nuestra casa de Sevilla. Llévame contigo a Sevilla, a mí casa, pero ¿dónde está mi casa? ¿De dónde fui exiliado?, ¿de Jerusalén, de Sevilla, de Tetuán?, ¿cómo puedo ser exiliado de España si no nací allí?, tampoco mi padre ni mi abuelo. ¿Cómo puedes ser un exiliado, un exiliado en todas partes? Mi casa es mi exilio, los años no alivian el dolor, hijo mío, ya verás, serás siempre un exiliado, exiliado de tu exilio, ya que en España también fuimos exiliados. Allí también añorábamos a Jerusalén, y también desde aquí, pues a pesar que a nuestra ciudad desde hace tiempo se le llama "la pequeña Jerusalén", también aquí estamos llenos de nostalgia de ese lugar que sea Sevilla, Jerusalén y Tetuán a la vez, y quizás en ese lugar, también nevará y llegará un soldado para contarme que es judío, para decirme que es pariente mío. Ese paraíso, quizás estoy ya acercándome a él y en él encontraré a Sultana Toledano y me abrazará y me dará la verdadera llave de mi casa, la casa en la que no hay añoranza.

Y ahora, me iré a dormir...

3.

—Levántate, hijo mío.
—Pero si es muy pronto, si está oscuro todavía.
— ¡Nos vamos!
— ¿A dónde?
—Al mar,
— ¿A estas horas?
— A otro mar, hijo mío.
— ¡Ah! … llegó el momento, nos vamos…
— Pero, mamá, no me despedí de mi primo David, ni de mi amigo Marcos. No le dije adiós a Dris, el de la tienda.
— Espero que nadie lo sabe.
— Si yo mismo no lo sabía ¿cómo podrían saberlo los demás?

LA PRIMERA CARTA DEL SIGLO VEINTE

San Paolo, 1.1.1900

Querida Coti:

Empieza el siglo veinte. El tiempo aquí es muy agradable en esta época, como ya bien sabes, y espero poder volver el mes de noviembre a Tetuán. La tala de árboles se paga muy bien, pero no me estoy enriqueciendo. El trabajo se hace en condiciones difíciles, en sitios poblados de mosquitos y de muchos pantanos y estuve enfermo durante dos semanas con fiebre alta, cosa que no aportó a mis ingresos. Te envío ciento cincuenta francos y espero que te alcancen hasta Pesaj. Para entonces podré enviarte más. Me alegró saber que mi hermano David se fue a Oran y que le va muy bien allá. Tal vez si viniese aquí podríamos crear una compañía de tala de árboles juntos, aunque no estoy seguro que sea un buen negocio. Por otro lado, recibí una carta de Mois Hatchuel de Caracas diciendo que hay allí una comunidad tetuaní grande, y que hay mucho trabajo. Como sabes, aquí también hay mucho tetuanís, pero no como en Caracas.

Espero recibir pronto noticias del nacimiento del nuevo hijo o hija. Lástima que no puedo estar allí para la circuncisión, pero, como sabes, el viaje es largo y peligroso y tú no quieres dejar Tetuán. Espero poder ganar lo suficiente y que haya suficiente trabajo allí para que pueda volver. Hay rumores que los franceses quieren conquistar Marruecos y eso puede que mejore la situación y puede que hasta los españoles entren en el norte y entonces la situación mejorará como en los años sesenta, pero son solo especulaciones y si entran y salen en dos años no nos ayudará mucho. ¿Cómo está nuestro hijo Mois? Él, ¡tan encantador! ¿Va ya a la Alianza? Seguro que ya va, tiene seis años, estoy seguro que será un buen alumno.

Da fuertes abrazos a mi madre Sultana y a toda la familia, sobre todo a mi hermano Moshe, si viene a visitar, aunque ya le escribiré a Oran. Espero que el dinero llegue en breve,

Mimon

4.

— Mamá, ¿dónde está papá?
— Ya viene.
— ¿Por qué Shmuel duerme?, ¿se siente bien?
— Es pequeño y por eso duerme.
— Y, ¿no sabe que viajamos?
— No sabe.
— Y, ¿tienes la llave de la casa?
— No regresaremos, estamos en España y no vamos a volver.
— ¿No?, pero trajiste la llave, ¿verdad? Es muy importante la llave…
— Puedes descansar hijo, la llave está en el corazón.
— Y, ¿cuándo vendrá papá?
— No te preocupes, esta tarde llegará, traerá el dinero.

TETUÁN 1914

Ah, si... me quedé dormido en el sillón, ya sabes, así son los ancianos, se quedan de pronto dormidos, pero yo ahora casi no duermo, unas cuantas horas nada más, pero, ¿en qué estábamos?, ah sí, quizás te cuente del gran acontecimiento de la llegada de los reyes en 1914 o por esa época, después de la entrada de los españoles, pero ahora no me parece algo importante. Para entonces fue algo extraordinario. Pintaron todas las fachadas de la ciudad en honor de la visita, como si se tratase de una boda o algo así, pero hoy ya no nos parece lo mismo. Te contaré de Coti Bendahan.

Nadie te contará sobre esto. Esa historia fue una gran vergüenza. Después del año 1862, los españoles se fueron, pero su influencia cultural y religiosa siguió creciendo. Ellos también comprendieron que aquí tenían con quién hablar y así trataron de convertir a la gente, sin mucho éxito. Piensa que los judíos que vivían aquí eran los más fuertes de todos los que quedaron después de la expulsión de España. Se trataba de gente adinerada que abandonó todo para llegar a este rincón del mundo. Se trata de descendientes de gladiadores espirituales. Hubo incluso quien volvió —eso me lo contó la madre de mi abuela, que escuchó de su abuela que hubieron judíos que se hicieron cristianos y volvieron a Sevilla, volviendo a sus casas. Incluso en la familia Benzimra hubo quien se convirtió al cristianismo y vivió como marrano, respetando la Torá en secreto. Algunos llegaron a Tetuán, pero los rabinos no quisieron aceptarlos demasiado. Ellos querían tener aquí una comunidad de españoles capaces de abandonarlo todo para vivir completamente como judíos sin ningún tipo de compromisos. De todas maneras, creo que hubo algunos familiares que fueron aceptados en Tetuán por el año 1600, o antes, así que imagínate después de todo lo que sufrieron, tratar de venir a convertirnos, a nosotros precisamente, aunque tuvieron algunos éxitos que incluso publicaron en sus periódicos, como si hubiesen recuperado de esa manera el honor perdido de la monarquía española. Me acuerdo especialmente de Coti, ya que era muy hermosa y ya entonces le eché el ojo. Ocurrió después de mi primer viaje a Brasil, donde les construía la vía de tren en la selva, con lo que pude ganar cierta cantidad y estaba considerado un joven muy solicitado, ya que la miseria aquí era muy grande, y me enamoré de Coti. Su cara era muy blanca y de ojos verdes, era muy pálida pero tenía una piel tan lisa, tan lisa... seguramente ya murió y

algún cura la enterró en Málaga o en Vinaroz o en Valencia o en Ceuta o Madrid, la tierra de sus padres, que no quisieron convertirse para que ella se hiciese judía, o bastardos, ¡qué bastardos son estos gentiles!, ¡qué bastardos tan grandes!, siempre buscando a los más débiles para convencerlos. ¡Cuántos judíos habrían salido de ella!, centenares, miles de judíos que tanto nos hacen falta hoy, después del Holocausto. No, ellos se meten con los débiles, los pobres, los hambrientos, los desnudos y los descalzos, ya que de verdad, Mimón, no teníamos zapatos, pero Rabí Yitzhak Benualid, con su sabiduría, pidió que le construyeran una escuela antes de darle zapatos, y eso te permitió ser rico y respetado, saber leer y escribir, saber francés y español, viajar a Oran y a Madrid, un hombre de mundo, por sus propios méritos y que sepas que si de lo contrario hubieses tenido zapatos, no hubieses sabido adonde ir con ellos. Coti, querida Coti, al final me case con otra Coti, una judía, que me dio un hijo, Moisés, que se casó con la linda Esteríca, que te parió a ti. No se lo digas nunca a tu padre. Él, a lo mejor piensa que yo no quise a su madre y que me casé con ella a causa de su mirada que me recordaba a la de la otra Coti, pero no es cierto, yo quise a tu abuela y fue una mujer ejemplar toda su vida, la quise mucho y me fue siempre fiel...

Tu seguramente te preguntarás si le fui fiel allí en Brasil, donde trabajaba por temporadas de uno a dos años para volver luego y dejarla preñada regresándome enseguida. Es una buena pregunta, y te diré que incluso a mi me sorprendió mi fidelidad. Pero hubo uno que llevaba allí también una vida de casado, no con su mujer; tampoco te diré quien fue, se murió hace tiempo, y le nacieron varios hijos no judíos. Una familia entera en la selva. Una familia aquí y otra allí. No lo juzgo. A mi edad, y con todo lo que alcancé a ver, no puedo juzgar a nadie, ni siquiera a mí mismo. Los vi caer bajo el sol en medio de la jornada, para no volver a levantarse y esa gente tan rara, que incluso sus nombres nadie conoce, tiene familia que todavía los espera. Yo también me enfermé varias veces allí. Claro está que me alegré de poder regresar al principio del siglo cuando tu padre demostró ser un genio en el comercio haciéndose millonario a los dieciséis años. Genial. Fue el primero en importar material a Tetuán por mar. Me alegré de volver y poder servirle de ayuda. Fue un poco humillante para mí, aunque preferí esa humillación a todos aquellos viajes y tempestades en el mar. Me alegra ver que sigues las huellas de tu padre y te estás haciendo millonario sin dejar de ser un buen judío. Algún día alcanzarás el privilegio de vivir en Jerusalén...

5.

— Papá, ¡llegaste!, ¡qué contento estoy de verte!
— Fue un poco peligroso, pero todo salió bien
— ¿Vendiste todas las casas?
—Si, hasta la última, y en cuanto le entregué la llave aquí en Ceuta y el comprador me de todo el dinero, luego viajaremos en barco.
— ¿En barco? Pensé que viajábamos en avión.
— Primero en barco a Algeciras. Viajamos a Israel. Aquí ya podemos pronunciar la palabra Israel. Y luego desde Marsella tomaremos el avión.
— Y, ¿cómo será allí, papa?
— Todos serán judíos como nosotros.
— Y, ¿cómo somos nosotros?
— Como ellos, todos los niños en las escuelas son judíos, todas las tiendas son de judíos, la gente por la calle es judía, y nadie te llamará judío, ya que todos son judíos.
— Bien, papá.
— No te preocupes, hijo mío, estuve allí hace dos años y es algo maravilloso. Todos allí son verdaderamente judíos.
— ¿No hay moros?
— Ninguno. Todos son judíos, y ahora ya te puedes ir a dormir, que mañana nos espera un día largo.

BENZIMRAO

No entiendo esa necesidad de venir hasta aquí, a Benzimrao, para entrevistarme, a esta aldea pérdida del Amazonas, a esta pequeña tribu sin porvenir, de la que todos se van, para estudiar medicina. Dicen que en las venas de esta familia corre sangre de médicos y que ya entonces , en el siglo dieciséis, Eli Benzimra era medico, y que llevó a su moribundo hermano a cuestas hasta Tetuán, allí al norte de Marruecos, al lado de España. Luego se instaló en una aldea donde trabajó como curandero. Mucha agua cayó desde entonces. Me preguntas sobre los orígenes de la tribu y la verdad es que es algo bastante simple. Ocurrió en 1850, cuando Moisés Benzimra llegó a Brasil desde Tetuán a hacer dinero para la familia, y por azares del trabajo llego a esta aldea, Zimrao, que así se llama hasta hoy y allí decidió instalarse. Cada dos o tres años viajaba a su tierra y volvía. Aquí se casó con veintiuna nativas, con las que tuvo cien hijos. Así se inicio la tribu. Todos los varones son circuncisos, y el primogénito lleva siempre el nombre de Mois. No, no Moisés, ya que Moisés solo hay uno, el padre de la tribu. A los sesenta años desapareció para no volver nunca más. Nos dijo antes de irse que retornaría algún día y aun lo estamos esperando. Era un hombre de una fuerza sorprendente y hablaba un idioma especial que nosotros hablamos hasta hoy, un tipo de castellano con un deje de portugués, al que llamamos Jaguetao, aunque ya hoy todos hablan portugués. Construimos una escuela a la que llamamos Alianza, porque así nos lo ordenó al regresar de uno de sus viajes y también nos dijo de prepararnos para viajar algún día a Jerusalén. Sí, a Jerusalén. No a Tetuán. Siempre nos decía que el porvenir está en Jerusalén. Así nos transmitió su filosofía, de generación en generación en este lugar. En este lugar tan especial donde nunca hubo inundaciones, cuando a unos metros de aquí fluyen torrentes de lluvias. No sé cómo encontró este lugar. Ocurre a veces que estamos totalmente rodeados de agua y aislados durante meses. Una vez incluso duró más de dos años, aunque nunca nos faltó comida, como en Tetuán; así me dijeron, que siempre había comida para todos, o casi siempre. Parecería que Moisés el Grande trajo consigo la bendición. Vi de verdad allí, cuando estuve en Tetuán, el pasaje Benzimra, entre las casas que construyó la familia. Tú dices que perteneces a la familia Benzimra. Tú naciste en Tetuán, es muy interesante, pero para

nosotros todo eso forma parte de la historia. Yo no puedo entender cómo se puede abandonar una tierra fértil como esta para irse a una ciudad como Brasilia o Sao Paolo, pero es eso lo que le ocurre a los hijos de esta tribu, se van para volver al cabo de los años con el diploma de médico. Increíble. ¿Para qué una persona necesita el título de médico?, y ahora todos quieren curarme y no sé de qué, tengo ya ochenta y cinco años, y si yo o alguien de mi tribu enfermamos, preparamos una poción de plantas y mango puro que nos cura, pero ahora todos se creen importantes con sus títulos de médico, se visten con corbata y, claro está, son muy sabios.

Si nos oponemos al régimen actual es porque simplemente quieren arrasar toda la selva y liquidar a los indios y los indios, ¡resultan tan ingenuos entre los árboles! No entienden al hombre blanco. Piensan que si dejasen en su lugar a los tractores, los insecticidas, las vacunas y las medicinas, no vendrían a matarlos. Piensan que les devolverían el favor. Los indios están desapareciendo, los están estrangulando cada día más. Ya sé que hay rumores que corren acusándome de actividades terroristas. No es cierto, no soy responsable de nada de estas acciones ni tampoco las justifico, aunque puedo comprenderlas y si alguien comete una acción de esas y busca refugio, lo acogeré en mi tribu y si se trata de mi hijo no lo entregaré a la policía, o al ejército. Cada vez hay más militares aquí en Benzimrao. Allí en Brasilia y en Sao Paolo hablan de democracia y de las libertades del individuo y del calentamiento global, pero cuando sales a los barrios de esas ciudades, ¿qué queda de todo eso? Nada.

Pero no es de esto que quieres escuchar, tú crees que escondo un recóndito secreto sobre Tetuán, que yo sé algo que tú no sabes, pero no es así. Es posible que Moisés Benzimra enviase cartas, aunque me resulta difícil creer que envío algo desde este lugar hace más de cien años. Puede ser que también tuviera alguna descendencia en Tetuán, no tengo ni idea; de hecho, hasta hace pocos años, Tetuán para mí no era diferente al imperio azteca, perteneciente a un pasado imaginario. Claro que siempre creí que realmente existió.

Si quiero ir a visitar allí? Quizás… una vez estuve en Sao Paolo, y¿ la verdad no me impresionó, me llevaron incluso a un museo, uno de mis nietos que es médico; no entiendo qué es lo que les gustó tanto. Las salas eran sofocantes y ese olor a pintura que no me permitía respirar, así que ir hasta Tetuán, volar en uno de esos aviones tan grandes y groseros, ¿para qué? Además, desde aquí puedo ver Tetuán, desde aquí puedo dar vueltas por sus calles cuando me place. Incluso tengo un mapa, conozco el Mediterráneo. Es un mapa que

trazó mi abuelo sobre una piedra. Yo sé cuánto tiempo me toma llegar a pie de la judería hasta Río Martín, el mar más próximo. A veces hago ese camino, salgo de mi casa por la mañana y vuelvo al atardecer. Todos saben que ese día estoy en Tetuán; no, desde luego que no salgo de mi carpa, pero todos saben que ese día no está .permitido molestarme

6.

— Mamá, pero ¿por qué nos vamos a Israel? ¿Por qué abandonamos nuestra casa?

—¿Quieres vivir toda tu vida rodeado de moros?

— Pero mi casa está aquí, esta es mi casa,

—Allí también será tu casa

—Sí. Pero con otra llave,

—Claro está, cada casa tiene una llave distinta, pero será tu casa, como la de Tetuán

—No puede ser, no será la casa en la que nací, o en la que reí o lloré por primera vez y tendrá otra llave.

—¡Qué tonterías dices! Pues tendrá otra llave, eso es precisamente lo que queremos: otra llave, otro país, en el que los moros no nos digan "Il´Yehud", en el que nadie te tire piedras cuando regreses de la escuela

—¿Estás segura que tendremos allí una casa, una casa grande?

—Grande o pequeña, en Israel construiremos nuestra vida, viviremos como judíos, en Israel cualquier casa será suficientemente grande para todos.

RÍO MARTÍN

1948

Gracias por traerme al mar. El mar estaba en paz. Hasta hace poco necesitábamos horas para llegar al mar sobre burros y teníamos mucho miedo de los moros que nos acechaban en los caminos. Ahora también tememos a los cristianos, "nuestros hermanos". Nos asusta que nos liguen a los republicanos o a los franquistas. Escúchame bien, Mimón, tú nunca digas que estás de un lado o de otro. No olvides, nunca te identifiques, tú eres judío, siempre diles que la política no te interesa, que eres solo un mercader, de aceite, de azúcar, de harina. Eso es todo lo que sabes, no respondas a ninguna pregunta. Yo ni sé cuál es tu opinión ni quiero saberla. Recuerdo que hace un par de años escuchabas la radio rusa, que eras vegetariano. Nunca escuchamos de esas cosas en Tetuán, a no ser cuando no había dinero para comprar carne, entonces comíamos lentejas y soñábamos con carne una vez al año, pero un rico que no come carne… no me sorprende que volviste loca a tu madre, que tu padre no sabe qué hacer contigo. Tienes argumentos para todo. Es verdad, tendrías que haber sido abogado, pero esta maldita guerra civil lo jodió todo. Las guerras civiles son superfluas. Al final, todos los países se convierten en lo mismo, republica o "el generalísimo", ¿qué diferencia hay?, pero el mar, el mar tranquilo y tan amado, es como un beso, como envolverse en un *Talit* de oro, como el beso de Dios en medio de una oración. Ya, ya sé que no te gustan esas cosas, pero un día volverás a ser religioso, aunque no hayas ayunado un día de Kipur, ya volverás a ello, y si no tú, volverá tu hijo, "y contarás a tu hijo en ese día y le dirás"; ya está empezando a voltearse, tal vez la Torá no solo habló de cuatro hijos, sino también de cuatro padres diferentes, todas esas ideas, todo lo que vi en Brasil, todas las mulatas, tan bellas, y yo te digo Mimón, debes casarte, ya tienes veinticinco años, constrúyete un hogar. Yo me casé teniendo dieciocho años, tu abuela tenía en ese entonces trece. Hoy dicen que en esa edad son niñas, pero entonces, con dieciséis años ya llevaban un hogar con dos o tres hijos, sin todas las mozas que tienes en casa para ayudarte, ni las que tenían tus padres. Esas eran mujeres, no niñas, mujeres fuertes, seis o siete hijos con treinta años, una gran mujer, y tú vienes y me dices que quieres pasártelo bien antes de casarte, aprovechar de la vida, ¿de qué vida?, ¿qué vida es vida sin hijos, sin familia? Lo que quieres es darte la gran vida, enloquecer a tus padres, es una rebeldía, verdad, es Mimón, tal vez venga del

nombre. En mi época rebelarse era irse al Brasil, pero tu rebeldía duele mucho a tus padres. Eres hijo único y tu madre sufrió mucho pero no tuvo otro hijo, y tus padres esperan de ti que sigas su apellido, Benzimra, que continúes las raíces de tu padre. ¿Qué será del mundo sin los Benzimra?, ¿quién cantará? El mar cantará. Nuestro mar siempre será el más bello de todas las playas del mediterráneo, yo sé lo que digo. Aquí el agua es clara, la arena es clara. De vez en cuando la *Shejiná* mira hacia aquí. ¿No sabes lo que es la *Shejiná*? Ya no te acuerdas, es la parte femenina de Dios, la *Shejiná* sabe que estamos aquí, sabe que venimos de Sefarad, que venimos de Jerusalén y que volveremos a Jerusalén y no te rías, tú mismo volverás a Jerusalén, tú mismo verás su reconstrucción. Ya sé que te parece ilógico, pero yo sé algunas cosas, cosas que vi con mis propios ojos, vi a Jerusalén, pero no te des prisas, no hay razones para apurarse, el tiempo es todo nuestro, el tiempo está de nuestro lado, del lado de la familia Benzimra, cuanto más se demoren las cosas, más sabrás que ocurrirán.

7.

—Mamá, ¿qué le pasa a León?
—Está contento de nuestro viaje a Israel.
—No me parece muy feliz.
—Jerusalén le curará.
—Jerusalén le curará, llora mucho, ¿por qué llora?
—No sabemos por qué llora, no puede hablar.
—Tal vez sea porque ha dejado su casa.
—Tal vez.
—Tal vez no quiera dejar su tierra.
—Viaja a Jerusalén, hace dos mil años que viajamos a Jerusalén, es un gran privilegio.
—Un gran privilegio. Es lo que me enseñó el rabino para mi Bar Mitzvá, es un gran privilegio vivir en Jerusalén, me lo dijo cuando estudiamos la Torá. Y me enseñó también sobre la Hagadá de Pesaj, y sobre Jerusalén.
Jerusalén
—Y curará a León.
—Ya sufrió bastante este pequeño niño, Dios se apiadará de él en Jerusalén.

Tetuán

1996

Me llaman desde las tumbas, me llaman de las catacumbas de la historia, y me piden que los escriba, que escriba sus cuentos, sus historias, y yo no conozco el relato. A veces escucho alguna que otra anécdota, sobre la tribu Benzimra en Amazonía, de Mois Benzimra de Caracas, de hermanos, de primos lejanos, los vivos y los muertos y ellos me piden que los escriba, como si para eso hubiese nacido, como si una familia de Tetuán fuese lo más importante que hay en este mundo.

Yo me escapé de Tetuán. No solo me trasladaron a los trece años a Jerusalén, años después seguí escapándome de esa ciudad, de la memoria y ella me sigue, hasta el día de hoy, este hoy en el que decidí visitar la ciudad, hoy, año 1996, un año después del asesinato de Yitzhak Rabín, aquí estoy, llego a la ciudad, para contarla, para contar sus sueños, para ver a sus últimos judíos, a Simi Hatchuel que se casó con Levi Bentata, y a Essayag, y al *Shamash* de la sinagoga que sigue siendo tan viejo como lo era hace ya veinte años, con sus pies planos, esa misma mirada que lloriquea un poco y él sí, él sí se acuerda de mí en la sinagoga "Yagdil Torá", se acuerda de mí y de mi hermano y de dónde nos sentábamos, se acuerda de los líos que mi hermano montaba, y las calles y la escuela en la que hoy está el "Institut Francais", qué sorpresa, o más bien, que falta de sorpresa, como si la escuela de la Alianza hubiese vuelto a Francia y la casa de mi abuela que se convirtió en hotel, una pensión, 24 habitaciones sin baño, pensión para la cantidad de obreros que ahora invaden la ciudad en busca de sustento, ahora ya es una gran ciudad de 700,000 habitantes y no la que yo dejé con 150,000. Más grande que lo que mi imaginación llega a abarcar y yo aquí en la calle Mohamed V, que fue el Generalísimo, de pie en ella y viendo una memoria difusa de una placa en la que está escrito "Pasaje Benzimra". Aquí están las casas que construyeron mi abuelo y sus hermanos, aquí están, y ¿quién vive en ellas hoy?, ¿quién iba a decir? —viven en ellas personas como yo, como todos, gente que busca un salario, una

promoción, más dinero. Estos son los más adinerados, esta es la calle rica. Aquello que era el fin del mundo se ha convertido en el centro de la ciudad. Los sitios siguen manteniendo sus nombres españoles, "La Glacial" que sigue fabricando los mismos helados, "Las Campanas" que ha cambiado un poco y ahora hay dónde sentarse y no solo pasteles para llevar a casa, y el mar…

No, no llegué a Rio Martín, al mar de entonces, donde ahora se fundó una ciudad a sus orillas que se llama Martíl. Llegué a Kabilá, a mi mar, es dónde antaño encontré la verdadera libertad. Ese no solo era el sitio de vacaciones del colegio, era también la libertad sin padres, la libertad de correr en la playa, correr por las callejuelas, viajar en bicicleta y después de la primera noche me desperté muy temprano para ver la salida del sol sobre el mar, el mismo amanecer que mi abuela me había hecho levantar para verlo cuando tenía ocho años. En el mismo sitio, el sol que sube desde las aguas, que quema el agua, y después poco a poco quema la vista y las aguas se erigen como si fuesen una piscina, mi mediterráneo celeste que no se parece a ningún otro mediterráneo. Mediterráneo que quiere ser océano, la última esquina del saber y por los lados dos montes que entran al mar y un ancladero con jóvenes pescadores que la pesca les sirve de sustento y de pereza diaria. No pescan tanto y las olas del levante, esas pequeñas olas que se meten en el mar como si quisieran tragárselo y él se adentra más y más y las pequeñas olas que baten la orilla con ritmo estable o arrítmico como el corazón, allí, justo allí, dónde el agua y la arena se besan, oí los latidos de mi corazón, los pasos de mi andar, mis huellas en el mar, huellas del niño que fui allí en la arena, lleno de libertad y amor y supe que él sigue allí, que mi pequeño yo sigue por allí, sigue andando, corriendo, saltando, soñándome cuando sea mayor, soñando ser físico, matemático, médico, soñando ser rico, soñando sobre coches, amores, soñando el gran mundo, sin saber que esta arena es el gran mundo, y no las grandes ciudades que visitará, ni Paris ni Roma, sino esta arena que lleva al mediterráneo, al océano, este mar que sus olas cantan las palpitaciones de mi corazón, las pequeñas olas son el gran mundo, y la casa…

La casa con las paredes de granito, las paredes de las que tanto he hablado, las paredes hablan por todos y de todos. La casa sigue ahí, el emplasto exterior que se está pelando como la vida misma y nadie lo arregla. Los árabes no creen en una fachada falsa. Si el edificio es de sesenta años de edad, debe aparentar sesenta años de edad, si es nuevo que tenga apariencia nueva...

No puedo escribir vuestra historia, antepasados míos, sólo puedo escribir mi historia y es un mosaico al que le faltan cientos de piezas. Lo que me pedís, hombres de Tetuán, es que los escriba, ¿cómo me lo piden siendo yo el último nacido en la ciudad, el último que vio y recuerda? ¿Por qué no se lo pediste a alguien anterior a mí? Alguien que vivió allí toda su vida. ¿Debe un hombre dejar su tierra para añorarla y comprenderla? ¿No puede el hombre vivir en su tierra y amarla, vivir en ella y añorarla al mismo tiempo? Como yo ahora, en Jerusalén. Aunque no les diré que no, Isaac Benzimra, Mois Sananes, y Moises, Mimón Benzimra y David Hatchuel, Mois Benarroch, y Simi Bibas, no, no les diré que no, escribiré sus cuentos y no serán documentales, porque los documentos siempre mienten. Estas serán mis mentiras y las mentiras que me contaron, las verdades que creo haber descubierto, aunque estas sean verdades relativas, tan dependientes del tiempo y de la época, de nuestros perjuicios actuales, que alguien vendrá a desmentir dentro de una generación o dos. Es una historia volátil, una historia que todo el que intenta contarla se patina sobre aceite, resbala y no puede volver a levantarse. Ya antes de empezarla, mi familia se desconectó de mí. No me hablan. Se sienten ofendidos porque escribí los dolores de mi infancia en mis poemas, ofendidos porque no fui al entierro de mi abuela, pero estaba obligado a escapar de ellos para verlos, para ver los intentos de mi madre de conectarme a la familia Hatchuel y desconectarme de la familia

Benzimra, para ver la dinámica que flota por encima de estos hechos, por encima de esta gran unión, una perfección ficticia, un orgullo tonto. Para eso tenía que ver las cosas desde fuera, escapar, escaparme para darme cuenta que no hay escape, escaparme para sentir esa incontrolable necesidad de volver a la casa donde nací, volver a ella y verla todavía existente, erguida y alta, el revoque cayéndose, pero erguida, no como mi espalda que se va doblando, no como mi cabeza baja durante tanto tiempo, queriendo buscar respuestas en la tierra, queriendo saber si de esta se pueden ver otras tierras, tal vez un mar, tal vez pequeñas y abrazadoras olas, olas cuyo sonido se asemeja a mi pulso y les escribiré, escribiré la mentira. Y tal vez, de esa mentira que escribiré sobre ustedes y sobre mí, surja alguna verdad, alguna comprensión, tal vez encontraré otras partes del rompecabezas, ese rompecabezas que va creciendo con cada parte que voy encontrando.

Nuestros padres querían olvidar y nosotros queríamos recordar, preguntábamos sobre cualquier trozo de memoria, “¿cómo es el nombre de esta calle y de aquella otra? ... ¿cuál era el nombre del almacenero? ... Y ellos: ¿por qué hacen todas estas preguntas? Ellos no querían tocar ese pasado, no querían ver el error, pero tal vez no

hubo error. Y, ¿qué quedó de Tetuán? Una gran urbe, gente sin trabajo caminando por las calles esperando a los turistas para pedir unos Dírhams, muchos árabes y muy pocos judíos, que fueron en una época el veinte por ciento de la ciudad. En otras ciudades de Marruecos llegaron a ser el cincuenta por ciento. Por otra parte, queda mucho de Tetuán, mucho. Un aire limpio, un mar limpio, el pescado fresco de esa misma mañana sobre la mesa, una leche sabrosa, las calles que fueron demolidas para la construcción de edificios altos y negocios, cierta ingenuidad, la sensación que todo mejorará mañana, porque realmente esa sensación es la que nos llevamos a todas partes, la sensación de que todo va a estar bien, lo que nos convierte en malísimos revolucionarios, lo que convierte a los marroquíes en soleados optimistas sin posibilidades en una sociedad occidental siempre insegura que busca romper con todo. Allí, en el sol y la placentera lluvia, los vegetales que crecen sin esfuerzo, la vida fácil, nadie pensaba que había algo por lo qué rebelarse, que hay que gritar por algo. El alimento llegará a la boca, si no hoy será mañana. No, no siempre fue así, no. Obviamente también hubo períodos de hambre, de sequía, pero eso fue en el siglo 19, una época que ni yo ni mi padre recordamos. Aun así, se trataba de breves períodos. El sol siempre volvía y de ahí nuestro infinito optimismo, así que cuando llegamos a Israel no sabíamos que los askenazi, los judíos del este de Europa, estaban librando una guerra, no necesariamente en contra de nosotros sino una guerra contra el mundo, contra la naturaleza y contra el hombre, porque así vivieron, así han sido oprimidos durante mil años, porque no veían el sol o porque no creen que mañana será mejor, que no pueden confiar en los demás, y aquí vinimos nosotros, de Marruecos y éramos sus médicos y su cura, pero ellos no lo entendían y los enfermos comenzaron a tratar a los médicos hasta que los médicos se enfermaron y todavía persiste en ellos esa creencia de que mañana será mejor, algo genético casi, algo irremediable, a punto que los árabes de Palestina no entendían que estaban tratando aquí con judíos diferentes, hasta que ya era tarde. Estos no fueron los judíos sefardíes que vivían en Jerusalén, no se trataba de esos que ellos llamaban los “Judíos palestinos”, y los cuatrocientos o quinientos miles de marroquíes que llegaron de años de coexistencia, no podían convencer a los grandes hombres de combate sobre la posibilidad de coexistir. Difícil, pero posible, y aún hoy no podemos explicar que el otro puede ser simplemente el otro, no el asesino. Pero, ¿cómo hacerlo? Ellos siempre verán el “goy” que vino a hacer un pogromo después de la misa y el gran horror de los nazis, ¿cómo podemos explicárselos? Ellos quieren la separación, quieren vallas, que los árabes no se les acerquen, pero estas vallas también impiden que se

muevan. Es el gueto donde no se necesita un gueto, pero el que creció en el gueto solo conoce la realidad del gueto, y el estado de Israel es el gran gueto, haga lo que haga. Pero díganme, queridos judíos de Marruecos, ¿cómo podemos explicárselos? ¿Podemos explicarlo aun?, ¿todavía podemos comprender nosotros mismos el significado de los últimos mil quinientos años de nuestra vida en Marruecos y otros países del norte de África?, ¿no nos hemos empapado con el pensamiento occidental a través de la iluminada Francia?, ¿no nos hemos convertido nosotros mismos en medio "guetoistas" después de la experiencia israelí—askenazi?, ¿no nos convertimos nosotros también en enemigos de los árabes?

Y aquí estoy nuevamente, andando por las calles de Tetuán, como el niño que era, y sé ahora que la intimidación de los árabes era una tontería. Lo sé, no hubo ningún pogromo aquí desde 1868, y antes de él en 1790 —y también es muy difícil llamar a lo que pasó pogromos. Fue duro. Eran asesinatos perpetuados por personas que nunca contaron con el apoyo de las autoridades, ni mi abuelo, ni mi padre sufrieron por causa de los árabes, al contrario, me dieron la bienvenida con amor absoluto, aunque estaba claro que yo era el "otro", como estaba claro que ellos eran mi "otro", ¿pero cuan otros son? Son más otros que el askenazi que como elogio me dice que no parezco marroquí, como si es malo parecer marroquí, ¿son más otros que aquellos judíos asustados con quienes mis antepasados no tuvieron contacto durante mil quinientos años? La gran pregunta del sionismo, porque yo siempre pensé que eran mis hermanos, porque yo siempre pensé que eran mi pueblo, porque yo siempre los he incluido en mi yo colectivo, pero ellos nunca lo hicieron. Para ellos, siempre he sido el "oriental", aquel que proviene de un país musulmán primitivo. Para ellos todavía soy un otro y después de todos los años en los que esperé que entendieran que yo no soy el otro, estoy empezando a sentir que se están convirtiendo en mi otro, tal vez incluso más distintos a los moros de Tetuán, tal vez más que el dueño de la tienda de comestibles, Driss, que no paraba de hablarme de mi abuelo y de su hermano, y de lo difícil que era el trabajo cuando trabajaba para ellos, las bolsas que cargaba y el dolor de espalda que sufría y me regaló un mechero de recuerdo para encender mi pasado y envío a través de mí mensajes a miembros de mi familia que no he visto desde hace veinte años. A Dora que vive en Miami y a diferentes primos que viven en Venezuela y que yo nunca conocí y me contó sobre mi hermano que murió, me contó como mi padre se le acercó y se largó a llorar delante de él una vez y dijo: "este niño tiene algún problema de la cabeza". Hizo una mezcolanza de todo —mi padre se convirtió en mi tío y un tío del que hablaba era mi abuelo y la tía que pensaba que está en Netania,

en realidad vivía en Caracas, y esto dio a todo mucho más vida y también me habló de mi primo, Mois Benzimra que se casó con una prostituta y que murió hace un año —un hombre que nunca había visto, y me dio pena porque llevo su nombre. ¿Qué significa tener el mismo nombre? ¿Tocayos de nombre y apellido, vidas similares, suerte similar? Me lo pregunto y aun no consigo respuesta. Solo que si los judíos de Marruecos llegasen a ser líderes de la sociedad israelí, no muñecos sumisos, creo que nuestra existencia sería muy diferente, la convivencia con los árabes sería posible, y tal vez es solo un sueño...

Y aquí está el problema: los sefardíes entendieron de su exilio que la forma de mantener una vida espiritual es el compromiso. Para los askenazis, el compromiso equivalió a la muerte y nosotros buscamos el compromiso desde los años cincuenta y ellos lo ven como una debilidad, cedemos y ellos ven en eso una debilidad. Esto se relaciona con el problema árabe que siempre está como fondo cuando se habla del tema étnico y los palestinos cedieron durante años hasta que se dieron cuenta de que la única manera es la lucha. Ellos no creían que se enfrentaban a nuevos judíos, distintos de los que conocían en Safed y en Hebrón, en Tiberíades y Jerusalén. Hasta hoy en día no nos hemos enterado o tal vez la idea de que estos judíos son diferentes a nosotros comienza a filtrarse. Sus experiencias son diferentes, sus conclusiones respecto a la realidad son distintas.

Y así di vueltas por las calles de Tetuán, esperando que alguien llamara mi nombre, esperando que alguien diga “Moisés, Moisés” y me llamara hacia la zarza ardiente. Él no me llamó, pero en aquellas calles encontré muchas partes del rompecabezas, que estuvieron perdidas por años. Las encontré y sentí que puedo convivir con los árabes; que nosotros, los judíos, podemos arreglarnos con ellos y no hablar solamente de la falta de opción que condujo al destierro de más de medio millón de árabes en el año 1948, hasta matar doscientos niños árabes en la Intifada o cien árabes en Kfar Kana. Todo el tiempo hablamos de la falta de opción, pero esta falta de opción proviene de nuestra percepción del mundo, del síndrome del gueto que se apoderó de todas las elites de la sociedad israelí. Aquí, en la calle Maharaka Anual, la calle donde vi por primera vez al mundo, las calles por las que caminé y vi que yo también era árabe; vi el absurdo de los filósofos israelíes que exigen de la gente una única identidad absoluta, hasta dividir entre israelíes y judíos, hasta la repartición entre israelí y sefardí, como si no fuese posible ser las dos cosas. Esto no es más que el lecho de Sodoma, y ustedes no pueden meter a una persona como yo en dicho lecho de Sodoma. Yo,

árabe, judío, mediterráneo, de nacionalidad israelí y francesa, y si pudiese pediría también el pasaporte español, ¿cómo pueden meterme a mí a una identidad tan definida, cuando yo pienso que las múltiples identidades son un beneficio, y no una desventaja? Es algo que te prepara para ir por el mundo como un hombre del mundo y no como un hombre intimidado por el mundo.

Aquí, en estas calles, observando al derviche sentado en la esquina de la calle, con sus dos manos abiertas como un libro, tal como se sentaba aquel pobre al lado de la escuela, que yo siempre llegaba a él corriendo antes del timbre para entrar a clase y le daba medio dírham; allí está sentado, en la calle Mohammed Torres, leyendo el mundo entre sus manos, leyendo con los ojos cerrados, o quizás sea ciego. No se mueve. Es difícil saber si está pidiendo limosna o si su limosna es el aire que pasa por entre sus manos. No se mueve de allí por horas. Allí está sentado desde la creación del mundo, ¡Dios! Quizás sea el profeta Elías, aquí en las calles de Tetuán, que como muchas otras ciudades, se le llama "pequeña Jerusalén". Quizás sea el último de los judíos aquí, el último de los profetas del mundo, esperando el momento en el que el último de los judíos se vaya de aquí para llegar a Jerusalén. Está sentado con su galabiya marrón, y lee mi vida; lee mi vida silenciosamente ante mí, lee mi nacimiento y mi muerte, lee mis hijos y mis hijas, lee todos mis libros, todos mis escritos, lee todos mis amores y todas mis desilusiones, mis quebrantos, los días que dejé aquí en las calles, los días de esperanza y de olas, olas de felicidad. Lee la muerte de mi hermano y no llora por nada ni ríe por nada, así como cuando se observa desde arriba a la alegría y al llanto y parecen lo mismo, la misma única y larga experiencia. Quizás profetice sobre mí y ascienda así, con las manos abiertas, al cielo, a pedir merced por los hijos de Abraham que han llegado al final de la historia luchando uno contra el otro. Él pedirá misericordia. Yo sé que él solo puede pedir misericordia. El juicio no ayudará de nada, sino traerá más juicio y más muertes. Quizás la única misericordia sea el juicio, y pobre de ese día y la gente en ese día…

"Todo el año", me dijo Shlomo Asayag, "el intendente nos invita al banquete anual y siempre sienta a los judíos a su lado. Es un tanto embarazoso por la gente de aquí. Si algún policía te dijera algo, simplemente dile que eres judío y recibirás un trato de absoluta protección. Ni tienes que mostrar pasaporte o cualquier otro documento".

Luego, al pasar la frontera a España por un día, un policía en la frontera miró mi pasaporte y cuando vio que había nacido en Tetuán, me dijo: "ah… ¡Inta Diana!", y esto lo comprendí muy bien, por supuesto. Significa: "eres uno de los nuestros". Él, por supuesto,

quería un poco de bakshish, como cualquiera de los nuestros, y con tal de pasar rápido la frontera, se lo di, mientras que mi hermano y yo lo girábamos para que nadie se diera cuenta que se lo habíamos dado. Esto era cuando íbamos hacia Ceuta, la ciudad española en África, el límite que solíamos pasar para pasar a Europa, pues los judíos fueron tras Europa siempre que pudieron y siempre Europa les abofeteaba. Es Israel yendo tras Esaú, que es Edom, que es hijo de Jacob que va tras su mellizo primogénito. En la astrología se acepta la idea que los hermanos mellizos siempre nacen en una diferencia de tiempo tal que el signo de uno es la subconsciencia del otro, así sea el signo del sol o el signo ascendiente y así, hasta hoy, Jacob va tras Edom. Y esto es en vez de ir a hablar con Ismael[1]. Quizás temía que Dios escuchase.

Yo le digo estas cosas a mi esposa, que es argelina y ella me dice: "ve a tu Marruecos, ve a tus árabes. Me enerva lo que dices. Tu idealizas a los árabes ahora, etc.…" Aquí comienza toda la retórica sionista que explica todo el horror que hicimos tras las palabras "no hubo otra opción" y todo el horror que ellos hacen culpando de forma colectiva a todo el mundo árabe. Yo pienso que ellos hacen lo mismo. Y si seguimos así, nuestro futuro no se presta muy brillante.

Lo que tenemos que hacer es decir que después de España, Polonia y Alemania y toda nuestra historia frente a los pueblos europeos, es que finalmente debemos entender que no tenemos ninguna razón para no conectarnos un poco con los pueblos árabes, especialmente a la luz de la historia que tenemos en común, que si bien no quisiera llamarla idílica, pero seguramente estuvo dentro de lo razonable y lo conocido en la humanidad entre dos pueblos que conviven juntos, y quizás más que eso – observarlos y enfatizar; sí, tal cual, enfatizar los lados árabes que son parte de nuestra cultura.

No. No pienso que esto tenga muchas probabilidades. Soy una voz pérdida, una voz que grita en la montaña, una voz que se pierde en la dominante cacofonía de los medios de comunicación y aun así, las cosas hay que decirlas, al menos, aunque no sean escuchadas.

8.

—¿Por qué está tan sucio aquí? Papá, ¿son estos nuestros judíos?
—Vamos a un hotel.
—¡Qué bueno, vamos a un hotel!
—Ya hablé unas ocho veces con el gerente de este hotel de paso y no hace nada. No le importa que los baños estén tapados y llenos de excremento, nos vamos a un hotel.
—¿De día, el sábado?
— El sábado.
— Tomaremos un taxi y viajaremos.
—Tomaremos un taxi camino a la tierra de Israel.
—¿Qué? En Tetuán no viajábamos en Shabat.
—Viajábamos al mar, pero no a Israel.
—Ven, niño, vayámonos de aquí, antes de que nos enfermemos a causa de estas cloacas, no vaya a ser que lleguemos enfermos a Israel.
—Me gustan los hoteles.

David Sananes

1996

Yo estoy muy agradecido por todas las preguntas que me haces, pero no sé qué decir, no sé si se trata de una oportunidad extraordinaria para hacerle frente a treinta y siete años de mi vida, o si se trata de una trampa que me pones para escribir sobre mí. Da la impresión que esta pregunta quedará abierta, porque te responderé. Solo te pido que si llegaras a usar este asunto para tus obras literarias, lo hagas sutilmente, de modo que no se me reconozca. Después de todo, me estoy convirtiendo en un personaje importante en Madrid y esto podría llegar a perjudicarme mucho.

Comencemos con la niñez —¿qué recuerdo?, ¿qué no recuerdo?, los dos nacimos en el mismo año y dejamos Tetuán a la misma edad. Se podría esperar que los dos tengamos recuerdos similares, pero según las conversaciones que mantuvimos hace un mes en Jerusalén y hace un año, parecería que no hay nada más alejado que nuestros recuerdos de Tetuán. Así como te dije entonces y también te sorprendiste de ello, yo me sorprendí de las cosas que escribiste en tu libro y en tus poesías. Siempre pensé que Tetuán es un sitio donde los niños crecen solos. Sin padres, sin adultos. Después de mi conversación contigo al respecto, comprendo que eso fue un asunto personal de mis padres y con mis padres, en este caso, me refiero más a mi madre que a mi padre, que de una manera o de otra él estaba muy preocupado, se escapaba a su trabajo y casi nunca se le veía en casa. Mi madre, que de joven era pintora, descubrió que no había de qué temer a la total anarquía en casa y solo Pepita, la sirviente española de baja estatura y con un ojo bizco, nos daba alguna forma de orden y límites. Mi madre estaba completamente en contra de eso y de las peleas y si bien hoy parece raro, mi madre pedía menos límites. Siempre contaba sobre la dureza de su padre, principalmente de que no podía siquiera moverse al lado de la mesa. Cada uno y sus experiencias. Tú siempre cuentas sobre tu dificultosa niñez pero quizás el asunto sea cómo cada uno se refirió al mismo estado y quizás ocho casas más allá, tu estado sería muy distinto al mío. Yo recuerdo que cada miércoles iba a tu casa y que tu madre,

muchas veces, nos bañaba a todos y luego nos cortaba las uñas. Yo recuerdo esto porque una vez me sacó una uña sin querer que luego me dolió por semanas. De todos modos, no es que fuese algo traumático.

Pero, ¿de qué traumas estoy hablando, si hasta que no leí tus poesías y hasta que no hablé contigo no entendí que pasé una gran crisis al mudarme de Tetuán a Madrid? Yo pensaba que todo estaba bien, pero me quedé aquí trancado durante días y no sabía cómo continuar. Tú sabes cuán difícil es para mí escribir cartas. Siempre lo dejo para el final. Recuerdo los quince años, cuando me escribías diez cartas y yo te contestaba una. No era porque no me interesaba la música de la que me escribías, sino porque siempre fui de posponer las cosas.

Entonces quizás vayamos al último año. Primeramente, todo el asunto del viaje a Jerusalén, el Bar Mitzvá de mi sobrino. Fui como quien lo estaban obligando, y luego pospuse mi regreso un día y otro día y otro más, y no quería moverme de Jerusalén, no quería viajar con todos a Eilat. Era el descubrimiento de Jerusalén. Yo no recuerdo haberte dicho a los dieciocho años, como tú lo mencionas en una de tus cartas, que ser judío era casarse con una judía para que mi padre no fuera a desheredarme. Pero el solo hecho de tu memoria, dice algo respecto a mi estado judío de entonces. Este año también falleció mi padre. En cierto modo era algo que se esperaba pero siempre es difícil. Falleció un mes después del Bar Mitzvá. Y esto me deja con el asunto de la herencia, a pesar de que la mayoría es a favor de mi madre, pero mi madre no me desheredará aunque me case con una gentil. Pero no solo que no me casé con una gentil, sino que dejé a la cristiana con la que estuve en pareja durante dos años. Seguramente fue mi encuentro con Jerusalén. Allí, en la sinagoga, con los Tefilín, allí me dije: ¡oye!, ¡David! David Sananes —ese soy yo, yo en la sinagoga. En Tetuán, la sinagoga a la que solía ir la llamaban la sinagoga pintada, “La Tefilá Pintada” — yo, nieto del gran David Sananes, el primer nieto que lleva su nombre.

Estaba allí, en la sinagoga Yojanan Ben Zakai en Jerusalén y era nuevamente el niño que va con su padre a la Judería, a la vieja sinagoga en shabat y frente a mí están sentados todos mis judíos. Allí está Ben Shimol y aquel es el rengo Meshiaj y aquel que siempre se peleaba para ser el *Maftir*, que todos lo llamaban “Rabí Maftir”, porque en la sinagoga pintada estaba prohibido vender los puestos, era la norma en esa sinagoga, una de las dieciséis sinagogas, que como bien sabes estaba prohibido levantar más sinagogas en Tetuán. Ese era un dictado de la Halajá, de que hubiese solo 16, porque si no, acababan con una sinagoga para cada judío, todo el tiempo peleándose en el rezo matutino de shabat y luego los cuentos que

este dijo así y aquel dijo así, sin fin…

Entonces, con Yojanan Ben Zakai, regresé a mis raíces, a mí mismo y un mes después que mi padre falleció, mi vida cambió. Comencé a ir a la sinagoga todos los shabat, y casi todos los días a rezar el Kadish, a leer la Parashá de la semana, a conectarme a través de internet a todo sitio que trata de judaísmo, en francés, en español e incluso un poco en inglés. Allí descubrí al Rambam, y luego busqué en la Torá, leí una y otra vez la Torá, busqué los preceptos y te digo a qué conclusión llegué…

En realidad vuelvo a repetir en breve las cosas de las que hablamos en Jerusalén hace un mes. Llegué a la conclusión que lo más importante es construir el templo. La mitad de los preceptos en la Torá están relacionados con el templo. Llegué a la conclusión que la sinagoga no es para mí. Te sorprendí cuando te lo conté. Yo también me sorprendí que tú llegaras a conclusiones similares. ¿Somos locos o es porque crecimos en la misma ciudad, nacimos en el mismo año y pasamos procesos parecidos? ¿Un asunto astrológico?

Paré aquí hace dos días y esto puede continuar así por años. Entonces te envío la carta y ya está. Espero que al menos haya contestado en parte a tus preguntas. Para mí fue interesante, solo que no estoy seguro de haber logrado transmitir las cosas. Te deseo un feliz año nuevo y espero que tus hijos y tu esposa gocen de buena salud.

Cordialmente,

David

9.

—¿Qué le ocurrirá a nuestra sirviente ahora? ¿Qué será de Fátima?
—Ella estará bien, es su tierra.
—¿Entonces por qué lloró?
—Porque nos quería.
—¿Ella conseguirá trabajo?
— ¿Por qué te preocupas ahora por todos? Este es su país, su tierra, ellos se arreglarán como se arreglan los árabes.
— Papá dijo que los árabes golpean a sus sirvientas.
—Ese ya no es problema nuestro, yo no sé qué hacen ellos.
—¿Por qué no la trajimos con nosotros?
—A Israel, traer a Fátima a Israel.
—Si, ¿Por qué no?
—Porque ella es árabe y nosotros estamos en guerra con los árabes, desde que les ganamos en la guerra de los seis días ellos nos odian aun más
—Y, ¿por qué estamos en guerra con los árabes, mamá?
—Porque ellos no quieren que tengamos un país.

La Alianza – Caracas 1995

Este no es un testamento, ya que tú eres mi hijo único y eres el heredero de todo. No hay dinero del que tú no sepas y no hay dinero que haya decidido donar a otras personas. Si bien nuestras relaciones no han sido de las más fáciles, parecería que es natural que así sea en una relación de un padre con su único hijo. Yo tampoco he sido una persona fácil. Guardé en mi interior un gran secreto, demasiado grande. Lo llevé conmigo durante años y no podía decirte nada. Quizás sí podía. Quizás debí hacerlo cuando tenías quince años, pero tu madre se opuso, quizás con razón. No es fácil. Quizás sea más fácil estar en Venezuela que estar en Madrid, pero no. ¿De qué se trata? Ya lo verás más adelante. En realidad, en todo este asunto había más de un solo secreto y tu madre no era exactamente la madre que conociste. Si estuviéramos viviendo en un país menos alocado que Venezuela, quizás hubieras notado que tu nombre es diferente de los demás. Benzimra, es distinto a todos los López y Hernández, pero tuviste el privilegio de vivir en un país donde casi no existe el racismo y especialmente no existe el antisemitismo. Entonces, como ya te lo dije, yo soy judío. No sé si esto te sorprenderá o no, quizás ya lo sepas. Quizás tu madre te lo haya contado en secreto. Quizás fuiste a averiguarlo a la sinagoga y encontraste allí parientes lejanos míos o encontraste mi nombre en la guía telefónica. Uno de esos parientes lejanos es mi hermano mellizo. Lo vi esta semana en la sinagoga. Lo vi y él no me conoció. Yo tampoco, apenas. Solo nos miramos uno al otro. Les dije que yo era de Miami, hablé en inglés. Por años me avergoncé de ir a la sinagoga. Me avergoncé ya que mi historia era conocida en todo Tetuán, la vergüenza de la ciudad. Seguro todos murmuraban allí – “él se casó con una gentil en Madrid, y no una gentil común y corriente”, dirán, “se casó con una prostituta”. Prostituta… eso seguramente tu madre no te lo contó, o quizás sí. Yo sé que tu relación con ella era muy profunda y especial. Quizás “prostituta” no sea la palabra justa. Había muchas jóvenes de hogares bastante buenos en España, que después de la guerra civil y la segunda guerra mundial se dedicaron a la prostitución. La comida era escasa y a veces mantenían familias enteras. Y te preguntarás cómo llegué a ella. Bueno, tú ya sabes, la encontré en Madrid, al lado de la universidad de Madrid. No en un simple café, como te

contamos ni tampoco fue tan romántico. Yo necesitaba una mujer como un hombre necesita una mujer. Estaba solo, era joven y estaba cachondo allá en Madrid. Estudiaba medicina, estaba lejos de casa, lejos de mi madre, lejos de todo lo que conocía tan bien. En aquel entonces se podía comprar una mujer con el poco dinero que tenía. No, ella no había sido la primera, ni tampoco la última que tuve, como ya sabes. Ella fue una, una y luego tan especial, tan melancólica, me llenaba de añoranza. Solo pensar en ella me producía erección. Si, hijo. Nunca fuimos tan puritanos en la forma de expresarnos en esta casa, ¿por qué deberíamos comenzar a serlo ahora? Después de mi muerte, mientras lees esto, se puede decir que mi atracción por ella era pura y llanamente corporal, física, una necesidad biológica. Es cierto que había mucha calidez y las conversaciones con ella eran más y más especiales. Espero que esta revelación no te lleve a cambiar de opinión sobre tu madre. Debes comprender que ella era una mujer maravillosa y nos amaba a mí y a ti hasta el día de su muerte, hace cinco años. Yo sé que ella sufrió mucho por mi causa, de mis escapes, de la falta de contacto entre yo y tú, pero nos amaba a los dos muchísimo. En general era de amar mucho. Era la octava hija en una numerosa familia de una pequeña ciudad llamada Beniros, no muy lejos de Valencia. Quizás te gustaría visitar allí, quizás te gustaría visitar allí camino a Tetuán, porque yo quiero contarte sobre esa ciudad, Tetuán, una ciudad que solo su nombre despierta en mí añoranzas tan duras, hasta que intenté y logré no pensar en ella durante años. Mi ciudad natal. La añoranza no es solo lágrimas. Ahora, cuando digo el nombre, cuando lo escribo, puedo sentir a Tetuán en el lado interior de mi rodilla derecha, allí siento el dolor. Está allí cada vez que pienso en mi mamá, Simi Benzimra. Quizás visites su tumba. Cuando pienso en ella, siento el dolor en el pulgar derecho, un dolor tan intenso como si me estuvieran cortando ahora el dedo sin anestesia. Hijo mío, Fernando Benzimra, ¿quién diría que un día mi hijo llevaría ese nombre? Fernando Benzimra, cristiano, quizás dirás ateo, pero yo sé que tu católica madre sin duda te transmitió su catolicismo. Estas cosas pasan a través de las madres. Quizás nunca fuiste a una iglesia, pero de todos modos tu hijo fue bautizado al catolicismo. No me preguntes cómo lo sé. Sé que tú no fuiste bautizado, porque así lo habíamos decidido tu madre y yo, para que no hubiese ninguna religión en casa y por eso también es que inmigramos a Venezuela y no nos quedamos en Madrid. Pero yo sé que a tu hijo lo llevaron tú y tu madre a la iglesia sin que yo lo sepa. Ella no me dijo nada, ni tú y tampoco los seguí, para nada. Son de esas cosas que uno sabe. No importa cuánto trata de ignorarlas, lo sabe por dentro.

Sí, quiero contarte sobre Tetuán…

Tú ni siquiera sabes dónde queda; sí, es bastante lejos, no solo físicamente. Es una inmensa distancia emocional. Tetuán está al norte de Marruecos, muy cerca de España, a veinte kilómetros del estrecho de Gibraltar. ¿Qué es ese lugar? Es el sitio más cercano donde se asentaron los judíos en el siglo dieciséis, después de la expulsión de España. Esa cercanía ocultaba en su interior una distancia enorme, una increíble distancia entre las expectativas y la realidad. Aquellos judíos pensaron siempre que eran españoles que salieron de paseo un poco lejos del hogar y pronto volverán a sus ciudades; a Granada, a Sevilla, a Toledo, Beniros, Badalona, en unos pocos días más. Ellos siguieron hablando en el bueno y antiguo español durante cientos de años, pensando en el maravilloso hogar en España, guardando las llaves y todo. Yo sé que hubo quienes volvieron a España, se convirtieron al cristianismo y regresaron a sus hogares y ciudades. Quizás tu madre fuese descendiente de una familia así, porque si no, es difícil entender qué fue lo que nos unió tanto al punto que yo dejara todo y ella también con tal de estar juntos. Y, ¿sabes qué, Fernando? La edad no te da respuestas a esas preguntas, sino las enfatiza. Las afila como a un lápiz hasta que la punta se hace tan afilada a punto de poder matar a alguien si se le clavara en el corazón. No tengo respuesta. Yo espero que mi primo, Mimon Benzimra, al que conociste aquí en 1977, la tenga. Quizás a él sí lo recuerdes. Él nos miraba con compasión. El sostenía que cuando los judíos de España fueron expulsados, eran un diez a un veinte por ciento del país y gran parte de ellos se hicieron cristianos, de modo que la mayoría de los españoles cristianos de hoy en día, tienen que ser descendientes de judíos. En realidad, es un país judío, entonces, quizás tu madre, Marisol, también sea descendiente judía. Ella nunca dijo nada, pero su padre siempre me llevaba a un lado y empezaba a contarme algo pero enseguida pasaba a hablar de la guerra civil y su gran orgullo por la guardia civil, la policía de Franco. Quizás quería decirme algo, quizás aun no se animaba o quizás es solo imaginación mía y excusas de un hijo de familia religiosa que abandonó completamente el judaísmo de un día para el otro por una mujer. No sé. De todos modos, tu abuelo estaba bastante contento que nos habíamos casado. Su madre menos. Ella era una verdadera antisemita, racista de nacimiento como muchos católicos de pueblos españoles que se pensaban que los judíos teníamos rabo. Eso era lo que decían durante siglos. Seguramente tampoco le agradó ver a tu madre viajar a otro país, pero no era tonta. Ella sabía bien qué hacía su hija en Madrid y de dónde sacaba el dinero que le enviaba y es mejor una hija casada con un judío que verla envejecer como una prostituta que nadie se interesa por ella. Bueno, lo siento si la palabra prostituta te ofende, pero aun espero

que seas lo suficientemente maduro para entender las circunstancias, la historia y las debilidades humanas.

Muchas veces me pregunté si Dios me castigará después de morir, si es que es posible castigar a alguien por amor. Suena romántico, pero no era capaz de pensar en otra mujer que no sea Marisol y en nada más que eso durante años. Preparé millones de preguntas para hacerle, pero cuando comienzo a indagar sé que no puedo darles respuesta. Quizás tendría que haber carecido de ella toda mi vida para sentirme integro. Mi madre me enviaba a España cecina en frascos con aceite para que comiera comida casher, porque todo era no casher. ¿Qué es "casher"? Ahora tengo que explicarle a mi hijo qué es casher. Es la comida que nosotros comemos, que comen los judíos. Si has prestado atención, siempre dije que a mí no me gusta comer cerdo, pero en realidad, nunca he comido cerdo. Los judíos tienen prohibido comerlo. Quizás sea el último precepto que me queda, después de haber fornicado con mujeres menstruadas y haber sido adultero, profanador del shabat y de haber pecado en todo lo demás. Seguramente no sabes qué son todas estas cosas. El judaísmo está colmado de leyes, leyes y más leyes y yo las cumplía todas hasta cumplir los veinte años, cuando viaje a Madrid. Mi padre y mi madre y nosotros éramos de las familias más religiosas en Tetuán. No comprábamos ni el pan en el almacén. Lo horneábamos en casa para que sea casher. Mi madre pasaba horas revisando los granos del trigo y los molía ella misma. Simi Benzimra. Y ahora, su hijo le explica a su propio hijo sobre algo tan básico como el cerdo. Quizás sea mejor que queme esta página y no sepas nada. ¿En qué te ayudarán estos conocimientos? ¿Te harás judío? ¿Tu hijo se hará judío? ¿Irás a Tetuán?, ¿irás a Jerusalén? ¿Qué harás con eso? Igualmente hay sobre mí un mandato de contarte todo. Tú puedes dejarlo aquí o continuar. Las cosas se tornarán más y más complicadas para ti a medida que vayas leyendo. No podrás comprenderlo. No podrás comprender por qué no te conté estas cosas antes, una persona como tú, que creció en un país como Venezuela, con todos sus problemas, con toda la miseria y la corrupción nunca entenderá qué es el antisemitismo, no entenderá por qué judíos como yo tienen que esconderse tras una máscara, la máscara del gran mundo, la máscara del dinero, la máscara de las grandes fiestas, del gasto de dinero, la máscara de "todo está bien", cuando interiormente siempre supe que nada está bien, que nada puede estar bien. Me olvidé de tantas cosas…

Fernando, naciste, como lo sabes ya, después de muchos sufrimientos que pasó tu madre. Diez años después de casarnos, en 1958. Nos casamos en 1948, el mismo día que se fundó el Estado de Israel. No sé cómo ni por qué, el 5 de mayo de 1948, nos registramos

como pareja recién casada aquí, en Venezuela, aquí en Caracas. Es como tú, que te casaste la noche de Rosh Hashaná, del cual no sabes nada pero yo sí sabía y que naciste en Yom Kipur —no podría ser de otro modo. Te preguntarás que son todos esos nombres, esas palabras. Se trata de festividades judías. Quizás hayas escuchado sobre Yom Kipur y quizás escuchaste más sobre esto. Rosh Hashaná es el año nuevo judío, pero no es justamente una fiesta. Precisamente en ese día comienzan los diez días de arrepentimiento y yo, que estoy tan alejado de eso, cuando llegué el pasado sábado a la sinagoga entendí cuán alejado estoy de todos esos judíos y a la vez tan cercano. Estuve allí un solo día y sentí como si hubiera estado en ese sitio toda mi vida, como si no me hubiera separado de todos esos rostros jamás, de Sananes y de Hatchuel y de Benzimra y de Chocron y de Benarosh y de Azancot y Barsesat. Todos esos rostros me resultaban conocidos. No ellos, obviamente. Muchos de los que estaban allí habrán nacido después que me casé y la vergüenza no me permitió ir a la sinagoga y quizás no solo la vergüenza. Pero sus caras eran increíblemente parecidas a las de sus antepasados en Tetuán, como si hubiesen mudado sus simple asientos y le hubiesen agregado un toque de riqueza y la sinagoga se hubiese mantenido igual y las melodías —tienes que ir a escucharlas, las maravillosas melodías, tan delicadas, siguieron sonando en mi mente por horas. Tendré que ir allí también mañana, el viernes, porque para los judíos el día comienza al atardecer, al oscurecer, de modo que el shabat comienza a la tarde del viernes. Hay un rezo nocturno llamado “Arvit” y un rezo matinal llamado “Shajarit”. Quizás vayas allí. Dirás que tu nombre es Benzimra. Quizás alguno de ellos sepa quién eres. No hables mucho. Quizás ellos recuerden todo, la gente de Tetuán recuerda todo. Recuerdan cosas que les hirieron de cincuenta años atrás y más. Las cuentas allí nunca se acaban. Ellos seguramente estén enfadados conmigo aun, pero no tanto como estoy yo conmigo mismo. Ahora que veo que tengo un hijo cristiano, que veo que mis nietos están perdidos para siempre, me gustaría tanto que después de haber leído esta carta, te conviertas al judaísmo pero sé que son solo sueños. Me siento como un traidor de la historia, un traidor de quinientos años de firmeza frente a todas las tormentas del hombre, de las tentaciones de convertirse, traiciono a mis antepasados que no se convirtieron al cristianismo en Toledo o en Valencia o en Granada y salieron de sus hogares y su patria a buscar una nueva vida. Yo traiciono todos los años difíciles que pasaron en Tetuán, traiciono su esperanza de volver a España, su capacidad de mantenerse cerrados y denigrados en la Judería después de haber sido la aristocracia de España, traiciono su dificultad de sobrevivir, el significado de la pobreza que sufrieron, y he aquí yo, nosotros, porque hubieron

varios más, de momento que nos enriquecimos un poco y salimos a Madrid a estudiar en las universidades, volví allí y me convertí en un gentil. No me convertí en cristiano pero es peor que eso. Dejé el judaísmo por un espacio vacío, sin que nadie me obligara a hacerlo. ¿Comprendes mi angustia? Esas son las verdaderas razones de mi enfermedad, no el colesterol ni los ataques cardiacos. Al final de cuentas el corazón solo va tras lo que rompió mi corazón. Es el corazón el que produce el ataque, el verdadero corazón, el corazón que no supo vivir su vida, el corazón que se descarriló de las vías del tren que, desde que regresé a Madrid, siempre viajó sobre la vía equivocada. No me mal interpretes, yo amé a tu madre muchísimo y ella me amó a mí y a ti también. Nunca me hablo de mi judaísmo o de su catolicismo y a pesar de que sabía que internamente yo sufría, nunca se inmiscuyó y yo podría haber ido a la sinagoga si hubiera querido y ella no hubiera dicho nada, pero pensé que puedo tapar mi mentira, pensé que no podré vivir a medias, una mitad yendo a la sinagoga en Yom Kipur y la otra mitad viviendo con una cristiana y comiendo no casher y teniendo un hijo que no es judío y hoy digo que uno quizás tendría que estar repartido y no vivir dentro de las contrariedades, porque la vida es así – contrariedades, especialmente en la era moderna. El intento de borrar las contrariedades solo hace que se refuercen con el tiempo, se enfaticen y nos enfermen, porque al final de cuentas, ¿qué nos hacen? Una cirugía de derivación vascular, ¿qué derivan? El corazón, donde queremos desviarnos del corazón, en vez de completarlo. Derivan el corazón físicamente pero también se desvían de nuestro sentimiento, los sentimientos que reprimimos. Quizás tú lo hagas mejor, ¿quién sabe? Cada generación piensa que quizás la próxima lo haga mejor y la próxima siempre hace algunas cosas mejor, y otras peor. Por un lado una mejora y por el otro lado un empeoramiento. Todo es quizás demasiado pesimista, pero vivir cuarenta años en una mentira, escondiéndola de mí mismo, escondiéndola de ti y ahora quiero que leas esto solo después de mi muerte, que por lo visto no demorará en llegar.

Si comienzo a contar sobre Tetuán, diría que el sitio donde estaba la escuela de la cuidad, La Alianza, se convirtió en un santuario a partir del siglo diecinueve. Todas las esperanzas estaban puestas en ese colegio, que estaba en la Judería y luego se trasladó a la parte más moderna de la ciudad. Es ese sitio llamado La Alliance Francés y fue fundado por Rabí Ytzhak Benualid, un rabino que pensaba que lo mejor que podían hacer los judíos pobres es adquirir una profesión. Después de las profesiones vinieron los estudios teóricos y a mí me prepararon para ser el alumno más destacado de la Universidad de Madrid en la facultad de Medicina en el año 1948, unos días antes de casarme y antes de mi emigración de Madrid. Cuando miro hacia

atrás me pregunto si Rabí Benualid tenía razón. Quizás hubiera sido mejor que los judíos se quedaran judíos y no estudiaran tanto; que estudiaran Torá, como hizo mi padre cada día después de cerrar el almacén y que pensaran sobre el mesías y la redención. Bueno, él seguramente no pensó en universidades sino apenas una profesión que nos ayudara para comprar zapatos, no pensando en automóviles de lujo con chofer, como los que comenzaron a haber en Tetuán desde que entraron los españoles. Él tampoco pensó sobre las hermosas españolas que se dedican a la prostitución en las calles de Madrid. Era un hombre inocente que cuando fundó el colegio ya tenía ochenta años, un gran intelectual de gran reputación. Pero de todos modos, esta comunidad tuvo éxito adónde iba, en Caracas, en Madrid, en Niza y en Argentina. Estaban más predispuestos que los demás para adaptarse a los cambios del mundo moderno. También aquellos que se quedaron en Marruecos tuvieron éxito y también mi primo Yaakov Benazeraf que llegó a Nueva York y ganó un premio nobel en medicina. Seguramente el único tetuaní que gano tal premio. Yo no gané premios pero el trabajo en dermatología, mi especialidad, era abundante, especialmente en los años setenta en los que operábamos cualquier pequeño forúnculo con la excusa que podía convertirse en canceroso. La gente pagaba tanto para sacarse de la piel sus miedos. En los años ochenta, el dinero empezó a desaparecer en el exterior y los ricos empezaron a mudarse a Miami y desde entonces ganaba menos. Igualmente te dejo una buena herencia que ciertamente podrá ayudarte en la vida.

Volvamos al colegio, a la Alianza, donde estudié francés e inglés, donde estudié las materias importantes, un colegio que siempre estaba en problemas económicos y los ricos de la ciudad, así como los ricos del mundo, no podían dejarlo caer ya que era el símbolo de la red de colegios de todo el mundo judío, que su propósito era introducir a los judíos a la cultura de Europa. Fue el primer colegio que se fundó y el símbolo del resto, por lo que su caída causaría la caída del resto. La organización fue fundada por los ricos de Francia y cuenta la leyenda que cuando ellos vinieron para ayudar y preguntaron a la gente qué querían, en vez de pedir dinero o ropa, que bien hacían falta, ellos pidieron un colegio para poder estudiar cómo ganar dinero. Había una gran miseria en la ciudad. Se cuenta que los niños no tenían zapatos. Se cuenta que no había alimento. Pero la apuesta resultó inteligente. Después de cincuenta años, los judíos comenzaron a ver los frutos del colegio; al principio principalmente en comercio pero luego también hubo médicos e ingenieros que estudiaban en colegios en España y en Francia y volvían a la ciudad y podían construirla. No todos volvieron a Tetuán, obviamente. Algunos se fueron a Rabat o se quedaron en

Madrid o en Francia. Otros, como yo, inmigraron a Venezuela, y algunos se fueron a Israel. Sí. Si se te ocurre buscar, tengo familia en Israel. La familia Benzimra. Y también la familia Sananes, por parte de mi madre. Sus nombres siempre fueron Moshe y Shmuel, como los abuelos, y también Simi. No encontrarás ningún Fernando o algún Pedro como tu hijo, por supuesto. Esos son nombres católicos. Sobre tu generación no puedo decir nada. Conozco nombres como el del dramaturgo David Sananes, porque vive aquí en Caracas y sé que es homosexual y nunca vi ninguna de sus obras, y ya está. Y él también debe estar desconectado de todo el tema de Tetuán, tanto como yo. No los vi desde el día de la boda. No me acerqué a ellos. Ellos al menos trataron de contactarse conmigo, pero yo huí de eso. Huí quizás no sea la palabra adecuada, simplemente me avergoncé, supongo, o no tuve la suficiente fuerza para enfrentarme a ellos. En principio piensas que la distancia es temporaria, que la ruptura volverá a unirse en unos meses. Luego la distancia aumenta más y más y tú solo te vas encerrando dentro de tu vida, la familia, los nuevos amigos. Casi cambié mi nombre, pero no lo hice por ti. No sé de qué te servirá. Quizás para tu hijo. Quizás viaje a Tetuán a ver dónde nació su abuelo. Quizás vea la tumba de uno de sus antepasados y vea el mismo apellido, así como el elefante cuando pasa por un cementerio, da un rugido de dolor y sigue su camino. Pero no fue solo por ti. Es un paso que no pude dar, cambiar mi apellido era como traicionar miles de personas que llevaron ese nombre en grandes peligros, que lo llevaron a pesar de que era más fácil cambiarlo, cambiar de religión.

Fernando Benzimra, hijo mío, no olvides lo que yo no puedo recordar. Trata de ser parte de tu apellido en la forma que te parezca. Tú perteneces a una ascendencia de rabinos y médicos. Dicen que ya en el siglo dieciséis hubo un Benzimra que fue médico de la zona. A pesar de los caminos retorcidos de tu padre, en este último momento te entrego la antorcha.

Cuando me muera, te pediré que vayas a la sinagoga, que encuentres alguien que se llame Benzimra y le pidas que me entierren en el cementerio judío, que uno de ellos diga el Kadish por mí. Simplemente menciona la palabra “Kadish”. Se trata de un rezo que se dice cuando un judío muere. Ellos ya entenderán.

10.

— Papá, ¿por qué tú no trabajas aquí?
— Estoy haciendo todo tipo de arreglos, quiero abrir una fábrica.
—¿Fábrica de qué?
— De pintura o de algas.
—¿Qué es “algas”?
— Son vegetales que crecen en el mar, especialmente en Eilat, en el Mar Rojo, y se utilizan para medicamentos o para la industria.
— Y, ¿por qué no abres la fábrica?
— Porque se necesitan todo tipo de certificados. Aquí no es como en Marruecos. Aquí tengo que traerles una cantidad de documentos, pero leí todo y aprendí todo y yo sé qué tengo que hacer.
— Pero tú ya hace mucho tiempo que les estás llevando certificados, ¿estás seguro que eso es así?
— Así es aquí. Ya no estoy seguro que me permitan abrir la fábrica.
—¿Por qué?
—La pintura, es porque ellos protegen el monopolio de una fábrica de pinturas, entonces dicen que es contaminante o algo así. Las algas, no sé por qué. Ya les llevé decenas de documentos que me pidieron y no hay autorización.
—Allá éramos judíos, papá, pero aquí somos marroquíes, “marroquíes—cuchillo”. Quizás sea porque eres marroquí.
—No, no creo, no lo creo, es porque ellos son askenazi.
—¿Entonces por qué todo el tiempo ellos dicen que nosotros no parecemos como los marroquíes?
—Ellos se refieren a otros marroquíes.
—No, papá, nosotros aquí somos los “otros”. Nosotros somos los “otros marroquíes”.
—Hijo, deja ya eso. Vete a estudiar la matriculación y vete a estudiar a la universidad y luego todo se arreglará. No podrán decirte nada, como lo hacen con nosotros. Este es nuestro país y aquí no tenemos que temer luchar.

EL ITIHAD MAROC

Hace cinco años que estoy sentado aquí y no sé cómo escribir la historia de mi vida. Hace cinco años que trato de encontrar alguna lógica a mis ochenta años de vida, pero la vida de uno no tiene lógica. Todo podría haber sido diferente. Podría haber muerto en Jerusalén, ser un político en Madrid o un exitoso vendedor en Venezuela. Podría estar en Paris, casado con una mujer de Oran. Podría estar en Estados Unidos, hablando inglés de extranjeros. Podría estar en Canadá, en Quebec. Un tetuaní hablando francés de parisienses entre los canadienses franceses. Podría haber sido… pero igualmente no tengo idea qué fui. Las posibilidades fueron muchas hasta que la solución elegida fue solamente la solución forzada.

Episodios de mi vida, imágenes que cruzan mi mente sin lógica alguna, mi hermosa madre, parada aquí frente a mi vista en la casa que volví a comprar hace siete años casi al paso. Volví a Tetuán veinte años después que la dejé, entré a esta casa en la calle Consul Murphy 18. Ese es el único nombre que conoceré. Ahora tiene otro nombre – Maharaka Anual. Entré. Me recibieron bien. Una pareja adinerada y anciana. Les dije que mi padre construyó esta casa. Se los dije, y lloré. Ellos me preguntaron si yo quería comprarla, una pregunta inesperada, ni siquiera sabía si me iban a dejar entrar a la casa y de pronto puedo comprarla, por quince mil dólares y enseguida dije que sí. Viajé a Tánger, entré al American Express, saqué el dinero y la casa volvió a ser mía. La casa que construyó mi padre, Moshe Benzimra, Ben Mimon Benzimra, quien me dio su nombre.

Volví a ser el dueño de mi casa. Obviamente que en ese momento no me esperé que un año después, mi esposa, que era veinte años más joven que yo, se fuera a morir de repente. Era claro y acordado que yo moriría primero. Un tipo de acuerdo entre un esposo mayor y su joven esposa, y cuando ella murió, de pronto tenía muy claro que yo vendría a morir aquí, como mi padre y mi abuelo, que me enterrarían en el sitio donde nací, que la gente caminaría algún día sobre mí en el sitio donde yo pisé. Vine aquí y traje mis memorias. Las memorias que la gente de Tetuán trata de olvidar. Todo el mundo trata de olvidar, los nombres de las viejas calles, el Generalísimo que se convirtió en la calle Hassan el segundo, la calle

Madrid que se convirtió en la calle Rabat, o López de Vega que se convirtió en la calle El Istiklal. Yo les hago preguntas en francés o español, a veces incluso en mi deficiente árabe – "¿Man El Generalísimo?", y a veces algún viejo me contesta en español, como si supiera mi secreto. Él sabe mi secreto, pero yo no lo sé. Morir aquí. No como en el caso del abuelo de mi abuelo, que fue a morir precisamente a Jerusalén. Morir aquí como todos mis antepasados desde la expulsión de España, quinientos años atrás, ochenta generaciones. Ellos nacieron y fueron enterrados aquí. Cuando llegue el mesías, solo entonces que me lleve a Jerusalén. No entiendo qué hice allí veinte años. Tan inocentemente creí que me recibirían allí con alegría. Quizás no lo pensé pero mi esposa me empujó, de aquí a Israel, de Tetuán solamente a Jerusalén. Frases así. No a Canadá y no a Madrid. Llegué a Jerusalén inocentemente decidido a fundar una fábrica de pinturas, pero ellos me pedían miles de certificados, obviamente para defender el monopolio de la compañía Limarisol, pero todo eso ya no es importante ahora. Eso fue lo mínimo. En aquel momento me enojé, pues de qué habría de enojarme sino sobre el lugar que pensabas que era tu hogar, tu tierra, tu patria, cuando ellos te escupen como si fueras un extraño y un enemigo. Mis hijos dicen que yo soy loco. ¿Quién se viene a vivir a Marruecos a los setenta y cinco años, dejando Jerusalén? Pero debía hacerlo. Aquí, el asma que tenía, casi desapareció. Aun uso la ventolina pero solo una vez a la semana. En Jerusalén, después de muchos ayunos, tratamientos naturales y cortisona, era peor aun. Necesitaba otra vez respirar el aire del sitio donde nací. Todo parece tan claro ahora. Pero hace unos años no podía siquiera imaginármelo. No podía ni pensarlo…

Hoy vi una mujer española de unos sesenta años, más o menos. Ella también enviudó. Le pregunté por qué no viaja a estar con sus hijos en Madrid o Valencia y ella me dijo que aquí nació y aquí morirá. Se llama Suares. Nombre de marranos, sin duda. Ellos dicen que soy loco y yo les digo que ellos también extrañarán, como yo. Yo no sé por qué, pero esto es así especialmente para mi hijo, el poeta. Él escribe en hebreo en Jerusalén y nadie entiende de qué habla, y yo escribo aquí en español para gente que ya murió. Escribo mis memorias, quizás para mis nietos. Pero principalmente, le escribo a mi abuelo. ¿Quién recordará a mi abuelo, del quien llevo su nombre? ¿Quién recordará al abuelo de Brasil? Quizás tenga primos en Brasil. Él viajaba por un año o dos, volvía a Tetuán por unos meses, dejaba a su esposa embarazada y volvía a viajar, regresaba y ya tenía una niña de dos años, o un niño. Considerando el libido de esta familia, yo creo que el también tenía una mujer en Brasil. O no. No sé nada de eso. Pero quizás tenga primos allí. Quizás en otro lugar, porque

siempre habían más tetuanís fuera de Tetuán que dentro de ella. En un momento dado hubo un máximo de diez mil judíos aquí, pero en el siglo pasado, que hubo mucha miseria, la gente se fue a buscar sustento en otras partes. Muchos se fueron a Oran. Yo también estuve un año en Oran. Otros se fueron a Madrid, primeros judíos después de cuatrocientos años, a finales del siglo diecinueve. Muchos de ellos se convirtieron al cristianismo. Incluso en Tetuán hubo algunos que se convirtieron al cristianismo, pero esto lo leí en un libro, nadie me lo contó. Ningún judío contaría tal fallo.

Mi padre, era un hombre rico. Fue el primero en dedicarse a la importación por mar a Tetuán. Él se hizo millonario con solo diecisiete años, en términos de aquella época. Luego llegaron los españoles, Franco, la franquicia de exclusividad para el comercio de la harina, el azúcar y el aceite; el azúcar, que lo matará de muy joven, el monopolio. Luego yo mismo fui víctima del monopolio. Y entonces el dinero interminable, que entraba continuamente. El año cincuenta y seis – la independencia de Marruecos y la franquicia que se terminó, su muerte a los sesenta y dos años, la guerra civil española, el año treinta y seis hasta el treinta y nueve, y entonces España estaba aquí. Era ir como quien camina sobre huevos. Ir por la mitad de la calle para que no te salte alguien encima desde una calle lateral, ni expresar ninguna opinión ya sea a favor o en contra. Después de ese año, a los diecisiete años, escuchaba diariamente la Radio Rusia como quien escucha al oráculo, fui un comunista convencido, hijo de un monopolista y millonario; luego fui vegetariano antes que se inventara esa palabra y mi madre que temía que me muriera, pues entonces, mi padre solía comer carne dos veces al día, como acostumbraban los millonarios, al mediodía comía de entrada un huevo, luego pescado y luego carne. Un sinfín de proteínas. Hubo una época en la que los nutricionistas confiaban solamente en proteínas.

Luego vino la sugerencia de viajar a Madrid, ser consultor de una gran fábrica de madera, y la negativa, por supuesto, ya que era hijo único y siempre un hijo único de una madre que tuvo diez abortos después de haber yo nacido; hoy en día fácilmente se pudiera solucionar un estado tal… si entonces hubieran sabido que se trata de una simple inyección que evita que la madre produzca anticuerpos contra el feto, quizás hoy tendría varios hermanos y hermanas. Fue difícil ser hijo único entonces, no era algo muy común y mi madre murió de cáncer, probablemente de dolor. Sufrió mucho en esta casa, en este edificio, se puede sentir; ¡las paredes tienen recuerdos tan largos! Cuando se destruye un edificio, una pared, la casa de otra persona, se destruyen también sus recuerdos, los recuerdos de quienes vivieron en esa casa. Si la piedra pudiera

escribir un libro, ¿cuántas páginas habría en él? Ya no soy joven y todo se me confunde, pero trataré de hacer un poco de orden en todo este asunto que constituye mi vida, a favor de quien lo lea, porque me parece que no hay un orden, seguramente no uno cronológico.

Nací en el año 1917, me case en el año 1956, el año en el que Marruecos recibió su independencia. Mi padre y mi madre murieron en el año 1965, tuve cinco hijos, uno de ellos falleció a causa de una enfermedad a los ocho años, en el año 1973. Un año después hice *aliá*[2] a Israel y viví allí hasta hace 5 años. Estuve en Venezuela durante los años 1977—1980. Viví en Oran por dos años en 1937, y tal como les advertí – todas esas referencias de fechas son bastante ridículas, y es más importante comentar que un hijo mío, David, vive en Londres; mi hija Mercedes vive en Nueva York; Moisés vive en Paris y allí escribe libros en hebreo, precisamente; León, que siempre se mantendrá en la edad que tenía cuando murió, falleció con ocho años y está enterrado en Guivat Shaul en Jerusalén, y el más pequeño de todos, Shmuel, es un alumno de *Yeshivá*.

Todos los hijos que están con vida, los cuatro, son padres de tres niños, es decir que tengo doce nietos, como el patriarca Isaac. ¿Por qué cada uno tuvo tres hijos?, no lo sé, pero así se dio. Mi hija mayor, Mercedes, es la más cercana a mí. No puedo decir que la amo más que a los demás —¿cómo podría decir algo así? —pero ella es la mayor, hoy tiene cuarenta años y la única hija mujer y la más consentida, y por alguna razón encontré con ella un lenguaje común y más cercanía que con los demás. Doce nietos. En general, el número 12 volverá a surgir como un ciclo irrevocable en mi vida y en la vida de mis hijos. Nacimientos a los veinticuatro años, treinta y seis y cuarenta y ocho. Me enamoré de mi esposa a los treinta y seis años y ella fue la primera a la que le ofrecí matrimonio, pero nos casamos cuando yo tenía treinta y nueve. Dejé mis estudios de derecho a los veinticuatro años, a causa de la guerra o quizás todo esto no sea más que un invento de mi mente matemática, siempre viviendo en cálculos, siempre buscando regularidades cíclicas numéricas a lo que me ocurre. Mi hijo Moisés – quizás deba decir “mi hijo, el escritor”, pero él es también un viajero constante, un programador informático de renombre mundial y un poeta sensible, autor, que escribió también un capítulo sobre mí en uno de sus libros, rogó que se lo publicaran en Israel, pero no lo logró. Yo le dije varias veces que él habla demasiado sobre el tema de los sefaradí y los askenazi, y que encima se enorgullece de ello y que a los askenazi eso no les gusta. Y yo te pregunto ahora, esposa mía, amada Coti, mi querida y consentida Coti, ¿para qué te llevaste a todos a Israel, y todos se te escaparon de Israel?, fuera de Shmuel que solo habla de las *mezuzot* [3] y de los ultra—ortodoxos, que hay que reforzarse en la

fe y profundizar y esmerarse en la Torá. Yo no conocí judíos de esos aquí. El mismo Rabí Benualid no era tan estricto como lo es él, y créanme, Tetuán era una ciudad de autoridades de la *Halajá* de las más exigentes. Aquí no se estudiaba el libro del *Zóhar* por las mañanas y por la tarde, pero aun así el pequeño Shmuel, mi querido Shmuel, yo simplemente no entiendo de qué habla. Yo todo el tiempo hablaba con él sobre la cultura mundial, también sobre el libro "Guía de los perplejos" de Maimonides; hablaba con él sobre Schopenhauer y George Bernard Shaw y sobre López de Vega desde que era pequeño, pero él llegó a Israel con cinco años y ellos le lavaron el cerebro con que ser sefardí es algo primitivo con cuernos. Él no me creyó a mí y tampoco leyó nunca a Shaw o a Pitigrilli o a Schopenhauer tan solo porque yo hablé de ellos demasiado. Hoy tampoco escucha Beethoven ni Bach, pero en casa si escuchaba. Moisés y Mercedes todo el tiempo estaban con la música y todo eso, y Mercedes también, en Nueva York. Una vez me vinieron a visitar. Cada uno, una sola vez. Quieren que yo viaje a verlos, temen traer a los niños aquí. ¿Qué hay para temer aquí? Quinientos años vivimos aquí con los árabes y nunca tuvimos miedo. Solo en Israel los árabes se hicieron nazis. Moisés siempre me habla de eso, incluso por teléfono; me dice: tú nos diste una educación occidental, francesa y española y ellos nos dicen todo el tiempo que somos orientales incultos. No es que a los árabes les falte cultura, pero incluso a nivel de cultura occidental, tú eres más occidental que todos. Ellos siempre difieren entre oriental u occidental, como si no pudiese crecer alguien en Tetuán o en Bagdad o en Alexandria y ser occidental. Él me llama su "padre Nietzsche", me escribe largas cartas, todo el tiempo me explica, como si explicándome me ayudara a mí o ayudará a alguien, como si las explicaciones convencieran a alguien y si lo hacen, a la larga, ¿en qué influye eso? Y luego David, el inglés, se ríe de mis bromas. Yo de pronto comenzaba a hablarles en la sobremesa del Benzimra de Escocia y todos se reían. Ahora me contó sobre el rabino Benzimra que fue rabino de Glasgow. Pues ya, los encontramos también en Escocia, solo que no tengo ninguna relación familiar con él. Él es de Casablanca, o como siempre los llamábamos —"forastero", que significa "hombre de bosques" o algo así, porque nosotros éramos los judíos del ladino y el resto eran extranjeros. Uno de esos forasteros me dijo una vez que ellos consideraban a los tetuanís como inocentes y que sus galletas eran deliciosas. ¿Inocentes?, quizás, pero sin duda eran infinitamente rectos. Mi inocente padre no permitió anular deudas o refinanciarlas después de la caída económica del año veintinueve y devolvió todas sus deudas al banco. Devolvió y se quedó sin nada, después de haber sido millonario en aquellos días, y entonces, a pesar de la oferta del

director del Banco de España, que en su auge en Tetuán fue más rentable que la sucursal de Madrid, porque los comerciantes judíos no se retrasaban nunca con sus pagos, y si lo hacían, no había uno que no pagara. Fue más inocente aun cuando llegaron a él compañías como Westinghouse y EEG y otras compañías internacionales, que por su fama le ofrecieron ser su representante absoluto en Marruecos. Él no aceptó y les dijo: "yo soy un comerciante y no un representante". Luego le ofrecieron también la ciudadanía americana pero no la aceptó porque tenía que viajar allí cada cinco años. Él tenía ciudadanía holandesa y yo también era ciudadano holandés, pero nunca estuve en Holanda. Se trataba de una protección extendida a los judíos como ciudadanos extranjeros. Para entonces también los españoles eran bastante antisemitas, venían de un país que había expulsado a los judíos, un país sin judíos y lleno del oscuro cristianismo católico, lleno de prejuicios hasta el punto de revisar a los judíos que entonces llegaban a Málaga o a otras ciudades para ver si tenían cola. Es interesante el hecho de que había un dictamen de la *Halajá* que prohibía establecerse en España por quinientos años, dictado después de haber sido expulsados y es interesante el hecho de que la ley que prohíbe el establecimiento de los judíos en España fue anulada de manera formal solo en los años ochenta, quinientos años después de haber sido expulsados. Pero, como decía, los judíos se establecieron en España ya a finales del siglo diecinueve y la mayoría llegaron en los años sesenta y setenta a Madrid. Los judíos de Tetuán se concentraron allí y en Caracas, algunos en Israel, en Argentina, en Canadá y en Francia.

La edad. Los años te enseñan que algunas cosas que te parecían importantes, algún día se tornan faltos de importancia y cosas que no son importantes reciben de pronto una importancia inmensa. Pensar que yo, un tetuaní, estaba a favor de la lucha del proletario pero toda persona normal, quizás, debe ser comunista por unos años. Cada persona debe ser también vegetariano por un año, al menos, y también religioso, aunque nunca fui realmente religioso sino a través de mis hijos que todos pasaron por un año o dos siendo religiosos y Shmuel que se quedó en la *Yeshivá*. Moisés, Mercedes y también David fueron muy religiosos. Fueron a colegios ortodoxos, donde estudiaron, probaron y no les sirvió. Mi padre fue bastante tolerante al respecto. Si bien iba todos los shabat y festividades a la sinagoga, pero no iba todos los días. Iba en todos los aniversarios de fallecimiento de su padre y después yo también iba cuando falleció mi padre. En casa comíamos casher pero afuera había que negociar con los españoles, a veces con los árabes y entonces comíamos sus comidas, bebíamos su vino. No por eso dejamos de ser judíos. Todos mis hijos son muy judíos. También mantienen las costumbres, van a

la sinagoga, quien más, quien menos. Sus hijos estudian en escuelas religiosas o judías. Eventualmente todos, según las condiciones exteriores, cada uno a su manera, se asemejaron bastante a la gente de esta ciudad tal como yo los conocí – judíos orgullosos pero no extremistas. Eso se lo digo todo el tiempo a Shmuel y entonces él me habla de mi abuelo, por parte de mi madre, el rabino Hatchuel, que realmente era un verdadero jasídico. Sí, de pronto me recuerdo, como destellos que me vienen a veces. Escuché la palabra "jasídico" en mi niñez, pero no la palabra "Jaredí"[4], ni religioso ni secular. Se puede decir que hasta la segunda guerra mundial tampoco escuché nombrar la palabra "askenazi", que fue entonces que llegaron aquí y a Tánger, judíos de Alemania que eran más alemanes que judíos. A uno de ellos le enseñé español para que pudiera arreglarse aquí y no podía asimilar la idea de que no podría regresar más a Alemania, no podía entender qué significa ir a la sinagoga. Unos pocos se quedaron en Tánger e hicieron grandes negocios, pero eran muy diferentes a nosotros. Eran askenazi, así lo explicaba Rabí Cohen. En Israel ya se aclararía otra imagen completamente distinta de estos judíos, los askenazi. Se aclarará una imagen por la que me alegra saber que mi abuelo, Rabí Hatchuel, no sabía de ellos. Él era inocente, murió dos semanas antes de la fundación del Estado de Israel. Siempre me preguntaba en código secreto: "¿Y, para cuando?", y yo siempre lo consolaba diciéndole: "pronto, ya está llegando", pero yo creía menos que él que ocurriera, mucho menos. Para él era solo cuestión de tiempo que el Estado de Israel se fundara. Nunca preguntó si se fundaría, solo preguntaba cuándo. Un hombre devoto, dueño de almacén, donde trabajaba cinco—seis horas al día y luego iba a estudiar la Torá. Con el poco dinero que le quedaba, repartía alimentos por las casas de los pobres al alba. Nadie sabía que provenía de él pero yo supongo que lo sospechaban. La caridad secreta. Pasado el tiempo, mi hijo Moisés escribirá que gracias a esas obras llegó a Israel y quizás yo también, pero, ¿era ese un privilegio o una prueba más, asignada a ciertas personas que se sentían exiliadas en su propia tierra, en su tierra de Israel y se sentían en casa estando en su exilio?, o será quizás que Tetuán no era el exilio. Quizás el sitio donde uno nace no puede convertirse jamás en un exilio, como aquél alemán al que le enseñé español. Aunque la tierra te vomite y te queme, tú volverás a la tierra en la que naciste, al lugar donde gritaste, donde lloraste por primera vez en tu vida. El pasado, el presente y el futuro se confunden entre las paredes. Yo veo a mis hijos, cambiando su nombre– Mercedes es Mercedita, Moisés es Moisíto, David es Davito, Shmuel es Samuelito y León es Leoncito. A veces Leoncito viene a visitarme y eternamente sigue con ocho años de edad, muerto, vivo. Quizás esos sean los golpes de la muerte que

vendrá un día y golpeará a mi puerta. Ese momento quizás les parezca cercano, ya que tengo ochenta años, pero para mí es lejano, mucho más lejano de lo que era hace veinte años cuando tuve la neumonía. Hoy me parece lejano, y quizás no tenga mucha importancia. Davito, que siempre se desaparecía, lleva el nombre de su abuelo materno, el nombre del famoso David Sananes, famoso en esta ciudad, al menos. Siempre lo estábamos buscando, se iba para aquí y para allá, saltaba de su cama teniendo apenas tres meses, tan distinto a Moisíto que comenzó a caminar teniendo dos años, pero nunca se cayó, siempre fue estable. Los recuerdo aquí corriendo por los pasillos, trepándose sobre el granito que formaba como un escalón de un metro de altura y tratando de tirarse uno al otro, siempre juntos. Y Mercedita, cercana a mí y alejada de su madre, siempre peleando con su madre hasta el día de su muerte. Dos mujeres y dos contrastes absolutos, una falta de comunicación y de comprensión. Y yo saliendo de aquí al Café Real, a tomar un vino blanco con algo de calamares —las famosas tapas, haciendo negocios que siempre me parecían grandes y luego resultaban ser pequeños, viajando a Gibraltar a comprar juguetes para el negocio o ropa. El negocio estaba aquí abajo. A dos metros de la casa abrieron otro almacén. Los árabes solo saben abrir almacenes. Recuerdo al empleado árabe que llegaba a trabajar conmigo, drogado de hachís a la mañana. A veces me daban miedo sus ojos que se salían de su cuerpo. Pan con hachís, que vendían en el almacén de enfrente. Y el pequeño Samuelito, sonriendo constantemente. Él no recuerda nada de Marruecos. Llegó a Israel teniendo cinco años – una buena edad para pasar el lavado de cerebro de las escuelas de allí. El lavado de cerebro sobre nuestra inexistencia, de la inexistencia de una maravillosa vida aquí. Él no recuerda nada y no cree lo que yo cuento. Viene a visitarme por orden de su rabino que le dijo que me debe respeto y que debe cumplir el precepto de visitar a los enfermos. Se asombró un poco al no verme enfermo, pero insistió que este no era el hogar que tuvimos. Insistió en convencerse a sí mismo que no podía ser, que le estaba mintiendo, que seguramente viví en algún cuarto pequeño y sucio y ahora le invento una casa grande. Nada lo convencerá. Lo llevé a pasear por la Judería; lo llevé a la casa del abuelo que aun está en su sitio y le conté sobre la epidemia de cólera que ocurrió antes de que yo naciera, una epidemia en la que la gente se iba por sus propios medios al cementerio para que los enterraran allí, porque no había quien los enterrara. Le conté sobre la habitación en casa de mi abuelo al que se acercó en aquel tiempo de la epidemia y escuchó un gran grito que salía de allí y en ese momento cerraron la puerta hasta pasados dos años después del último muerto de cólera, cuando tuvo el suficiente

coraje de entrar allí. Entró y se enfermó de cólera, pero no murió. Sin duda, una familia fuerte. Lo llevé a ver la sinagoga del rabino Ytzhak Benualid, que el rey decidió ahora convertirla en un museo y la sinagoga de Rabí Shimón Bar Yojai. En Tetuán había dieciséis sinagogas. ¿Por qué dieciséis? Porque hubo un mandato rabínico que no podrían abrirse más de dieciséis sinagogas en la ciudad, porque cada disputa y cada pelea producía una nueva sinagoga. Igualmente luego abrieron la gran sinagoga fuera de la Judería, en Ensancha, y allí iba a rezar yo, entre muchas personas que siguieron yendo a la Judería años después que se mudaron a la nueva ciudad para seguir rezando en la sinagoga de sus padres o de sus abuelos. Parte de las sinagogas aun se mantienen muy lindas, pero la mayoría de los libros de Torá, incluyendo el que escribió mi abuelo, fueron enviados a Israel. El rabinato se hizo con ellos y los mandó a sinagogas desconocidas, quizás a Dimona o a Netivot, quizás a Nahariya a alguna sinagoga askenazi, porque nuestros libros de Torá eran como los de los askenazi, es decir, enrollados y cubiertos por la cortina del armario de la Torá, pero no dentro de una caja como los de los demás judíos de Marruecos. Shmuel aprovechó y me dijo: "¿Ves? Los libros de la Torá son askenazi. Nunca me lo habías dicho. Somos lituanos". No alcancé a sonreír y él comenzó a reírse y siguió hablando por cuatro minutos más usando la letra "ain" y la letra "jet" gutural sin darse cuenta y cuando lo notó me miró sin poder creerlo. Nunca había hablado con ese acento, ni había hablado una hora entera. Pensó que se le había metido algún espíritu pero no dijo nada sobre eso. Luego dijo: "mira, aquí te traje los Tefilín, tienes que ponértelos todas las mañanas, ya sabes, ya se acerca la hora y cada hora es buena para el arrepentimiento". "Samuelito", le dije, "¿y tú crees que yo no tengo Tefilín? Aquí también hay sinagoga, en shabat hay minian, un grupo de viejos como yo, pero no como yo, porque ellos nunca abandonaron Tetuán. Ellos no podían moverse del sitio donde nacieron. Entonces no los entendí. No hay aquí negocios, ¿qué hay para hacer aquí?, pensaba yo. Hoy día no sé qué grandes negocios buscaba yo allá en Israel. Solo los askenazi hacen allá negocios. A nosotros nos dejan las migajas. En realidad, hoy en día los aprecio, a aquellos que conocían sus limitaciones, que sabían que no es posible dejar el sitio donde naciste. A donde vayas, lo llevas contigo. Quizás con cinco años, como tú, Samuelito, quizás se pueda olvidar. Pero tú eres joven, tienes treinta años y algún día te recordarás, como Moisés, que de pronto comenzó a recordarlo todo después de años de haberlo reprimido y olvidado. Él es el único que me comprende un poco. Solo que no comprende por qué vivo en un país que no es democrático en la que encierran en campamentos de concentración a quienes se oponen al régimen político, pero no me

importa un país democrático. Dime tú qué harán con un viejo de ochenta años en la cárcel. Yo aquí puedo decir lo que quiero, incluso más que en Israel. Tiene sus ventajas ser viejo. Ellos simplemente dicen que soy el loco que volvió de Jerusalén. Hoy en día se puede decir Israel o Jerusalén libremente. Es más fácil que decir sefardí o askenazi en Israel. ¿Sabes qué?, pregúntale a Moisés. Cada vez que habla de eso, y él habla de eso mucho, le dan la espalda. Antes no nombrábamos a Israel aquí – decíamos "Aretz"; "él viajó a Aretz". Las palabras prohibidas tienen un sonido mágico. Era mucho más maravilloso decir así que decir que viajó a Israel – él viajó a Aretz, quizás viajó a Aretz, o quizás viajo a Canadá. "Papá, tú no dejas de hablar", ni siquiera cuando no hay nadie a mi lado, pero es que siempre hay alguien a mi lado. A veces puedo ver claramente a mi padre aquí, a mi abuelo caminando por la calle, a Yosef el almacenero y Simi, su gorda esposa. Simplemente los veo. Yo sé que no están pero también sé certeramente que los veo, hablo con ellos, con los vivos, con los muertos y aquí, mira, estoy escribiendo un libro para mi nieto y quizás para tus nietos. Algún día preguntarán qué significa ser sefaradí, qué significa ser judío sefaradí. "Ah, tonterías, todos serán lituanos o seculares o jasídicos. Tus tarbush son parte del pasado, quedará alguna Mimuna para los políticos". Aprende, hijo, aprende que todo regresa, nada desaparece. Es como un árbol que no le han crecido hojas y de pronto le crecen, le crecieron muchas hojas por el lado askenazi, pero algún día comenzarán a nacerle hojas por el otro lado, así como Leningrado se convirtió en San Petersburg, como querrán un rey en Francia después de cientos de años. ¿Qué somos nosotros?, solo cincuenta años y todo desapareció, simplemente no se habla del asunto y no hay nada más fuerte que aquello de lo que se habla, como decíamos Aretz. Era mucho más fuerte que decir Canadá o Caracas o Madrid. Israel tenía una fuerza de la que no se hablaba. Quizás hoy que todo el mundo habla sobre la paz y todo eso, quizás hoy te quedarías aquí. Quizás construiríamos una universidad judía, aquí o en Tánger o en Larache; "pero lo importante es que te pongas los Tefilín a la mañana y cuides el shabat, es lo mínimo, porque como sabes, el tiempo apremia". Solo de eso puedes hablar, para eso aprendiste ingeniería, sicología y filosofía. Parecería que tanta filosofía te lleno el cerebro; "para esto, sabes, todo está en manos de los cielos. Aprendí todo eso para llegar a la verdad y la verdad es que somos siervos del Señor, y todo lo que tenemos que hacer es cumplir las Mitzvot, para eso leí a tu Schopenhauer y la Guía de los perplejos y a Nietzsche y a Kant y a Ouspensky, para llegar a esta simple verdad. Es tan simple que los grandes sabios no quieren aceptarla – servir al Señor, con la ayuda del Señor". Bueno, si tú lo dices, pero debes saber que hay otros

medios para servir al Señor, no solo cumpliendo meticulosamente los preceptos. Ni yo ni mi padre hemos visto aquí judíos como tú y aun así, con su soltura, pienso que eran personas modestas y servidores del Señor, como mi abuelo y como Yosef el almacenero o Yosiko Lankri. ¿Escuchaste hablar sobre Yosiko Lankri? Era un hombre que vivió aquí a finales del siglo diecinueve. Iba a comprar una gallina con pimienta en la mano. Le echaba la pimienta a los ojos de la gallina y luego discutía por su precio y cuando la gallina se enloquecía le decía a la vendedora árabe que es un gallo enfermo. Una vez lo arrestó Napoleón III en Francia por un robo que no cometió. Cuando le preguntaron con quién había estado, dijo el nombre de su compañero de viaje. Su amigo le preguntó: "¿por qué?", y le contestó: "porque no quería estar solo en la cárcel". Su madre viajó a Paris, paró a Napoleón y su caravana y logró sacarlo de la cárcel. Yosiko Lankri. Cuando llegaba gente rica de las diásporas se conectaba con ellos y les decía: "su padre y el mío eran como hermanos". Y en la sinagoga compraba la llamada a la Torá por millones, sumas fantasiosas que no podía pagar y nadie se lo pedía y el rico pensaba que Yosiko es más millonario que él. Luego estaba Yamin Benarroch que se fue a vivir a Tánger. Él era un gran jasídico, y muy millonario. Trabajaba una hora al día en el teléfono, que era algo nuevo en aquellos días, compraba y vendía en las bolsas del mundo y el resto del día estudiaba Torá y rezaba. Así fue enriqueciendo. Cuando viajaba a España o a Gibraltar por negocios, se llevaba diez personas para tener minian para su rezo y les pagaba el viaje y sus necesidades. "¡Ese era un judío!" Pero él nunca hablaba como tú, no predicaba a nadie, era modesto. Ese mundo está desapareciendo. A ti te parece imaginario, para tu hijo ya es ciencia ficción y yo soy el último que lo recuerda y por eso el último que tiene que morir aquí de toda la familia Benzimra, el último, porque tengo que escribir todas estas cosas. Aquí. El último que nació y murió aquí. "Padre, ya nadie lee esos libros, ellos miran películas". Tu hijo hará una película sobre esto. "Dios nos libre, mi hijo será un hijo de la Torá, como yo". Y tú tampoco serás un judío ortodoxo así toda la vida. Algún día comprenderás que no estás hecho para eso. Va más allá. Quizás seas religioso —"Jasid", como decíamos. Pero no puedes ser lituano, porque eso no lo escuchaste en tu casa, no escuchabas la "o" en lugar de la "a". Pon atención – su "o" les cierra el mundo; di "o", y ahora "a". ¿Ves? El "a" te abre hacia el mundo. La "o" te cierra el mundo. Ellos vivían en países fríos, en la nieve. Vivían en pueblos desconectados del mundo exterior. Nosotros vivíamos siempre afuera, en el sol, pero estábamos en contacto con los árabes.

"En todas partes nos mataban".

Eso no es cierto. Ciertamente hubo casos, pero los cristianos también mataban árabes y árabes mataban a cristianos y a católicos protestantes. No recuerdo ningún pogromo y mi padre nunca me contó de ningún pogromo, ni mi abuelo. Es posible que hubiera alguno en Agadir o en Mequinez, no digo que no y tampoco se puede decir que vivíamos en una seguridad absoluta, pero no existe una seguridad absoluta. Escuché que mataron a alguien después de nuestra victoria en Agadir en el año sesenta y siete y también mataron cinco judíos en Rabat o algo así, pero ahora podemos ver que nuestros judíos también mataron algunos árabes en Dir Yassin y destruyeron varias de sus aldeas. Hay diferencia entre un roce interreligioso y el antisemitismo de Polonia, de Rusia e incluso de Francia. Es algo completamente distinto. De todos modos, ya tengo ochenta años así que si quieren matarme, que lo hagan. "Pero, ¿no vendrás a que te entierren en la tierra de Israel? Morir en Jerusalén también es un gran privilegio. Tú mismo dijiste que tus antepasados siempre quisieron ser enterrados en Jerusalén. Yo llevaré tus restos a Israel, como los restos de José". Hagan lo que quieran después de mi muerte, pero sabe que mi deseo es ser enterrado aquí y descansar aquí hasta la resurrección. Ese es mi deseo. Yo quiero que pisen sobre mí, sobre la tierra por la que pisé. "Pero ya no hay judíos aquí, ¿cómo diremos Kadish sobre tu tumba, cómo visitaremos tu tumba?" Dirás Kadish donde estés. El alma no tiene tierra, te escuchará en todas partes, no te preocupes tanto, de momento que uno muere solo es huesos, no puede ya hablar y como tú dices —no puede alabar, pero ese es mi deseo. Shmuel era demasiado serio. Le faltaba el sentido del humor. Yo no sé cómo. Se puede decir que en esta familia todos tienen sentido del humor y es como si él quizás lo reprimiera, ni siquiera reía con los cuentos sobre Yusiko Lankri que tanto me hacían reír una y otra vez. Él se encuentra dentro del hombre que debe ser, un hombre imposible, sin duda. Es como que un chino quisiera enderezar sus ojos o un francés quiera estudiar yoga o algo así. Las palabras corren más rápido que yo, más rápido de lo que yo puedo pensar, de lo que puedo imprimir en esta computadora. Las palabras corren y yo no puedo atraparlas. Cada palabra, cada nombre me recuerda algo que no recordaba hacía años. Mi padre, la edad de dieciséis años, el dinero de bolsillo que me daba, que no era poco y dependían de la justificación del gasto del dinero. Tenía que inventar muchos cuentos sobre la compra de libros o un juego de ajedrez o una entrada a la zarzuela para cubrir el dinero que me gasté jugando al billar, que entonces no se consideraba digno para alguien de estatus, o en golosinas y pasteles o con amigos menos adinerados que solía invitar, Avi, Moisés, que mi hijo lleva su nombre – Moisés Benzimra era un tipo muy bravo; temíamos

movernos en la mesa. Era un hombre fuerte, derecho, y cada vez que algo no le parecía justo y correcto, podía levantarse e irse. A veces se trataba de negocios de millones, como las deudas del 29. Así como mi hijo Moís – ese era su nombre sefaradí, Moisíto, su apodo, y Moisés cuando llegó a Israel. "Yo decidí no viajar a países en los que uno no puede expresar su opinión por miedo a que lo maten o lo metan preso. Vine a verte a ti solamente porque esta es la cuidad en la que nací y porque tú vives aquí." Quién diría que en Paris puedes decir tu opinión. Ellos simplemente tienen otros métodos para callar opiniones que no son aceptables. "Estoy de acuerdo contigo en un cien por ciento. No dije que la democracia es la mejor de las soluciones pero al menos no me meten en un campamento de arresto como hace tu rey". A mí no me ha arrestado, así que me basta. También en los países occidentales a veces asesinan a sus oponentes y a ti también te basta con que no te asesinen a ti. Tú eres un autor y te dejan tranquilo, porque los autores allí son menos peligrosos para el régimen político que aquí. Democracia, democracia, democracia – mira que he vivido aquí cuarenta años antes de llegar a la única democracia en el Medio Oriente y mi vida aquí era mucho mejor y la tuya también. Reconócelo. "Si, pero entonces tenía trece años. Estaba claro que no iba a poder continuar viviendo aquí, estudiar aquí, desarrollarme. Es una ciudad en camino a la extinción, ¿qué se le puede hacer? Quizás venir a morir aquí con la jubilación del Estado de Israel, como haces tú". También con mi dinero. "Y con tu dinero. Está bien. Pero no es fácil evolucionar aquí". Aquí, ¿y en Israel es fácil? Mira como te tratan allí como a un mono y a tu hermano Samuel; mira en lo qué se ha convertido, si su rabino no le dice que venga aquí, no se mueve de su Yeshivá. Vive de centavos. David tuvo que pagarle el pasaje. "Tú siempre dijiste y también mamá decía, que el dinero no es lo más importante. Claro, no es lo más importante cuando lo tienes. En ese caso realmente no es importante. Pero cuando no lo tienes… Y en París, ¿evolucionaste? ¿Qué fue de ti allí? Hace dos años que estás en Paris, dos años estuviste en Jerusalén, trabajando como un burro para costear la publicación del libro y nadie te lee, no allí ni aquí. "Sí, tienes razón, ¿y qué? Pero yo sí me desarrollé. Los lectores vendrán más tarde. Es literatura, no una zapatería, no una juguetería. ¿Recuerdas el coche Mercedes rojo que nos trajiste del negocio de aquí abajo?" Aquél que era irrompible y que lo rompiste con David y se reían de Mercedes porque tenía nombre de coche. "Yo principalmente recuerdo la casa que está dos pisos más arriba, que tú alquilabas y un día entró Mercedes con uno de los inquilinos potenciales y cuando ustedes salieron, ella se quedó allí y todos los niños entrabamos a jugar, dejamos allí una cuerda corta con la que jalábamos el candado de la ventada del costado y la

ocultamos". Realmente me preguntaba qué buscarían ladrones en una casa vacía. Entonces eran ustedes quienes entraban allí. Le dije que tomara un taxi y viajáramos al balneario Restinga. En el camino paramos en Rincón, un rincón en medio de la nada en el que servían un helado italiano exquisito. El sitio quedó igual y se podía ver una lágrima en sus ojos. Luego viajamos a Restinga. El mar estaba sereno, parecía una piscina y la brisa que soplaba desde las montañas creaba como olas en el mar, opuesto a lo natural. Moisés vio eso y se metió enseguida al mar. Ese estado lo llamábamos "levante", el agua estaba fría como en el mar del norte, quizás más fría aun, y clara, casi trasparente. Moisés salió y se podía ver que todo mar en el que él nade, es ese mismo mar o que lo compara con ese mar. "No es el mismo Mediterráneo de Tel Aviv o de Nissa, para nada". Continuamos a Cabila, otro balneario en el que estuvimos varios veranos. Los dos sitios se convirtieron en los más caros, donde veranean los turistas europeos, especialmente de España y de Francia. Luego fuimos al viejo mar donde yo nadé con un traje de baño modesto de los de entonces, parecido al traje de baño de las mujeres, de una sola pieza. El mar se llama Río Martín. ¿Tú te acuerdas de Río Martín? "Recuerdo que iba con mamá. Nos llevabas del colegio en el recreo del mediodía. Viajábamos con sándwiches que ella preparaba para llevar al mar y volvíamos al colegio a las tres y media o cuatro, al colegio Aliance". 'La Alianza', que ya en mi tiempo se llamaba "Itijad Marroc", El—Itijad Marroc… ¿quién siquiera sabía ese nombre? Todos lo llamaban 'La Alianza'. Nombres para cubrir. Los marroquíes querían demostrar su independencia y por eso cambiaron el nombre de La Alliance Francaise —un colegio que existía aun antes de llegar los franceses y españoles a Marruecos —por un nombre marroquí, como si eso los hiciera sentirse libres. Siempre la gente cambia los nombres. Los polacos judíos que llegaron a Israel, cambiaron sus nombres para parecer más sabras y también los nombres de las aldeas árabes. Una vez le ofrecieron a David que hebraizara su apellido, como si fuese fácil hebraizar un nombre como Benzimra. ¿Qué más hebreo que Benzimra? Querían que tomara un nombre más israelí, quizás Zemer – eso nos hubiera solucionado nuestros problemas, pero entonces nos sentiríamos más desconectados de nosotros mismos, sin elección, como todos los marroquíes que hebraizaron sus nombres, desconectados. Y después de años corren nuevamente a sus nombres primarios – Sabah, Sabag, Almakias y no Eyal y Seguev. Ellos así lo quieren, pero ya es tarde. Pasaron veinte o treinta años con un nombre que no es el suyo para ser parte de la sociedad pero saben interiormente que no son parte de ella, que nunca podrán ser parte de ella, que nunca podrán explicar a quien les escucha cuál es el significado de un color distinto

de sol, de un aire distinto, de un paisaje distinto, de la brisa que viene del Mar Mediterráneo. Sí, lo sé, también en Israel está el Mar Mediterráneo, pero su brisa es distinta. Solo la luna en Jerusalén es más linda que la que se ve aquí, pero también es distinta. Los israelíes ni miran al cielo. Temen no mirar a la altura de su nariz que no vaya a ser que descubran a Dios, o a la Jerusalén de Arriba. Nosotros, allí, mirábamos al cielo, porque si miramos a la altura de la nariz vemos askenazis y más askenazis que no ven sus narices. Los vemos ocupados en sus asuntos mezquinos, en burocracias, en formularios y en mirarse a sí mismos como un pueblo ilustrado. ¿Qué importancia tiene cuántos niños murieron aquí, cuantos cientos en el Líbano, cuantos bombardeos sobre ciudades egipcias? Ellos son un pueblo ilustrado, el más ilustrado y el más tonto. Como si pidieran que el país sea ilustre, como si le importara a alguien fuera de ellos mismos, ah,...cada vez que pienso en ellos… Tú llegas a Israel con la idea de que llegaste a un pueblo de personas inteligentes, como Kissinger y te encuentras con políticos tan pequeños, tan estrechos, gente tan cerrada en sí misma. Ves los noticieros y ves en ellos menos noticias del exterior de lo que se ve en la televisión marroquí. Están tan centrados en sí mismos, tienen tanto miedo de mirar hacia el mundo, quieren tanto que los amen… Si yo fuera el mundo no entendería que me persiguen tanto, a todo precio. Mira, Moisés te contará; “van detrás de los árabes como si de ellos tiene que llegar la salvación. Todos esos escritores, ni alcanzaron a firmar medio contrato y ya están yendo tras la Sociedad de Autores de Jordania que los acepten. Ya hace años que vienen suplicando a los egipcios y a los sauditas que les permitan hablar con ellos. Son tan inseguros, no pueden esperar que se dirijan a ellos. ¿Qué puede pasar? Un pueblo respaldado por la Biblia, el Talmud, la literatura jasídica, Kafka y cientos de autores más y van a suplicar a toda Sociedad de Autores. Créeme que no los entiendo”. Yo tampoco pero ya hace rato que no trato de hacerlo. Trato de comprender a mi hijo Shmuel que se hizo ortodoxo. A él sí trato de entenderlo, es un buen muchacho, Shmuel, lo quiero mucho y también me agrada estar en su compañía, incluso más que con Moisés, que a veces está distante, o David que casi ni abre la boca para decir lo que piensa. Siempre un sí o un no, generalmente un sí, casi ni habla. Todos son maravillosos y a todos los amo pero Samuelito – y se enoja cuando lo llamo Samuelito; quizás lo llame Shmulses o Shmulik… Todas las casas que tuve, los edificios, doy vueltas en ellos, en los amplios patios. Tuve treinta apartamentos, los alquilaba y vivía de eso. Más que de mis negocios comerciales. Las casas eran herencia de mi padre y algunas de tíos y otros parientes. También parte de los edificios me pertenecían a mí y a unos primos y también tenía un predio en Bait—Vagan en

Jerusalén, comprado por mi padre, y un primo en Israel insistió venderlo en 1970. ¡Cuánto valdría hoy!, qué pena que mi padre no invirtió todo su dinero en la compra de casas en Israel en vez de hacerlo en esta inadvertida ciudad. Yo cuento todo esto por contar, pero estas cosas ya no me importan. Es difícil describir lo que los años pueden hacer a las personas, lo que pueden cambiar en uno, como un sello que se borronea con los años hasta que no se pueden leer lo que originalmente estaba escrito en él y cada uno adivina qué decía allí. Hoy fui a visitar también la grande bodega de mi padre. Está abandonada. Aquí no hay industria, hay solo pobreza, como en España después que los judíos se fueron. Ellos llegan, aceleran todo, movilizan todo y cuando se van, nada se mueve. Pensar que Tetuán era un bullicioso centro comercial en el que la gente podía ganar un millón de dólares, como mi suegro, David Sananes. Su bodega y también su nombre, "Almacenes Sananes", aun existen. Un almacén de materiales de construcción. Había épocas en las que el dinero no dejaba de correr allí y mi esposa le ayudaba un poco con la contaduría y recibía sueldo en mano. Él abría la caja fuete, sacaba una pila de billetes y se los entregaba. Él también era boca y respaldo para todos los necesitados y nadie salía de él sin recibir una respuesta para sus achaques financieros. Mi suegra, que era en realidad su prima lejana, era una mujer dura y guardaba cuánto dinero podía; pero él no podía no dar. Esa necesidad de dar y ayudar se transmitió por herencia a la mayoría de sus ocho hijos. La necesidad de dar. Mi esposa tiraba el dinero, tenía una necesidad obsesiva de deshacerse de él, gastarlo y como es costumbre del dinero, un día llega su fin. El dinero de las casas que vendí. A veces pienso que aquí fue como una continuación de la época de oro de España. Aquí había una extensa cultura que incluía judíos, musulmanes y cristianos. Esta vez fueron los cristianos que gobernaban, pero en realidad no era tanto. La necesidad de comerciar juntos, vivir juntos, los acercó unos a otros. Los judíos vivían en vecindarios aislados, desde el momento que salieron de la Judería. No obstante había más cristianos alrededor que árabes, pero los había. Fíjate el vecino de enfrente, Ibrahim, el carnicero. Era un hombre muy gracioso y arisco. Cada vez que se peleaba con su esposa, bueno, quizás no cada vez, pero ocurría cada medio año, él simplemente la echaba. Le gritaba en un español quebrado "Corte la papele", queriendo decir "corto los papeles", y cortaba la Ketuvá, pero debería ser que la quería porque dos semanas o un mes después volvía con ella y se volvían a casar. Lo hicieron al menos seis veces siendo mis inquilinos. Él me compró el apartamento antes de que yo viajara, pero él también se fue de aquí, a Casablanca o a Rabat, donde está el poco dinero que tiene este país todavía para dar. Aquí

había cultura, había vida, había una comunidad judía, una comunidad pluralista, había de todo y ahora no hay nada. ¿Quién tiene la culpa de eso? Los colonos, los árabes que no arreglan nada roto. El sistema de gobierno monárquico que aprendió mucho del fascismo europeo, aprendió de Europa principalmente cómo reprimir un pueblo entero. Los millonarios que no estaban dispuestos a subir el nivel de estudio de los pobres. Este es un país hermoso, con mar, con una naturaleza salvaje, con cantidades de riquezas, con agricultura, con un clima moderado, similar a Francia, entonces, ¿por qué no ser como Francia? ¿Por qué la gente no está dispuesta a morir aquí por la democracia y por el futuro de su pueblo, como murieron los franceses, como en las revoluciones de Rusia? O quizás sí estén dispuestos, solo que los medios tecnológicos de hoy también son importación occidental para estos países. Es mucho más difícil organizar una rebelión contra un sistema de gobierno totalitario. No sé por qué escribo esto. Quizás es más cómodo para la gente ser pobre. ¿Quién dijo que el dinero hace la felicidad? Todos esos niños que se juntan afuera de los hoteles en Tánger y al lado de los taxis y al lado de cada turista, me parecen más felices que los niños introvertidos en Londres o en París. Si es que los ves. Porque en Londres y en Paris ya no ves niños, ni bebés ni mujeres embarazadas. Una vez estuve en París por un mes entero y solo después de veintiún días vi una madre con dos niños un domingo al lado del Concorde. De pronto comprendí cuánto me hacía falta esa imagen, esa imagen a la que tanto estaba acostumbrado aquí o en Israel, de niños, de cochecitos, de bebés, me hacía falta. ¿Dónde está la vida, la próxima generación? Quizás los europeos no lo necesiten, ellos quieren todo para sí mismos y lo que venga después de ellos no les importa así sea el diluvio o la guerra atómica. Quizás este avance no sea más que una ilusión óptica. La materia te hace más y más necesitado de más materia. Esto suena más a una carta de Moisés. Los hijos influyen en nosotros. Él me recuerda a veces la frase de Bernard Shaw que solía citarle yo “las acciones de los hijos representan a los padres”. Yo lo veo y pienso cuando él era pequeño, siempre buscando algo – los zapatos, los anteojos y siempre me acuerdo de Marcello Mastroianni diciendo: “cuando son pequeños los vemos grandes y cuando son grandes los vemos pequeños”. Especialmente en esta casa los niños siempre estaban corriendo, David que se golpeaba siempre la frente, se metía en cualquier sitio —tres o cuatro veces estuvimos con él en el hospital; y Moisés siempre buscando algo o pasando un ataque de asma a la noche, exactamente aquí, con su madre. Ella con miedo de que él se ahogara, dos—tres horas, y luego se iba a dormir; o Mercedes que se enojaba cuando yo le cantaba a Moisés o a David las canciones que le cantaba a ella porque esas eran sus canciones,

particulares, canciones para ella y no para nadie más; quizás siempre se sintió como la hija mayor que le sacaban todo, entonces por lo menos que no le quitaran las canciones, ni a su papá. Su madre siempre se volcaba más hacia los hijos varones, los más pequeños y la hija era como un accidente en el camino hacia el varón. Luego mi esposa se convertirá de la que fue, quizás, la primera feminista aquí, cuando salió a trabajar. Si bien fue a trabajar con su padre y si bien era solo un día a la semana, pero era una revolución conceptual en el año 1960. Luego en Israel se arregló muy bien, mejor que yo. Quizás la sociedad allí le sirvió más a ella. Yo vuelvo a pensar en mis hijos, mis nietos y me pregunto qué sabrán ellos, qué transmitirán sobre este maravilloso pasado, ¿a dónde irá a parar todo este pasado después que yo lo olvide? A ningún sitio, a la tumba. ¿Qué recordarán mis nietos? La nieta mayor a veces me contaba que soñó con mi casa, que se la imaginaba y que le parecía muy extraño y a mí todo me parece extraño fuera de mi casa. Al fin y al cabo no es cualquier casa, es la casa que construyó mi padre, día a día, y le llevó dos años construirla, o más. Lo recuerdo volviendo a casa diciendo: "pronto nos mudaremos a Ensanche y dejaremos la pequeña casa de la Judería. Nos mudaremos a la gran ciudad, nos iremos a donde viven los ricos. Yo tenía quizás cinco años, ¿será ese mi primer recuerdo? No, el primer recuerdo es de antes de mi nacimiento, es una plaga de cólera que mató más de la mitad de los habitantes de la ciudad, seis años antes de mi nacimiento, en 1911. Mi recuerdo es de personas que van al cementerio, delgados, sabiendo que llegan a morirse, y excavan por sí mismos la fosa para que los entierren, tanto ricos como pobres, porque no tenían quien los entierre.

Mi padre perdió dos hermanos en aquellos años. Y recuerdo la historia sobre la habitación de mi abuelo de la que se escuchó un grito y nadie entró allí durante años. Puedo ver estas cosas con mis propios ojos y luego, con dos años de edad, recuerdo a mi padre volviendo de la habitación donde mi madre paso un aborto. Algo terrible ocurrió, ella está bien, al menos, dice mi padre, ya estaba completamente pelado y yo no tengo un hermano. Esta escena se volverá a repetir ocho veces más. Yo no tengo hermano, todos tienen hermanos y yo no tengo hermano, pero mi madre estaba viva. Quizás tendré un hermano el año siguiente, así como decimos "el próximo año en Jerusalén", pero yo no tenía hermano. Mi madre tuvo abortos y estos la vencieron. Estoy seguro de eso, porque todas sus hermanas pasaron los ochenta y cinco años y ella es la única que murió a los sesenta y dos y entonces yo tenía prohibido entrar a verla. Solo sabía que algo terrible ocurrió. Había asistentes y la mucama y la comadre y el médico. El médico es el hombre que siempre llega en momentos

terribles. Años después él llegará para decir que mi hijo está enfermo y no hay manera de salvarlo. Años más tarde él vendrá a informarme sobre la muerte de mi esposa, la muerte de mi hijo, la muerte de mi padre. El mismo médico, la misma cara, las mismas miradas supuestamente comprensibles, pero, ¿cómo puede alguien comprender a su amigo?, ¿cómo puede una persona comprender a un extraño cuando no puede entender siquiera a sus hijos, a sus descendientes? No puede. Yo recuerdo luego a "*Yagdil Torá*", era el jardín de infantes al que íbamos antes de ir a la Alianza, de tres a cinco años, repitiendo versículos sin fin y allí aprendí las primeras letras, letras hebreas, antes del español y del francés. El incomprensible hebreo, redactado en la sinagoga constantemente. Luego en Israel, entender y ver que las letras perdían su magia, porque aquí las letras estaban hechas de fuego. Cada letra tenía un significado infinito que yo inventé con los años. Era fuego dentro de oro. Pero de momento que comencé a entender las palabras del rezo, las letras se convirtieron en arena, arena de mar y la arena se esparcía dentro de mis ojos y me impedía leerlas, me impedía ver la magia que hay en ellas. Eran como frases que yo sabía y que citaba con amor. Recuerdo "hay muchos pensamientos en el corazón del hombre; mas la palabra de Dios permanecerá". Yo solía recitar esa frase en hebreo y luego la explicaba en español, lleno de orgullo por saber algunas frases de la biblia hebrea y también entenderlas. "Muchos pensamientos", quizás sea el moto de mi vida. Cuánto pensaba y cuánto soñaba y en realidad, siempre fui el resultado de las circunstancias. Aprendí a aceptar que era hijo único y mi falta de capacidad de dejar a mis padres, aun cuando alguien que conocí en un bar, que se quedó encantado con mi capacidad de analizar y me ofreció trabajar en el ministerio del exterior en Madrid, yo no podía irme. Mi madre lloraba por su amargo destino, por su hijo único, sus abortos. Ella recordaba a mi abuelo que solía viajar a Brasil y volvía. Mi padre me contó entonces sobre su plan de viajar a Estados Unidos. El viaje no se hizo, después que le ofrecieron sociedad en la compañía "Black Blecker" en sus principios y él estaba parado al lado de la puerta con sus maletas y entonces su madre y su esposa comenzaron a llorar, a pesar de que el plan era que vendrían después de un periodo de prueba de seis meses. Pero entonces los lugares eran muy lejanos. California era la luna. Muchos años pensé cuan rico podría haber sido si hubiese aceptado las ofertas que se me ofrecieron, si mi padre hubiese viajado a Estados Unidos o a Holanda, ¿quién sabe? Pensé en la riqueza que podría tener y me carcomía por haberme perdido algo grande y hoy, hoy me parece tan carente de importancia. Quizás lo que me faltaba era estar aquí. Ocuparme de esas pérdidas no era más que añoranzas por mi casa,

como mis cuñados que se enriquecieron tanto en Madrid que debían enorgullecerse tanto con su nuevo dinero para tapar las añoranzas por las maravillosas montañas que se veían desde mi ventana, por su casa en la que correteaban con sus hermanos por los pasillos, la casa donde nacieron sus hijos, las calles en las que pasearon por primera vez con su gran amor, las calles en las que vieron caminar por primera vez a su hijo primogénito, al sitio donde enterraron a sus padres. ¿Es posible cubrir todo esto con dinero, con prestigiosas casas, con piscinas de natación y canchas de tenis? ¿Quién puede cubrir tales recuerdos? ¿Qué puede cubrir tales recuerdos? Ellos se dispersaron por todos lados en España, por Madrid y Barcelona, Málaga, la cercana Ceuta; viajaron a París, a Marsella y a Niza, a Caracas, a Nueva York, viajaron a Jerusalén, a Tel Aviv, a Natania y a Ashdod, pero yo les recordaba la palabra Tetuán y todos reaccionaban de forma rara, algunos anulando su pasado, otros lamentándose, otros recordando cosas maravillosas y secretos maravillosos que nadie sabe, algunos recordando su gran miseria aquí y la simpleza de aquella vida, alguno recordando su riqueza. Pero para todos era como un lugar inolvidable, tenían una mirada de comprensión y de compasión, una mirada de felicidad, una mirada de plenitud infinita. No me mal interpretes, mi nieto, que quizás estés ahora leyendo esto, no me mal interpretes, la vida aquí no era fácil. Las relaciones no eran libres de tensiones. Había también guerras, principalmente la guerra civil española que se sintió aquí muy fuerte, la guerra mundial y la guerra de liberación marroquí. Había un miedo constante que el rey no fuera a morirse y nos mataran a todos. Había un miedo que los españoles se comportaran como lo hicieron anteriormente. Había miedo. No siempre hablábamos de eso y no siempre estaba presente en nosotros, pero había una sombra de diáspora en todos los pasos. Todo ese miedo no podía cubrir la unión y la sensación de pertenencia que nos acompañaba, pertenecer al pueblo judío pero también a los españoles nuevos que llegaron y que rápidamente aprendimos su lengua. En principio se burlaban de nuestro ladino y nosotros les decíamos que era el español de Cervantes pero rápidamente hablamos español mejor que ellos queriendo probar nuestra capacidad y no era tan difícil pasar del ladino al castellano. Ellos a veces se ríen de los andaluces y su español y por supuesto que también de los suramericanos, que según ellos no saben ni hablar español. Sentíamos que éramos parte de ellos, como un primo lejano que llegaba de visita. Había también un lenguaje de señas que sabíamos, a pesar de la desconexión de cuatrocientos años entre nosotros. Supongo que al menos un veinte por ciento de los españoles que llegaron eran descendientes de los marranos, si tomamos en cuenta

que un diez a un veinte por ciento de la población en España antes de la expulsión eran judíos y que muchos de ellos se convirtieron al cristianismo en algún momento. Últimamente, cuando voy a España y le digo a la gente que soy de Israel, ellos tratan de demostrarme que a su padre o su abuelo le llamaban el judío en su pueblo, y traen como prueba a su nariz, que es algo muy convincente según ellos y yo creo que muchos de ellos realmente tienen razón, pero me causa gracia que se enorgullecen de eso. Un día todavía se convertirán al judaísmo un millón o dos millones de españoles. Me parece muy lógico, porque ni siquiera quinientos años alcanzan para borrar el judaísmo de alguien. Esto me recuerda a los judíos nuestros en Israel, el deseo que tienen de ser como todos, el deseo de convencer a todos que solo en eso está la solución para el judaísmo, dejar de ser judíos y comenzar a ser israelíes, como si eso fuera posible, como si cientos de años bastaran para eso. Uno puede convertirse al cristianismo, convertirse al islam, y quizás los nietos se olviden, como ocurrió en toda la historia, pero de momento que dices "judío", de alguna forma esto vuelve como un búmeran, como fue con el bisnieto de Troski que se convirtió al judaísmo y se fue a vivir a Kiriat Arba o miles de judíos asimilados en otras culturas que sus nietos terminaron en las Yeshivot, aunque también el judaísmo de estas Yeshivot y la de Samuel, adoptan el enfoque que ser judío va en contra de pertenecer al mundo. Uno pone la pared del lado derecho y el otro pone la pared al otro lado, como mi judío alemán, que le enseñé dos años a hablar español aquí y él no puede dejar de sentirse alemán. Cada uno es una rama y pertenece al árbol, sin poder escapar de él. Siempre me pregunté a mí mismo qué significa que el hombre es como el árbol del campo, realmente como el árbol del campo y no está escrito qué es como el árbol del campo. El hombre es un árbol y el árbol no puede moverse de su sitio sin sufrir daños y aun no tengo respuesta al hecho que el hombre es el árbol del campo. Pero los judíos de Israel no eran como los judíos de aquí. Cuanto más intenté encontrar líneas de similitud entre ellos, más fallé. Solo que aquí ya no hay judíos. Están en todas partes menos aquí, añorando y buscando su lugar en el campo donde su árbol no puede crecer o que crecen en él lindos frutos pero sin sabor, un lugar donde la tierra es fértil solo para otros árboles. Ellos giran por el mundo y el mundo gira con ellos pero están alejados de la tierra.

11.

— ¿Esos son nuestros judíos, mamá?
— Es nuestro pueblo.
—Nosotros somos marroquíes.
— Nosotros no somos marroquíes. Somos europeos. Aquellos, los forasteros, ellos son marroquíes. Nosotros… ¿Cuándo escuchábamos nosotros música árabe? Siempre odié esa música.
—Pero aquí nos convirtieron en marroquíes.
— Tú nunca digas eso.
— Pero cuando hay aquí alguna beca ellos no me la dan a mí porque mi nombre es Benzimra y no Zimranovich.
— ¿Y qué? ¿Eso nos convierte en marroquíes? Eso nos convierte en los marroquíes de Casablanca, que eran como árabes, realmente eran como árabes. Solo en 1958 viajé a Casablanca y los vi por primera vez. Nunca vi marroquíes como esos en mi vida.
— Pero mira adónde nos han rebajado en tu país, en el país que dijiste que era nuestro. Allí éramos judíos. Aquí somos marroquíes.
— Entonces vete, vete a París o a Madrid. Vete y ya está. Yo no tengo la culpa de eso.
— que tú… me dices del gran sionismo.
— Estoy de acuerdo que hay aquí problemas, pero tenemos que luchar aquí con la espalda erguida, no como en la diáspora, donde siempre estábamos bajando la vista.
— Sí, madre, aquí podemos luchar con la espalda erguida, mirarles a los ojos y perder. Podemos perder como judíos.

TETUÁN 2000

Nosotros llamamos a este lugar “Tetuán”, en nombre del finado Moís Benzimra que se instaló en esta isla en el Mar Mediterráneo, exactamente hace cincuenta años. Se tomó cincuenta mujeres que le dieron cuatrocientos cincuenta hijos, y ellos a su vez trajeron aquí mujeres y hombres nuevos y tuvieron cinco mil descendientes. El sol aquí sale todos los días como en la leyendaria Tetuán y hoy estamos exigiendo la independencia de su país. No hablamos su lengua y no tenemos la misma religión. No cumplimos las mismas costumbres y no queremos ser parte de Europa. Nuestra isla no tiene ninguna importancia estratégica, como es el caso de Malta. No nos dedicamos a la pesca y por lo tanto tampoco tenemos reclamaciones por las aguas territoriales fuera de las que son para bañarse y un poco para el turismo. Moís Benzimra compró la isla de sus dueños anteriores por un millón de dólares, y por eso nos pertenece por ley. Su opinión que esto acarreará la solicitud de independencia de otras islas que están bajo su dominio, no hace más que sorprendernos ya que esas islas dependen de ustedes para su sustento y por eso no se espera que ocurra algo así. Por otra parte, nosotros somos completamente independientes económicamente ya que nuestro dinero no es más que el resultado de inversiones adecuadas en los mercados mundiales. El origen del dinero es el tesoro personal de Benzimra desde hace cincuenta años. Por lo tanto, pedimos que nos dejen vivir nuestra vida.

12.

— Pero, papá… volver a Marruecos…

— Volví a morir aquí, al menos morirme aquí. Mira que tu madre se murió en Israel por rompérsele el corazón, pero quizás eso es lo que ella quería.

— Pero, ¿a Marruecos? Al menos me iría a España.

— A España, sí, también a España. Pero aquí es también Marruecos y también España, es mi ciudad, es mi España, es mi lugar, me cansé de los askenazis.

—Pero, ¿venir a vivir con los árabes?

— ¿Qué tienen de malo los árabes?

— Siempre dijiste que iríamos a allí, a Israel. Al menos no habrá árabes, me dijiste que los árabes son malos.

— Son malos, pero al menos no malos como los askenazis. Quizás nuestros árabes no sean tan malos como aquellos allá, pero ellos tenían que luchar contra los askenazis, entonces no se sabe bien.

— Pero los askenazis son nuestro pueblo, siempre me contaste sobre aquel alemán durante el holocausto que tú le enseñaste español.

— Yaakov Hess, sí , nuestro pueblo, es nuestro pueblo, pero son malos, ¿qué se puede hacer? Quizás tu hijo sepa mejor que yo cómo tratarlos y haga alguna fábrica de algas. Yo veo que ni siquiera tú tuviste mucho éxito. Nuestro pueblo, pero malos.

AZANCOT

La familia Azancot de Champs Sur Mer en las afueras de París, se preparaba para un paseo a Tetuán. Pasaron quince años desde la primera vez en la que Yaakov estuvo en Tetuán, para el entierro de su padre y veinte años pasaron desde que se había ido para estudiar en Estrasburgo. Esta vez viajó con su esposa y sus dos hijos, uno de ocho años y el otro de seis, a lo de su hermana que estaba entre los últimos judíos que se quedaron allí.

Cuando se fue para estudiar no pensó en el regreso. Todo en Tetuán se ve como aquel sitio que se deja para no regresar, como si toda la experiencia estuviera basada en otro mañana en el cual la vida no se desarrollará en la ciudad, al modo de que todos los judíos dejarán la ciudad de sus padres. Tetuán siempre se consideró una ciudad sin futuro. Desde mediados del siglo pasado, la gente viajó a Brasil, a Caracas, a Madrid, más tarde a las Islas Canarias, a París y a Estados Unidos. En realidad, a cualquier parte del mundo rico. Muy pocos llegaron a Israel y triunfaron allí o se quedaron varios años y luego salieron nuevamente a andar por los caminos. Yaakov nunca llegó a Israel. La diáspora siempre fue su hogar. Se fue de Tetuán a Estrasburgo, luego se fue a vivir a París y, dado a que su trabajo le exigía viajar incesantemente a San, se decidió finalmente mudarse al tranquilo y aburrido suburbio parisiense. Su clínica estaba en Gournay, una aldea rica en las cercanías de París, donde tuvo mucho éxito. Pero todo este éxito le pareció de pronto insignificante. Quizás haga referencia a la crisis de los cuarenta años, pero enervaba principalmente aquel reflejo de pensar sobre sí mismo en tercera persona, como si estuviera escribiendo una novela o un cuento sin fin. Por años se preguntaba por qué no pensar en el yo, por qué piensa en ese Yaakov. Quizás se trata de aquel Yaakov en Tetuán, en el Yaakov que se quedó siempre allí. Desde que tenía dieciocho años, al llegar a la solida y fea universidad en esa ciudad tan askenazi como lo es Estrasburgo. Los judíos allí le parecían tan diferentes. Hasta aquellos que llegaron de Argelia les parecían un tanto extraños. Hasta hoy observa a su esposa, que nació en Aïn Témouchent y llegó a París teniendo siete meses, la mira y se dice a sí mismo: ¿quién eres tú? ¿Cómo puedo explicarte sobre mi lugar natal si tú no lo comprenderás? Me mirarás como si fuera tus padres

que hablan de Argelia con añoranza, así como tú los miras y te ríes de ellos, sobre los cuentos del cuscús, los viajes a la ciudad de Argelia y a Orán; y entonces miraba a sus hijos y se sentía como si fuese su propio abuelo, Ytzhak Benzimra, pensando qué puedo yo decirles a estos niños que nunca visitaron la sinagoga *Yagdil Torá*, que nunca vieron el colegio Alliance, las múltiples ventanas y el gran portón negro por el que pasábamos como si todos los niños entraran a otro mundo, un mundo donde todo era claro, donde el francés era un idioma de otro mundo. El negro portón de la escuela Alliance. Antes del desayuno, en casa, hablábamos en español, nunca en francés. Quizás solo para hablar de las tareas escolares y detrás del portón, todos hablaban francés, incluso los maestros que sabían muy bien el español se enojaban y nos castigaban en francés. Y el otro portón, el portón al cielo y a los juegos de los niños, el portón de la sinagoga *Yagdil Torá* con las letras hebreas las cuales no entendía, las maravillosas letras y la gente tan seria y la no tan seria que hablaba con los niños y los retaban. Estaba también la rapa, un polvillo que provocaba el estornudo a los adultos y se pasaba de mano en mano y cada semana había un niño que caía en la trampa y se ponía rojo y estornudaba largos minutos al pasar por esta prueba de fuego.

Y ahí está parado hoy, a las seis de la mañana, con sus maletas listas, al volante, viajando en su Mercedes a la ciudad de sus antepasados. No, no exactamente – a su propia ciudad, es su ciudad. Le llevó mucho tiempo comprenderlo pero es su ciudad, la que siempre será su ciudad. Está por mostrar a sus hijos todos los sitios donde jugaba y el mar.

"No logro desprenderme de eso", dijo Yaakov a su esposa, "no lo logro…"

"¿De qué?"

"De pensar en mí mismo en tercer persona."

"Mira la carretera, mira la carretera y déjate de pensar en eso. Aparte que tú sabes la respuesta. Yo pienso que necesitas tratamiento sicológico."

"Esas son todas tus soluciones, tratamiento sicológico. Cada uno se piensa que lo que aprendió solucionará todos los problemas del otro."

"Así como tú crees que tu medicina… ¡mira la carretera!, es la que solucionará todos los problemas de la gente."

"Solo de sus enfermedades. No todos los problemas, pero la sicología piensa que puede resolver todos los problemas."

"No todos, pero al menos tus problemas, sí."

"Y yo vuelvo a decirte que estuve seis meses en tratamiento y no cambió nada."

"¡Niños, quédense quietos! Dejen que papá maneje. ¿No quieres que

yo maneje, Yaakov? Pareces preocupado.”

“No, está bien.”

Yaakov viajaba en dirección a Perpignan y de allí a Barcelona y a lo largo de todas las carreteras costeras del mar Mediterráneo hasta la ciudad de Málaga, donde se hospedó en casa de su hermana Simi, por unas noches. Ella no estaba en su casa. Mientras, lo esperaba en su segunda casa en Tetuán. Simi estaba en tránsito entre las dos ciudades y se quedaba alternadamente en las dos. El día domingo siguió su viaje hacia Algeciras y allí, al llegar a la carretera que entonces estaba en serias refracciones, se confundió entre las rutas y un camión chocó su coche. El viaje se cortó.

13.

—Yo, al menos, agradezco a Dios por cada día que no llegamos antes del año 1972. Estoy tan contento que no llegamos en 1965 o en 1960. Cada día que no estuvimos aquí, fue un regalo.

—Bueno.

—Papá, tú sabías, después de todo tú estuviste aquí en 1970 y sabías lo que ocurría aquí.

—¿Por qué no lo dijiste?

— Se lo dije, que no es para nosotros, que es mejor España o Canadá pero tú sabes que en Canadá no querían recibirnos por León, por su enfermedad. Y ya ves, llegamos y él murió un año después. Así es la vida…

— ¿Por qué no me dijiste?

— Porque eras pequeño. No se podía hablar allí. No estoy seguro que hubieses entendido. Yo tampoco lo entendí lo suficiente hasta que no me dejaron hacer nada y abrí la tienda de comestibles. No solo que no me querían, ni siquiera querían mi dinero, solo que lo malgastemos en tonterías. Luego tu mamá tampoco quería ir a Venezuela. Así es la vida.

— Así es la vida…

— Mi vida. Quizás tú intentes hacer algo diferente. Quizás tu hijo. Pensé que en la emigración se sacrifica una generación, no dos, ni tres.

EL OLVIDO DE MOISÉS BENZIMRA

Volví a olvidarme, esto es increíble. Yo escribo sobre todo lo que me ocurre, fuera del accidente al lado de la sinagoga. Especialmente ahora me lo digo a mí mismo porque estuve en Tetuán, estuve en la sinagoga "*Yagdil Torá*" y eso ocurrió justamente al lado y solo ahora, meses después de volver a París, me recuerdo del evento, como casualmente, después de escribir sobre Yaakov y su sinagoga. Me acuerdo del accidente en Rosh Hashaná. Quizás debía haber preguntado al Shamash de la sinagoga si se acordaba de ese caso. Seguramente fue un evento excepcional. Comúnmente no había accidentes al lado de la sinagoga.

¿Por qué me olvido de eso? ¿Por qué me olvido?

Me olvidé de escribir de eso en las poesías y ahora también en los cuentos.

Entonces lo anotaré tal cual lo recuerdo: Ocurrió en Rosh Hashaná. Salió el sol pero amainaba a llover el mismo día o el siguiente. Salíamos todos los niños de la sinagoga a jugar en la calle. Eso ocurría generalmente durante el servicio de lectura de la Torá, porque eso realmente nos aburría. No se cantaba y a nosotros no nos llamaban para participar porque teníamos apenas siete, ocho o diez años. Entonces se formaba un charco entre la vereda y la carretera. Uno de los niños tiraba una piedra al charco y el que estaba en frente tenía que saltar atrás para no mojarse. El que saltaba, lo hacía en dirección a la carretera, obviamente, pero igualmente pasaban muy pocos vehículos por allí. Esta calle estaba al final del mundo entonces, aunque actualmente es el centro de la ciudad. Así ocurrió que me tire para atrás y llegó un automóvil que me captó a tiempo y maniobró hacia la izquierda y así fue que me di un golpe en la cabeza. El golpe no fue demasiado fuerte y la mayoría del tiempo estaba consciente. Quizás perdí el conocimiento por unos segundos, no recuerdo. Llamaron a mi padre y quizás también tuve la sensación de que había hecho algo malo, quizás el juego, quizás haber salido del rezo. Él me llevó al hospital, si no me equivoco era en el mismo automóvil que causó el accidente – un Renault 4 u otro modelo; de todos modos, no era una ambulancia ni tampoco nuestro propio coche porque volví a casa en el trole y además que íbamos a la sinagoga a pie, aunque entonces la distancia me parecía larga pero eran apenas cinco minutos de caminata. En el hospital me aplicaron tres puntos y regresé a casa. Mi mamá estaba muy asustada. Recuerdo a mi papá en aquellos momentos. En aquel entonces nos apoyaba mucho, cuando mi mamá no estaba cerca se revelaba su lado paterno y nos daba su seguridad, pero esto no ocurría a menudo. Obviamente que este se convirtió en el evento del día y de

los próximos días. Me fui a descansar y todos me consintieron mucho. Según recuerdo, esto no dejo secuelas importantes y la recuperación fue bastante rápida. No recuerdo dolores de cabeza ni de nada después del accidente. No sé si este asunto tendrá alguna relación, pero tres o cuatro años después comencé a sentir mareos y luego también sufrí disminución de la audición hasta el sesenta por ciento de lo normal. Quizás esté o no relacionado al caso. ¿Quizás no lo recuerde porque el caso me interesa más a nivel literario que en el aspecto relacionado a mi vida? No tengo una respuesta clara para esto. No obstante, de momento que el tema surge, recuerdo los detalles con mucha precisión.

14.

—No podemos publicar su novela.

—Pero, ¿por qué?

—Mire, yo quería hacerlo, pero en la editorial se niegan.

—En la editorial. Pero usted es el director de la editorial.

—Ellos afirman que no es comercial, dicen que no está lo suficientemente maduro, alegan que no es suficiente.

—¿Qué soy yo – un cocinero, un economista? Soy un escritor, compongo libros buenos, no tengo que cocinarlos.

—Yo considero que es un buen libro y realmente espero que alguien lo publique.

—¿Será porque va en contra de los askenazi? ¿Será porque me llamo Benzimra?

—Ese es el tema con ustedes, los marroquíes, de momento que no les parece algo entonces se convierte en discriminación étnica. ¿Qué se cree usted – que yo publico cualquier manuscrito solo porque pertenece a alguien con nombre askenazi? Solo que nosotros no tenemos excusas. Ustedes tienen excusas. En cierto modo, es una suerte.

—Sí. Escriba mejor y entonces lo publicaremos.

—Eso es exactamente lo que estaba por decir.

—¿Por qué yo siempre sé lo que van a decir? ¿Por qué no confío en un director de editorial que me dice que me publicará? ¿Por qué no confío en sus palabras? Yo no ataco a nadie en forma personal. Estoy describiendo una situación, esto es algo completamente distinto. Yo no odio a nadie.

—Estoy seguro de eso y realmente espero que pueda encontrar otra editorial. Shalom.

—Si ese es su “Shalom”[5], yo digo que esta es una guerra.

MOÍS EN PARÍS

Moís Hatchuel Benzimra estaba por publicar su cuarto libro, que era el primero en la distinguida editorial Lafayette. No le gustaba demasiado el editor de la serie, pero ya se acabaron los días en los que borraba agentes literarios de su agenda telefónica. Ahora, más que nada, quería el éxito. Después de hacerse fama de alborotador, ahora se convertirá en el abotonado escritor francés que aparece en el programa de televisión "Ensalada Cultural". La entrevista fue organizada el día anterior al programa, así como se acostumbra en las grandes editoriales. Salió en la televisión al día de la aparición del libro en las tiendas, lo cual le garantizó de antemano una alta venta de sus libros. Benzimra llevaba el nombre de su abuelo, Moís Benzimra y durante años vivió solamente con su apellido natural, Hatchuel, hasta que su identificación con su abuelo lo llevó a agregar un segundo apellido a sus libros. De todos modos, es algo que se acostumbra en España, especialmente en familias judías provenientes de Tetuán – llevar el apellido paterno primero seguido por el apellido materno. También era el nieto del renombrado Yamin Hatchuel, que encabezaba la comunidad judía de Melilla y uno de los más grandes y ricos contribuidores de la colectividad. Se cuenta que cuando él viajaba al exterior, se llevaba un minian[6] consigo para poder rezar con ellos en el barco, a sus expensas.

La primera pregunta que le hicieron a Moís Hatchuel Benzimra estaba relacionada al mal ambiente que se sentía en París en aquellos días. La pregunta se caía por su peso, en cierto modo, pero quien conocía la sociedad francesa, sabía que al momento de formularse tal pregunta, las cosas debían cambiar.

"¿Le parece a usted que todos los judíos deberían vivir en Israel?", preguntó el bigotudo presentador, pulcramente vestido, apenas tocando su bigote. Benzimra se sorprendió, reflexionó unos segundos, aspiró profundo: "esta pregunta tiene dos partes, mejor dicho – mi respuesta. Diría que a nivel nacional, sí. Los judíos deberían hacerse responsables o vivir como un pueblo normal en su país, por falta de opciones. Pero a nivel personal, cada uno debe decidir por sí mismo. Yo, personalmente, no puedo vivir en Jerusalén, porque mi hogar es el lenguaje francés y yo soy un escritor que vive la lengua. Por lo tanto, no me veo capaz de escribir en francés en otro país."

"En su libro se refleja una gran desilusión sobre Europa, de la capacidad de los judíos de vivir en Europa. A diferencia de otros escritores franceses como Chocron, Benarroch, Levi y Suissa, usted no busca una solución dentro de la sociedad francesa."

"Yo considero que ellos se engañan a sí mismos. Yo también considero que la estadía del judío en Europa, en cualquier sitio durante los últimos mil años, fue y será temporaria. Tal como lo comento en mi libro, Europa es Auschwitz. Siempre, todos, tratan de demostrarnos que los nazis fueron una excepción. Yo digo que es la regla. No sé qué ocurrirá en el futuro ni tampoco pretendo saber o ser profeta, pero esencialmente, Europa no es capaz ni tampoco desea tolerar a quien es diferente. Se pretendió que sean cristianos al principio y ahora se espera que sean ciudadanos íntegros. Tienen que estar más a favor de la republica que los propios franceses y jamás es suficiente, así como no lo fue la conversión al cristianismo. Resulta que la asimilación no es más que un callejón sin salida. Quien pensaba que el secularismo le resolvería este asunto, se encontró frente a la segunda guerra mundial y una cooperación europea general por la aniquilación de la plaga judía. La secularidad, en definitiva, se convirtió en la nueva religión y en la nueva espada contra quienes son diferentes. Nosotros, los judíos, o los musulmanes o los amarillos o los negros. A mi criterio, todos ellos están en peligro en Europa y se encuentran allí en periodo condicional."

"¿Acaso Francia es diferente a otros países, a Polonia o Alemania?"

"Es difícil saberlo. Parecería que Francia es más un país de ideas. Los alemanes y los polacos saben más llevar cosas a la práctica. Por ejemplo, toda la ideología de la raza biológica se desarrolló en Francia en el siglo diecinueve cuando dominaba la ciencia evolutiva, como ahora es la genética, como la solución para todo. Los alemanes lo llevaron a la práctica. Hoy, y no sé a dónde va a llegar, existe una idea dogmatica que la solución de todos los problemas del hombre y el país vendrán de la económica correcta, la libre economía definitiva resolverá las guerras y todas las enfermedades del mundo y del pueblo francés y por eso yo veo también en todas las ideas de la expulsión de los inmigrantes un medio de solucionar problemas económicos con argumentos seudocientíficos. Veo a la venenosa serpiente de Europa nuevamente mostrando su veneno."

Moís estuvo sentado luego toda la noche con un vaso de whisky Glenmorangie en su hogar, pensando sobre cada palabra y frente a un casete que su amiga Marie Louise le grabó en el video, arrepintiéndose de cada palabra, sintiendo que lo habían agredido demasiado, como aquellas agresiones en Tetuán cuando era pequeño al lado de su hermano mayor, siempre sintiéndose menos, no suficiente como su hermano Yamin, mirando el casete y pensando por qué no habló más de Tetuán, del sol de allí, del mar que volvió a visitar este año, explicándoles lo agradable que es el mar Mediterráneo y su gente, en vez de volver a atacar a todo el mundo. ¡Cuánto quiso traer un mensaje de calma, de amor! En estos casos

siempre se encontraba contra la pared y agrediendo a todo el mundo.

A veces sonó el teléfono y gente que le envidiaba le felicitó por su impresionante actuación. Él les agradeció varias veces y finalmente activo el contestador automático y le bajo el volumen. El teléfono continuó sonando sin parar.

"¿Crees tú?", dijo Louis, "¿tú realmente crees que alguien prestó atención? Lo principal es que apareciste ahí en esa ensalada por cuarenta minutos en un horario de alto índice de audiencia. Eso es lo que te ayudará a vender libros y a nosotros a comprar un nuevo televisor."

Él no le contestó. Una frase se repetía en su mente constantemente: "podría haberlo hecho mejor". La observaba un largo rato, a la luz de su blanco rostro que se reflejaba de los fluorescentes del gigante edificio de oficinas vecino. Prendió un cigarrillo Davidoff y el humo sobre el rostro de ella le proporcionaba una imagen de chica de cabaret en una película sobre la mafia. La observaba largo rato en silencio. Ella se sentía incomoda.

"No volveré a aparecer en televisión. Listo. Hasta aquí llegué."

"Ya. Otra vez con eso. Sigues siendo un niño. Quieres seguir siendo un niño."

"¿Qué niño? Si yo lo sabía. Tú no puedes decir lo que quieres allí, dentro de esa caja. El propósito de la televisión y de tal entrevista era llevar a la verdadera persona al salón de los televidentes, crear una polémica y en lugar de eso —¿qué ocurre? Te maquillan, te conviertes en un número más en el rating, tienes que jugar el papel. Y lo peor de esto es que aunque no estés haciendo el rol, eres parte de eso. Te conviertes en "aquel que no hace el rol", que es predecible, porque también tiene que haber uno así. Es una emboscada sin poder salir de ella con un mínimo de dignidad humana. Es una humillación terrible. Esa cultura europea humilla a cualquiera. A quien participa, a los televidentes que le envidian por participar, al entrevistador que tiene que formular preguntas correctas, hasta a nuestro gato, Patilla, que no entendía que estaba haciendo yo en la televisión."

Louis se reía.

"Para ti todo acaba culpando a la cultura europea. Esa es la solución a todos los problemas. No puedes comprar una camisa de Armani que te gusta, entonces culpas a la cultura occidental. No puedes escribir o no puedes follar, entonces es por culpa de la cultura francesa. No puedes hacer buena digestión y una cosa y la otra y la otra, siempre es por culpa de la cultura europea. Y que yo no vaya a decirte qué hizo tu Marruecos por la humanidad porque sino todo vuelve a comenzar."

"Al menos no hicieron el daño que hicieron tus franceses al mundo

y eso no es poco.”

“No, no, no, no empieces con eso. No quiero escuchar otra vez uno de tus discursos que duran tres días. Yo solo te digo que te preguntes a ti mismo por qué estás enojado ahora. ¿Qué pensaste?, ¿que en una hora en la televisión te comprenderán, que transmitirás un maravilloso mensaje a la humanidad? La meta de tu aparición era que compren tus libros. Mañana estarán sobre la mesa de todos los franceses y listo. Eso es lo que pasará. La gente preguntará y comprará esta semana varios miles de ejemplares, de los cuales habrá diez que leerán el libro y dos que comprenderán algo de ti. En cien años también habrá alguien que realmente comprenderá a qué te referiste y estará en un manicomio. Eso es todo.”

“No habrá ni siquiera uno.”

Cuando Moís decía una frase corta como esta, se refería a que se mantendría en silencio por dos o tres días. Louis lo sabía y se fue a dormir. A veces entraba en estados de corte de comunicación, un tipo de proceso creativo. No contestaba a las llamadas por teléfono, no salía de su casa, no se duchaba, no comía. Solo bebía Glenmorangie y fumaba Davidoff y dormía quince horas al día. Después de eso le dijo a Louis:

“Pasado mañana viajo a Jerusalén. Si quieres, puedes venir conmigo.”

15.

—¿Por qué estás tan enojado? ¿Por qué atacas tanto a los askenazis?

—No estoy tan enojado como parece. Tampoco es que los odio. En cierto modo, me da pena por ellos, a pesar de todo. Y a pesar de que diariamente me discriminan, en todo premio y en toda beca. No es enojo sino compasión y es verdaderamente difícil conversar con gente por la que se siente compasión.

—Eres arrogante.

—Es cierto. No es una buena cualidad. Yo simplemente soy arrogante y a ellos no les gusta. Quieren ayudarme y yo pienso que puedo yo ayudarles a ellos. Les digo esto mediante cada movimiento que hago – yo soy su médico, ustedes son los enfermos. Y lo que termina ocurriendo es que los pacientes atienden a los médicos.

—Entonces, ¿por qué habrían de aceptarte?

—Por mi talento. Por ninguna otra razón. No porque soy simpático o dejo de serlo. Por el talento. El arte no es un asunto democrático. Tampoco es cuestión de grupos o cliques.

—Me parece que con esa actitud nunca te aceptarán.

—Yo también creo lo mismo. Ese es el desafío de ellos, aceptarme.

—Nunca te aceptarán. Tú tienes que cambiar tu actitud. Cuanto más rápido te deshagas de ese argumento étnico, más se beneficiará tu literatura.

—Censura, pero a modo amable. Fuera de eso, no importa cuánto cambie ahora, ya estoy marcado.

MOSHE FERNANDO

Moshe Fernando Benzimra se quedó en Jerusalén. Se fue a estudiar en la Yeshivá. Al principio en la Yeshivá "*Or Sameaj*" y luego en "*Merimei Marom*", donde descubrió a su primo Shmuel Benzimra, el hijo de Mimon. Los dos se convirtieron en un dúo inseparable, día y noche. Después de varios años adquirieron el mismo lenguaje. Comprendían cosas uno sobre el otro sin decir palabra. La esposa de Fernando se quedó en Caracas así como su hijo judío John.

"Todo es del cielo. Yo tenía que pasar la conversión al judaísmo según lo debido, alabado sea su nombre que me ayudó a cumplir esta Mitzvá por mí mismo y también me hice el *Pidion HaBén*[7] pues mi padre ya no está, pero mi hijo, Shmuel, del cielo se dio que ya sea judío. Si yo regresé al judaísmo, está más que claro que él, que nació de madre judía, puede regresar."

"Gracias a ti, Fernando disfruta del privilegio ancestral, como Abraham. Has recibido un gran privilegio y ahora que puedes decir Kadish por tu padre, estoy seguro que él está contento desde el cielo por tus buenas obras."

"Todos los días rezo por él. Tú ves que los días son duros, son días difíciles para Israel. Se acusa a Israel constantemente y los cielos lloran porque la acusación se justifica cuando proviene, Dios no lo permita, por parte de los gentiles. Yo rezo todos los días por John, John, Yojanan, que está tan lejos de mí y de toda la Torá. Él también regresará. Me tormento con ayunos y restricciones de palabra para que regrese, y no… no hay salvador. Él se encuentra dentro de toda la impureza, teniendo sueños lujuriosos, dentro de la idolatría y tantas cascaras, demasiadas cascaras."

"No te atormentes, amigo, no te atormentes. Él pensará en ti algún día y te llamará y vendrá."

"Pero el tiempo es corto, Shmuel. El tiempo es corto. Ya se escuchan los pasos del Mesías llegando, hasta le han dado el nombre de "pasos" al proceso de Oslo. Son los pasos del Mesías, ya está tocando la puerta, está tocando."

"Mientras, el pueblo de Israel no abre la puerta. Ni siquiera busca la llave. No quiere escuchar los golpes."

"Dios se apiade."

Y volvieron a discutir la *Masejet*[8] del shabat.

Después de la conversación, Fernando regresó a su nueva familia. Miró a sus tres pequeños niños, sin poder evitar pensar en su hijo primogénito. Su ausencia era la presencia más potente en su vida.

Por la noche, volvió a llorar por él.

16.

—Viajo a Francia
—¿Otra vez?
—Otra vez. Ya. Me cansé.
—Y luego volverás a cansarte de Francia y regresarás aquí.
—Algo por el estilo.
—Nunca estarás satisfecho, porque el sentirse bien proviene de adentro, no del sitio donde uno vive.
—Si el aire de la tierra de Israel te hace más sabio, a la vez también te sofoca. Aprendí aquí tantas cosas que no sabía, tantas cosas que sería mejor que no supiera.
—Se trata de tu vida.
—Puedo cambiarla.
—El futuro si, el pasado no.
—También puedo cambiar el pasado. Para eso escribo.
—Imaginaciones.
—Escribo el pasado una y otra vez y cada vez se me va haciendo más blando. Amo cada vez más a aquellos pequeños judíos de Tetuán, los de la Judería, los que siempre nos decían que escapemos de ellos para ser europeos. Con cada palabra que escribo sobre mi niñez, esta se suaviza más y más.

PURIM

Hoy me acuerdo de la fiesta de Purim en Tetuán. Recuerdo la fiesta de Purim que se festejó el año pasado en la calle Dizengoff. Pienso en Meital y en Asaf, que murió, y en la pierna de Meital que se fue de este mundo, en las personas que perdieron su vida, sus piernas y sus manos, sus ojos y su oído.

En Tetuán, en Purim, se reunía toda la familia Benzimra en el gigante comedor y la masiva mesa de madera se convertía en un casino por dos días. La abrían y jugábamos al bacará. De cada lado se reunían decenas de adultos y niños y ponían dinero, mucho dinero. Los niños jugaban con el dinero que recibieron como regalo de costumbre de Purim, ganaban y se alegraban o perdían y lloraban. Entonces venía mi madre y me daba un poco más de dinero o me sacaba el dinero y lo guardaba.

Mi padre siempre me prometía que el próximo año recibiré una bicicleta. La bicicleta dependía de la apertura del canal de Suez. Esa era su excusa y yo se lo creía. "Pronto abrirán el canal de Suez y llegará un envío gigante de bicicletas a la tienda de juguetes y tú recibirás una bicicleta", esa era mi primera introducción a la geografía del Medio Oriente.

Y el año pasado me jugó otro tipo de suerte. En Purim viajé a Tel Aviv con mi amigo Rami, con el que viajo a buscar gangas en los negocios de discos y con él viajo a despejarme un poco de mi vida diaria en Jerusalén. También quería despejarme del atentado terrorista que hubo en Jerusalén el domingo, en el autobús nº dieciocho en el que murieron. El autobús dieciocho que explotó al lado del autobús nº treinta y seis. Nuestro recorrido siempre incluye el cruce que conecta la calle Dizengoff y la calle King George. Aquel día viajamos primero al mar porque era un día bonito y tranquilo. Nadie podía anticipar que en un día así con un mar así irían a morir trece personas, la guematría del amor, y después del mar le dije que si quería podíamos regresar a Jerusalén porque hoy no tengo muchas ganas de andar dando vueltas en los negocios. Me dijo que no y fuimos a la calle Shenkin, a la tienda "El tercer oído". Después del oído le dije que podíamos tomar un café en aquél café y no como

acostumbramos a hacerlo en Segafredo en la calle Dizengoff. Pero él insistió en ir a Segafredo y el camino que tomé era distinto del camino que siempre tomaba. Huí de la calle King George y entré por las calles laterales para llegar al café Segafredo. Allí él sugirió que tomemos el coche y paremos un instante en el cruce de Dizengoff y King George que él tiene que recoger algo de Dizengoff Center para su hermano y nos volvemos a Jerusalén. Eran las tres y medía exactamente y recuerdo que le dije precisamente así: "no tengo fuerza, ve a Dizengoff Center, trae las cosas y yo te espero en el café y luego vamos al coche". Rami no entendió por qué insistía ya que generalmente tiendo a ser una persona cómoda para tomar otros caminos y no le discuto, pero se fue. Unos minutos después escuché sirenas de diez coches policiales Peugeot 205 llegando a un atentado terrorista que ocurrió en Dizengoff Center. Yo sabía que él estaba allí, pensé que le ocurrió algo. Durante media hora no podía hablar. Luego ya era imposible comunicarse por teléfono. No había línea. Hasta que logré conseguir a mi esposa pasó una hora y media y le dije que estoy preocupado por él. Al final no le pasó nada. En esta lotería de Purim que dura ya varios años quizás haya algún significado en todo esto. El mes hebreo de Adar es el mes donde se aumenta la alegría. Quizás se debería aumentar la alegría y no el libertinaje, quizás sean los pasos del Mesías, quizás son días de los que dijeron los *Amoraim* que preferían no vivir en ellos, no sé, creo que fue en Masejet Jaguigá. Pero los números realmente perturban el pensamiento lógico, como si fuera imposible evitar pensar que tienen algún significado, pero es imposible saber cual. No son casuales. Como los helicópteros que se chocaron y llevaban treinta y seis puestos.

Este año también hubo atentado en Tel Aviv. Como si estuviera premeditado, en un café que casualmente se llama Apropó. ¿A propósito de qué?

Hubo otro Purim en el que al día siguiente de entrar a mi casa, un asaltante cargaba una escopeta y me obligó a darle mi dinero. Él recibió el dinero de Purim que recibieron mis hijos, unos doscientos dólares. Ese dinero de Purim quizás haya salvado mi vida, porque es raro que haya ese dinero en casa.

Y cuando se abra el canal de Suez, llegarán las bicicletas y podré viajar a cualquier parte.

17.

—Mamá, ¿llegamos?

—Puedes dormir, hijo… ya pronto llegamos, pronto.

—Pero yo quiero ver el camino. Yo quiero ver las ciudades, a Sevilla, a Valencia.

—Tienes que descansar.

—De aquí, mamá, del camino opuesto, salieron nuestros antepasados. Todo el camino desde España hasta el Norte de África, desahuciados por este mundo y orgullosos de ellos mismos. Y mira que nosotros regresamos por ese camino.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo, hijo, todo eso se acabó. Nosotros estamos viajando a nuestra tierra, a nuestra Jerusalén. De allí nadie nos echará.

—También de allí nos echaron dos veces, pero entonces nosotros éramos los culpables y no los que nos echaron. Mira ahí esa pequeña ciudad, quizás allí viva la abuela de tu abuela, quizás aquella mujer es pariente tuya, quizás es de aquellos que no pudieron soportar la idea de deambular.

—Podría ser.

—O quizás aquellos que no podían soportar la añoranza y se convirtieron al cristianismo, regresaron a sus casas.

—No supe que hubieran judíos tales que volvieron.

—Hubieron de todos los tipos, hubieron quienes se convirtieron al cristianismo y luego regresaron al judaísmo, y hubieron quienes regresaron a sus casas. Todos salieron con las llaves. No como tú que dejaste Tetuán sin la llave. Ellos pensaron regresar y yo puedo verlos con una añoranza tan pesada, noches en vela, hasta que optaron por el cristianismo por encima de ese dolor.

TETUÁN CELESTIAL

Él comenzó a hablar conmigo en términos de energía y todo tipo de rarezas, me decía “tú me sacas de equilibrio, cada vez que mi eje se reajusta, tú simplemente comienzas a volverme loco”; o “no puedo soportar más tus energías negativas”, “con todo el amor, no puedo soportarlo más”. Esto se iba convirtiendo cada vez más excéntrico. Yo no digo que yo sea perfecta y que no hubiera algo en las cosas que decía, pero ese era mi problema y yo tenía que soportarlo, no él. Días enteros hablaba de Tetuán sin parar, sobre Tetuán. Se construyó su propia ciudad fortificada en la que todo era previsto y todo vivía en el pasado. Una ciudad en la que la mujer es perfecta, los árabes son perfectos, los judíos son perfectos y esto a pesar de que todo el tiempo sostenía que no todo era perfecto allí y que habían problemas.

Pero en su Tetuán las cosas eran previstas, también el asesinato del judío estaba previsto y se explicaba como un pequeño encontronazo tribal o culpaba a los judíos por identificarse tan rápido con los conquistadores colonialistas, como si hubieran tenido alternativa alguna. Traía un sinfín de ejemplos, sobre Tunes, sobre los judíos en París que viven bien junto a los árabes pero estos ejemplos eran claros para él y solamente para él. Era un mundo cerrado. Cuanto más trataba de simular que este mundo está relacionado de alguna manera a la realidad israelí, parecía que los eventos le abofeteaban una y otra vez. No le ayudaron ni la publicidad ni el reconocimiento, no le ayudaron las distintas traducciones ni los premios franceses. No le ayudó nada. Cada vez que decía: “no me importa de esas traducciones a lenguas europeas. Yo quiero que me traduzcan al árabe, que mis vecinos me lean, aquellos con los que conviví. Yo quiero que sepan que aprendí a saber que ellos estaban allí, que en la medida que trataron de colocar un cerco entre nosotros, yo, el pequeño Mois, Moisito, sabía que ellos, que ustedes están allí”. Pero ahí mintió y sabía que estaba mintiendo, porque también las traducciones al inglés eran importantes. Estas fueron las que le trajeron, eventualmente, el dinero para el diario vivir y la posibilidad de ganarse la vida con la escritura. Él me preguntaba constantemente sobre Oran, como si yo pudiera acordarme de algo. ¡Si nos habíamos ido con un año de edad! Pero él preguntaba y preguntaba, una y otra vez, como si ese año hubiera sido el más importante de todos los

diecinueve años que viví en París. Me preguntaba mucho también sobre mis amantes. Era una situación embarazosa. Yo me olvidé de ellos hace tiempo y él me preguntaba, así, de pronto, en medio del contacto preliminar, me preguntaba: "¿te acostaste alguna vez con un chino?" Y si entonces le contestaba, él seguía preguntando más y más preguntas. Me preguntaba de las fotografías de desnudo que me tomé, de las revistas, no pudiendo entender que en definitiva, no era más que una vida común de una muchacha con buena presencia en París de los años setenta, de los años antes del Sida. No podía entenderlo, y eso era, por lo visto, lo que lo atraía a mí y lo que, finalmente, me alejó de él. Hacía demasiadas preguntas sobre mi primer esposo y aquella vez que me había llevado a una orgía donde me acosté con no sé cuantos hombres, quizás diez. Pero él quería saber con exactitud. En definitiva estuve casada con él ocho meses. Luego decidí emigrar a Israel. Sentí que debía desconectarme de aquella ciudad. Por años no me perdonó por eso, estaba claro que se casaría y que tarde o temprano yo querré regresar a Francia, que yo sería quien lo llevaría a hacer lo que él tanto temía hacer, que yo sería la que lo llevaría al sueño de París. Quizás él tenía razón, quizás era eso lo que tendría que haber hecho. Siempre viví aquí desconectada de lo que ocurre, aun con un fuerte acento francés y otra vez volvía a preguntarme con cuantos hombres me acosté en aquella orgía. Él quería saber exactamente con lujo de detalles de cómo era cada uno y quizás si seguía contestando me preguntaría cuantos pelos tenía cada uno. Luego volvía a preguntar sobre mi amante, el pintor y el fotógrafo. Siempre fui amada por artistas, un sinfín de artistas que buscaban un significado imposible, constantemente cambiante. Siempre los artistas. No sé que buscaban en mí, qué encontraron en mí. Yo sé qué encontré yo en ellos, encontré en ellos seguridad, sí. Parecerá extraño. Seguridad de lo que hacían. No importa cuánto los carcomía la frustración, cuánto los consumía el miedo a fracasar, ellos continuaban. Tenían algo propio para dar. Yo no tenía qué dar, yo tomaba de ellos. Tomé el puesto del receptor y ellos querían tanto que se les escuchara y yo quería tanto escuchar sus sueños, sus creaciones que yo no podía escribir, entonces, ¿por qué nos divorciamos? Porque después de dos hijos ya no era tan simple. Yo tenía esto aquí y había amor entre los dos y a pesar de eso, lentamente, se hacía más y más difícil convivir con él. Luego se hizo más y más difícil convivir conmigo. Ni el amor ni los niños lograron mantenernos juntos, ni el maravilloso sexo ni nuestra belleza. Igualmente, era insoportable. Quizás fue insoportable desde el principio. Me cuesta entender por qué dos personas se encuentran, hacen hijos y luego se van cada uno por su lado. Quizás sea el destino genético. Y luego sus pacientes, que lo llamaban sin cesar.

Llevaba a todo el mundo sobre sus hombros. Lo llamaban a las doce de la noche, a las siete de la mañana. Él contesta y explica. ¿Cuántas veces podía decirle que eso molestaba a la vida de la casa? Pero él, a la larga, hace todo por sus pacientes. Él tiene que salvar a todos, al mundo entero, fuera de a sí mismo, a mí, a su familia, la cual no supo salvar. Quizás tampoco yo supe hacerlo. Siempre son dos los culpables en un divorcio, pero me parece que solo un diez por ciento cae sobre mi culpa y el noventa restante sobre él. Por sus locuras, por su vida, por los sentimientos de culpa que le llevaban todo el tiempo a portarse bien, triunfar a toda costa donde los demás fracasaron.
Igualmente, debería haberlo entendido más —como si hubiera podido. Entonces parecería que todo es imposible. Hoy estoy tranquila y en retrospectiva todo parece posible. Pero entonces, era imposible hablar sin que todo explotara en una pelea muy rápido, por cualquier cosa, por cualquier tema – los calcetines, la vasija, la comida que le preparaba y encima se quejaba: “tu pastel no está cocido lo suficiente”, después de todo el esfuerzo, el trabajo, los pañales, la limpieza y él todavía tenía quejas. No podía soportarlo. Me enojo. Era poca cosa. ¿Qué importa si el pastel no está cocido lo suficiente? ¿Qué tan importante puede ser eso, en verdad?

19.

—¿Quién es?
—Tu padre.
—Viniste a mi sueño... ¿alcanzaste la paz, enterrado en Tetuán?
—Sí y no me lleven a Israel, no se lleven mi cuerpo allí, al menos dejen mi cuerpo aquí.
—Es imposible.
—¿Por qué?
—Porque Shmuel insiste, te traerá para aquí. Yo también quiero que tu tumba esté aquí.
—Dile que te vine a visitar en el sueño y que no se debe llevar un muerto de un lado para otro.
—Ya se lo dije, antes que aparecieras.
—¿Y…?
—No ayuda de nada. Su rabino dijo que su padre no puede estar entre los gentiles y habló de la tumba de Yosef.
—Dile que es porque esos gentiles son árabes, no europeos. Hasta los rabinos se pusieron así.
—Ya le dije todo, papá, y los dos sabemos que no hay lo qué hacer. Te trasladarán aquí y tú siempre dijiste que el cuerpo no era importante para nada y si no fueras judío pedirías que lo cremaran.
—Adiós, hijo mío.

EXILIO

Pasé tres continentes, cuatro países, y aun estoy en el exilio. ¿Exilio de qué? ¿Exilio de quién? Ahora en Madrid. ¿Estaré cerrando un círculo? ¿Cuál es el círculo que estoy cerrando? Aquí también estábamos exiliados hace seiscientos años, aquí también, hasta que nuestros antepasados dejaran Granada en el año 1391 para fundar la Tetuán. Éramos exiliados. Pero, ¿no es este el sitio donde me siento más en casa? Y, ¿qué significa "más"? También en Tetuán, donde nací, estaba en el exilio. ¿Exilio de Tetuán o exilio de España, o exilio de los siete años de abundancia de París? Los años de estudio, los años de medicina –pensé que aquí, cerca de Toledo, llegaré al lugar de mi nacimiento, sentiré que no soy más un extraño. Quizás lo sorprendente sea que en realidad no me siento un extraño aquí, pero igualmente lo soy. No nací aquí. Para los españoles nací en África. Soy de aquella ciudad que una vez, hace unas décadas, fue España. Pero, ¿por qué en Jerusalén sentía el exilio? ¿Será que todo este sionismo fracasó en lo que a mí se refiere? Jabes dice que en realidad, el exilio es lo que pasa a ser la nación del judío, así que tampoco el Estado de Israel resuelve nada respecto a la mayoría de los judíos o al menos para una parte de ellos. Todos, de alguna forma, se sienten allí una minoría. Tres hijos, en tres países, de tres mujeres, el primero en París, el segundo en Jerusalén y el tercero en Madrid. ¿Qué serán los tres? ¿Personas del mundo? ¿Será que el judío es en realidad una persona del mundo, a pesar de que en ninguna parte del mundo realmente se le acepta? En los países árabes un poco más. En Europa lo terminan echando tarde o temprano. Quizás después del holocausto, Europa comienza a entender, como lo entiende hoy España, que los judíos son parte de ella y si los judíos son echados, esto les perjudica a ellos. Quizás como muchos judíos, durante miles de años, yo solo me hago la ilusión de que las cosas cambiarán, que ahora todo será diferente.

Los años pasan pero, ¿a dónde? Cada día me levanto para ir a mi clínica, a atender pacientes, a verlos llegar pidiendo ayuda, consejo, medicamentos. ¿Qué esperan de mí? ¿Qué espero yo de ellos? ¿Puedo yo, acaso, curarlos? Hace unos años creía, hace catorce años, para ser preciso, creía que la medicina puede curar. Pero hoy ya no le creo a esos medicamentos que sigo prescribiendo como si fuera un destino genético. La historia de mi padre es que el primer Benzimra llegó a Tetuán con su hermano muerto a cuestas. Lo trajo de Fez o de

otro sitio de las montañas del arrecife. Eli Benzimra era un médico, o un curandero. Tuvo cinco hijos. Y a diferencia de Rothschild, decidió que cada uno de ellos se dedicará a otra cosa. Esto fue en el siglo diecisiete. ¿Sería que este Benzimra ya era un errante al norte de Marruecos hasta que llegó a Tetuán? ¿Será esta historia verdadera? No lo sé. Pero en forma obsesiva, la familia Benzimra va a estudiar medicina. En Brasil particularmente son conocidos como médicos. Allí se llaman Benzimrao, que suena como Benzimra, con una A algo estirada. Son dermatólogos, cirujanos. Yo solo soy un médico de familia, como mi otro primo aquí en Madrid, y Jacob Hatchuel en París y Eli Benzimra en Jerusalén. Hay también médicos generales. Quizás tendríamos que haber levantado una red de medicina internacional, pero cada uno se fue por su lado. El contacto se cortó completamente. ¿Qué hubiera sido si todos los Benzimra nos encontráramos algún día, unos cuantos miles, incluyendo a los perdidos en el Amazonas, la tribu de Grecia, aquellos que se perdieron en el siglo quince por distintos y extraños lugares en busca de pan, que era tan escaso aquí?

Y, ¿qué sienten todos ellos? ¿Están en el exilio, exiliados como yo? ¿Se formulan preguntas a sí mismos? La mayoría de las personas viven su rutina diaria sin preguntas que les perturben, continúan su vida diaria, incluso los escritores. Hay varios escritores llamados Benzimra. ¿Se hacen ellos preguntas? El dramaturgo Jacob Benzimra de Caracas, el escritor Moís Benzimra Hatchuel de París, Moshe Benzimra de Jerusalén, ¿ellos también llegan a los cuarenta, como yo, con todas esas preguntas? ¿Será que mi hijo Maurice en París, que nació de madre no judía y hoy tiene veinte años, se formula preguntas? ¿Mi hijo Yoel, de Jerusalén, que su madre fue hija de sobrevivientes del holocausto, se hace preguntas? ¿Preguntas sobre la adolescencia? ¿Qué pregunta sobre su padre? Yo los veo una vez al año pero es como ver una silla con tres patas, ver cada hijo por el tiempo que se puede estar parado sobre un solo pie. En Jerusalén, ¿también es el exilio? Seis generaciones de sionismo. ¿Salió el sionismo de ellos? ¿Ven ellos, como lo hice yo, su estado de exilio aun cuando su padre nació en Israel? No lo vieron ni tampoco quisieron escuchar. Cuando yo les digo que el intento de ser una nación como todas no es menos diáspora que el intento de vivir en un gueto, que el deseo de ver a sus contemporáneos que están en otro país como personas cercanas es algo antiguo, llega de Roma, llega de España, llega hasta Grecia, llega a Alemania, llega a Polonia y en realidad, a toda la diáspora. Pero, ¿será que puede haber otra forma? ¿Puede ser que uno no se vea a sí mismo parte de su época, de su generación en todo el mundo? ¿Será posible que un judío acepte verse a sí mismo como un extraterrestre en el mundo? ¿Será

que la normalidad del judío no es más que entender que no puede ni podrá ser normal? ¿Será la comprensión de la realidad como es y no un intento de solucionarla? La comprensión de la realidad del judío que siempre está en el exilio, como un extraño constante, no es lo contrario del sionismo. Y aun así, vemos que en todas partes somos excepcionales. Somos un país occidental que el occidente desechó dentro de un mar de países árabes y no queremos ver nuestra parte árabe. Somos un país anormal en una zona en la que tendríamos que sentirnos normales. De todos modos, confieso que yo quiero ver a Israel como un país occidental, por supuesto, a pesar de las dificultades. Mi aspiración es una democracia occidental apropiada, como la de cualquier persona educada e ilustrada.

Yo quiero hablar, quiero escribir, quiero que escuchen lo que tengo para decir, quiero escribir a fin de comprender mi vida, mi vida en Tetuán hasta los diecisiete años, el año en Estrasburgo, con los judíos que me parecían tan extraños allí, tan estrictos, los siete años en París, los judíos que encontré allí, su desapego, la comprensión que solo en Israel encontraré mi camino, mi divorcio de Marianne, el viaje a Jerusalén, los siete años en Jerusalén, Cojava, Yoel, el regreso, el viaje a Madrid, porque yo veo en el viaje a Madrid el regreso a mi tierra, a la tierra de mis antepasados, no menos que el regreso a Jerusalén. De aquí, ¿a dónde regreso? ¿Puedo volver a Tetuán? A veces sueño que voy allí a los setenta años, a pasar el resto de mis días, a envejecer allí, morir allí, como hizo mi tío Mimon. Yo lo entiendo. Traté todo el tiempo de explicárselo a sus hijos, pero ellos no escucharon. Volver a la tierra, como dijo en mi último viaje a Tetuán, dos meses antes de su muerte, al sitio donde vi por primera vez la tierra, como los elefantes, como los pájaros. Pero yo no puedo regresar a trabajar allí, y quizás sí, seguramente necesitan de médicos allá. El dinero no me hace falta, pero mi esposa, Marisol, que se convirtió al judaísmo, no estará de acuerdo en regresar conmigo. Ella sostiene con certeza que es descendiente de judíos, que fue algo que paso en su familia siempre. Incluso accedió cambiar su nombre a Miriam, pero yo aun la llamo Marisol. Ella incluso quiere emigrar a Jerusalén, pero yo no puedo. Allí fue que me sentí realmente un extraño, el más raro. Cuanto más hablaba de Marruecos, me decían que no tenía pinta de marroquí, pero internamente sentía cada día que pertenecía más a aquellos judíos marroquíes que en principio los sentía tan extraños a mí; fui a comprar una galabiya, algo que en Tetuán ya no usamos por décadas y hasta quise ponerme uno de esos tarbush tradicionales. Esos vestidos era parte de mi identidad pero en ellos sentía que yo me pertenecía a mí mismo, a mi pasado, a la galabiya que en Tetuán tenía otra versión similar llamada Chokka. Aun recuerdo a la última

persona que lo usó en Tetuán, recuerdo que yo iba con mi padre a lo de Yosef, que tenía una tienda, aun sin refrigerador. Tenía esas bolsas grandes de garbanzos. Era un hombre humilde pero hoy me parece que tenía el vestido más hermoso que todos los pantalones y todas las camisas. Mi padre me contaba que iba a la Mikve solo en las tres fiestas judías, tres veces al año. Quizás no olía mal porque no podía comer la comida de carne y proteína que los judíos acostumbraban comer para demostrar su riqueza. Era pequeño y delgado y su esposa, Sol, era grande y gorda. No tenían hijos y ella, Sol, nos cuidaba a nosotros. Yo y mis hermanos la volvíamos loca y ella nos gritaba con un grito que hasta el día de hoy retumba en mi cabeza, como un masaje a los oídos, como una voz relajante, a pesar de que gritaba, y lo hacía en ladino: UA YA MIRI Y MIRI Y MIRI PERO COMO ESTO NO MIRI, que significa "he visto y visto y visto, pero una cosa como esta nunca he visto". Ella obviamente se refería a nuestras travesuras. La hacíamos corretear de un lado a otro, nos desatábamos en su casa, donde aun se cocinaba con mecheros. Su pobre y oscura casa, donde la escayola se caía de la pared, la gran habitación abajo, sin habitaciones para niños. Ni siquiera recuerdo su apellido. La casa de Sol estaba llena de calor y de amor para los niños. Sol y Yosef, prometo que la próxima vez que vaya a Tetuán, reuniré un Minian e iré a sus tumbas a rezarles un Kadish, aunque esté prohibido en la ley judía. Rezaré por sus almas y quizás sea eso mismo lo que estoy haciendo ahora al escribir, rezando por la elevación de sus solitarias almas y de los hijos que no tuvieron, de la belleza de su simple hogar, de la aceptación de la sentencia, del gran y verdadero amor que había entre ustedes. Seguramente que ese amor cría buenas almas en el mundo, incrementa sabiduría a los que estudian; con la simpleza que les caracterizaba seguramente corrigieron Sefirot completas, como el Arí en su género o como Rabí Kalfón o Rabí Azancot o Rabí Ytzhak Benualid o todos los rabinos que tanto amaban. Ahora recuerdo muy bien la fotografía de Rabí Benualid en la habitación de abajo, cerca de los mecheros. Ustedes fueron la perdida simpleza de la gente de Tetuán que volvieron a besar demasiado rápido a los españoles que los rechazaron, así como lo hicieron siempre con Europa. Quizás esos españoles ya no eran los mismos españoles, como los españoles de hoy que casi todos son descendientes de judíos. Quizás era un reencuentro de aquellos que optaron por convertirse al cristianismo y sufrieron por haberlo hecho, con aquellos que optaron por mantener su judaísmo y sufrieron por su judaísmo. Pues, ¿quién en España era puro cristiano? Solo si fue dejado por su familia y no se sabía quién eran sus antepasados se podía decir que eran cristianos puros. Solo que se debe suponer que estos eran precisamente los verdaderos judíos por

parte de su raza, porque muchas madres judías sufrieron de hambre o estaban marcadas por la inquisición y pensaron que lo mejor para su hijo sería dejarlo al lado de un monasterio, como hicieron muchas madres polacas en el holocausto cientos de años después. La historia se repite y nunca de forma prevista, nunca de forma similar, solamente más tarde comprendemos el ciclo de esa repetición. Lo que me parece más extraño de la historia judía no es el hecho de que los judíos fueron asesinados, masacrados, humillados, exiliados. Es cruel, pero es prácticamente una segunda naturaleza para nosotros. Lo extraño es que ellos nunca se rebelaron, aun cuando tenían la fuerza económica e incluso militar, en España, en Polonia; aun cuando disfrutaban de una independencia relativa y podrían luchar por tener tierra propia, y no lo hicieron. Quizás sea este el significado del exilio de Jerusalén, de la destrucción del templo, que siempre somos exiliados, que solo luchamos por una sola nación a lo largo de toda la historia, hemos luchado solo por un territorio muy especifico – contra los romanos, contra los griegos, contra los jebuseos y los guirgasitas, contra Britania y contra los árabes. Solo por ese territorio estábamos dispuestos a luchar. Esto también implica que los judíos, en realidad, nunca se sintieron en su tierra hasta el final. Siempre se sintieron más cercanos, en cuanto a su identificación, al pueblo en el que residían que a los otros judíos en otras diásporas, pero no hasta el punto de exigir realmente sus derechos.

20.

—¿Piensas entonces volver a Israel?

—Para nada, y según lo que tú escribes es mejor que los dejes y te vayas a vivir a otro sitio, en Londres o París o Madrid.

—No puedo.

—Entonces, ¿qué harás allí? ¿Te quejarás todo el tiempo?

—No puedo, por mis hijos, ellos ya crecen aquí.

—Al final serán ellos los que se vayan.

—Esa ya es decisión de ellos, cuando sean grandes que decidan. Y tampoco mi esposa se quiere ir a ningún sitio. ¿Cuántas veces puedo viajar por unos meses y volver? Odio los aviones.

—Al menos aquí valoran una persona por sus acciones. Por eso yo estoy en Londres y tu hermana en Nueva York. Para Shmuel todavía está bien, él está en su Yeshivá, pero ser escritor es una pérdida de tiempo.

—León es el único que salió ganando. Su muerte fue una bendición. Murió en Jerusalén con ocho años y no tuvo que vivir todo esto.

ZEMER

David Zemer estaba por ingresar al ejército. Su casa en la calle Jabotinsky en Natania, daba al mar. Las puestas del sol en el occidente eran muy diferentes y él las amaba. Solo en los últimos días descubrió, para su sorpresa, que su verdadero apellido era Benzimra. Estaba furioso, a pesar de que no sabía por qué y de qué.

Su padre, Yaakov Benzimra, emigró a Israel en el año 1952, uno de los primeros en emigrar de Tetuán. Él era un exitoso agente de seguros, principalmente dentro de la gran colectividad francesa de la ciudad.

"¿Qué te importa a ti si yo cambié mi nombre en 1954 o no? Fue una decisión mía y solo mía, ni siquiera conocía aun a tu madre de modo que ni estabas en los planes. ¿Qué pretendías… que lo consultara contigo antes de que nacieras?"

"No entiendo por qué te enfadas. Yo estoy enfadado porque tú no me lo dijiste, me lo ocultaste, como si mi abuelo hubiese desaparecido. Simplemente Zemer y ya está. Viví sin pasado, sin abuelo, no sabía sobre mi abuelo, no me hablaste de nada y estaba claro que si se hablaba era solo sobre el futuro. Ni siquiera hablabas de tu emigración, de los primeros años en Israel. ¡Ni hablar de Tetuán!"

"¿De dónde sabes tú sobre Tetuán?"

"¿Por qué es eso tan importante? Lo sé. Lo averigüé, te descubrí. No existe una persona sin pasado. Pensé que quizás fueras un sobreviviente del holocausto y por eso no hablas al respecto. Pensé que me ocultabas algo, que estuviste en el Mosad o en el Servicio de Seguridad. Pensé millones de cosas en el último año, hasta que de pronto vi alguien que se parecía tanto a ti que fui a saludarle y entonces entendí que no eras tú. Pero por otra parte no pude no hablar con él y resulta que es tu primo, Yaakov Benzimra. Ustedes son tan parecidos, prácticamente como mellizos. Él se acordaba de ti, se alegró al saber que estás vivo, le llamó la atención que te hubieras cambiado el apellido y me contó todo sobre ti. Me contó que eras un alumno excelente en Tetuán, pero tus padres querían que vayas a estudiar medicina a Madrid. Contó cómo desapareciste a los veintiún años. Me contó todo sobre la familia. ¿Ves? Al final de cuentas la casualidad siempre te revelará la verdad. Es imposible ocultarla. No por largo tiempo, padre."

Yaakov Zemer calló y calló y calló…

¿Qué habría de contestar ahora? ¿Qué puede decir ahora a su hijo a los dieciocho años, la misma edad en la que él decidió rebelarse y al llegar a la mayoría de edad emigrar a Israel? ¿Se rebelará su hijo al

llegar a la misma edad? ¿Será que todo su intento de convertirse en un israelí, falló? ¿Podrá su hijo comprender por lo qué pasó en los años cincuenta? ¿Podrá entender que no tuvo alternativa? Él intentaba hablar cada vez, pero no lo lograba.

Después de una larga hora, lo único que pudo decir fue:

"Por favor, no cuentes a tus hermanas".

"Encima te avergüenzas de eso".

"No me avergüenzo, no quiero que les causes un trauma".

"Ya les conté. No solo que les conté, sino que ayer tomé la cuenta de ahorro que me abriste hace quince años para el día que llegue a los dieciocho años y me fui a comprar un pasaje a Marruecos. Yo quiero ver lo que tú quisiste olvidar. Viajo para allá".

Yaakov lloró.

"Me equivoqué, bueno, me equivoqué, entendí mi error rápidamente. Dos días después de mi boda. Pero ya no había marcha atrás. Tienes que entenderlo, David, mi hijo amado, tienes que entenderlo. Los años cincuenta no eran lo que tú crees. Es mucho más terrible de lo que tú puedes imaginar. Y yo no pertenecía a nadie, no a estos ni a estos. Quizás nadie pertenecía a nada. Todos querían ser algún personaje utópico, el israelí, el sabra. Los que me empujaron para cambiar mi nombre, y los que fueron empujados como yo. No puedo recordarlo. No puedo entender. Quizás tú entiendas. El ambiente era distinto completamente, todo era distinto. Ni siquiera estoy intentando poner excusas, ni siquiera quiero que comprendas, ni siquiera sé por qué hablo de esto. No hablaré más de esto".

"Esa es tu decisión, padre. Pero yo sí hablaré de esto. Sabré todo sobre tu pasado, que es mi pasado y yo quiero que sepas también que yo me cambio el apellido a Benzimra. Es un apellido mucho más lindo que Zemer. Regreso a mi nombre. A tu nombre".

21.

—¿Llegamos, mamá?

—Llegamos.

—Al fin veo que llegamos, los árboles aquí son verdes.

—Los árboles son verdes y el cielo de color celeste.

—Aquí estamos juntos y de aquí vemos todo el pasado. No fue tan terrible, aprendimos mucho.

—Aprendimos precisamente lo que quisimos aprender y lo que teníamos que aprender. Las cosas a las que nos opusimos tenían el mayor peso.

—El camino fue largo.

—El camino aun es largo.

—Aquí tampoco se acaba el exilio.

—El exilio es eterno, Dios es el exilio.

—Él se exilió cuando nos creó.

—Solo en el exilio uno aprende a conocer a su Dios, por eso nos hizo exiliados.

—Exiliados en su propia tierra.

—Todos se sienten exiliados en su tierra. Israel es el mayor exilio. Es la añoranza, porque en ella, solo en ella ya no se puede soñar más sino es sobre cosas que están. Solo en ella sentimos la verdadera diáspora y ella es nuestra religión, nuestro dios, a través del que podemos comprender el sufrimiento de todo el mundo, el largo camino y que en realidad, nunca llegaremos.

FERNANDO

Siento la necesidad de explicar. La pregunta es a quién tengo que explicar, pero tengo que hacerlo. Después de todo, una persona no deja su hogar así nomás, su religión, su familia. Dejar un puesto asegurado de trabajo en Venezuela, una vida prácticamente secular —a pesar del catolicismo de mi madre, mi esposa judía, mi hijo John Benzimra y venirme a vivir a Jerusalén.

Tengo que explicarle a mi madre, tengo que explicarle a mi padre. Pero principalmente, después de diez años en Jerusalén, cinco años en la Yeshivá "Tejev Ashuv", después del nacimiento de mi tercera hija, debo una explicación. Debo una clara explicación sobre mis actos. Parecería como si todo lo hubiera hecho de forma inconsciente, pero aun así, también deberían ser explicadas con el tiempo las acciones hechas inconscientemente.

Te diré, madre, Marisol, que debía hacerlo. De momento que me enteré que mi padre era judío, debía viajar. No podía seguir estando en Caracas ni un día más. Antes a Jerusalén y luego a Tetuán. Allí fui al cementerio, a la tumba de mi abuelo, el famoso Moisés Benzimra. Allí, en el bien cuidado cementerio, comprendí mi destino. Comprendí que mi padre es judío y que mi hijo es judío y no puede ser que yo rompa esa prolongada cadena. No es posible que yo –mejor dicho, quien también debería haber sido un Moisés, sea quien desconecte a todos de su pasado, de cientos de años y quizás miles de años de los Benzimra en el mundo. Allí, en la tumba, al lado de las flores primaverales, supe que mi vida se determinó en aquel instante. Esto fue mucho tiempo después de tu muerte por lo que no pude compartir contigo esta decisión, pero aun si estuvieras viva, considero que no lo hubiera hecho. No creo que en ese momento hubiera alguien que pudiera cambiar mi decisión. Es ese tipo de cosas que ni siquiera pueden pensarse. Es de esos momentos que el mundo moderno esquiva. El momento en el que te enfrentas a una verdad que no cabe opción que no sea verdad, que estás frente a la luz, frente a la zarza ardiente y tú sabes que es la zarza que te guiará, que es el fuego que te dará calor el resto de tus días. Tú ni siquiera puedes elegir arder en ese fuego. El fuego te calentará en momentos

fríos, te alumbrará en letras en la oscuridad, pero jamás te quemará el libro, el libro de tu vida, el libro en el que están anotados tu pasado y tu futuro. Quizás sea también el fuego de tu familia, a pesar de todo tu catolicismo. Quizás que también en ti, yo esté regresando al judaísmo de tu familia. Eso es lo que papá me dijo una vez distraídamente. Me dijo que quizás eras descendiente de los Anusim[9], que es lo que tu padre le contó y yo pienso que es verdad y pienso que hay un destino en el mundo por el que te casaste con un judío y hay un destino en el mundo por el que me nació un hijo judío. La casualidad no puede crear una sinfonía. Hay algo que conecta las notas y aunque en principio nos parezca que la música es un caos confuso, de a poco se va aclarando la imagen. A veces lleva años, a veces una generación completa, pero entonces se aclara la lógica de las notas, se aclara la estructura que conduce al final de esta sinfonía. Ese final es John, yo sé que es él –él, más que tú y que papá con su testamento fue quien me condujo a Jerusalén, quien me condujo a la Yeshivá y cuán grande es el dolor que no haya venido ni una sola vez a Jerusalén. Si viniera a verme así sea una sola vez, se quedaría aquí, encontraría la luz al igual que yo. Mi primo Shmuel dice que no debo desesperarme y que John vendrá a Jerusalén. Yo le creo, pero no tengo paciencia para ello, lo quiero a mi lado, estudiar la Torá con él. Quiero aprender con él la Masejet Jaguigá[10].

La explicación a papá quizás sea más simple, porque yo sé que así como yo estoy contento por mi hijo John y así como yo siento dolor por él, internamente él quería que yo fuese judío. Quizás huía de eso, por su amor a ti. Quizás los años lo hicieron más tosco, pero yo sé que no fue en vano que escribió el testamento que escribió y sé que hoy él está feliz que yo sea un judío en Jerusalén, que soy un Benzimra de ley, que estoy en la Yeshivá. Él está allí en la Yeshivá celestial y yo espero que parte de ese privilegio sea por mí, pues el hombre tiene también legado por sus hijos. Si me hubiera dicho todo esto en vida o cuando yo era joven, este asunto del judío se hubiera convertido en un detalle biográfico irrelevante mientras que, quizás, el hecho que me enterara con su muerte fue el que me trajo aquí.

Y a John.

Yojanan, te extraño tanto, tanto.

22.

En la primera esquina, es la esquina derecha —frente a la puerta de entrada había un perro que quería comerse mis genitales. Traté de darle de comer y todo lo que le daba de comer no lo saciaba. No estaba satisfecho. Al final lo maté. Lo enterré y de la tierra creció una flor rojiza.

En la segunda esquina, en el sentido contrario del reloj, es la esquina izquierda que está frente al portón del palacio y en su sótano había otro perro negro y blanco y alrededor habían demonios con caras redondas que aparecían y desaparecían y le pregunté al perro desde cuando estaba allí y él me contestó que desde 1272 y qué es lo que estaba guardando y me dijo que la gran llave y esa llave abre la puerta de Granada.

Cuando los demonios cayeron, se convirtieron en aves y me las comí. Luego ellos salieron de todos mis poros y una gran luz llenó el sótano donde se encontraba el perro muerto con una sonrisa de calma en su rostro. Lo enterré como antes y una flor parecida volvió a crecer.

Luego de limpiarme, fui con la llave y abrí la puerta en Granada y de allí salieron muchos judíos que se escondían en esa casa desde las persecuciones en España. Me ocupé de su sustento pero resultó que el gobierno de España decidió compensarlos a todos y darles vivienda cerca de Madrid.

En la tercera esquina había muchos billetes y me llevé menos de lo que necesitaba pensando que podré siempre volver allí y tomar más y más billetes.

Y en la cuarta esquina había una casa. Sus persianas estaban cerradas y dentro estaban sentados unos inmigrantes cansados del largo viaje y temerosos por que vaya a ser que las autoridades los vuelvan a echar y pude penetrar a través de las paredes y confortarlos. Su pelo estaba blanco de la carga. Incluso el pelo de los niños era blanco y vinieron el intendente de la ciudad junto al filosofo de la ciudad y los convencieron de que nada malo les pasaría y entonces comenzaron a abrir las persianas y cuando la luz entró, no pudieron soportarla y murieron y durante todo ese tiempo había doce mujeres vestidas de blanco que bailaban alrededor de la casa y llegó un Cohen y todos resucitaron y su pelo era bello y copularon y tuvieron niños y fueron a la alta montaña cerca de la casa y podían volar y algunos de ellos volaron hacia abajo donde había un río y ellos nadaban en él y se purificaban en él y cuando regresaron se les construyó una ciudad completa con casas privadas con jardines.

LA LLAVE

David Benzimra estaba muy contento aquel día. Finalmente llegó el gran regalo para su Bar Mitzva. Recibió el histórico scanner, la última palabra en el campo de los juegos de computadora. Con el scanner podrá al fin ver la historia de su familia. La idea del aparato es colocar sobre el mismo algún objeto y este puede proyectar el pasado de ese objeto, todas las personas que lo vieron. Este era un regalo del abuelo Moshe.

El hermano mayor Moshe, ya quería colocar la llave dentro de la caja, pero David estuvo jugando con una ropa de su niñez, zapatos y cobijas. Se vio a sí mismo yendo a dormir y los juegos que jugaba cuando tenía un año. Nada interesante.

Luego puso el zapato de la boda y vio a sus donadores genéticos en el día más feliz y más absurdo de sus vidas.

"Mira", dijo Moshe, "mira cómo se le cae la kipá de la cabeza, rompe el vaso y toda la familia está allí, incluso la abuela que falleció ya hace mucho tiempo y también la tía Simi que entonces tenía ciento siete años y falleció dos semanas después de la boda. Otro tío, con ciento veinte años… pero, pongamos la llave".

"¿Qué me importa tu llave? ¿Qué veremos? ¿Lo que ocurrió hace quinientos años? ¿Qué nos importa de eso? Me importa de mi vida".

"Esto es tu vida. ¿Qué? ¿No te importa lo que le pasó a tu familia en Tetuán, todas esas historias, la riqueza, las casas, lo que les ocurrió en España, todo lo que leíste en los libros de Moshe Benzimra y Moshe Hatchuel? Se trata de tus antepasados, ¿no quieres ver a los Hatchuel en París?"

"Después, después, bueno…"

El "luego" se convirtió en horas, hasta que llegó la hora de dormir. Se fueron a dormir pero Moshe no podía más. Se despertó a las dos de la madrugada para encontrar a su hermano jugando en silencio en la computadora. Esta vez vestía los calcetines de su hermana mayor.

"¡Pon la llave!", susurró Moshe, casi gritando.

"Ahora no". Los susurros fueron aumentando. Los padres se despertaron y los enviaron a dormir otra vez con la explicita amenaza que si los vuelven a pillar frente a la computadora, les quitarán el scanner histórico y lo guardarán en el ático por un mes.

Es obvio que esto no ayudó de nada. Otra vez se despertaron, otra vez gritaron, esta vez hubo golpes, despertaron a los padres y fueron enviados a dormir con nuevas amenazas.

Finalmente Moshe consiguió apoderarse de la computadora, cuando finalmente su hermano se fue al curso de karate. Puso la llave. "La llave, la llave", se habló a sí mismo en voz alta, "la llave de Granada. Así se llama desde el año 1272, pasa de generación en generación.

Desaparece y vuelve a aparecer y vuelve a desaparecer y ahora comprendo la razón. La llave hablará".

Efectivamente, la pantalla se llenó rápidamente de personajes del pasado. Primero vio a Moshe Benzimra, su tatarabuelo, dando un discurso en la universidad hebrea sobre discriminación.

"¡Bien, bien hecho!", dijo Moshe. Pero de pronto, sin aviso previo, se levantó Moshe y bajo del escenario gritándole a los presentes: "¡acalladores!"

"No te rindas, sigue. Tú ganarás", gritaba Moshe y se olvidó por un instante que en realidad ya no puede hablar con él.

Al toque de un botón la llave pasó a Portugal. En el siglo dieciséis. Vio una mujer vestida de negro en una pequeña aldea. Comprendió claramente que estaban hablando en portugués, aunque no entendió ni una palabra. Ella mete la llave en su ropa todos los días. A la tarde prende una vela.

David entró de su curso.

"¿Ves, David? Esta es alguna Simi o Raquel, alguna de tus antepasados".

"Es un tanto fea. Al fin pusiste la llave. Sácala".

Pero la computadora se trasladó a una gigante habitación en un castillo gigante con muchas mujeres desnudas.

"Un momento", dijo David, "momento".

"Ah… ¿comienza a estar interesante, eh?"

"¿Quiénes son esas?"

"No lo sabemos. Tampoco podemos preguntarles, pero son personas que la llave estuvo en su poder alguna vez".

Estas mujeres comenzaron a masajearse mutuamente y a abrazarse. Era como una fiesta apacible, no exactamente una orgia, no exactamente sexual, pero todo estaba en el ambiente.

"¿Lo paso?", pregunta Moshe.

"No, no, espera. Déjalo un rato más, a ver quién llega".

Pero dos horas pasaron y nadie llegó. Las mujeres continuaron con lo suyo.

"¿Lo saco?"

"El problema es que no podremos volver a esta imagen. Lo que desaparece puede volver solo en forma casual".

"Guardémoslo en la memoria, le preguntaremos a papá".

"No, no podemos preguntarle a papá ni a mamá, ellos no deben saber que pusimos allí la llave".

"¿Por qué?"

"No sé por qué, pero ellos no deben saber. Cuando crezcas lo comprenderás".

De allí pasaron a la sinagoga con las simples sillas de madera. ¿Qué haría la llave en la sinagoga? Quizás le perteneciera al Shamash.

Mucha gente rezaba allí pero era fácil reconocer algunas facciones de la familia Benzimra.

"¡Basta! Deja eso, esto solo me confunde".

Moshe volvió a apretar el botón y ahora veían una gran manifestación y en su centro alguien que gritaba y el público aclamaban con las palmas.

"Yo llevo esta llave ya hace mil años y nadie me parará. Ahora no podrán hacer nada, no juicios ni demandas. Nosotros nos reforzaremos, los españoles se reforzarán, no lograrán borrar cientos de años de nuestra cultura. No lo lograrán. No importa cuán duros sean, no lo lograrán. Yo no sé cómo funciona este sistema siempre a favor de los askenazis y en contra de nuestro ministro. Yo me pregunto también cuantas personas hay hoy en día en la cárcel porque el sistema funcionó en su contra. Ellos están haciendo la guerra contra nosotros y nosotros les estamos presentando nuestra mano en son de paz pero, ¡no va más! ¡No va más! Ellos hablan del estado de derecho, pero todos los jueces son askenazi".

"¡No toques!", gritó Moshe, "yo quiero escuchar".

"¿Qué es esto? No me interesa".

"Unos minutos más".

"Ellos hablan de la justicia y de la superioridad legal porque les sirve, porque el juicio es un juicio secreto, la verdad no es pública y esta tierra exige lo que exigió siempre, esta tierra exige justicia, exige justicia, la tierra grita justicia, los árboles gritan justicia, Jerusalén demanda justicia y no edificios lujosos para el juzgado. Una justicia que la comprenda el hombre simple, no una justicia de vagas formulaciones que solo sirven a los jueces y a quienes ellos representan. Esta tierra exige justicia y si no, da muerte…"

David apretó el botón y Moshe volvió a gritar. Entonces escucharon una muchedumbre árabe que gritaba y golpeaba la puerta "Ptaj el bab". Era seguramente un periodo mucho más antiguo. No se veían coches o electricidad. "¡Ptaj el bab!", volvieron a escucharse los gritos.

Entonces rompieron la puerta acompañando con gritos "¡Itbaj el Yahud!", luego "Al'a uAkvar" y otra vez "Muhamad, Muhamad". Se ve un niño corriendo y escondiéndose bajo la cama. A su lado cae su padre y de su bolsillo sacó una llave, se la dio al niño y murió.

Moshe no puede verlo. Ese niño se parecía tanto a su hermano. Apretó el botón. Lloró.

"¿Qué lloras?"

"Es un pariente mío, el que murió. Podría ser papá".

"¿Ese? ¿Tú viste cómo estaba vestido? ¿Tú viste esa ropa tonta?
"¿Qué tiene que ver la ropa?"
Aquí aparecía algo como una selva, parecía que hablaban en portugués, condimentado con español. Alguien pedía ver al líder de la tribu. Lo llevaron a verlo y sacó oro y plata. Él quería la llave. Estuvieron discutiendo por horas hasta que al fin, el hombre vestido con un traje pagó y se llevó la llave.

"La llave llegó a la selva", dijo David, "comienza a estar interesante. Quizás también llegue a nosotros, a Luisiana, a Summerville".
"Sí. Pensé encontrarlo en España o Israel, ¡pero no en la selva!"
"Mira, mira".
"Es la ciudad de Tetuán, la ciudad está llena de gente. Mucha gente iba y venía por la calle Muhammad el quinto, una calle cerrada al tránsito. Por horas continuaba este interminable caminar. Por la calle va Mimon Benzimra, hablando con el vendedor de pieles. Compra un bolso, por lo visto un regalo para uno de sus hijos. Su pelo es cano, es calvo y está muy bien afeitado. Parece que todos lo conocen y lo saludan. Él entra al bar, pide vino, vino que es servido solamente a quien no es musulmán. A su lado bebe vino también uno de los últimos cristianos que quedaron en la ciudad. Hablan sobre Málaga, una comida que comieron de chanquetes, que son unos pescados bien pequeños y sabrosos. Piden un poco de patata y otra vez pescados.
"¡Basta! Esto es tan aburrido", dijo David.
Entonces justo Mimon saluda a David, su hijo.
"¿Cómo estás? ¿Quieres beber un poco de vino?"
"Vino, no. Quizás cerveza".
"¿Qué hiciste?"
"Estuve dando vueltas por las calles, sabes, el bache en la calle Muhammad Torres aun está allí, como hace 20 años, cuando nos fuimos".
"Esto me da cierta seguridad, sabes. En Israel las calles siempre están cambiando. El paisaje cambia. Las cosas aquí, si fueron construidas, no cambian por años. Todos los bares que dejé, se encuentran en el mismo sitio. Ni siquiera cambiaron el nombre. Es cierto que hay más gente, pero todos me parecen conocidos, todos se parecen a mi empleado de entonces, Ibrahim, que llegaba fumado de hachís desde temprano, con los ojos saliéndole de la cara, pero siempre tan simpático. Quizás el hachís no sea tan terrible. Fíjate, aquí todos fuman y hay quienes alcanzan los cien años… ¡ah! Disculpa. Te presento, es mi hijo David, y este es García Marques, que no tiene nada que ver con el escritor. Él vive aquí desde los años treinta, desde los españoles. Mi hijo vive en Londres".

“Mucho gusto”, dijo David.

“Yo comienzo a entender por qué usted vive aquí. Tiene el mar, los amigos, su idioma, sus lugares, sus pescados. ¿Quién sabe? Quizás algún día yo también venga aquí a pasar mis últimos días”.

“¿Por qué pasaste? ¿Por qué pasaste?”, gritaba David esta vez, “yo quería ver qué le pasa a David, a mi tocayo, ¿por qué pasaste?”

Lloraba y gritaba y se revolcaba y pegaba. Los padres otra vez llegaron a separarlos. Les prohibieron usar la computadora por tres días.

Por la noche, David vio un niño de doce años asustado dentro de una sala de cine. Miraba una película sobre el holocausto. No supo del holocausto hasta ese momento. Ese niño busca a sus padres y no los encuentra. Está ansioso. Quiere volver a su casa. Quiero volver a mi casa, a Tetuán, grita. Una mujer voluptuosa lo calla y le dice que vuelva a sentarse y mire la película. “¿Qué te pasa? Es una película sobre el holocausto, ¡para que sepas qué le pasó a tu pueblo! ¡Déjate de alboroto!”. “Pero, ¡yo quiero a mi mamá! ¡Dónde está mi papá! ¡Dónde está mi casa! ¡Dónde están mis árboles! ¡Dónde están mis cerezas! Yo no quiero ver niños sufriendo”. El niño se vuelve a sentar, cierra los ojos, llora y hace todo lo que puede para no mirar las atrocidades que se ven en la pantalla.

David también lloraba. Se fue a dormir y soñó que estaba en el holocausto y se escapaba de los alemanes. Un gran perro lo perseguía y no lograba hacerlo callar. Pasa por debajo de unos alambrados, pero el perro no se calla. De pronto comprende que el perro no quiere hacerle daño y esto lo tranquiliza.

Moshe se despierta más tarde y frente a él había un hombre que sin lugar a dudas se llamaba Yosiko. Este discutía con una árabe por el precio de un gallo. Cuando la árabe se da vuelta, este le tira un polvo a los ojos del gallo que comienza a patalear. Entonces le dice que ya no lo quiere, que ese gallo no vale nada, que está enfermo y se está por morir. Después de una larga negociación Yosiko baja una y otra vez el precio. Paga y se lleva el gallo.

Juntos ven un muchacho joven con barba que va por las calles de París. No habla con la gente. De vez en cuando se sienta en un jardín, abre un cuaderno y escribe una poesía. Sigue caminando. Entra al baño en McDonalds o en Burger King luego entra a una tienda vegana, compra una bebida roja y se la toma, parece satisfecho. Luego entra al café Segafredo en Boulevard de Capusin. Fuma un pequeño cigarro. Nuevamente abre el cuaderno y escribe una poesía. Va por las calles, no habla con nadie. ¿Qué espera? Esto los aburrió bastante.

Moshe apreta el botón. Pasan al siglo dieciocho. La ciudad de Tetuán era como una pequeña aldea. Los judíos vivían separados de los

árabes. Un hombre va a ver a un rabino importante. El nombre del rabino es Benualid. Le pregunta sobre algo relacionado a la fiesta de Pesaj. El rabino Benualid le contesta. Él vuelve a una pequeña tienda donde arregla zapatos y también extrae dientes de personas adoloridas. Una combinación interesante.

"¡Papá lo descubrió!", dijo Moshe a David, "no sé cómo, ¡pobre de ti con que hayas sido tú quien nos delató! Quiere que vayamos a tener una de esas charlas suyas".

"No fui yo, lo juro. Pero otra más de sus charlas personales en las que solo él habla y nosotros escuchamos".

"Ustedes saben que lo que hicieron es muy grave. Es indebido entrar a la privacidad de la gente, revolver en sus vidas, es muy grave. ¿Dónde iremos a parar si cada uno se mete en los asuntos del otro?"

"No es del otro, es de nuestra familia".

"No me interrumpas cuando estoy hablando".

"Pero ellos ya murieron", irrumpió David.

"¿Tú también, David? Generalmente te quedas callado".

"Sí, pero esta vez ellos están muertos".

"Es mi familia y ¿si llegaran a mí, si me vieran a mí en mi privacidad?"

"Apretaremos el botón como hacemos con la pornografía en Supernet, seguimos adelante, y tampoco nos interesa tanto lo que tú haces con mamá en la cama".

"¡Insolente! Eres un insolente. Te quito el scanner".

"Tú no puedes, no es justo, es un regalo del abuelo".

"Y de la abuela", enfatizó el padre.

"Es nuestro regalo, tú puedes llevarte la llave. Es tuya".

"Pero te sugiero que mires junto a nosotros", rió David, "será mucho más interesante".

El padre no se convenció pero entendió que sus argumentos no eran muy lógicos. Aparte de eso, la llave siempre estuvo en el ático y nunca vio la llave ni su vida, por eso no entendió de qué se quejaba. Obviamente pudo sostener su posición de forma más rígida, pero en lugar de esto dijo: "Bueno, mientras tanto hagan lo que dice Moshe. Si llegaran a ver alguien que ustedes conocen, saltéenlo. Pero aun tengo que pensar sobre este tema".

Noche. La gran casa se despierta. Las luces se prenden. La madre dice a los hijos que se despierten.

"No olvides la llave", dice el padre.

Ella despierta a los cinco hijos.

¡Viajamos!

Todos entienden la palabra y se levantan rápidamente.

“Yo sé que es eso”, dice Moshe, “Yo sé, el abuelo me lo contó. Ese es su abuelo. Se van a Israel. No pueden decir la palabra Israel. Se van de Marruecos a la tierra de Israel. ¡Qué cool!”

Todos entran en el pequeño y estrecho vehículo. Viajan a lo largo de la costa por una hora. Una costa hermosa, como hoy se ve solamente en las películas. Llegan a un pasaje de la frontera, el padre sale, habla con uno de los policías, luego pasan. Llegan a la ciudad a la mañana y van a un hotel que ya tenían reservado de antemano. La familia se queda. El padre regresa con el coche a Tetuán.

Los niños se ríen. Dicen Israel libremente. Están estresados pero contentos. La madre está preocupada.

“¿Cuándo vuelve papá?”, pregunta uno de los niños.

“Esta tarde”, dice mamá.

“Deja eso prendido. Regresaremos mañana después del colegio, a ver qué pasa”.

Al regreso del colegio, ven a los niños y la madre dando vueltas en la ciudad y comprando relojes y otras cosas extrañas. El padre no regresa. La madre se ve preocupada. Llega la noche.

“Niños, váyanse a dormir”.

La madre se sienta y espera, durante horas. Mira al reloj. Ya no sabe qué pensar. ¿Llegará?

Al final llega. Ella lo abraza. Los dos tienen la misma estatura. Él es calvo. Ella tiene el pelo castaño.

Él llora unas lágrimas.

“¡Ufa, una suerte que esté con vida! Perdimos unos diez mil dólares, en el último momento me presionó para pagarme menos. Eso vaya y pase pero me sacó un cuchillo de cocina, pensé que me iba a matar. Al final le dije que sí, que estaba bien. Me transfirió el dinero al banco aquí. Mañana sacaremos el dinero”.

“¿Y si no lo transfirió?”

“Eso sí que se lo creo”.

“Finalmente, viajamos a Israel”.

“¡Wow, que bueno está! Seguro alguno de los chicos se despierta ahora a escuchar”.

“¿Cómo sabes?”

“Así es en las películas”.

“¿Te ríes de ellos? No es una película, es real. Esto ocurrió de verdad. Estás disfrutando de su sufrimiento”.

“Ya están muertos. Los muertos no sufren”.

Y realmente uno de los niños se sentó mirándolos fijamente en la habitación y escuchó toda la conversación. Se levantó al baño y en su camino abrazó a su madre y a su padre.

Al día siguiente, por la mañana, se los vio subiendo al barco en el estrecho de Gibraltar. Viajaron a España. Allí rentaron un gran taxi,

que según lo que sabía Moshe, llevó a toda la familia dos semanas después a la ciudad de Marsella y luego en avión a Israel.

"Y así llegaron a Israel", explicó Moshe a David.

"¡Ufa! Ya extraño a Israel. Me cansé ya de esta Luisiana. ¿Cuándo volvemos?"

"Realmente no lo sé, cuando papá termine su investigación y cada vez estira esa investigación por un año más. Espero que volvamos este año".

"Realmente no sé qué tiene que estar ocupándose de un país que ya no existe."

"Ese país se llamaba Francia. Fue un país muy importante y por eso es interesante saber por qué desapareció".

"Fue importante. El pasado no tiene importancia. A mí más me interesa regresar a mi tierra".

David lloraba.

Un hombre de unos sesenta años está sentado frente al televisor. Se ve a sí mismo en una entrevista. El hombre dice, con un acento muy gutural: "Lo que ustedes nos hicieron es lo que hicieron los gentiles a ustedes en Europa. Nos trataron como si el país no nos perteneciera, como si no fuéramos parte de él…" Se creó un largo silencio. "Y, ¿saben qué? Nosotros comprendemos, nosotros estamos dispuestos a renunciar, estamos dispuestos a perdonar si solo piden perdón. Nosotros les imploramos que nos pidan perdón para que podamos perdonar. Si solo estuvieran dispuestos a hablar la verdad, autoanalizarse, reivindicar, estamos dispuestos. Pero hay una sola cosa que no estamos dispuestos a hacer… no estamos dispuestos a poner la segunda mejilla".

El padre y el hijo conversan.

"Ya no soy más Zemer, papá. Ya está. Cambié mi apellido a Benzimra. Se terminaron los años cincuenta".

"Muy bien, hijo, que sea con salud y yo te bendigo en tu nuevo camino. Un nuevo nombre es un nuevo camino".

"Yo espero que tú también cambies tu nombre al nombre de tus antepasados, un verdadero nombre hebreo, un nombre real, no como todos esos nombres plásticos".

"Yo te bendigo pero yo soy Zemer ya por cuarenta y cinco años y ese será mi nombre hasta el día de mi muerte. Yo no puedo cambiarlo, yo vivo con él con todas las contradicciones que hay en él y en mí. Yo espero que tú lo comprendas".

"No lo comprendo y no estoy dispuesto a aceptar tus respuestas".

"No entiendo qué están parloteando estos", dijo Moshe.

"Aprieta el botón", dijo David.

Un hombre camina por Jerusalén, se para al lado de los árboles, en las calles hay muchos coches que despiden hollín. Mucho ruido.

“¿De dónde es todo ese ruido?”

“Antes los coches quemaban mucho combustible y hacían mucho ruido”.

Va por la calle, se detiene en el correo. Se acerca al buzón y saca varios sobres.

“Dime algo, ¿por qué toda esa gente iba con una llave para todos lados? ¿Qué tenían para hacer con la llave en las calles?”

“Realmente no lo sé”.

“Pronto los veremos en el baño con una llave”.

Y efectivamente, aquel hombre caminaba rápidamente por varias calles cortas después de irse del correo, llega a una oficina y entra al baño.

“Bueno, ya, esto está aburrido. Aprieta”.

Una familia en una gran casa, una habitación enorme. El techo es especialmente alto y en el centro hay un niño. Es rubio de ojos bien marrones y grandes. Está postrado sobre el sofá, mirando las paredes. Todos lo observan. La mirada parece una mirada de compasión. La madre lo abraza y grita unas palabras incomprensibles a otros niños. Todos saben que está por morir, quizás hoy, quizás dentro de una semana. Moshe y David lo miran y lloran. Los niños a veces se ríen con él pero su risa parece triste. Saben que morirá. Saben que ese no es un hogar, que esa casa no será la misma después que muera. Saben que las paredes cambiarán, que caerá el yeso, que el techo producirá diversos brotes, moho; porque una casa en la que muere un niño ya no puede ser un hogar, no hay en él seguridad, no hay en él paz. Hay en él solamente un deseo de otro hogar que no existía y que no podrá existir jamás. Un hogar en el que los padres no entierran a sus hijos. Moshe y David observan esta familia. En esa casa sin teléfono y sin computador y ven un amor inmenso y un sentimiento inmenso que ya nadie siente. A pesar de tratarse de un aparato, se puede sentir el dolor y el llanto, la decepción y la esperanza a través de él.

Pero David y Moshe son niños y quieren jugar, entonces apagan la computadora y se van a jugar al futbol. La computadora se convirtió en algo demasiado triste. Ya no es un juego. Los coloca frente al mundo de los adultos. El mundo donde nada es seguro. El mundo donde los niños mueren.

“No estoy dispuesto a volver a encender ese aparato otra vez”, dice David, “yo quiero jugar ahora a Tito Martín, es un lindo juego y ya hace tiempo que prendemos solo tu scanner. Ya me cansa.”

“Bueno, entiendo”, dice Moshe, “aun eres pequeño para eso. Epidemias de cólera, niños enfermos, gente en el baño. Vuelve a tus juegos, yo jugaré a eso cuando no estés aquí”.

“No, Moshe. No solo yo soy pequeño. Tú también, tú también”.

Un colegio en la ciudad de Marraquech. El maestro habla francés y escribe con letras grandes sobre la pizarra: "¿Por qué no tenemos que dejar a Indochina?"

Y dice a los niños: "Esta es una composición muy importante. Todos los trabajos serán enviados a París. Tienen que explicar muy bien por qué Francia tiene que continuar dominando el territorio de Indochina. El mejor trabajo los compensará con un viaje a París y una beca para estudiar un año en la Universidad de Sorbona. Que sea con suerte".

Silencio.

Alguien está sentado y escribe. Escribe en una computadora antigua. Introducción (y respuesta a todos los críticos): Este libro es un libro autóctono, porque fue escrito en máquina de escribir automática, mientras que el autor gritaba ni ni ni ni. El libro es un libro marroquí porque todos los personajes comen cuscús. Este libro es post—post—modernista porque le fue enviado por postal. Este libro es un libro protestante porque está en pro de buena testa. Este libro se cae por su peso, porque si lo coloca en un sitio sin soporte se caerá. Este libro hay muchos errores ortográficos porque el escritor es muy meticuloso en relación a los preceptos que solo tratan de "no harás". Este libro está dirigido a un público oriental porque fue escrito por un hombre del Magreb. Este libro está escrito en un hebreo incorrecto porque no lo han leído en serbio. Este libro es elitista altruista analítico y espinilloso. Este libro está destinado a lectores con un buen sistema digestivo que no sufren de estreñimiento. Este libro está destinado a vegetarianos. Este libro es diferente del próximo libro.

"Allí está, se parece mucho a ti", dice Moshe.

Y realmente vemos en la pantalla a Moshe Benzimra caminando por la calle Orense en Madrid, a la madrugada, entrando a un café con su primo Dudu David y pidiendo una porción de calamares. David le dice que no comprende cómo puede comer calamares a esa hora de la madrugada y pide un café cortado. Los dos tienen quince años como Moshe.

"¿Y qué quieres hacer?"

"Quiero ser siquiatra. ¿Y tú?"

"Escritor, quiero ser escritor".

"Bueno… pero yo creo que un escritor tiene que ser sensible por lo que ocurre a su alrededor".

Moshe pide otra porción de calamares y come frenéticamente los círculos fritos. La gente en el bar lo mira.

David: Se parece mucho a ti. Y también es tu tocayo.

Moshe ¡Basta! Apaga. Yo no quiero saber que hubo alguien que se parecía tanto a mí y ya a los quince años quería ser escritor. Como yo.

Salen del bar. Suben a un minibús y viajan al centro de la ciudad. Buscan negocios de discos. Paran en muchos de ellos. David le explica a Moshe sobre diferentes cantantes. Entran a un negocio y luego a otro, salen. David compra muchos discos. Moshe dice que él comprará antes de viajar de regreso a Israel. Hablan todo el tiempo sobre música.

Un día vuelve Moshe del colegio y se encuentra con que les robaron todo. Los vecinos dijeron que creyeron que se mudaban de casa, porque la casa estaba a la venta. Moshe lloró. "¿Qué ocurrirá con la llave?, ¿qué será de la llave?"

"No te preocupes", le dijo su padre, Elia—Mimon Benzimra. "No te preocupes. Esa llave tiene una larga historia de desapariciones y nosotros la encontraremos".

Moshe no paraba de llorar.

GLOSARIO

AshkabaOración en recuerdo de los muertos.

AzifúEn haquetiya, pornografía.

Embolico [los]En haquetiya, les embrollan, les hacen un lío.

Bar-mitzvaEn el judaísmo, ceremonia que se lleva a cabo cuando el niño alcanza la edad (13 años) en la que tiene la obligación de a observar todos los mandamientos y de empezar a participar en la vida religiosa de la comunidad. En el caso de las niñas, la ceremonia tiene lugar a la edad de 12 años y recibe el nombre de Bat-mitzva.

Jatimá továSalutación de deseo de un buen año que se pronuncia la noche de Yom Kipur.

KadishPalabra aramea que significa 'santo'. En realidad, no es estrictamente una plegaria para los muertos, sino que se trata de una plegaria de consagración y de alabanza a Dios, pidiendo la llegada de su reino sobre la Tierra.

KasherTérmino que, según la ley judía, significa limpio para su uso ritual. Se aplica con carácter especial a los alimentos que, según la tradición religiosa, pueden ser consumidos.

KashrutConjunto de las leyes dietéticas judías.

KidushPlegaria doméstica de santificación del Shabat y de los días festivos. Se recita sobre el vino antes de la cena de la víspera de la fiesta.

Meretz Grupo parlamentario israelí de centroizquierda creado en 1992 a partir de la unión de tres distintas formaciones políticas. Los tres partidos que componen Meretz sostienen el proceso de paz árabe-israelí y rechazan la coerción religiosa.

MikveBaño ritual de purificación por inmersión en 'agua viva'.

MinyanSe denomina así el número de 10 varones que es necesario para poder celebrar una liturgia pública.

PésajConmemoración del éxodo de los judíos de Egipto. También se conoce como 'Fiesta de la Libertad', o 'Fiesta de la Primavera' por su correlación con el ciclo agrícola, o 'Fiesta de loa Ácimos' por el pan ácimo que se consume en estos días en memoria del pan que no tuvo tiempo de fermentar y que los judíos tuvieron que comer en su éxodo. En la primera noche de Pascua tiene lugar el Séder, ceremonia festiva y familiar en el marco de una cena tradicional.

Pirké AvotLiteralmente, 'Dichos de los padres'. Es uno de los Tratados de la Mishná (= doctrina), de mucha importancia en la liturgia judía, cuyo contenido es religioso-moral.

RashiAcrónimo de Rabí Shlomo Ben Itshak (1040-1105), fundador de una importante escuela exegética, y comentarista de la mayor parte de los libros bíblicos.

Sajén, sajenáEn haquetiya, vecino, vecina.

Shemá Israel'Escucha, Israel' es la oración por antonomasia, una de las rúbricas de la liturgia diaria en el judaísmo y el acercamiento a una afirmación de su credo. See recita dos veces al día, al levantarse y al acostarse.

SidurLibro de oraciones.

SnogaEn haquetiya, sinagoga.

SucotFiesta de los tabernáculos. Festividad en la que, recordando las cabañas donde vivieron los judíos durante el éxodo de Egipto, se construyen cabañas en patios, terrazas, jardines, centros comunitarios, etc., al terminar Kipur.

TalmudObra rabínica formada por un conjunto de comentarios de la Torá. Se trata de un verdadero manual de lectura de la Torá, en el que a veces aparecen opiniones divergentes.

TamRabí Tam. Nombre con el que se conoce a un famoso rabino, Jacob Ben Meír (1100-1171).

Tishá be-AvJornada de duelo, recordatoria tanto de la destrucción de los Templos de Jerusalén –el primero en 586 AC por los babilonios, y el segundo en 70 DC por los romanos– como de otras desgracias ocurridas al pueblo judío en la diáspora: la expulsión de Castilla y Aragón (1492) y los pogromos de Rusia (1903-1905).

YequeEpíteto más o menos despectivo que designa a los inmigrantes alemanes que llegaron a Palestina en los años 30 del siglo XX.

Yom KipurDía de la Expiación. Es la celebración más solemne y respetada del calendario religioso judío, la culminación de los 10 días de penitencia que empiezan el día del año nuevo, Rosh ha-Shaná. Es un día que se dedica a la plegaria y al arrepentimiento por las faltas cometidas durante el año, esperando el perdón de Dios.

[1] Ismael, en hebreo Ishmael, Dios escucha.

[2]*Aliá*, emigración a Israel, del verbo hebreo “ascender”.
[3] Plural de Mezuzá, pergamino con texto bíblico que se coloca en el marco de las puertas en los hogares judíos.
[4] Término que se usa como referencia a un judío ultra ortodoxo.
[5] Shalom es el saludo en hebreo. Significa “Paz”
[6] Minian – decena de hombres que constituyen la unidad mínima para el rezo público en el judaísmo.
[7] Rescate del recién nacido – Ritual judío en el que se libera al primogénito varón de su obligación de servir en el templo trasmitiendo su obligación a manos de un Cohen (sacerdote).
[8] Masejet – Tratado Talmúdico
[9] Del hebreo: forzados. Es el término legal rabínico aplicado a un judío que ha sido forzado a abandonar el judaísmo en contra de su voluntad como en la época de la Inquisición española.
[10] El último tratado de la Mishná, libro de leyes judías, que trata sobre las tres peregrinaciones festivas a Jerusalén, en época del Templo.